

# rca

revista colombiana de antropología

58 / 2

MAY.-AGO. 2022

e-ISSN: 2539-472X

BOGOTÁ, COLOMBIA



INFRAESTRUCTURAS: PODER, ESPACIO, ETNOGRAFÍA

# rca

revista colombiana de antropología

58 / 2

MAY.-AGO. 2022

e-ISSN: 2539-472X

<https://doi.org/1022380>

Bogotá, Colombia



ICANH

# Revista Colombiana de Antropología

Director del Instituto Colombiano  
de Antropología e Historia (ICANH)  
Nicolás Loaiza Díaz



Subdirectora de Investigación y Producción Científica  
Andrea Leiva Espitia

Coordinadora del Grupo de Antropología Social  
María Teresa Salcedo

Directora de la RCA  
Juana Camacho Segura

Editor general  
Vladimir Caraballo Acuña

Editores del dossier  
Alejandro Camargo  
Simón Uribe

Editor de arqueología  
Luis Francisco López Cano

Coordinadora editorial de la RCA  
María Eva Mangieri

Asistente editorial  
Gina Martínez Acosta

Consejo asesor  
Margarita Chaves  
Juan Felipe Hoyos García  
Carlos Andrés Meza  
María Teresa Salcedo

Comité editorial  
Bastien Bosa  
Universidad del Rosario, Bogotá  
Juan Álvaro Echeverri  
Universidad Nacional de Colombia, sede Leticia  
Juan Camilo Niño Vargas  
Universidad de los Andes, Bogotá  
Jairo Tocancipá  
Universidad del Cauca, Popayán  
Gabriela Torres-Mazuera  
Ciesas-Peninsular, Mérida  
Patricia Tovar  
John Jay College, CUNY, Nueva York  
Julie Velásquez Runk  
University of Georgia, Athens

Comité científico  
Claudia Briones  
Universidad de Buenos Aires  
Manuel Delgado  
Universidad de Barcelona  
Arturo Escobar  
The University of North Carolina at Chapel Hill  
Christian Gros  
Institut des Hautes Études de l'Amérique Latine y Centre  
National de la Recherche Scientifique  
Claudio Lomnitz  
Columbia University in the City of New York

Alain Musset  
L'École des Hautes Études en Sciences Sociales  
María Clemencia Ramírez  
Investigadora honoraria, ICANH  
Alicia Rita Ramos  
Universidad de Brasilia  
Joanne Rappaport  
Georgetown University  
Peter Wade  
Manchester University

La *Revista Colombiana de Antropología* es una revista científica semestral del Instituto Colombiano de Antropología e Historia (ICANH) que se edita desde 1953. La revista busca contribuir a los debates de la antropología y las ciencias afines en el ámbito nacional e internacional, y se dirige a estudiantes de antropología, profesores universitarios, investigadores y académicos de las ciencias sociales.

El contenido de esta revista se puede reproducir sin necesidad de obtener permiso, siempre que se cite la fuente.

Los autores, no la *Revista Colombiana de Antropología*, son responsables por el contenido de sus artículos.

## La revista está incluida en las siguientes bases bibliográficas e índices internacionales de citación

• Índice Bibliográfico Nacional Publindex (IBN Publindex) del Ministerio de Ciencia, Tecnología e Innovación, Colombia (categoría A2) • Scopus • SCImago Journal & Country Rank (Q2) • Índice Bibliográfico Científico Electronic Library Online (SciELO Colombia) • Red de Revistas Científicas de América Latina y el Caribe, España y Portugal (Redalyc), de la Universidad Autónoma del Estado de México • Directory of Open Access Journals (DOAJ) • International Bibliography of the Social Sciences (IBSS), The London School of Economics and Political Science • Hispanic American Periodical Index (HAPI) de la Universidad de California, Los Ángeles • Anthropological Index Online, del Royal Anthropological Institute de Inglaterra • Citas Latinoamericanas en Ciencias Sociales y Humanidades (Clase), de la Universidad Nacional Autónoma de México • Handbook of Latin American Studies (HLAS), de la Biblioteca del Congreso de los Estados Unidos • Directorio y Catálogo Latindex (Sistema Regional de Información en Línea para Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal) • Internationale Bibliographie der Rezensionen Geistes- und Sozialwissenschaftlicher Literatur • Anthropological Literature, Russian Academy of Sciences Bibliographies • Ulrich's Periodicals Director • Dialnet, de la Universidad de la Rioja • Red Iberoamericana de Innovación y Conocimiento Científico (Redib)

Responsable del Área de Publicaciones  
Laura Morales González

Coordinación editorial  
Bibiana Castro Ramírez

Corrección de estilo  
Fernando Urueta Gutiérrez

Diagramación  
Patricia Montaña Domínguez

Diseño editorial y pauta interna  
Nathalia Rodríguez González

Ilustración de cubierta  
Fotograma del documental *Suspensión*  
(2019)

Correspondencia y canje  
Calle 12 n.º 2-41, Bogotá, Colombia  
Teléfono (571) 444 0544. Fax (571) 4440530  
Correo electrónico  
rca.icanh@icanh.gov.co

Página web  
<https://revistas.icanh.gov.co/index.php/rca/index>

© Instituto Colombiano de Antropología e Historia (ICANH), 2022

# Árbitros del volumen

---

Tania Galaviz Armenta

Meghan L. Morris

Luis Berneth Peña Reyes

Tatiana Acevedo Guerrero

Sandra Rozental

Alex Vailati

Sofía Natalia González Ayala

Diana Carolina Ardila

Austin Zeiderman

Giovanny Castillo Figueroa

María Camila Díaz Casas

Natalia Espinosa Rincón

Javier Lautaro Medina

Laura Timisay Monsalve

María Alejandra Acosta Vergara

Alejandro Ponce de León

Daniel Ramírez Pérez

Mauricio Montenegro

Carlos Alberto Uribe

Gabriela Zamorano

Catalina Cortés Severino

# Contenido

---

- 9 Infraestructuras: poder, espacio, etnografía  
[Alejandro Camargo, Simón Uribe](#)

## Artículos

### Dossier

- 26 El poder secreto de los archivos audiovisuales: etnografías del tiempo y la infraestructura en el Alto Magdalena  
[Jesús Alejandro García Aguilera](#)
- 51 Un río infraestructurado: la gestión comunitaria entre el cemento y los movimientos del agua  
[Diana Bocarejo](#)
- 77 Concurrencia de acuerdos y visiones en la provisión de infraestructuras como forma de reparación a víctimas y de construcción de paz en el Oriente antioqueño  
[Luis Antonio Ramírez Zuluaga](#)
- 105 Construir y reparar frente al desabastecimiento: Estado, provisión de agua e infraestructura en Buenaventura, Colombia  
[Felipe Fernández](#)
- 130 Peces ciegos: un ensayo fotográfico  
[Andrea Murillo](#)

### Misceláneos

- 142 El dilema de la racialización: entre negridad e indianidad en la frontera México-Estados Unidos  
[Rocío Gil Martínez de Escobar](#)
- 164 ¿Campesinos? “Hoy somos quien somos por la resistencia que nos hemos dado”. Formación de identificaciones al calor de una lucha opositora en María la Baja, Colombia, 2014-2020  
[Natalia Estefanía Ávila González, Sergio Zendejas Romero](#)

## **Arqueología**

- 191 Variación funeraria y condiciones de vida de La Jagua, Alto Magdalena, Colombia, y sus implicaciones para el periodo Reciente  
[José Vicente Rodríguez-Cuenca](#)

## **Cuestiones de método**

- 221 Alianzas parciales entre prácticas menores: la naturaleza “enigmática” de la planicie amazónica colombiana  
[Kristina Lyons](#)

## **Reseña**

- 265 Andrew Alan Johnson, *Mekong dreaming: life and death along a changing river*  
[Catalina Rivera Cediel](#)

# Content

---

- 9      Infraestructuras: poder, espacio, etnografía  
[Alejandro Camargo, Simón Uribe](#)

## Articles

### Dossier

- 26      The secret power of audiovisual archives: ethnographies of time and  
         infrastructure in the Alto Magdalena  
[Jesús Alejandro García Aguilera](#)
- 51      Rivers as infrastructure: community management and water movements  
[Diana Bocarejo](#)
- 77      Concurrence of agreements and visions in the provision of infrastructure as a  
         form of reparation to victims and peace building in Eastern Antioquia  
[Luis Antonio Ramírez Zuluaga](#)
- 105     Constructing and repairing to cope with shortage: State, water supply and  
         infrastructure in Buenaventura, Colombia  
[Felipe Fernández](#)
- 130     Blind fishes: a photo essay  
[Andrea Murillo](#)

### Miscellaneous

- 142     The double bind of racialization: between blackness and indianness in the  
         Mexico-United States border  
[Rocío Gil Martínez de Escobar](#)
- 164     Peasants? “We are who we are today because of the resistance we  
         undertook.” Identification formation as part of a struggle of opposition in  
         María la Baja, Colombia, 2014-2020  
[Natalia Estefanía Ávila González, Sergio Zendejas Romero](#)

## Archaeology

- 191 Mortuary variability and health in La Jagua, Alto Magdalena, Colombia and its implications for the Recent period  
[José Vicente Rodríguez-Cuenca](#)

## Method questions

- 221 Partial alliances among minor practices. The “elusive” nature of Colombia’s Amazonian plains  
[Kristina Lyons](#)

## Review

- 265 Andrew Alan Johnson, *Mekong dreaming: life and death along a changing river*  
[Catalina Rivera Cediel](#)



# Infraestructuras: poder, espacio, etnografía

*Infrastructures: power, space, ethnography*

<https://doi.org/10.22380/2539472X.2370>



## Alejandro Camargo

Universidad del Norte, Colombia

fcamargo@uninorte.edu.co • <https://orcid.org/0000-0002-5812-8416>

## Simón Uribe

Universidad del Rosario, Colombia

simon.uribem@urosario.edu.co • <https://orcid.org/0000-0002-1865-3574>

## I

La vida cotidiana transcurre en medio de infraestructuras que se expanden, se contraen, se deterioran, se renuevan, aparecen y desaparecen. Pensemos en la interconexión vial Yatí-Bodega en las llanuras del Caribe colombiano. Este megaproyecto consiste en una infraestructura vial de 12 kilómetros que incluye 2 puentes: Santa Lucía, de 1 kilómetro de longitud, y Roncador, de 2,3 kilómetros. Este último es el puente más largo del país. El objetivo de esta obra fue permitir la comunicación terrestre en la Depresión Momposina, una zona inundable donde el movimiento abrupto y constante de las aguas de ríos y ciénagas pone serios desafíos al transporte terrestre. Por esta razón la obra fue pensada como una estrategia de adaptación al cambio climático. Igualmente, la infraestructura conecta las dos vías más importantes a nivel nacional, disminuye los tiempos de espera para atravesar el río Magdalena y acorta el tiempo en la comunicación con el interior del país. Al inaugurarse en marzo de 2020 en medio de la pandemia de COVID-19 (y de manera controversial después de casi un año de haberse finalizado su construcción), la obra también fue presentada como una forma de garantizar el transporte de alimentos, medicinas, enfermos, ambulancias, personal médico, y demás personas y cosas necesarias para sobrellevar el aislamiento de los habitantes de la región (Invías 2020). Estas nuevas formas de conectividad llevan consigo la promesa del desarrollo económico, la generación de empleo, el turismo, el transporte

eficiente y el bienestar para al menos 500 000 habitantes (Fondo de Adaptación s. f.) en una zona históricamente caracterizada por la pobreza y la desigualdad.

A pesar de las expectativas, la promesa de un futuro mejor ha encontrado obstáculos. Algunos habitantes de la zona difundieron en redes sociales fotografías que mostraban fisuras en la infraestructura, lo cual alimentó una serie de cuestionamientos locales sobre su estabilidad e impacto (“¿Por qué no empieza a funcionar el puente Yatí-Bodega?” 2020). Antes de que existieran los puentes, pescadores, mototaxistas, operadores de ferry, vendedores informales, entre otros, prestaban servicios relacionados con el transporte fluvial. La nueva obra los desplazó y por lo tanto muchas de estas personas exigieron al estado<sup>1</sup> una compensación por los daños causados (Álvarez 2020). Por otro lado, si bien esta infraestructura buscaba la conectividad y el flujo de personas y objetos, quienes la concibieron no consideraron su relación con la navegación por el río Magdalena. Todas las semanas cruzan 10 convoyes cargados de petróleo por esta parte del río, pero el puente dificulta la navegación porque la distancia entre las columnas que lo soportan es de 160 metros y los convoyes necesitan 190 metros para poder transitar (Correa 2020). Además, mientras en una orilla del río Magdalena, debajo del puente Roncador (figura 1), se ha formado progresivamente una barra de sedimentos, en la orilla opuesta la erosión poco a poco ha transformado el cauce. El río se está moviendo, como lo hacen los ríos generalmente. Pero al parecer este fenómeno tan común no fue tenido en cuenta dentro del conjunto de cosas y seres que se movilizarían en torno a la infraestructura vial. Aun así, un ingeniero que participó en la construcción de la obra manifestó sobre la sedimentación que “la culpa no es del puente”, sino del río (Correa 2020), aunque este fenómeno pueda afectar la estabilidad de la infraestructura en algún momento.

.....

1 En este artículo empleamos deliberadamente los términos *estado* y *gobierno* en minúsculas, con el fin de enfatizar la naturaleza heterogénea de las prácticas y los actores que los configuran, y que confrontan la visión dominante de estos como entes monolíticos desligados de las dinámicas sociales e históricas en que se inscriben.



**Figura 1.** Puente Roncador. Abril de 2019

Fuente: cortesía de Jorge Escobar.

En las últimas dos décadas el interés por las infraestructuras en las ciencias sociales en general, y en la antropología en particular, ha crecido de forma significativa y el caso de la interconexión vial Yatí-Bodega nos permite entender por qué. Esta obra no es solamente un trabajo de ingeniería basado en unos cálculos matemáticos y físicos, y en la disposición de materiales y objetos. Esta obra encarna un proyecto estatal insertado en unas lógicas y tiempos burocráticos locales, así como en discursos globales sobre la modernización, el progreso y el cambio climático. La interconexión vial implica una transformación del paisaje y de las relaciones sociales que ocurren allí, al punto de producir ganadores (quienes se benefician de la reducción de las distancias y el tiempo) y perdedores (los desplazados por la obra). De esta manera, la interconexión vial Yatí-Bodega nos recuerda una de las tesis centrales y clásicas de los estudios sociales sobre las infraestructuras: “las máquinas, las estructuras y los sistemas modernos de cultura material [...] encarnan formas específicas de poder y autoridad” (Winner 1980, 121)<sup>2</sup>.

---

2 Todas las traducciones son propias.

Un segundo aspecto de la interconexión vial Yatí-Bodega que nos ayuda a entender la relevancia de las infraestructuras para las ciencias sociales contemporáneas tiene que ver con su temporalidad. En esta obra convergen los tiempos burocráticos que hay detrás de su aprobación y puesta en funcionamiento, los tiempos geológicos que subyacen a la acumulación constante de sedimentos fluviales y la erosión progresiva del cauce, y los tiempos futuros de las expectativas y promesas de “modernidad, desarrollo, progreso y libertad” que traen consigo esta y muchas otras infraestructuras (Appel, Anand y Gupta 2018, 3). La obra misma emerge en un momento histórico particular caracterizado por un “boom” de las infraestructuras. El rezago histórico de conectividad e integración interna y hacia los mercados internacionales ha sustentado en Colombia un auge de megaobras viales, proyectos de conexión multimodal, y planes de recuperación de líneas férreas y de navegación fluvial del río Magdalena.

Una temporalidad que atraviesa esas otras formas del tiempo social, ecológico y político de las infraestructuras tiene que ver con la velocidad. Paul Virilio (1986) plantea que en las sociedades contemporáneas la velocidad aparece como una lógica dominante en la organización de la economía, el espacio, la política e incluso lo militar. En ese sentido, la velocidad se ha convertido en una forma de control de la distribución de la riqueza y el dinero, y ha implicado la aceleración del tiempo y la reconfiguración del espacio. La interconexión vial Yatí-Bodega es precisamente una intervención infraestructural en el paisaje que busca acelerar el tiempo y reducir las distancias para dinamizar diferentes aspectos de la economía, y de la conexión entre gente, cosas y otros seres. Al hacerlo, la obra refleja también el lugar de las infraestructuras en los flujos no humanos (del agua y los sedimentos fluviales, por ejemplo) y, en consecuencia, en la manera como se conectan con la naturaleza.

Sin embargo, en este caso particular la aceleración de los flujos terrestres producto de la obra de interconexión paradójicamente ha implicado la desaceleración de la navegación fluvial de los convoyes petroleros (otro circuito económico de gran importancia económica para el país). Esta falla en la infraestructura, así como las grietas denunciadas por la comunidad, son parte de un proceso más amplio de deterioro y tensión dentro de la misma obra, lo cual podría llevar a momentos de eventual reparación y transformación física del puente. Esta contradicción refleja otra de las principales tesis de los estudios sociales sobre infraestructuras, que precisamente tiene que ver con su temporalidad: las infraestructuras son procesos inconclusos, y por lo tanto están inevitablemente sujetas a fases de decadencia, obsolescencia, mantenimiento y reparación (Carse y Kneas 2019; Ramakrishnan, O’Reilly y Budds 2021).

Un tercer aspecto de la obra vial en la Depresión Momposina que nos permite comprender el lugar que ocupan las infraestructuras en las ciencias sociales se refiere a la experiencia cotidiana. Las fotos de las grietas que circulaban en redes sociales con el presagio de un posible colapso, así como las protestas de quienes se vieron damnificados y desplazados por la obra, son tan solo unas de las múltiples maneras como los habitantes de la zona experimentan la presencia de la infraestructura en sus vidas. La observación de este tipo de experiencias ha inspirado otra de las ideas básicas pero fundamentales en los estudios sociales sobre infraestructuras: que estas tienen significados disímiles para diferentes grupos sociales (Star 1999). La etnografía ha sido crucial para explorar la manera como la gente construye esos significados y sentidos sobre las infraestructuras desde sus experiencias cotidianas. Carreteras y ferrocarriles (Dalakoglou y Harvey 2016; Fisch 2018), infraestructuras urbanas del agua (Björkman 2015), redes eléctricas (Abram, Winthereik y Yarrow 2019; Acevedo-Guerrero 2019) y canales (Carse 2014) son algunos de los lugares y ensamblajes donde la vida cotidiana se entrelaza con las promesas y expectativas del progreso y el desarrollo, así como con las múltiples temporalidades infraestructurales.

Esta literatura creciente es un referente para indagar sobre mundos como el de la interconexión vial Yatí-Bodega: ¿qué implicaciones tiene esta infraestructura en las relaciones locales de propiedad? ¿Cómo se han adoptado, reconfigurado o desafiado las nociones de progreso y desarrollo en la vida de quienes habitan y usan la infraestructura? ¿De qué manera se inserta la vida cotidiana en las nuevas temporalidades creadas por la infraestructura? La etnografía tiene el potencial de indagar sobre la vida social de las infraestructuras y desde allí reflexionar sobre fenómenos más amplios, como el estado, la globalización, las relaciones sociedad-naturaleza y el desarrollo del capitalismo. Es precisamente en ese potencial en el que se inspira el presente dossier.

## II

Los textos que reúne este número son producto del taller “Diseñando el mundo: etnografías sobre infraestructuras, espacio y poder”, concebido como un espacio de encuentro y diálogo entre investigadores de las ciencias sociales interesados en el estudio de las infraestructuras. En particular, buscábamos problematizar las formas en que distintos actores, en diferentes contextos, producen, imaginan, confrontan o desestabilizan infraestructuras y, a la vez, cómo las infraestructuras

moldean o transforman la vida, el espacio, la memoria y el poder. Asimismo, el taller intentaba contribuir a los estudios sociales sobre infraestructuras en y desde Colombia y América Latina de forma más amplia. Si bien la literatura sobre este tema ha crecido rápidamente, una parte significativa de esta producción se ha realizado en la academia del llamado norte global y ha sido publicada principalmente en inglés (Sinh, Gruschetsky y Piglia 2021). En ese sentido, tanto el taller como este dossier son una muestra del interés creciente en este campo a nivel regional y local<sup>3</sup>.

Pese a que la intención inicial era llevar a cabo el taller de forma presencial, la pandemia de COVID-19 nos obligó, como sucedió con otras muchas actividades humanas, a optar por un formato virtual. Sin desestimar las desventajas y costos asociados a este nuevo “modo” de existencia, este formato nos permitió prolongar el taller a lo largo de cinco meses, con encuentros mensuales que hicieron posible discutir en extenso y a profundidad los trabajos de las y los participantes.

De los diez trabajos presentados y discutidos en el taller, todos alrededor de historias o casos vinculados a Colombia, cuatro se publican aquí. Coincidentalmente, aunque no resulta extraño dada su preponderancia en la literatura reciente sobre infraestructuras, todos abordan temas relativos al agua o a espacios en donde esta desempeña un papel fundamental. Dos se centran en los procesos y prácticas a través de los cuales el río Magdalena ha sido configurado como un espacio infraestructurado; el tercero, en la provisión de agua en barrios populares de Buenaventura; y el cuarto, en la relación entre conflicto armado y construcción de paz en el Oriente antioqueño. Asimismo, tocan directa o indirectamente tres grandes temas o “capas” presentes en las infraestructuras, que desde diversos ángulos y lugares dan cuenta de su poder para entender, hacer visibles y cuestionar las formas de existencia de actores humanos y no humanos, sus relaciones, conflictos y sentidos. El dossier se complementa con dos textos adicionales que contribuyen a elaborar este último punto sobre las relaciones entre infraestructuras, lo humano y lo no humano. El primero es una reseña de Catalina Rivera sobre el libro *Mekong dreaming: life and death along a changing river*, de Andrew Johnson. Rivera destaca cómo la aproximación del autor al río Mekong, a las represas que lo transforman, y a los animales, humanos y espíritus que lo habitan, contribuye a reflexiones contemporáneas sobre la coexistencia entre humanos y agencias no

3 Entre los trabajos recientes en ciencias sociales que se han interesado por el estudio de las infraestructuras en Colombia están los de Guzmán (2020), Serje y Ardila (2017), Uribe, Otero-Bahamón y Peñaranda (2021), y Quiroga Manrique y Vallejo Bernal (2019).

humanas en el contexto del Antropoceno. El segundo texto es un ensayo fotográfico titulado “Peces ciegos”, de Andrea Murillo, en el que la autora utiliza la figura del pez ciego como entrada a una reflexión más amplia sobre la modernidad, las ruinas industriales y las infraestructuras neoliberales en México.



**Figura 2.** Canal de drenaje, Manatí, Atlántico. Mayo de 2013

Fuente: fotografía de Alejandro Camargo.

Un primer tema tiene que ver con el vínculo vigente entre las infraestructuras y ciertas visiones y discursos de modernidad, progreso y desarrollo. Este es el caso de proyectos como hidroeléctricas, carreteras, puertos y otras infraestructuras de gran escala que involucran a actores nacionales o transnacionales, y que se conciben ya sea como símbolos de dichas visiones y discursos o como vehículos para su materialización. Un ejemplo claro se encuentra en el artículo de Alejandro García. A través de una etnografía de un documental sobre la construcción de la represa Betania en la cuenca alta del río Magdalena, García muestra que este documental opera como un dispositivo de producción del tiempo que legitima y normaliza los impactos socioambientales de un megaproyecto hidroeléctrico.

La temporalidad de la infraestructura revela en el trabajo de García una de sus facetas más extendidas: al situar el proyecto de la represa en un tiempo y un espacio ahistóricos o, en otras palabras, al despojar un paisaje de sus significados afectivos, sociales y culturales (Tuan 2001), el documental proyecta la infraestructura como un hito que separa el pasado arcaico de una región y sus gentes de la promesa de un futuro moderno. En este sentido, como bien lo describe el autor, el proyecto desborda su finalidad concreta no solo al vincularlo a un relato universal de progreso y modernidad, sino, de forma crucial, al concebir a Betania como el inicio de un proceso ambicioso de infraestructuración del Magdalena a través de futuros proyectos hidroeléctricos en otros puntos del río.

Los textos de Diana Bocarejo y Luis Antonio Ramírez ahondan en las tensiones que habitan las promesas de la infraestructura. En la misma línea de García, Bocarejo describe el río Magdalena como un “río infraestructurado”, aunque la autora sitúa su historia en el centro del proyecto de nación colombiana. En un sentido, el río figura —literalmente— en el centro de este proyecto. El Magdalena ha sido históricamente, y continúa siendo, un espacio donde convergen flujos, intercambios y otras infraestructuras que han llevado a intervenirlo y explotarlo de múltiples formas; intervenciones que, en su conjunto, como menciona la autora, han hecho del río un “vehículo para erigir las promesas del estado”. En otro sentido, la historia del río es una metáfora de este proyecto: una larga e interminable lucha por domesticarlo y moldearlo a partir de las imágenes que se han construido sobre este a lo largo del tiempo.

Un punto clave del texto de Bocarejo es la descripción de cómo la promesa de nación que encarna el río no se ha limitado a su transformación en aras de alcanzar ideales de progreso o integración. Más recientemente, con el auge de discursos y prácticas de conservación, esta promesa apunta también a restituir su condición de “infraestructura natural”; es decir, al lado de la concepción de la naturaleza —en este caso el río— como infraestructura (Carse 2012), coexiste su infraestructuración como espacio natural. En ambos casos, sin embargo, el efecto es similar. Entre su existencia binaria como espacio de conectividad “natural” y económica, los mundos que han construido las comunidades ribereñas en torno a y con el río son relegados a los márgenes de su presente y futuros posibles.

El artículo de Luis Antonio Ramírez indaga sobre la relación entre conflicto armado, infraestructura y construcción de paz en el Oriente antioqueño. A partir de una investigación documental y participativa con comunidades campesinas de esta región, su trabajo da cuenta de las contradicciones que atraviesan muchos de los proyectos de infraestructura en geografías marcadas por conflictos



violentos. En ese contexto, y derivada en parte de la importancia creciente de la infraestructura en los discursos y agendas globales de construcción de paz, la noción de *reparación* a las víctimas del conflicto armado se ha vuelto inseparable, cuando no un sinónimo, de la construcción de obras de infraestructura. Puentes, carreteras, acueductos, escuelas y otras obras públicas son hoy elementos intrínsecos del lenguaje cotidiano de los discursos y políticas del posconflicto. Un buen ejemplo son los Programas de Desarrollo con Enfoque Territorial (PDET)<sup>4</sup> en municipios priorizados para el posconflicto, cuyos ejercicios de diagnóstico participativo suelen dar preeminencia a la construcción de dichas infraestructuras.

La demanda de construcción de nuevas infraestructuras y la reparación de las existentes son parte de la vida diaria de territorios con poca o nula inversión social del estado. En aquellos donde esa presencia y la de otros actores se ha limitado a la lucha violenta por el control político y de recursos, es apenas comprensible que esas demandas sean concebidas como un elemento esencial para restablecer o reconstruir el tejido social de comunidades enteras golpeadas por la guerra. El problema está en que, con mucha frecuencia, los ideales de paz y desarrollo local se entremezclan con discursos de desarrollo económico, de modo que las infraestructuras a través de las cuales se promete “reparar” se vuelven instrumentales a estos discursos. Este punto, central en el argumento de Ramírez, pone de relieve una de las tantas paradojas de la paz en Colombia, a la vez que sitúa nuevamente el agua en el núcleo de la historia. La paradoja se ve claramente expresada en el dato, ofrecido por el autor, según el cual en el Oriente antioqueño se construyeron décadas atrás cinco hidroeléctricas que producen actualmente cerca del 30% de la energía del país y que generaron fuertes impactos socioambientales en un contexto de coerción militar y paramilitar. Así, el hecho de que algunas de las infraestructuras del posconflicto, como las carreteras veredales, sean simultáneamente proyectadas como vías de acceso a la extracción y control de recursos, incluyendo el agua, hace que la promesa de la paz encarnada en ellas se convierta en una amenaza latente de retorno al pasado violento de la región.

¿Qué pasa cuando las promesas de la infraestructura no se materializan, o al menos no en la forma en que fueron concebidas? Esta pregunta, que encierra cierta obviedad, no solo por la naturaleza inconclusa y casi siempre ilusoria de estas promesas, sino por las visiones antagónicas que configuran las infraestructuras, define un segundo tema presente en los trabajos publicados en este

4 Para más información sobre los PDET, véase [http://www.odc.gov.co/Portals/1/encuentro-regiones/docs/programas\\_desarrollo\\_enfoque\\_territorial\\_ART.pdf](http://www.odc.gov.co/Portals/1/encuentro-regiones/docs/programas_desarrollo_enfoque_territorial_ART.pdf)

dosier. Sin que sea un asunto explícito en todos los textos, las historias que relatan dejan entrever modos en que las infraestructuras engendran, acarrear o perpetúan distintas formas de violencia. A grandes rasgos, estas se podrían dividir en dos. Un primer tipo abarca las violencias que podrían considerarse inherentes a los grandes proyectos de infraestructura, y que son legitimadas o normalizadas por los discursos en los que estos se inscriben. Se trata de violencias que evocan en muchos sentidos la lectura de Walter Benjamin sobre el *Angelus novus* de Paul Klee, en cuya imagen el filósofo percibe la mirada impasible de la historia que registra el cúmulo de ruinas y desastres perpetrados en nombre del progreso (Benjamin 1969, 257). En las historias narradas por Bocarejo y García, esta forma de violencia se materializa en reasentamientos involuntarios, destrucción de ecosistemas, desarraigo, pérdida de medios de vida, empobrecimiento, y otras tantas problemáticas que revelan los estratos de poder y desigualdad sobre los que se erigen las infraestructuras. Cuando las infraestructuras se implantan en medio de o través de la violencia de la guerra, como lo explica Ramírez en su trabajo, esta aflora en eventos devastadores como desapariciones, masacres, desplazamientos forzados y otras “tipologías” bien conocidas en la historia del conflicto armado colombiano.

La otra forma de violencia es más sutil o pasiva que la primera, aunque no menos nociva en sus efectos. Surge de prácticas sistemáticas de exclusión o desconexión de las infraestructuras (Rodgers y O’Neill 2012) o, incluso, de formas violentas de inclusión a estas (Uribe 2020). En términos de Paul Farmer, se trata de una violencia estructural que permite la existencia de estructuras “‘inmorales’ y que presumiblemente ‘no son culpa de nadie’” (2004, 307). La espera por el inicio o la conclusión de un proyecto, por su reanudación tras periodos indefinidos de suspensión, por el mantenimiento o remplazo de una infraestructura, o por las promesas de nuevos proyectos que buscan compensar o mitigar los impactos de otras infraestructuras —ejemplo este invocado por Bocarejo en el caso de pescadores del Magdalena afectados por la construcción de hidroeléctricas—, es un ejemplo que ilustra muy bien esta violencia. Sin embargo, es en el texto de Felipe Fernández donde se describen a profundidad su naturaleza y efectos.



**Figura 3.** Turistas mocoanos visitan la obra abandonada de la carretera variante San Francisco-Mocoa en el departamento de Putumayo. Febrero de 2017

Fuente: fotografía de Simón Uribe.

El problema en que se enfoca Fernández es el abastecimiento de agua en Buenaventura. Al igual que en los casos analizados en los otros trabajos, aunque en este el contraste sea mayor, Buenaventura es un espacio donde coexisten dos ensamblajes de infraestructura que dibujan un paisaje arquetípico de desarrollo geográfico desigual (Harvey 2006). Así, alrededor de las infraestructuras modernas del puerto diseñadas para facilitar los flujos de capital hacia y desde el interior del país, proliferan barrios pobres en distintos grados de edificación y precariedad. En su mayoría, estos barrios han nacido o crecido de la mano del desplazamiento masivo que ha dejado el conflicto armado en zonas rurales del Pacífico. Aunque los relatos sobre la historia reciente de esta ciudad suelen girar en torno a la mutación urbana del conflicto armado, Fernández se ocupa de las prácticas cotidianas de sus habitantes para sobrevivir en un contexto marcado por el desabastecimiento de agua. Con este fin, relata una parte de su investigación etnográfica en Ciudad Blanca, uno de los muchos barrios pobres de la ciudad que enfrentan este problema.

Desde una de las ferreterías del barrio y en conversaciones con algunos de sus habitantes, el autor describe la infinidad de arreglos, adecuaciones, tecnologías, pequeñas obras y estrategias para que el agua que fluye por el “tubo madre” (la red principal del acueducto) llegue a sus casas. La sensación al leer su relato es que

los habitantes de Ciudad Blanca viven, en buena medida, en función de esta labor. ¿Cuál es el desgaste energético, económico, psicológico, *¡vital!*, que esta conlleva? ¿Cuántas horas les consume o incrementa a sus jornadas laborales? ¿Qué otros “trabajos” similares ejecutan día tras día? Aunque el texto no las aborda directamente, estas son algunas de las preguntas que surgen de las descripciones que hace el autor de los trajines de quienes luchan diariamente por el acceso al agua.

La violencia (infra)estructural que atraviesa el relato de Fernández vuelve a la relación entre infraestructura y producción del tiempo. En este caso, no obstante, no se trata de la violencia directa (aunque esta tampoco está del todo ausente) consumada en nombre del progreso o el desarrollo, sino de aquella que resulta del despojo sistemático del tiempo de la gente a manos de fuerzas inasibles o etéreas como el gobierno, la nación o el estado. Y si bien esta violencia hace patentes exclusiones sociales, de clase y género, en la etnografía de Fernández puede leerse también como resultado de una relación sistemática de inclusión a la nación y al estado. Porque el punto que queda claro en su texto es que los habitantes de Ciudad Blanca *no están* desconectados del tubo madre del acueducto; al contrario, están vinculados a este a través de un sinfín de conexiones físicas, burocráticas y simbólicas en las que aflora su condición marginal dentro del orden estatal.

La fotografía que aparece en el texto de Fernández del tubo madre “ordeñado” por tubos y mangueras de menos calibre condensa en una imagen los vínculos complejos, desiguales e inestables que configuran dicha relación de inclusión. La otra imagen que proyecta la fotografía sugiere el tercer tema que figura en los aportes a este número. Si vemos el tubo madre como una materialización concreta de esa noción abstracta que es el estado y sus relaciones con ese otro ente denominado sociedad, ¿cuáles son los límites entre uno y otra?, ¿qué los aglutina o separa?, ¿qué define las fronteras entre lo que se considera “legal”, “legítimo”, “ilegal”, “informal”, “público” o “privado”?, ¿dónde comienza y termina el estado? Las infraestructuras constituyen vehículos poderosos para explorar estas preguntas. Por eso es importante entenderlas como sistemas o ensamblajes plurales donde convergen diferentes visiones, tecnologías, conocimientos e intereses. De este modo, podemos ver, por una parte, la manera en que el estado y otras formas de poder y organización social son coproducidos entre diversos actores y, por otra, los conflictos, agencias y lenguajes que configuran las relaciones entre estos.

Un ejemplo en el que resuena la imagen del tubo madre y que ayuda a comprender estas relaciones de coproducción son las “placa-huellas” que describe Ramírez en su texto. Se trata de infraestructuras viales de pequeña escala cuya función es mejorar la movilidad en las vías denominadas terciarias, o aquellas

que conectan zonas rurales con centros urbanos o carreteras principales. Las placa-huellas no revisten la connotación de ilegalidad o informalidad de las conexiones “piratas” que abastecen de agua a los incontables asentamientos que, como en el caso Ciudad Blanca en Buenaventura, tienen acceso muy precario a servicios públicos. Por el contrario, estas infraestructuras están por lo general incluidas en los planes viales de los municipios y otros instrumentos de planificación que priorizan o focalizan las inversiones de gobiernos nacionales o locales. No obstante, en esencia se trata de infraestructuras similares en cuanto a sus lógicas y finalidad. Por una parte, ambas surgen de demandas o buscan suplir necesidades básicas de poblaciones históricamente marginadas o consideradas como “excluidas” del estado. Por otra parte, involucran aportes monetarios o en especie de los “beneficiarios”. En el caso de las placa-huellas, es común ver a los habitantes de una vereda organizados en mingas durante la construcción de estos fragmentos de carretera en concreto, o incluso reuniendo dinero para el pago de maestros de obra y materiales. Finalmente, ambas se “acoplan” a infraestructuras de mayor dimensión o a infraestructuras “madre”, con los beneficios, riesgos y contradicciones que ello conlleva.

En casos como el de las formas de gestión comunitaria del río Magdalena a las que alude Bocarejo, las infraestructuras de pequeña escala se traducen, por ejemplo, en sistemas de mitigación de daños causados por intervenciones mayores del río que alteran sus flujos o contaminan sus aguas. Aun así, no es posible pensar estas infraestructuras como desconectadas o en resistencia frente al estado, como lo sugiere la descripción que hace la autora de las gestiones comunitarias ante políticos y gobiernos locales, esenciales para su materialización. En conclusión, al igual que las placa-huellas y los sistemas de autoabastecimiento de agua, son infraestructuras cuyas prácticas, arreglos y disputas hablan de cómo la (re)producción del estado no se circunscribe exclusivamente al ámbito gubernamental o público. La frase “todos somos el estado” que cita Ramírez a propósito del tipo de lemas que circulan alrededor de iniciativas o proyectos estatales con apoyo o gestión comunitaria —o de proyectos comunitarios con apoyo estatal— reafirma el papel de las infraestructuras como instancias de coproducción del estado.

En sus dinámicas y procesos de concepción, (co)producción y constante mutación, las infraestructuras hacen tangibles y profundizan desigualdades sociales, políticas y económicas, a la vez que expresan formas en que estas desigualdades son confrontadas a diario. Sin desconocer las distintas trayectorias que marcan esos procesos y la heterogeneidad de paisajes y temporalidades en que se

arraigan, las infraestructuras descritas en los textos reseñados aquí llaman la atención sobre las tensiones, aspiraciones y profundas asimetrías de poder que las atraviesan. En este sentido, las lecturas que hacen sus autores sobre estas no solo constituyen un aporte valioso a la comprensión de lo “social” o “natural” desde sus expresiones materiales, sino que dejan abiertas preguntas y caminos por explorar en un campo de estudio reciente y con mucho potencial.

## Referencias

- Abram, Simone, Brit Ross Winthereik y Thomas Yarrow, eds.** 2019. *Electrifying anthropology: exploring electrical practices and infrastructures*. Nueva York, NY: Bloomsbury Academic.
- Acevedo-Guerrero, Tatiana.** 2019. “Light is like water: flooding, blackouts, and the state in Barranquilla”. *Tapuya: Latin American Science, Technology and Society* 2 (1): 478-494. <https://doi.org/10.1080/25729861.2019.1678711>
- Álvarez, Rubén.** 2020. “Bloquean puente Roncador para exigir compensaciones”. *El Universal*, 4 de septiembre. Consultado el 22 de enero de 2022. <https://www.eluniversal.com.co/regional/bloquean-puente-roncador-para-exigir-compensaciones-DA3424544>
- Appel, Hannah, Nikhil Anand y Akhil Gupta.** 2018. “Temporality, politics and the promise of infrastructure”. En *The promise of infrastructure*, editado por Nikhil Anand, Akhil Gupta y Hannah Appel, 1-38. Durham: Duke University Press.
- Benjamin, Walter.** 1969. *Illuminations: essays and reflections*. Editado por Hannah Arendt. Nueva York: Schocken.
- Björkman, Lisa.** 2015. *Pipe politics, contested waters*. Durham: Duke University Press.
- Carse, Ashley.** 2012. “Nature as infrastructure: making and managing the Panama canal watershed”. *Social Studies of Science* 42 (4): 539-563. <https://doi.org/10.1177/0306312712440166>
- . 2014. *Beyond the big ditch: politics, ecology, and infrastructure at the Panama canal*. Cambridge: MIT Press.
- Carse, Ashley y David Kneas.** 2019. “Unbuilt and unfinished: the temporalities of infrastructure”. *Environment and Society* 10 (1): 9-28. <https://doi.org/10.3167/ares.2019.100102>
- Correa, María Victoria.** 2020. “El costoso puente que se le atraviesa a la navegabilidad”. *El Colombiano*, 4 de mayo. Consultado el 22 de enero de 2022. <https://www.elcolombiano.com/colombia/puente-yati-bodega-y-la-navegabilidad-del-rio-magdalena-FJ12930894>

- Dalakoglou, Dimitris y Penny Harvey, eds.** 2016. *Roads and anthropology: ethnography, infrastructures, (im)mobility*. Londres: Routledge.
- Farmer, Paul.** 2004. "An anthropology of structural violence". *Current Anthropology* 45 (3): 305-325. <https://www.jstor.org/stable/10.1086/382250>
- Fisch, Michael.** 2018. *An anthropology of the machine: Tokyo's commuter train network*. Chicago: The University of Chicago Press.
- Fondo de Adaptación.** (S. f.). "Proyecto interconexión vial Yatí-Bodega". Consultado el 22 de enero de 2022. <https://www.fondoadaptacion.gov.co/yatibodega/>
- Guzmán Peñuela, Laura.** 2020. "Buscar la forma: ir sometiéndose y andar toriando caminos en el norte del Tolima, Colombia". *Virajes* 23 (1): 65-99. <https://es.readkong.com/page/buscar-la-forma-ir-sometiendose-y-andar-toriando-caminos-4568743>
- Harvey, David.** 2006. *Spaces of global capitalism*. Londres; Nueva York: Verso.
- Inviás (Instituto Nacional de Vías).** 2020. "Fondo de Adaptación, entrega al Inviás la interconexión vial 'Yatí-La Bodega' en Bolívar para ser puesta en operación". <https://www.invias.gov.co/index.php/sala/noticias/3772-fondo-de-adaptacion-entrega-al-invias-la-interconexion-vial-yati-la-bodega-en-bolivar-para-ser-puesta-en-operacion>
- "¿Por qué no empieza a funcionar el puente Yatí-Bodega?"**. 2020. W Radio. Consultado el 22 de enero de 2022. <https://www.wradio.com.co/noticias/regionales/por-que-no-empieza-a-funcionar-el-puente-yatibodega/20200225/nota/4017749.aspx>
- Quiroga Manrique, Catalina y Diana Vallejo Bernal.** 2019. "Territorios de agua: infraestructura agrícola, reforma agraria y palma de aceite en el municipio de Mariabaja (Bolívar)". *Revista Colombiana de Antropología* 55 (1): 59-89. <https://doi.org/10.22380/2539472X.570>
- Ramakrishnan, Kavita, Kathleen O'Reilly y Jessica Budds.** 2021. "The temporal fragility of infrastructure: theorizing decay, maintenance, and repair". *Environment and Planning E: Nature and Space* 4 (3): 674-695. <https://doi.org/10.1177/2514848620979712>
- Rodgers, Dennis y Bruce O'Neill.** 2012. "Infrastructural violence: introduction to the special issue". *Ethnography* 13 (4): 401-412. <https://doi.org/10.1177%2F1466138111435738>
- Serje, Margarita y Diana Ardila.** 2017. "El río como infraestructura: paisaje y navegación en el río Meta, Colombia". *Fronteiras: Journal of Social, Technological and Environmental Science* 6 (1): 95-119. <https://doi.org/https://doi.org/10.21664/2238-8869.2017v6i1.p95-119>
- Singh, Zunino Dhan, Melina Piglia y Valeria Gruschetsky, coords.** 2021. *Introducción a Pensar las infraestructuras en Latinoamérica*, 9-21. Buenos Aires: Editorial Teseo.
- Star, Susan Leigh.** 1999. "The ethnography of infrastructure". *American Behavioral Scientist* 43 (3): 377-391. <https://doi.org/10.1177/00027649921955326>

- Tuan, Yi-Fu.** 2001. *Space and place: the perspective of experience*. Minneapolis, MN: University of Minnesota Press.
- Uribe, Simón.** 2020. "The trampoline of death: infrastructural violence in Colombia's Putumayo frontier". *The Journal of Transport History* 41 (1): 47-69. <https://doi.org/10.1177/0022526619888589>
- Uribe, Simón, Silvia Otero-Bahamón e Isabel Peñaranda.** 2021. "Hacer el estado: carreteras, conflicto y órdenes locales en los territorios de las FARC". *Revista de Estudios Sociales* 75: 87-100. <https://doi.org/10.7440/res75.2021.08>.
- Virilio, Paul.** 1986. *Speed and politics: an essay on dromology*. Nueva York, NY: Columbia University Press.
- Winner, Langdon.** 1980. "Do artifacts have politics?". *Daedalus* 109 (1): 121-136. <https://www.jstor.org/stable/20024652>



# Artículos

.....

# El poder secreto de los archivos audiovisuales: etnografías del tiempo y la infraestructura en el Alto Magdalena

*The secret power of audiovisual archives: ethnographies of time and infrastructure in the Alto Magdalena*

<https://doi.org/10.22380/2539472X.2133>

Recibido: 8 de agosto de 2021 • Aprobado: 11 de febrero de 2022



**Jesús Alejandro García Aguilera**

The University of California, Berkeley, Estados Unidos

alejo\_garcia@berkeley.edu • <https://orcid.org/0000-0001-5633-9722>

## Resumen

Los estudios sociales de la infraestructura han dado cuenta de la naturaleza no-lineal, múltiple y contradictoria de las temporalidades de estos aparatos técnico-científicos. No obstante, nuestro conocimiento sobre su pluralidad contrasta con la escasa comprensión que tenemos de su capacidad para sincronizar múltiples experiencias temporales en narrativas históricas hegemónicas. Con base en una etnografía de archivo del documental *50 años de historia para una realidad*, este artículo analiza los principales dispositivos y operaciones de producción temporal de la represa de Betania en la cuenca alta del río Magdalena. El trabajo contribuye a la literatura sobre las temporalidades no-lineales de la infraestructura, en cuanto pone de presente que la multiplicación de experiencias temporales y la producción de narrativas históricas hegemónicas son operaciones paralelas y coconstitutivas, cuyos efectos políticos deben ser leídos de manera conjunta.

**Palabras clave:** temporalidad, infraestructura, dispositivo, hidroeléctricas, río Magdalena.

## Abstract

Social studies of infrastructure have accounted for these techno-scientific assemblages' non-linear, multiple, and contradictory temporalities. However, our knowledge of their plurality contrasts with our limited understanding of their capacity to synchronize multiple temporal experiences into hegemonic historical narratives. Drawing on an archival ethnography of the documentary *50 years of history for a single reality*, this article analyzes the primary devices and operations of temporal production of the Betania dam in the upper Magdalena River basin. The article contributes to

the scholarly literature on the non-linear temporalities of infrastructure by showing that the multiplication of temporal experiences and the production of hegemonic historical narratives are parallel and co-constitutive operations whose political effects must be read in tandem.

**Keywords:** temporality, infrastructure, device, hydropower, Magdalena river.

*Originalmente hístôr es el testigo ocular, aquel que ha visto.*

GIORGIO AGAMBEN (1993, 94)<sup>1</sup>

## Introducción

La represa de Betania, ubicada entre los municipios de Yaguará, Hobo y Campoalegre en el departamento del Huila, fue la primera hidroeléctrica construida en la cuenca alta del río Magdalena, en los valles interandinos de Colombia. Durante mi última visita de campo a la región, en 2018, Carlos<sup>2</sup>, quien me transportaba en su mototaxi desde el puerto Momico, en el embalse, hasta el municipio de Hobo, se mostraba sorprendido por mi interés en escribir la historia del desarrollo hidroeléctrico en el departamento: “En el embalse no hay mucho para ver”, “la historia de la represa de Betania ya la contaron, en un documental que se puede ver en Internet”. La primera respuesta no me resultaba difícil de entender: coincidía con el sentimiento de otras personas del departamento acerca de las expectativas no materializadas del sector turístico que, se suponía, la represa habría de movilizar. No obstante, yo desconocía por completo la existencia de tal documental, a pesar de mis constantes búsquedas en Internet sobre la historia de la represa de Betania y de haber crecido en la región. Intrigado, le pregunté por el nombre. Él respondió que no lo conocía ni lo había visto. Dándole tiempo para ofrecerme alguna pista adicional, le expliqué que este era el primero de muchos viajes que yo tendría que hacer a la represa y a los pueblos cercanos. Sin dudarle mucho, Carlos replicó que la próxima vez bien podría “ir a Rivera<sup>3</sup> y ver allí el documental de la historia de la represa en un buen hotel”. La insistencia de Carlos en que no hacía falta decir nada nuevo sobre la historia de Betania se me quedó grabada, entre

1 Todas las traducciones son propias.

2 Este nombre ha sido cambiado para la protección de datos personales.

3 El municipio de Rivera, ubicado en el nororiente del departamento del Huila, es un lugar de gran importancia para el eje turístico del departamento.

otras razones, porque señalaba en la dirección de una historia definitiva y, al parecer, ampliamente aceptada, en una región donde los conflictos socioambientales sobre el río y su futuro han sido muy activos desde mediados del siglo XX.

De vuelta en Bogotá, inicié la búsqueda del documental y encontré *50 años de historia para una realidad*. Realizado en 1993 por la empresa Central Hidroeléctrica de Betania (CHB), el documental ofrece una visión única sobre la relación entre el río y la historia de la región, sobre cómo esa relación es mediada por la infraestructura hidroeléctrica y cómo esa mediación conduce a la realización de una única realidad. El documental es, por un lado, un mensaje en una botella que transporta la perspectiva de la CHB sobre el pasado y el futuro del departamento y de la infraestructura hidroeléctrica en la región. Por otra parte, es también una máquina de (re)producción de temporalidades que mezcla relatos míticos sobre los orígenes del río con promesas de modernización y desarrollo tecnológico asociadas a la construcción de represas en la cuenca alta del Magdalena. Esto es, en otras palabras, un dispositivo que trabaja a través del tiempo y con el tiempo.

En este artículo busco explorar la contribución de *50 años...* a la (re)producción de la infraestructura hidroeléctrica en la región del Alto Magdalena. Para ello, recurro a un experimento etnográfico que surgió de las limitaciones a mi investigación doctoral generadas por la pandemia de COVID-19 a principios de 2020. ¿Cómo conceptualizar el documental *50 años de historia para una realidad* en cuanto objeto etnográfico justo en un momento en el que las posibilidades mismas de realizar trabajo de campo fueron radicalmente suspendidas? En línea con tradiciones de la teoría antropológica que han invitado a repensar el significado del prefijo *etnos-* en el trabajo etnográfico (Andrade y Elhaik 2018), la presente es una etnografía no-antropocéntrica que desplaza el *etnos-* en favor de las estrategias de ensamblaje que lo constituyen, sus coordenadas de sentido y su rol en la producción de narrativas históricas. En ese orden de ideas, aproximarse a *50 años...* en su carácter de archivo es revelador. Como han señalado Ann Stoler (2002), Brian Keith Axel (2002) y Johannes Fabian (2002), los archivos no guardan una relación pasiva o representacional con el pasado, sino que son engranajes activos en la selección de las historias que importan y de futuros posibles. Se trata, entonces, de aproximarse al documental no en su capacidad para reflejar de manera fidedigna la historia de la infraestructura hidroeléctrica, pues, desde esta perspectiva, no es una adición o un producto derivado de la infraestructura misma. Por el contrario, busco observar la manera en que el documental es partícipe de la infraestructuración hidroeléctrica del río Magdalena, la manera en que tiene un papel tanto en la estabilización de la imagen de la represa como en la materialización

de los intereses hidroeléctricos en la región. En lugar de centrarme en la historia del documental, en los significados que transmite o en sus preocupaciones representacionales, me concentro en el trabajo temporal que realiza, en cómo opera y toma parte en el cumplimiento de su propia tarea: hilar “50 años de historia” en “una realidad”.

Con este análisis busco contribuir al corpus de literatura académica que analiza las relaciones entre temporalidad e infraestructura. Esta literatura cuestiona la preeminencia de la temporalidad moderna, singular, lineal y omnicomprensiva dentro del campo de los estudios sociales de la infraestructura. Asimismo, este campo muestra que la teleología de planificación-desarrollo-inauguración que rige la mayor parte de la comprensión del tiempo de las infraestructuras es sostenida por constelaciones de tiempo contradictorias, asíncronas y en constante expansión. Algunos autores han señalado cómo las temporalidades de la infraestructura exceden y problematizan la vida humana como métrica implícita de nuestra comprensión de las temporalidades (Braun 2020; Sneddon 2015), con lo cual han puesto de manifiesto las escalas de tiempo más que humanas que gobiernan la vida de las infraestructuras (Appel, Anand y Gupta 2018; Bowker 2015). Otros académicos han puesto de presente la coexistencia de diferentes temporalidades y orientaciones temporales dentro de los procesos infraestructurales, al mostrar, por ejemplo, que la suspensión o la ruina no son tendencias ulteriores, externas a los procesos infraestructurales, sino internas y permanentes, inherentes a la propia infraestructura (Appel, Anand y Gupta 2018; Gupta 2018; Uribe 2017), o que “el futuro y el aplazamiento, lo teleológico y lo cíclico” no son temporalidades mutuamente excluyentes, sino que pueden coexistir fácilmente (Appel 2018; Larkin 2013).

Análisis recientes de las temporalidades de las infraestructuras también han puesto en evidencia que la coherencia no es una condición de la existencia de esa pluralidad de temporalidades. Carse y Kneas (2019), por ejemplo, han señalado que las infraestructuras que no llegan a construirse o quedan inacabadas suelen indexar mundos sociales en los que las temporalidades se anudan y reelaboran de forma impredecible; y Cons (2020) ha hecho una observación similar sobre los deltas fluviales en Bangladesh, que son habitados por visiones disonantes e incommensurables del futuro que dan forma a su presente. De la misma manera, Harvey (2018) ha explicado los ensambles de tiempos contradictorios que atraviesan los proyectos de construcción de carreteras en Perú, que exhiben, simultáneamente, la fuerza de la promesa como fundamento de la expectativa de algo por venir, así como la forma en que dicha promesa es diluida constantemente por nuevas alineaciones temporales complejas e inestables. Este corpus de literatura ha sido

relevante para poner de presente que las temporalidades asociadas con el aplazamiento, la suspensión y la ruina no son manifestaciones excepcionales del tiempo infraestructural, sino que son tan constitutivas de este como las temporalidades prospectivas de la promesa, la anticipación y la expectativa, lo que hace visible la naturaleza plural, contradictoria y disputada del tiempo infraestructural.

Un rasgo común a estos trabajos académicos es el énfasis en un lente analítico a través del cual se aborda la cuestión de las temporalidades en términos de alineaciones, nudos o constelaciones, con lo cual sale a la luz la no-homogeneidad del tiempo y la naturaleza asincrónica de las temporalidades infraestructurales. No obstante, esta aproximación tiende a prestar menos atención a los mecanismos y relaciones de poder que producen y articulan esas multiplicidades en narrativas históricas singulares. Dicho de otra manera, nuestra comprensión de la pluralidad de temporalidades implícitas en la infraestructura contrasta con nuestra comprensión de la manera en que esas múltiples experiencias temporales son sincronizadas en narrativas históricas hegemónicas. ¿De qué manera median los procesos de infraestructuración la relación entre temporalidades e historia?

El objetivo del presente artículo es hacer una contribución a la literatura sobre las temporalidades no-lineales de la infraestructura, mediante el análisis de los principales dispositivos y operaciones de producción temporal de la represa de Betania en la cuenca alta del río Magdalena desde la óptica del documental-archivo *50 años...* Sostengo que la multiplicidad de experiencias temporales y la producción de narrativas históricas hegemónicas son el resultado de operaciones simultáneas y coconstitutivas de la vida social de las infraestructuras. En el caso específico del documental sobre la represa de Betania en el río Magdalena, argumento que “50 años de historia” son reducidos a una narrativa histórica que se presenta como indisputable (“una realidad”), a partir de operaciones de yuxtaposición, inscripción e indexación que permiten a la infraestructura hidroeléctrica reproducir sus intereses en la región.

El artículo se desarrolla en tres pasos. En primer lugar, extraigo elementos analíticos de los debates sobre la relación entre etnografía y archivos para reflexionar sobre cómo he llegado a entender una etnografía de los poderes de producción de tiempo en medio de la intensificación de las experiencias temporales provocada por la pandemia de COVID-19. En segundo lugar, analizo tres ensambles temporales diferentes que atraviesan *50 años...* para desentrañar sus operaciones específicas: yuxtaposición, inscripción e indexación. En tercer lugar, a manera de conclusión, retomo las relaciones entre los dispositivos de producción de tiempo a fin de exponer su vitalidad histórica tanto como los artificios de su producción.

## Una etnografía de la producción del tiempo

*Qué es la historia importa menos que cómo funciona.*

MICHEL-ROLPH TROUILLOT (1995, 28)

Originalmente, la investigación que sostiene este artículo iba a ser muy diferente. Durante mi primer semestre como estudiante de doctorado me otorgaron una beca de investigación para viajar al Alto Magdalena a realizar un trabajo de campo exploratorio sobre las experiencias históricas de futuro, generadas a raíz del primer pico de infraestructuración hidroeléctrica del río en la década de los ochenta. Aunque mi interés por las relaciones entre temporalidad e historia en la región había sido suscitado por mi encuentro con *50 años...*, había imaginado que el documental ocuparía un lugar tangencial en una investigación etnográfica que se asemejaba al canon malinowskiano de visitas de campo, presencialidad, observación directa e inmersión en la cotidianidad. Sin embargo, a principios de marzo de 2020 la pandemia de COVID-19 ya había golpeado el mundo y sus alcances globales (además de sus efectos sobre mis planes de investigación) se hicieron evidentes tras la suspensión de los permisos de investigación presencial no esenciales por parte de mi universidad.

Con la cuarentena, *50 años...* adquirió un nuevo lugar dentro de mi investigación al desencadenar nuevas reflexiones sobre las relaciones entre historia, tiempo y lugar. Confinado en mi apartamento, la invitación de Carlos a entender la historia de la región desde el documental adquirió un nuevo significado: desvelaba no tanto la manera en que el documental puede o no suplantar el tiempo-espacio de la represa, sino cómo ese tiempo-espacio ha sido producido y continúa siendo reproducido a partir de una serie de operaciones que ocurren en el embalse y más allá de él. La invitación de Carlos ahora me sugería una nueva perspectiva que no solo me ponía frente a frente a las pretensiones históricas de la infraestructura hidroeléctrica de la región, sino que hacía evidente justamente que la historia de la infraestructura hidroeléctrica en el Huila es producida y reproducida a partir de operaciones de dislocación y relocalización de las que el documental es partícipe. Entender esas operaciones de reemplazamiento por medio de *50 años...* se convirtió en una intuición etnográfica para desentrañar la dialéctica espacio-temporal en la que participa el documental. ¿Cómo reunir la etnografía y la historia para atender a la especificidad de la producción de temporalidades presente en *50*

*años...?* ¿Qué perspectivas teóricas podría contribuir una aproximación etnográfica a la dialéctica espacio-temporal que atraviesa el documental?

El campo de la antropología histórica es quizá el que ha aportado las ideas más persuasivas sobre las relaciones entre la etnografía y los tiempos históricos. Como explica Brian Keith Axel: “más que el estudio de un pueblo en un lugar particular y en una época determinada, lo que está en juego en la antropología histórica es explicar la producción de un pueblo, y la producción del espacio y del tiempo” (2002, 3)<sup>4</sup>. Esta aproximación a la antropología histórica y su conceptualización de la relación entre etnografía, espacio y tiempo ilumina el desplazamiento epistemológico en el que me embarqué luego de identificar la necesidad de entender las reelaboraciones espaciotemporales de las que hace parte el documental. Una reflexión etnográfica de *50 años...* implicaba suspender la certeza de la existencia de una comunidad, un tiempo y un espacio, para acercarse a cómo el documental participa en la producción de cada uno de esos elementos a partir de operaciones de conexión, disyunción y disrupción, mediante las cuales se entreteje una narrativa histórica.

Desde esta perspectiva, el documental puede ser entendido como una pieza particular de un archivo histórico y como un archivo de experiencias temporales. *50 años...* es un documento específico del archivo sobre la infraestructuración hidroeléctrica del río Magdalena que debe ser entendido en su relación y sus conversaciones tácitas con los otros documentos disponibles sobre ese proceso histórico; pero es también un archivo singular, compuesto por diferentes documentos que dan cuenta de experiencias temporales originadas fuera de los dominios del documental, por ejemplo en otros documentales o informes, y que este selecciona, organiza y dispone de manera particular. *50 años...* es siempre esas dos cosas: un documento específico de un archivo más amplio cuyos contornos no son claros y un archivo singular con pretensiones de totalidad compuesto de múltiples documentos. Una etnografía del documental debería atender a la manera en que desestabiliza la distinción entre documento y archivo, y tratar, de una parte, el campo no como un lugar empírico dado, sino como una construcción analítica moldeada por documentos de distinta índole (Muzzopappa y Villalta 2011); y, de otra parte, el documental en cuanto artefacto que moldea el campo, que entabla

4 Un fascinante compendio de reflexiones críticas sobre la antropología histórica (y sus vicisitudes) se encuentra en el libro citado de Axel, *From the margins: historical anthropology and its futures* (2002). Para una reflexión más reciente que amplía la relación entre etnografía y archivos centrada en el contexto latinoamericano, véase el número especial 46 (2) de la *Revista Colombiana de Antropología* editado por Bastien Bosa y Álvaro Andrés Santoyo (2010).



una serie de relaciones que interpelan al etnógrafo o etnógrafa y cuya respuesta se convierte en un lugar de observación (Riles 2006). Lo que está en juego aquí es, antes que nada, la agencia histórica del archivo.

La distinción de Ann Stoler (2002) entre archivo-como-fuente y archivo-como-sujeto apunta precisamente en esa dirección. Con esta distinción, la autora produce un cambio epistemológico en la práctica etnográfica y su relación con los archivos. Este cambio consiste en dejar atrás la idea de que los archivos son objetos o lugares de los que se extrae información —lugares u objetos que pueden ser minados por su contenido— y aproximarse a ellos como historias vivas en las que lo que importa es su forma, sus redes de inteligibilidad y topologías emergentes, sus ubicaciones en las operaciones historiográficas; en suma, los archivos como artefactos productores de conocimiento (Stoler 2002, 90-91). Esta perspectiva nos revela la vitalidad histórica de *50 años...*: este audiovisual es una red productora de sentido cuya actividad consiste precisamente en formar ensamblajes inestables y cambiantes que producen formas de comprensión del río, la región y su historia. Siguiendo esta línea de razonamiento, una aproximación etnográfica a *50 años...* requiere entenderlo como un agente activo en redes de reproducción simbólica y material de los intereses del desarrollo hidroeléctrico en la región, redes que el mismo documental ayuda a ensamblar pero que también lo moldean y se extienden más allá de él, vinculando, como veremos, otros documentos de distintas características y orígenes.

Para aproximarnos a la agencia de *50 años...* es necesario entender que el documental se inscribe en una coyuntura histórica particular en la que la generación de energía hidroeléctrica se posicionó como el deber ser del uso de la cuenca alta del río Magdalena. En su fantástica etnografía sobre las disyuntivas y contigüidades entre el agua como mercancía y como derecho humano en Costa Rica y Brasil, Ballestero (2019) analiza la capacidad de intervención histórica de los dispositivos tecnolegales. La autora define dichos dispositivos como un “nodo intenso de temporalidades y afectos, una combinación de diversas herencias técnicas [...] que abren la posibilidad para otras posibilidades” (Ballestero 2019, 9). Para Ballestero, los dispositivos no son simples objetos comunes y corrientes, aunque ciertamente pueden ser prosaicos; son puntos de convergencia y divergencia de múltiples genealogías, técnicas y afectos que se distinguen por su capacidad para efectuar transformaciones creando bifurcaciones, es decir, cerrando ciertas historias posibles y abriendo otras. Etnografiar el trabajo temporal de *50 años...* es atender a los dispositivos y operaciones a partir de los cuales el documental participa en el proceso de infraestructuración hidroeléctrica que desde la

segunda mitad del siglo XX viene moldeando el presente y creando condiciones de futuro en la cuenca alta del río.

¿De qué maneras puede contribuir un archivo audiovisual a moldear el presente y el futuro? Quisiera detenerme en la diferencia entre lo que el documental presenta, lo que pone de presente y cómo hace presente(s). La presencia de los archivos, como nos recuerdan Trouillot (1995) y Fabian (2002), es una presencia autorizante, entre autoritaria y autorizada, en la medida en que los archivos, físicos y *online*, participan en la selección de las historias que importan y median la transición entre procesos sociales y sus narrativas históricas. Es más, la presencia autorizante de los archivos nunca es exclusivamente una cuestión del pasado, pues su regulación no se detiene allí. Los archivos también construyen el pasado a partir de prácticas predictivas y prescriptivas (Stoler 2002) que los sobreviven o, como lo señala Derrida (2017), el archivo siempre aloja y esconde la estrecha coordinación entre dos principios: origen y mandato, *commencement* y *commandment*. Aunque el archivo no lo ponga de presente, la suya es una presencia que no solo nos antecede y nos sucede, sino, ante todo, que comanda; y su mandato no es solo una cuestión del pasado, sino también de y para el presente y el futuro, puesto que la fuerza de su autoridad, aunque no resulte inmediatamente evidente, permanece históricamente activa, imperante.

Hacer visible la vitalidad histórica del archivo, su presencia imperante, depende tanto del medio del archivo como de la forma de leerlo. En términos de Stoler, las etnografías de archivo requieren una doble lectura, hay que leerlos a contrapelo, así como en el sentido de sus fallas geológicas; es decir, es necesario ir a contracorriente de las categorías heredadas de los archivos tanto como seguir sus lógicas de remembranza, sus regularidades, incluso las consistencias de sus omisiones (2002, 100). Debido a la naturaleza audiovisual del archivo de *50 años...*, la aproximación etnográfica al cine como *ejercicios curatoriales de la mirada* de Tarek Elhaik (2019) resulta particularmente iluminadora. El autor resalta que este modo de atención demanda un movimiento que va de la imaginación a la cogitación, “una actividad que incluye una amplia gama de estados: contemplación, ensoñación, estudio, meditación, lucha intelectual, etc.”, y que actúa sobre las imágenes de manera dual: tanto por división, extrayendo de ellas su intención, como por composición, combinando intenciones e imagen (Elhaik 2018). En el caso de *50 años...* interpreto estos modos de atención etnográfica como una práctica situada en el punto medio entre mirar y observar: recorrer el argumento del documental en la dirección de sus propios fines, considerando los referentes que moviliza y que dispone, pero sin dejar de atender a su elaboración y funcionamiento,

a los mecanismos implicados, a su articulación, sus desajustes y sus relaciones insospechadas con otros elementos del archivo más amplio en el que se inserta. Con ello busco poner de manifiesto cómo las narrativas históricas de la generación hidroeléctrica en la cuenca alta del río Magdalena son el resultado de procesos de curaduría y composición temporal, de procesos de selección, organización activa, reactivación selectiva y autorización de experiencias temporales en cuyo montaje se juega la producción del espacio-tiempo de la misma cuenca.

## Tierra prometida: yuxtaposición

*Cuando la temporalidad se concibe bajo el signo mítico de la predeterminación, la gente se convence de que no se puede resistir el curso actual de los acontecimientos.*

SUSAN BUCK-MORSS (1991, 79)

Los primeros tres minutos y medio de *50 años...* recrean lo que, según la CHB y Fernando Segura, coguionista y director del documental, serían los tiempos anteriores a la represa de Betania. Esos minutos yuxtaponen planos amplios del paisaje del Alto Magdalena, música tradicional andina y una voz masculina cuya entonación recuerda a la de un locutor de radio. La filmación inicia con un contrapicado del Nevado del Huila que enfatiza su altura y distancia; luego la cámara se desliza lentamente a través de altas cascadas y, tras recorrer diferentes segmentos de donde el río corre entre cañones, llega a las amplias orillas del río en la ciudad de Neiva. Mientras tanto, el narrador recuerda las conocidas esculturas megalíticas de San Agustín y evoca al escritor más famoso de la región: el poeta José Eustasio Rivera. En su relato de la parte alta del río, el narrador denomina la región como la “tierra prometida”, y compone un paisaje temporal particular (Kojola 2020) a través de la activación y ordenación de variadas referencias y experiencias temporales.

Con ese nombre, el narrador alude a la ópera prima de José Eustasio Rivera, *Tierra de promisión*, una serie de poemas publicados en 1921. En consonancia con algunas de las preocupaciones del modernismo literario latinoamericano, en dichos poemas Rivera refleja el ambiente de patriotismo de principios del siglo XX y las angustias por la falta de integración política y económica del país, tanto

hacia el exterior, con otras naciones, como en su interior, donde la consolidación de una identidad nacional parecía lejana y seguían existiendo regiones y poblaciones aisladas y rebeldes (Jaramillo 2016, 49-53). *Tierra de promisión* es un recorrido imaginario por los territorios para territorializar una nación moderna e integrada, paradójicamente, consolidando el imaginario de sus fronteras internas y sus otros (Serje 2011; Uribe 2017). Mediante la referencia a la obra poética del escritor más importante de la región, el documental suscita sentimientos de orgullo en el departamento del Huila, a la vez que crea un imaginario de la región como frontera aislada y de la represa de Betania como un proyecto modernizador inscrito en la dinámica más amplia de construcción de nación.

El paisaje de la tierra prometida, tal como se presenta en el documental, se teje mediante una compleja mezcla de referencias teológicas, políticas y medioambientales. A pesar de su intrincada naturaleza, es posible distinguir un conjunto estable de actores y relaciones:

- En este panorama de tierra prometida fue el agua, sin duda, el más importante regalo de los dioses.
- Dotado generosamente por la naturaleza, el Huila responde con altura al apelativo de “tierra de promisión” que le impusiera el poeta.
- Para los huilenses el río Magdalena siempre ha sido y será fuente de vida y de progreso.
- El río Magdalena, ese río de la patria que, tras nacer en el Huila y surcarlo todo de sur a norte, sigue su largo curso por el territorio nacional como si fuese su misma columna vertebral.

Los dioses, el río, los huilenses y la nación colombiana son invocados por los narradores, y todos ocupan un lugar específico con respecto a los demás. El río desciende directamente de las manos de los dioses hasta el reino natural, donde se convierte en un regalo y un recurso; luego baja a los dominios de lo humano como fuente de vida y progreso; finalmente, se convierte en la columna vertebral del territorio nacional y la patria. En dicha narrativa, todos los actores gozan de agencias diferenciadas. Mientras que los dioses, la naturaleza y el río tienen la capacidad de regalar, dotar y moldear, los huilenses, el Huila y el territorio nacional son en su mayoría objetos pasivos. El paisaje de la tierra prometida es articulado por el fluir del río y sus aguas, que en su recorrido componen un conjunto jerárquicamente organizado de actores y entidades pasivas.

En este paisaje inicial, el dinamismo de las aguas contrasta con un tiempo inmóvil, estancado. Ciertamente, hay una sucesión desde un momento de la creación, que pasa rápidamente sobre referentes del proceso de colonización de la

región, para llegar finalmente al propio proyecto de la represa, presentado como el resultado necesario del flujo del río. Sin embargo, esa sucesión es más bien una secuencia de figuras que desplazan a sus predecesores: los dioses, las aguas, los indígenas, los españoles, los huilenses, la represa de Betania. Las relaciones conflictivas de la colonización de la región se revelan como un proceso incremental de hibridación y mestizaje en el que diferentes “razas” aportan distintos atributos al surgimiento de la población huilense. Los indígenas, la fuerza; los españoles, “el credo y la lengua”. Esta sucesión es una teleología, pero una de carácter atemporal. Su decurso ocurre en un tiempo que es eterno o inexistente, uno cuyo flujo es indiscernible. Es el tiempo mítico, eterno, de los dioses.

Y no de unos dioses anónimos. La idea misma de la tierra prometida procede de la configuración religioso-política contenida en la promesa hecha por el Dios judeocristiano a Abraham: “vete de tu país y de tu familia y de la casa de tu padre a la tierra que te mostraré. Y haré de ti una gran nación, y te bendeciré y engrandeceré tu nombre, para que seas una bendición” (Gén. 12: 1-2). Las implicaciones coloniales de esta idea son asombrosas: la tierra prometida es el correlato de un proyecto de colonización sancionado por Dios del que nacerá una nueva nación. El gesto del documental con esta referencia, que le da tintes religiosos a la legitimación de la explotación hidroeléctrica en la región, no puede sino alcanzar una enorme resonancia entre la católica población huilense.

Cuando leemos *50 años...* en la dirección de su propio argumento, la construcción de la tierra prometida se muestra como una serie de transiciones entre distintos referentes. No obstante, cuando leemos esas transiciones a contrapelo e indagamos sobre las suturas que las componen, nos damos cuenta de que dichos referentes no solo tienen poco que ver unos con otros, sino que han sido yuxtapuestos, a la manera de un mosaico, para generar un efecto de conjunto. La tierra prometida es un dispositivo espacio-temporal hecho de yuxtaposiciones de paisajes alto-andinos y narrativas poéticas y religiosas que producen una imagen de la región de la cuenca alta del río Magdalena como una frontera interna del territorio nacional, aislada, estancada en el tiempo, cuya colonización y modernización se justifican política y teológicamente. Este dispositivo es de suma importancia, pues su operación desestabiliza las fronteras entre la ficción y la historia, y construye una visión de la región y su población a la medida de las necesidades de los promotores del desarrollo hidroeléctrico. Mediante las yuxtaposiciones con las que construye el paisaje de una tierra prometida, el documental produce una imagen de los huilenses como sujeto colectivo desprovisto de historia y estancado en el tiempo; como sujetos pasivos, aunque piadosos, a la espera de una intervención modernizante.

## Fuente de energía: inscripciones

*La primera vez viene de forma diferente, la segunda, no como lo imaginas.*

REINHART KOSELLECK (2018, 7)

*50 años de historia para una realidad* es, de hecho, el segundo intento de la CHB por dar cuenta de la diferencia que la energía hidroeléctrica traería consigo a la región. Andrés Felipe Ortiz, historiador local y administrador del grupo de Facebook Memoria de Yaguará, donde se aloja el documental, me mostró *Río Magdalena, fuente de energía*, el primer documental producido sobre el proceso de construcción de la represa de Betania, dirigido y filmado en 1984 por Guillermo Cajiao Lenis, uno de los precursores del documental ambiental en Colombia.

*50 años... y Río Magdalena* comparten una misma comprensión de la producción hidroeléctrica como generadora de una nueva temporalidad. Con su referencia a los intentos sucesivos por producir electricidad a partir de las cuencas de los ríos Timaná, Fortalecillas o El Majo adelantados por diferentes familias regionales durante el siglo XX, los documentales se adentran en una experiencia temporal marcada por la sucesión lineal de momentos discretos. En el Huila, la electrificación inaugura el tiempo histórico en un sentido moderno. Esa transición está claramente delimitada en ambos documentales por el uso de la misma composición audiovisual. La música de fondo se detiene y un sonido agudo sirve de antesala al plano cerrado de las manos de una persona que manipulan un detonador de explosivos. La atmósfera es tensa, algo está a punto de suceder. A continuación, se produce la primera explosión y, tras ella, un nuevo plano encuadra la vera del río, donde ocurre una sucesión de explosiones controladas, simétricas. Sin temor a la redundancia, cada documental repite el mismo sonido agudo y la misma serie de explosiones entre dos y tres veces. Acto seguido, máquinas que rugen a todo motor se toman la escena. La cámara dirige la atención hacia las retroexcavadoras que remueven los escombros de las explosiones y los descargan dentro del río, en una operación a la vez monumental y meticulosa que termina por cortar el cauce del Magdalena. El explosivista, las detonaciones y las retroexcavadoras que llevan a cabo la desviación del río anuncian una nueva temporalidad cuya formulación más explícita la pronuncia el narrador de *50 años...: la historia del departamento ha sido “partida en dos”*.

Estas imágenes de transformación radical del paisaje, que constituyen el clímax del documental *Río Magdalena, en 50 años...* abren paso a una narrativa sobre las posibilidades insospechadas de la región: su potencial. Para ello, *50 años...* recuerda el trabajo de Carlos Boshell Manrique, el ingeniero civil que realizó los estudios de factibilidad hidroeléctrica en la cuenca alta del río Magdalena, primero en 1947 y luego en 1962, y a quien se le atribuye ser el primero en ver las posibilidades insospechadas del río. Todos estos desarrollos se basan en una comprensión de la naturaleza como encarnación de una fuerza contenida y a la espera de ser liberada, así como en una epistemología especulativa (Weszkalnys 2015) que el narrador despliega en su comentario sobre cómo la represa de Betania traería consigo oportunidades de desarrollo turístico, de industrialización de la pesca y revelaría el potencial del río para futuros desarrollos hidroeléctricos. Esta potencialidad, que es tan física como especulativa, surge de un movimiento que desacraliza el imaginario de naturaleza divina con el que inicia el documental, mediante la exposición de su (re)ordenación violenta y la evocación de las formas de saber que avalan la existencia de sus beneficios no reconocidos.

Jason Moore (2015) ha mostrado los procesos implicados en hacer visibles y apropiables características socioambientales previamente invisibles y no valoradas. Su concepto de *naturaleza social abstracta* se refiere al conjunto de prácticas simbólicas, racionalidades políticas y estrategias de acumulación a través de las cuales se hacen legibles rasgos particulares de las naturalezas humanas y no-humanas a efectos de la acumulación de capital. La producción de naturalezas sociales abstractas no es un proceso de invención artificioso ni de mero descubrimiento. Las naturalezas sociales abstractas son abstracciones concretas, “del tiempo (lineal), del espacio (plano) y de la naturaleza (externa)” (Moore 2015, 194), producidas a través de la identificación, el mapeo, la cuantificación y la codificación de las naturalezas humanas y no humanas. Este proceso implica tanto características empíricas realmente existentes como formas innovadoras y creativas de hacer visibles posibilidades antes inexistentes, con miras a la transformación de las relaciones de valor. Los dos documentales sobre la represa de Betania y su construcción del río Magdalena como una potencia sin explotar presentan y participan en el proceso de producción de una nueva naturaleza social abstracta del paisaje fluvial, susceptible de ser regulada, administrada y apropiada por las empresas hidroeléctricas y de ingeniería.

¿Ante quién buscan los documentales hacer legible el paisaje fluvial en términos de potencial inexplorado? A pesar de que no hay una respuesta inequívoca a esta pregunta, el momento de realización de cada uno de los documentales y sus

*modes of emplotment*, es decir, el tipo de historia que cuentan sus formas (Scott 2004, 46-47), ofrecen algunas pistas. El documental de 1984, *Río Magdalena, fuente de energía*, sigue una trama dramática que transmite la lucha de los ingenieros por dominar el río durante la maniobra de desviación. Fiel a la idea en boga durante el siglo XX sobre las grandes transformaciones del paisaje como medida de progreso y, en últimas, como expresión de la grandeza del hombre (Carse 2014; Kirsch y Mitchell 1998), este documental presenta la maniobra de desviación como la victoria del hombre y de la ingeniería sobre el río, que, como enfatiza la voz en *off*, fue “obligado a tomar un nuevo curso”. Al recordar cifras cada vez más grandes de dinero invertido, megavatios previstos, trabajadores contratados y metros cúbicos de tierra removida durante la construcción de la represa, *Río Magdalena* envuelve la represa de Betania bajo un manto de grandeza que genera asombro y sentimientos de triunfo. No cabe duda de que esos sentimientos eran de vital importancia para el proyecto de la represa en el momento del estreno del documental, ya que este se lanzó precisamente en una coyuntura de crecientes críticas hacia la obra debido a la inestabilidad financiera del proyecto y a la incertidumbre general sobre su finalización. En la historia de construcción de la represa, los años de 1983 y 1984 se caracterizaron por los retrasos y la amenaza de paralización de las obras debido a las sucesivas huelgas del sindicato de trabajadores, los cortes de electricidad, la insolvencia financiera del consorcio constructor y las preocupaciones por denuncias de corrupción. En julio de 1984, la crisis financiera del proyecto era noticia constante en los periódicos regionales.

A su vez, el documental de 1993, *50 años...*, retoma y excede el modo narrativo dramático, para ofrecer justificaciones en retrospectiva de los problemas socioambientales generados por la represa y miradas al futuro del desarrollo hidroeléctrico en la región. Este documental es, ante todo, un artefacto comercial, fabricado para disipar cualquier inquietud sobre un proyecto por aquel entonces terminado, pero asediado por el fantasma de los impactos socioambientales, así como para convencer a los espectadores de la solidez y las vastas posibilidades de desarrollo hidroeléctrico que encierra el Huila. Curiosamente, *50 años...* fue producido un año después de que se consolidara la privatización administrativa de la operación de la CHB (“Betania privatiza su administración” 1992) y tres años antes de que se concretara su plena privatización, cuando finalmente fue adquirido por Endesa (“De Chile” 1996). Es difícil rastrear quiénes vieron el documental de 1993 y cómo reaccionaron ante él, pero observar de cerca su modo narrativo deja pocas dudas de que la audiencia esperada estaba compuesta por inversores y tomadores de decisiones del sector energético e hidroeléctrico.



Esta legibilidad genera su propia ilegibilidad, de tal suerte que lo que calla el documental también salta a la vista. La ecología política de las represas ha señalado claramente los impactos negativos y los conflictos socioambientales generados por este tipo de infraestructuras en la cuenca alta del río Magdalena, particularmente para la represa El Quimbo (Comisión Internacional de Juristas 2016; Dussán 2017; Salcedo Montero y Cely Forero 2015); en otras partes del río o en diferentes cuencas hidrosociales del país (Camargo y Camacho 2019; Duarte-Abadía, Boelens y Roa-Avenidaño 2015; Rodríguez Becerra 2015; Rodríguez Garavito y Orduz Salinas 2012); y en varios lugares del mundo (Baviskar 2005; Boelens, Shah, y Bruins 2019; D'Souza 2006; Swyngedouw 2015). Sin poder obviar enteramente los conflictos socioambientales generados por la represa de Betania, *50 años...* realiza una breve mención de la pérdida de tierras dedicadas al cultivo del arroz y la ganadería pertenecientes a los municipios de Hobo y Yaguará, y la interrupción del ciclo reproductivo del bocachico y el capaz. No obstante, esta alusión rápidamente es convertida en una oportunidad para que la CHB muestre las potencialidades del proyecto y disipe dudas sobre los beneficios presentes y futuros de las infraestructuras hidroeléctricas.

*Fuente de energía* es no solo parte del título de uno de los documentales, sino el nombre de un dispositivo técnico-científico cuya labor es llevar a cabo una doble inscripción. De una parte, este dispositivo inscribe la idea del potencial hidroeléctrico en el paisaje riveroño a partir de acciones técnicas y científicas que reducen este a su capacidad para generar energía hidroeléctrica. De otra parte, también inscribe ese modo de legibilidad en coyunturas históricas de crisis o de expansión del proyecto hidroeléctrico a través de la producción, el lanzamiento y la presentación de los documentales. Esta doble inscripción, que atraviesa los dos documentales, es tanto material como simbólica y, sin desestabilizar enteramente las distinciones entre ambos dominios, produce constantes intercambios entre ellos que nos recuerdan que hacer e imaginar naturalezas son dos movimientos complementarios (Ferry y Limbert 2008).

## Proyecciones: indexar

*Siempre hacemos gestos simultáneamente arcaicos, modernos y futuristas.*

MICHELLE SERRES (EN SERRES Y LATOUR 1995, 60)

50 años... habría permanecido oculto para mí de no haber sido por la amistad entablada entre Andrés y uno de los operarios del cuarto de máquinas de la represa de Betania, quien le permitió en varias ocasiones visitar un archivo informal del proyecto. En una de esas visitas, Andrés consiguió el permiso para llevar la cinta documental a la Universidad Surcolombiana con el fin de digitalizarla. Esa decisión le dio una segunda vida al documental, pero aparentemente tuvo efectos sobre el archivo informal. Andrés recuerda que poco después de subir el documental a Facebook, el archivo fue trasladado de la sala de máquinas a un destino desconocido. La maniobra de Andrés ha permitido que la narrativa histórica de la región que teje el documental siga presente y disponible para el futuro. Sin embargo, las posibilidades de futuro del documental no dependen totalmente de esa maniobra. Paradójicamente, el documental abre un camino hacia el futuro al relanzar planes olvidados de desarrollo hidroeléctrico, para lo cual se vale de un dispositivo de proyección: una lista de posibles lugares-infraestructuras, aún no realizados, que llevan el nombre de su ubicación a lo largo del río. Lentamente, desde la parte inferior de la pantalla, van emergiendo uno a uno, en mayúscula sostenida, los nombres de los posibles lugares-infraestructuras que el narrador lee con voz grave y tono definitivo: EL QUIMBO, PAICOL, PÁEZ, GUARAPAS, PERICONGO. Esta lista relanzada por el documental es un dispositivo tempo-geográfico en el que la infraestructuración del río es explícitamente producción de futuros.

En 1995, dos años después de la realización de *50 años...*, la CHB solicitó ante el Ministerio de Ambiente de Colombia la licencia ambiental para la construcción de una nueva represa en la cuenca alta del río Magdalena que se ubicaría en la hacienda El Quimbo. En su respuesta, el ministerio negó la solicitud por considerar que no era conveniente inundar las mejores tierras agrícolas de la región y que sería imposible recuperar la actividad productiva en la zona (Dussán 2017, 45). Doce años más tarde, se presentó una nueva solicitud de licencia ambiental para la construcción de la represa El Quimbo, esta vez por parte de Emgesa, filial de la multinacional energética ítalo-española ENEL, la mayor empresa energética privada de América Latina, propietaria también de Endesa, transnacional que había

adquirido la represa de Betania en 1996. La represa hidroeléctrica El Quimbo, desarrollada 35 kilómetros aguas arriba de Betania entre 2008 y 2015 en medio de fuertes protestas, fue la primera diseñada, construida y operada por una empresa privada en Colombia. Su funcionamiento comenzó en junio de 2015, cuando sin previo aviso se inició la inundación de zonas dedicadas a la producción de cacao, tabaco, sorgo, maíz y arroz, pertenecientes a los municipios de Gigante, Altamira, Garzón, El Agrado, Paicol y Tesalia. Hobo, municipio que había sido parcialmente inundado por el embalse de Betania, perdió otra parte de su territorio por la represa El Quimbo.

Andrea Ballesterio (2019) nos recuerda el poder de las listas. A pesar de su aparente precisión, las listas son “mapas semióticos” en los que “lo que importa es la ubicación de un elemento dentro de una categoría como símbolo de algo mayor” (137-138). Las listas tienen el poder de reunir elementos inconmensurables y formar un todo aparentemente coherente, aunque no necesariamente exhaustivo; así como el poder de “anunciar la multiplicidad sin tener que narrarla explícitamente” (138). Las listas son formas sutiles y eficaces de composición y reordenación. La lista que se presenta en el documental reúne el nombre de haciendas, ríos y pueblos de la región del Alto Magdalena y los relaciona todos bajo la etiqueta de proyectos. Así, con esta categoría, se logra borrar la especificidad de cada lugar y equiparar a cada uno de ellos con una represa por venir. La lista también funciona a la inversa, ubica represas abstractas, aún por realizarse, en lugares particulares del río. Los nombres de la lista indican y establecen una nueva relación entre lugares, infraestructuras y tiempos futuros.

La estructura temporal de este futuro es de un tipo particular. “Con Betania, el Huila dio el paso definitivo hacia un futuro lleno de posibilidades y esperanzas”, sostiene el narrador en *50 años...* Aunque sería fácil decir que se trata de un futuro moderno, anticipatorio y orientado hacia adelante, en realidad es más complejo, incluso paradójico. El historiador regional Ananías Osorio Valenzuela (2013) identificó que la lista de futuros hidroeléctricos presentada en el documental data de 1982, cuando el Ministerio de Obras Públicas y Transporte propuso un plan de desarrollos hidroeléctricos basado en la información del Instituto Colombiano de Energía Eléctrica (ICEL). Este plan es recogido en un mapa-lista en el que puede leerse:

Isnos, 140 MW; Chillurco, 156 MW; Oporapa, 226 MW; Pericongo, 305 MW; La Plata, 186 MW; Paicol, 324 MW; Aranzazu, 111 MW; Páez, 102 MW; Angostura, 156 MW;

El Quimbo, 527 MW; Betania, 510 MW; El Manso, 98 MW; Juncal, 97 MW; Veraguas, 87 MW; Bateas, 115 MW; Balsillas, 101 MW; Carrasposo, 111 MW; Natagaima, 120 MW. (Osorio Valenzuela 2013, 126)

En este sentido, el futuro del documental es una iteración de un futuro anterior plasmado en el mapa-lista del ICEL que ha rescatado Ananías Valenzuela y relanzado en un nuevo formato, de manera que el pasado no solo se sitúa por detrás del tiempo presente, sino también por delante de él. Mediante el relanzamiento de futuros pasados, estas listas convierten futuros que ya se fueron en pasados aún por venir.

Sin duda, los planes pasados se perfilan en el horizonte de la región. La iteración más reciente de estas listas de proyectos hidroeléctricos en la cuenca alta del Magdalena fue hecha en 2013 por Hydrochina, Powerchina y Cormagdalena en el “Plan maestro del Río Magdalena”. En esa ocasión se ubicaron diecisiete represas en una lista-gráfica que resume el plan integral de desarrollo del curso superior del río, en la que se lee: “Guarapas, Chillurco, Oporapa, Pericongo, El Quimbo (Constructing), Betania (Constructed), El Manso, Veraguas, Bateas, Carrasposo, Narino, Lame, Ambalema, Cambao, Honda, Piedras Negras” (Powerchina, Hydrochina Corp. y Cormagdalena 2013, 486). Aún está por verse si la construcción de estas infraestructuras podrá llevarse a cabo. No obstante, lo que me interesa de tales listas es su operación de indexación: su capacidad para vincular lugares en la cuenca del río con posibles infraestructuras hidroeléctricas y encapsularlos en “proyectos” que desafían el paso del tiempo y pueden ser eventualmente reactivados por las redes políticas, económicas y simbólicas que dan vida a estas infraestructuras. El relanzamiento de estos proyectos se remite a los futuros pasados, para evitar que caigan en el olvido, y los trae al presente, dándoles una nueva vida. De este modo, el futuro que podría haber sido se convierte en un pasado por venir, un pasado que acecha el tiempo futuro. Este dispositivo de proyección, lejos de encarnar una temporalidad puramente anticipatoria, se asemeja a la temporalidad de los *proyectos zombis*, que nunca están completamente muertos, que permanecen entre la disipación y la reemergencia, sin terminar nunca de materializarse (Carse y Kneas 2019). En su entrelazamiento, estas listas de futuros proyectos hidroeléctricos mantienen vivo, desde hace más de medio siglo, el futuro zombi de las infraestructuras hidroeléctricas.

## Las propiedades emergentes de los dispositivos

*El poder de persuasión de un relato histórico depende, como el de un acto de magia, de que los artificios de su producción se mantengan ocultos.*

FERNANDO CORONIL (1997, 3)

¿Qué podemos aprender acerca de la transformación histórica del Alto Magdalena llevada a cabo por las infraestructuras hidroeléctricas a finales del siglo XX si atendemos a la invitación de Carlos a entender el proceso a través de la lente de *50 años...?* ¿Qué nos revela una atención etnográfica al archivo *50 años de historia para una realidad* sobre la relación entre la multiplicidad de experiencias temporales y la producción de narrativas históricas hegemónicas?

Lo primero que revela este ejercicio es que *50 años...* no solo es una representación de la construcción de la represa de Betania y su promesa, sino que es parte integral del proceso de producción y reproducción de la infraestructura hidroeléctrica en la región. En este sentido, he mostrado cómo el documental forma parte del trabajo de justificación y legitimación de la represa de Betania, en el que participa mediante la articulación de un dispositivo teológico-político funcional a la constitución de la región como una frontera interna, de su población como un sujeto atrasado y de la generación hidroeléctrica como una intervención modernizante. También he presentado cómo el documental retoma y actualiza un dispositivo técnico-científico que impulsa simbólicamente y materialmente la especulación en torno al potencial hidroeléctrico de la región y que la presenta como una fuerza modernizante. Por último, he explicitado cómo el documental sirve de vehículo a los dispositivos tempo-geográficos que dan nueva vida al tipo de futuros pasados en los que se basan los proyectos hidroeléctricos de la cuenca alta del río Magdalena. De esta manera, sin coincidir enteramente con ellas, el archivo audiovisual y los dispositivos que lo recorren y que este contribuye a ensamblar son parte integral de la dispersión espacial y temporal de las infraestructuras hidroeléctricas en el Huila.

Esta aproximación etnográfica al archivo nos permite entender cómo la vida social de las infraestructuras articula múltiples temporalidades no-lineales y narrativas históricas hegemónicas. Si de la multiplicidad de experiencias temporales de ordenamiento míticas, modernas y zombis que componen *50 años...* puede emerger “una realidad”, es porque en sus operaciones los dispositivos que las articulan están constantemente redibujando los límites entre la ficción y la

historia, entre lo simbólico y lo material, entre el pasado y el futuro, lo que constituye un terreno fértil no solo para la reproducción de los intereses de la industria hidroeléctrica en la cuenca alta del río Magdalena, sino, especialmente, para la naturalización de dichas infraestructuras. En ello consiste su efecto de conjunto: en convertir la infraestructuración de la naturaleza en la naturalización de la infraestructura. Este es, antes que nada, un efecto político, que consiste en ocultar el carácter coyuntural y político de la intervención infraestructural del río.

Hacer evidente el artificio presente en este efecto de conjunto que articula temporalidad e historia en la vida social de las infraestructuras es el primer paso para desarticular su poder de persuasión. En este sentido, los estudios sociales de la infraestructura y de sus temporalidades se benefician de una comprensión que enfatiza no solo la multiplicidad de temporalidades que subyacen a las infraestructuras, sino de las maneras en que dichas temporalidades son articuladas en procesos de síntesis y reducción que producen narrativas históricas hegemónicas. Si la historia de las infraestructuras hidroeléctricas de la cuenca alta del río Magdalena puede ser a la vez coherente y contradictoria, singular y múltiple, es gracias a los poderes de producción de tiempo de los dispositivos que le dan vida, es decir, a su capacidad para reproducir, ensamblar, desensamblar y rearticular diferentes temporalidades y hacerlas funcionar como un todo aparentemente lógico que encubre su propia producción mientras ofrece un terreno fértil para la reproducción de las redes sociales, políticas y económicas que les abren camino a los intereses de la industria hidroeléctrica. Atender a los procesos de multiplicación y síntesis de las temporalidades de las infraestructuras revela que la coherencia del ordenamiento hidroeléctrico del tiempo en el Alto Magdalena, ordenamiento que se presenta a sí mismo como destino, es siempre el resultado de un ensamble contingente y precario.

## Referencias

- Agamben, Giorgio.** 1993. "Time and history: critique of the instant and the continuum". En *Infancy and history: the destruction of experience*, 89-105. Londres: Verso.
- Anand, Nikhil, Akhil Gupta y Hannah Appel, eds.** 2018. *The promise of infrastructure*. Durham: Duke University Press. <https://doi.org/10.2307/j.ctv12101q3.5>
- Andrade, Xavier y Tarek Elhaik.** 2018. "Antropología de la imagen: una introducción". *Antípoda. Revista de Antropología y Arqueología* 33: 3-11. <https://doi.org/10.7440/antipoda33.2018.01>

- Appel, Hannah.** 2018. "Infrastructural time". En Anand, Gupta y Appel 2018, 41-61.
- Appel, Hannah, Nikhil Anand y Akhil Gupta.** 2018. "Introduction: temporality, politics, and the promise of infrastructure". En Anand, Gupta y Appel 2018, 1-38.
- Axel, Brian Keith, ed.** 2002. *From the margins: historical anthropology and its futures*. Durham; Londres: Duke University Press. <https://doi.org/10.2307/j.ctv1131256>
- Ballestero, Andrea.** 2019. *A future history of water*. Durham; Londres: Duke University Press Books.
- Baviskar, Amita.** 2005. *In the belly of the river: tribal conflicts over development in the Narmada Valley*. 2.ª ed. Nueva Delhi: Oxford University Press.
- "Betania privatiza su administración".** 1992. *El Tiempo*, 24 de enero. <https://www.eltiempo.com/archivo/documento/MAM-19657>
- Boelens, Rutgerd, Esha Shah y Bert Bruins.** 2019. "Contested knowledges: large dams and mega-hydraulic development". *Water* 11 (3): 416. <https://doi.org/10.3390/w11030416>
- Bosa, Bastien y Álvaro Andrés Santoyo.** 2010. "Presentación del dossier". *Revista Colombiana de Antropología* 46 (2): 243-248. <https://doi.org/10.22380/2539472X.1067>
- Bowker, Geoffrey C.** 2015. "Temporality". Society for Cultural Anthropology. <https://culanth.org/fieldsights/temporality>
- Braun, Yvonne.** 2020. "Lesotho's white gold: the political ecology of temporality and the economy of anticipation in resource extraction and large dam infrastructural projects". *Journal of Political Ecology* 27 (1): 853-876. <https://doi.org/10.2458/v27i1.23250>
- Buck-Morss, Susan.** 1991. *The dialectics of seeing: Walter Benjamin and the arcades project*. MIT Press Paperback. Studies in Contemporary German Social Thought. Cambridge, MA: MIT Press.
- Cajiao Lenis, Guillermo, dir.** 1984. *Río Magdalena, fuente de energía*. Documental. <https://www.youtube.com/watch?v=9K0FZIFh7Gk>
- Camargo, Alejandro y Juana Camacho.** 2019. "Convivir con el agua". *Revista Colombiana de Antropología* 55 (1): 7-25. <https://doi.org/10.22380/2539472X.567>
- Carse, Ashley.** 2014. *Beyond the big ditch: politics, ecology, and infrastructure at the Panama canal*. Infrastructures. Cambridge, MA: MIT Press. <https://doi.org/10.7551/mitpress/9780262028110.001.0001>
- Carse, Ashley y David Kneas.** 2019. "Unbuilt and unfinished: the temporalities of infrastructure". *Environment and Society* 10 (1): 9-28. <https://doi.org/10.3167/ares.2019.100102>
- Comisión Internacional de Juristas.** 2016. "El Quimbo: megaproyectos, derechos económicos, sociales y culturales y protesta social en Colombia". *International Commission of Jurists* (blog). 15 de marzo. <https://www.icj.org/es/el-quimbo-megaprojects-economical-social-and-cultural-rights-and-protests-in-colombia-new-icj-report/>

- Cons, Jason.** 2020. "Delta temporalities: choked and tangled futures in the Sundarbans". *Ethnos* (14 de mayo): 1-22. <https://doi.org/10.1080/00141844.2019.1697334>
- Coronil, Fernando.** 1997. *The magical state: nature, money, and modernity in Venezuela*. Chicago: University of Chicago Press.
- "De Chile, los nuevos dueños de Betania". 1996. *El Tiempo*, 20 de diciembre. <https://www.eltiempo.com/archivo/documento/MAM-657345>
- Derrida, Jacques.** 2017. *Archive fever: a Freudian impression*. Traducido por Eric Prenowitz. Religion and Postmodernism. Chicago, IL: University of Chicago Press. <https://press.uchicago.edu/ucp/books/book/chicago/A/bo27619045.html>
- D'Souza, Rohan.** 2006. *Drowned and dammed: colonial capitalism and flood control in eastern India*. Delhi: Oxford University Press. <https://doi.org/10.1093/acprof:oso/9780195682175.001.0001>
- Duarte-Abadía, Bibiana, Rutgerd Boelens y Tatiana Roa-Avenidaño.** 2015. "Hydropower, encroachment and the re-patterning of hydrosocial territory: the case of Hidrosogamoso in Colombia". *Human Organization* 74 (3): 243-254. <https://doi.org/10.17730/0018-7259-74.3.243>
- Dussán, Miller.** 2017. *El Quimbo: extractivismo, despojo, ecocidio y resistencia*. Bogotá: Planeta Paz; Asoquimbo. <https://censat.org/es/actividades/lanzamiento-del-libro-el-quimbo-extractivismo-despojo-ecocidio-y-resistencia>
- Elhaik, Tarek.** 2018. "Cogitation". Society for Cultural Anthropology. <https://culanth.org/fieldsights/cogitation>
- . 2019. "Anthropological film fragments from early twentieth-century Mexico: a curatorial problem". Society for Cultural Anthropology. <https://culanth.org/fieldsights/anthropological-film-fragments-from-early-20th-century-mexico-a-curatorial-problem>
- Fabian, Johannes.** 2002. "Virtual archives and ethnographic writing: 'commentary' as a new genre?". *Current Anthropology* 43 (5): 775-786. <https://doi.org/10.1086/342640>
- Ferry, Elizabeth Emma y Mandana E. Limbert.** 2008. *Timely assets: the politics of resources and their temporalities*. School for Advanced Research Advanced Seminar Series. Santa Fe: School for Advanced Research Press.
- Gupta, Akhil.** 2018. "The future in ruins: thoughts on the temporality of infrastructure". En Anand, Gupta y Appel 2018, 62-79.
- Harvey, Penny.** 2018. "Infrastructures in and out of time: the promise of roads in contemporary Peru". En Anand, Gupta y Appel 2018, 80-101.
- Jaramillo, Camilo.** 2016. "Amazonia: a laboratory for fiction". Tesis de doctorado, UC Berkeley. <https://escholarship.org/uc/item/5km6b493>



- Kirsch, Scott y Don Mitchell.** 1998. "Earth-moving as the 'measure of man': Edward Teller, geographical engineering, and the matter of progress". *Social Text* 54: 101-134. <https://doi.org/10.2307/466752>
- Kojola, Erik.** 2020. "Divergent memories and visions of the future in conflicts over mining development". *Journal of Political Ecology* 27 (1): 898-916. <https://doi.org/10.2458/v27i1.23210>
- Koselleck, Reinhart.** 2018. *Sediments of time: on possible histories*. Editado por Sean Franzel y Stefan-Ludwig Hoffmann. Stanford, CA: Stanford University Press.
- Larkin, Brian.** 2013. "The politics and poetics of infrastructure". *Annual Review of Anthropology* 42 (1): 327-343. <https://doi.org/10.1146/annurev-anthro-092412-155522>
- Moore, Jason W.** 2015. *Capitalism in the web of life: ecology and the accumulation of capital*. Nueva York: Verso.
- Muzzopappa, Eva y Carla Villalta.** 2011. "Los documentos como campo. Reflexiones teórico-metodológicas sobre un enfoque etnográfico de archivos y documentos estatales". *Revista Colombiana de Antropología* 47 (1): 13-42. [http://www.scielo.org.co/scielo.php?pid=S0486-65252011000100002&script=sci\\_abstract&lng=es](http://www.scielo.org.co/scielo.php?pid=S0486-65252011000100002&script=sci_abstract&lng=es)
- Observatorio de Conflictos Ambientales.** 1984. "Cesan despachos de materiales para la construcción (Hidroeléctrica Betania, Huila)". [https://conflictos-ambientales.net/oca\\_bd/actions/view/2605](https://conflictos-ambientales.net/oca_bd/actions/view/2605)
- Osorio Valenzuela, Ananías.** 2013. "Sueños, realizaciones y resistencias en torno a las centrales hidroeléctricas del Alto Magdalena durante el siglo XXI". *Revista Academia Huilense de Historia* 64: 113-128. [www.journals.academiahuilensedehistoria.org/index.php/rahh/article/download/59/58+&cd=1&hl=es-419&ct=clnk&gl=ar](http://www.journals.academiahuilensedehistoria.org/index.php/rahh/article/download/59/58+&cd=1&hl=es-419&ct=clnk&gl=ar)
- Powerchina, Hydrochina Corp. y Cormagdalena.** 2013. "The Magdalena River Master Plan". Consultado el 15 de febrero de 2022. <http://repositorio.gestiondelriesgo.gov.co/bitstream/20.500.11762/20018/8/Plan-Maestro-Rio-Magdalena-INGLES.pdf>
- Riles, Annelise.** 2006. *Documents: artifacts of modern knowledge*. Ann Arbor: University of Michigan Press.
- Rodríguez Becerra, Manuel, ed.** 2015. *¿Para dónde va el río Magdalena? Riesgos sociales, ambientales y económicos del proyecto de navegabilidad - Foro Nacional Ambiental*. Bogotá: Foro Nacional Ambiental; Friedrich-Ebert-Stiftung en Colombia. <http://www.foronacionalambiental.org.co/publicaciones/detalle/para-donde-va-el-rio-magdalena-riesgos-sociales-ambientales-y-economicos-del-proyecto-de-navegabilidad/>
- Rodríguez Garavito, César y Natalia Orduz Salinas.** 2012. *Adiós río: la disputa por la tierra, el agua y los derechos indígenas en torno a la represa de Urrá*. Bogotá: Dejusticia. <https://dialnet.unirioja.es/servlet/libro?codigo=738811>

- Salcedo Montero, Camilo Andrés y Andrea Marcela Cely Forero.** 2015. “Expansión hidroeléctrica, Estado y economías campesinas: el caso de la represa del Quimbo, Huila-Colombia”. *Mundo Agrario* 16 (31): 35. [https://memoria.fahce.unlp.edu.ar/art\\_revistas/pr.6743/pr.6743.pdf](https://memoria.fahce.unlp.edu.ar/art_revistas/pr.6743/pr.6743.pdf)
- Scott, David.** 2004. *Conscripts of modernity: the tragedy of colonial enlightenment*. Durham; Londres: Duke University Press.
- Segura, Fernando, dir.** 1993. *50 años de historia para una realidad*. Documental. <https://www.facebook.com/Yaguaramemoria/>
- Serje, Margarita.** 2011. *El revés de la nación: territorios salvajes, fronteras y tierras de nadie*. Bogotá: Ediciones Uniandes.
- Serres, Michel y Bruno Latour.** 1995. *Conversations on science, culture, and time*. Studies in Literature and Science. Ann Arbor: University of Michigan Press.
- Sneddon, Christopher.** 2015. *Concrete revolution: large dams, cold war geopolitics, and the US Bureau of Reclamation*. Chicago: University of Chicago Press.
- Stoler, Ann Laura.** 2002. “Colonial archives and the arts of governance”. *Archival Science* 2 (1): 87-109. <https://doi.org/10.1007/BF02435632>
- Swyngedouw, Erik.** 2015. *Liquid power: contested hydro-modernities in twentieth-century Spain*. Cambridge, MA: MIT Press.
- Trouillot, Michel-Rolph.** 1995. *Silencing the past: power and the production of history*. Boston, MA: Beacon Press.
- Uribe, Simón.** 2017. *Frontier road: power, history, and the everyday State in the Colombian Amazon*. Hoboken, NJ: Wiley Blackwell.
- Weszkalnys, Gisa.** 2015. “Geology, potentiality, speculation: on the indeterminacy of first oil”. *Cultural Anthropology* 30 (4): 611-639. <https://doi.org/10.14506/ca30.4.08>

# Un río infraestructurado: la gestión comunitaria entre el cemento y los movimientos del agua<sup>1</sup>

*Rivers as infrastructure: community management and water movements*

<https://doi.org/10.22380/2539472X.2137>

Recibido: 8 de agosto de 2021 • Aprobado: 14 de febrero de 2022



**Diana Bocarejo**

Universidad del Rosario, Colombia

diana.bocarejo@urosario.edu.co • <https://orcid.org/0000-0003-1173-4758>

## Resumen

El río Magdalena evoca una larga historia de un río intervenido por canales, cemento, dragas y centrales hidroeléctricas. También, puede entenderse a partir de las conexiones y movimientos del agua que permiten el flujo de sedimentos, nutrientes y aseguran la conectividad de los ecosistemas. Busco investigar cómo estas dos visiones se conectan y entrelazan con el análisis de la gestión ambiental local de los ribereños (pescadores y campesinos) del río Magdalena. Por un lado, la gestión depende de y/o responde al análisis de las causas y consecuencias de los cambios en la calidad del agua (contaminación), su cauce y la cantidad disponible, como efecto de las intervenciones de infraestructura. Por el otro, la gestión también debe ser pensada a partir de los patrones de movimiento de expansión del agua que inundan o secan zonas como marismas y playas, que definen momentos de mayor o menor caudal y la presencia de peces, entre otros. Argumento que las formas de gestión ribereña son prácticas derivadas de diversas conexiones parciales entre personas, animales y movimientos del agua, materialidades y sus múltiples promesas que transgreden la oposición de estas dos perspectivas de un río infraestructurado.

**Palabras clave:** río infraestructurado, infraestructura y antropología, gestión del agua, gobernanza del agua.

- 1 Agradezco el trabajo de Natalia Giraldo y Fernanda Preciado con respecto a la sistematización de experiencias de gestión ambiental local del río Magdalena, el apoyo de Valeria Gómez en la revisión del borrador de este trabajo, las sugerencias del equipo editorial de la *RCA* y de sus evaluadores, y los comentarios de los participantes del seminario-taller “Etnografías sobre infraestructuras, espacio y poder”, organizado por Alejandro Camargo y Simón Uribe.

## Abstract

The Magdalena River evokes the long history of a river intervened by canals, cement, dredges and hydroelectric power plants. It can also be understood from the connections and movements of water that allow the flow of sediments, nutrients and ensure the connectivity of ecosystems. I seek to investigate how these two visions connect and intertwine with the analysis of the local environmental management of riverside communities (fishermen and farmers) of the Magdalena River. On the one hand, management depends on and/or responds to the analysis of the causes and consequences of changes in water quality (pollution), its channel and available quantity, as an effect of infrastructure interventions. On the other hand, management should also be based on the movement patterns of water expansion that flood or dry out areas such as marshes and beaches, which define moments of greater or lesser flow and the presence of fish, among others. I argue that forms of riparian management are practices derived from diverse partial connections between people, animals and water movements, materialities and their multiple promises that transgress the opposition of these two perspectives of an infrastructural river.

**Keywords:** rivers as infrastructure, infrastructure and anthropology, water management, water governance.

“Un río infraestructurado” evoca la larga historia de los ríos intervenidos, por ejemplo, por canales, cemento, dragas e hidroeléctricas. Este es el caso del Magdalena, cuya historia tiende a narrarse a través de los relatos de valientes viajeros y la destreza de grandes colonizadores e ingenieros que han subordinado por siglos las muchas “otras” historias e, incluso, vidas del río. Los pescadores y campesinos ribereños, al igual que los bosques, aves, peces o manatíes, han tenido, para bien y para mal, que convivir con puentes, hidroeléctricas, ferrocarriles, oleoductos, caminos, barcasas y vapores. Algunas infraestructuras se han venido abajo y están en ruinas. Otras colapsan año tras año. Muchas otras se mantienen y su fuerza parece estar, más que en la dureza y estabilidad de sus materiales, en las promesas que siguen evocando —en eso se parecen mucho a la historia del Estado colombiano—.

Pensar con las infraestructuras hace parte de un interés creciente por teorizar desde la perspectiva del prefijo *infra-*, que significa lo que está debajo o en la base de. Esto supone analizar los entramados materiales que sostienen cosas (construcciones, edificios, puentes, hidroeléctricas), pero también instituciones, ideas y conexiones ecosistémicas y humanas. A partir de esta idea general, el concepto se ha utilizado de muchas maneras. En la economía fue base de las teorizaciones sobre las fuerzas productivas y las relaciones de producción. En la literatura antropológica contemporánea las infraestructuras se refieren a los sistemas “duros” que facilitan la distribución de personas, energía, agua, desechos e información; y más recientemente se ha utilizado el término para entender sistemas sociales

“blandos” que sostienen la educación, la gobernanza o la salud pública (Carse 2012). Como explicó Stuart Hall mucho antes, las infraestructuras “son medios a través de los cuales los mensajes se transmiten” (1997, 10)<sup>2</sup>. En el caso del río Magdalena el mensaje es fuerte y claro: explotar el río como vehículo para erigir las promesas del Estado. Aunque este marco de interpretación sea prevalente, “les damos significado a las cosas por el modo en que las utilizamos o las integramos en nuestras prácticas cotidianas” (Hall 1997, 3). Las infraestructuras se configuran material y simbólicamente en diversas prácticas cotidianas de uso, experimentación, alteración o disputa.

Como categoría analítica, un río infraestructurado evoca la manera en que la naturaleza —en este caso un río— puede concebirse como una

infraestructura que presta servicios críticos para las comunidades humanas y las economías [...] se trata de la idea de que los bosques, los humedales, los arrecifes y otros paisajes, si se organizan adecuadamente, prestan servicios (almacenamiento, purificación y transporte de agua; mitigación de inundaciones; mejora de la calidad del aire; regulación del clima, etc.) que facilitan la actividad económica y el desarrollo. (Carse 2012, 540)

En efecto, las muchas historias de colonización y las apuestas de desarrollo económico del río Magdalena han girado alrededor del comercio desde la época de la Colonia y, luego, en torno a la explotación de petróleo, la agroindustria y la producción de energía. Sin embargo, hay otra arista analítica que me interesa explorar a través de esta categoría: la manera en que también hacen parte de esas historias y apuestas, no solo los puentes e hidroeléctricas, sino las conexiones y movimientos naturales del agua que permiten los flujos de sedimentos y nutrientes, y aseguran la conectividad de los ecosistemas.

Busco indagar cómo estas dos miradas de un río infraestructurado se conectan y entrelazan con los análisis de la gestión ambiental local de los ribereños (pescadores y campesinos) del Magdalena. Algunas de estas conexiones incluyen, por ejemplo, el análisis de las causas y consecuencias de los cambios en la calidad del agua (contaminación), su cauce y cantidad disponible, en cuanto efectos de las intervenciones de infraestructuras como hidroeléctricas, canales o diques. Otras conexiones suponen entender de qué modo “los regímenes de control del agua se ven influenciados por las propiedades físicas del agua y sus comportamientos

2 Todas las traducciones son propias.

específicos [...] la fluidez del agua, la dificultad para capturarla y contenerla inevitablemente desafía las certezas de propiedad y control” (Strang 2019, 173). En efecto, la gestión también debe pensarse teniendo en cuenta estas características naturales, constantes y fluctuantes, con base en las cuales se definen patrones de movimiento de expansión del agua que inundan o secan áreas como las ciénagas y los playones, que definen momentos de mayor o menor caudal y presencia de peces, entre otros. En suma, las formas de gestión de los ribereños son prácticas derivadas de diversas conexiones parciales entre personas, animales y movimientos del agua, materialidades y múltiples promesas que transgreden la oposición de estas dos miradas de un río infraestructurado.

Este artículo es el resultado de una exploración fundada en mi trabajo etnográfico y el de otros colegas historiadores, antropólogos, ingenieros, abogados y biólogos sobre el río Magdalena. En el marco de mi interés por descentrar la discusión de la gestión y la gobernanza ambiental como un esfuerzo únicamente limitado a las políticas públicas de las instituciones estatales y a las regulaciones normativas del Estado, he tratado de analizar por los últimos seis años los arreglos comunitarios alrededor de los bosques, aguas y suelos; en particular, en la ciénaga La Rinconada (Magdalena). A través de los análisis realizados por otros colegas, del trabajo de archivo y de entrevistas en campo en alrededor de otros diez poblados ribereños de la cuenca del Magdalena, también he analizado los esfuerzos locales por definir acuerdos territoriales sobre artes y temporadas de pesca, áreas de cultivo individual y comunitario, siembra de árboles y planes de manejo comunitario, entre otras cuestiones.

A nivel metodológico y analítico, pensar con las infraestructuras implica una cierta flexibilidad para no dar por sentadas dichas materialidades ni asumir que “ya sabemos lo que son y hacen” (Jensen 2010, 20). Esta flexibilidad es propia del ejercicio antropológico en un campo de estudio que emerge a través de las interacciones, conexiones y estancamientos entre materiales, ideas y múltiples actores que, en este artículo, evocan diferentes temporalidades y espacios. Este artículo no busca profundizar sobre lugares concretos sino más bien mostrar, a partir de diversos ejemplos, las posibles conexiones y entrelazamientos entre los análisis de un río infraestructurado y los de gestión local.

En la primera parte analizo brevemente las dos maneras predominantes de pensar el río Magdalena como un río infraestructurado, desde la perspectiva de algunas de las contradicciones que generan las hidroeléctricas en su cuenca alta. En la segunda sección exploro, con base en el trabajo de diversos historiadores,

la relevancia de entender el pluralismo jurídico y la posición política de ribereños como los bogas para evocar discusiones relevantes sobre gestión. Finalmente, a la luz de varios ejemplos de gestión comunitaria a lo largo de la cuenca, presento nuevas miradas y posibilidades para entender los entramados socioambientales inmersos en un río infraestructurado, y analizo las conexiones parciales que emergen con las diversas ideas acerca de este.

## El silenciamiento de los ribereños entre dos ríos infraestructurados

Son dos las infraestructuras que, a lo largo de la historia, han generado profundas discusiones y rupturas en la gestión del río Magdalena: las hidroeléctricas de Betania y de El Quimbo. La primera comenzó a funcionar en los años ochenta y la segunda en el año 2015. Domar el río —o tratar de hacerlo— para producir energía es un artificio que no deja de ser sorprendente. El entramado infraestructural de cada hidroeléctrica supone entender el uso de la topografía —en particular la altura del río—, dirigir la fuerza, velocidad y movimiento del agua, y transformar su energía (Ideam 2018; UPME 2015).

El nexo agua-energía se ha leído como una forma de aprovechamiento ambientalmente “limpio” porque no utiliza energía proveniente de fuentes fósiles y porque, de esta manera, se alinea con los “objetivos de desarrollo sostenible”. Sin embargo, son muchos y bien conocidos los conflictos socioambientales que han provocado o alimentado las hidroeléctricas en el mundo. Entre estos están el desplazamiento forzado, el empobrecimiento, los cambios y la pérdida de medios de vida, los impactos de deforestación, la degradación de ecosistemas y los daños a la biodiversidad. Las transformaciones más reportadas, según explican algunos biólogos, tienen que ver con “el cambio en la estructura del ensamblaje ribereño original producto de la modificación que genera un embalse en las condiciones del sistema ribereño (flujo unidireccional, altas velocidades de agua, turbulencia)” (Jiménez-Segura *et al.* 2014, 15).

Los campesinos y pescadores que viven cerca de las hidroeléctricas han creado a lo largo de los años varios tipos de organizaciones sociales y políticas con el fin de reinventar, a partir de ellas, sus vidas campesinas, que antes estaban ligadas con los cultivos y con la pesca en un río no represado. Como explica Luis, uno de los pescadores de Hobo, en el Huila:

Betania prometía progreso, que miraran para esta zona del país, mucho trabajo, nuevas oportunidades que uno se soñaba, aunque con el miedo de que todo fuera mentiras o que fuera para los de siempre en el Huila, o del interior del país, y resultó más bien que el miedo sí fue verdad. (Comunicación personal, Hobo, noviembre de 2018)

Betania fue una gran promesa de la década de los setenta: una represa multi-propósito para que las poblaciones circundantes pudieran participar en el desarrollo del turismo, la siembra de peces, “más trabajo y nuevas oportunidades”, como dice Luis. Las promesas incumplidas de progreso, y sobre todo de bienestar social y ambiental, se vieron aún más opacadas por los impactos negativos de las represas y por la alarmante caducidad de Betania, ya que las represas tienen una vida útil limitada. Las hidroeléctricas en la cuenca iluminan los dos sentidos más extremos de un río infraestructurado: los reclamos por la naturalidad del río (sus movimientos y conectividades) y las múltiples técnicas de aprovechamiento del río (en particular en este punto de la cuenca, a gran escala).

Para muchos expertos en hidrología y biología, “la falta de visión de cuenca ha ocasionado que el río sea analizado por quienes ejecutan obras civiles como un ‘canal hidráulico’ y no como la interacción de diferentes ambientes biológicos, geológicos y sociales” (J. D. Restrepo 2015, 310). De esta forma, uno de los conceptos sobre los cuales se construye la noción de un río infraestructurado natural es el de la conectividad. Las hidroeléctricas, más que muchas otras infraestructuras, transforman la noción misma de conectividad del río. Como explica Hodgetts, “las ecologías dependen de la conectividad, y cuando esta está en riesgo de perderse, las ecologías se desconfiguran. Es así como la fragmentación del hábitat se ha convertido en un síntoma familiar y una causa subyacente de degradación ecológica” (2017, 456).

Esta conectividad está ligada a los movimientos del agua y la “salud” del río: a la “capacidad de suministrar la mayor diversidad de servicios” (Vilardy 2015, 7). Esta hidrología permite caracterizar la disponibilidad de agua en los sistemas fluviales y su relación con procesos físicos y ecológicos, ya que la estacionalidad de los caudales (los periodos húmedos y secos alternados en el año) está asociada a los ciclos de vida de diferentes especies de peces y a la floración y fructificación de la vegetación (Garzón y Gutiérrez 2013; Jaramillo, Flórez-Ayala y Cortés-Duque 2016; Jiménez-Segura *et al.* 2014; J. D. Restrepo 2015). El caudal del río Magdalena fluctúa constantemente y depende de las temporadas de lluvias y sequías; tiene un régimen bimodal, es decir, dos temporadas de aguas altas y dos temporadas secas (Sáenz 2015). Para que el río y las muchas vidas puedan vivir allí, se necesita



un nivel mínimo que en numerosas ocasiones ha sido amenazado por la presencia de infraestructuras, como las hidroeléctricas y los embalses, que han empezado a modificar los flujos del agua.

En este contexto, ¿cómo analizar la gestión comunitaria? En un primer momento de esta reflexión es posible pensar que ninguna de estas dos nociones —el río atravesado por infraestructuras y el río como una infraestructura en sí misma— parece incluir activamente a los ribereños, excepto para considerarlos como barreras para el desarrollo y la conservación. Se espera que los ribereños se apropien y creen las promesas de un río infraestructurado en dos sentidos: el del desarrollo y el progreso de materialidades como las de las hidroeléctricas, o el de la conservación ambiental teniendo en cuenta los flujos y conexiones naturales del río. Si se analiza desde el lente de los campesinos y pescadores ribereños, esto implica, por una parte, esperar a que se cumplan las compensaciones de los proyectos infraestructurales y, por otra, a que el desarrollo de otras alternativas económicas los incluya activamente. Los y las ribereñas esperan. El río infraestructurado, como un río intervenido, genera una forma de gestión local basada en la espera. Esta es una forma de política muy común en América Latina: la espera del cumplimiento, la paciencia para lidiar con los cambios de gobierno o los dueños de las empresas, la cauta esperanza de los viejos y nuevos proyectos que prometen incluir a la población de manera más equitativa y la dificultad de entender si los cambios jurídicos (por ejemplo, la declaración del río como sujeto de derechos) pueden llevar a su inclusión de alguna manera.

Tal y como ha explicado Javier Auyero, en América Latina, “lo que encontramos en lugares muy distintos, como esperar por un documento, esperar por un subsidio habitacional o un plan alimentario o seguir esperando en una zona contaminada, es que la espera funciona como un mecanismo de dominación” (citado en Damin 2014, 408). Esta es una “estrategia sin un estratega”. Es decir, no es que alguien haga esperar intencionalmente a la población, sino que esa es la manera en que se ejerce el poder político (Damin 2014, 408). En relación con las promesas de las infraestructuras, Hetherington argumenta que estas producen “una temporalidad lineal que organiza aspectos del paisaje en un pasado natural y un futuro civilizado [en el que] los campesinos viven en un futuro perfecto, en un tiempo gramatical suspendido que un día será el pasado de un futuro mejor” (2016, 41).

Lo interesante aquí es entonces cómo las infraestructuras sirven para dilatar aún más esa espera. Son intervenciones que muestran que algún gobierno finalmente logró terminar algo. En el sentido común de la ciudadanía, muestran además cómo, a pesar de los muchos entramados de corrupción, una infraestructura

funciona —por lo menos, se dice, no se robaron todo o no se convirtió en otro temido elefante blanco—. La espera se alimenta de la grandeza misma del cemento, de las turbinas, del funcionamiento diario de una empresa de producción de energía, y del anhelo de que algo de esa capacidad se dirija a las poblaciones campesinas y pescadoras. Sin embargo, esa súbita capacidad estatal para erigir una infraestructura de magnitudes como las de las hidroeléctricas es proporcional a las promesas fallidas de inclusión y equidad hechas a las poblaciones locales. Como explica un pescador de Hobo:

Lo más complicado ya se hizo con la construcción de esas hidroeléctricas gigantes y todo el tiempo ha sido esperando y esperando a que los proyectos productivos se hagan y cuajen, o a ver si llega algún reconocimiento de todos los daños que se han hecho. (Comunicación personal, Hobo, abril de 2016)

Como en el trabajo de Simón Uribe (2017) sobre la carretera y el puente suspendido que nunca terminan de construirse en el Putumayo, en este caso las hidroeléctricas y muchas otras infraestructuras del río siguen siendo proyectos materiales y simbólicos no terminados —aunque estén en funcionamiento—. Por un lado, debido a las múltiples relaciones entre los ribereños y su interacción cotidiana con las infraestructuras que pueden no haber estado planeadas en su diseño. Por ejemplo, los pescadores han generado diversas estrategias para pescar dentro de los embalses de las hidroeléctricas de Betania y El Quimbo, en áreas aledañas o entre los dos embalses. Y por otro, debido a que, como en el caso analizado por Uribe (2017), el futuro y el pasado parecen disolverse en un presente continuo e incierto lleno de promesas incumplidas.

Hasta ahora, en este apartado he señalado una cara del binarismo: cómo es que los ribereños han tenido que construir arreglos y políticas locales para subsistir en un río atravesado por infraestructuras como hidroeléctricas, represas y embalses. Desde la otra cara, bajo la noción de un río infraestructurado natural —o de la intención de recuperarlo—, los ribereños no parecen tampoco poder involucrarse de manera sustancial. La razón, en gran medida, es que los lenguajes y las políticas relacionadas con la conservación en Colombia parten en su mayoría de una noción de no-uso, prohibición y desarticulación entre lo natural y lo humano. Desde esta perspectiva no es extraño que las compensaciones “ambientales” se desliguen completamente de los reclamos y discusiones por el bienestar y la equidad de las poblaciones circundantes. Por ejemplo, con la construcción de El Quimbo, la licencia ambiental exigió realizar “un proceso de restauración

ecológica por 20 años del ecosistema de bosque seco Tropical sobre un área de 11 079 hectáreas [...] considerado como el más grande del país” (“Resumen Plan Restauración” 2019). Este proceso se ha cuestionado por ser de obligatorio cumplimiento, por la poca transferencia de conocimiento hacia las comunidades y por el desconocimiento técnico de las acciones que se adelantan en el área (González Peña 2018). Más allá de la comunicación y transferencia de conocimiento, lo que está en juego es el reconocimiento de la vida de los campesinos y pescadores en el territorio, sus saberes e historias entrelazadas con el río y las tierras de cultivo que quedaron inundadas. El reclamo y la distancia con respecto a este tipo de procesos son un resultado del mismo binarismo que implica un río infraestructurado: los ribereños entran a hacer parte tanto de un grupo homogéneo de “personas” separado de la naturalidad del río como de una noción —igual de homogénea— de “ciudadanos” que deberían alegrarse por la garantía del servicio de energía y las promesas del desarrollo en Colombia.

## Pluralismo jurídico e infraestructuras: legibilidad y gestión de los ribereños

La poca inclusión de los ribereños en lo que se refiere a la intervención de las hidroeléctricas y también a las prácticas de conservación asociadas con procesos de restauración ecológica supone una pregunta que no es sencilla: ¿cómo han participado los ribereños en los proyectos de infraestructura y, más ampliamente, en la gestión de la cuenca? En este apartado no pretendo hacer un análisis exhaustivo sobre el tema, pero sí introducir algunas discusiones alrededor del pluralismo jurídico y de la interlegalidad que han sido sustanciales para entender —en el pasado y en el presente— parte de la gestión o gobernanza del río. El concepto de *pluralismo jurídico* se refiere a “la pluralidad de ordenamientos jurídicos coexistentes, generados y utilizados por diferentes conjuntos de actores, con diferentes fuentes de legitimidad” (Benda-Beckmann, Benda-Beckmann y Eckert 2016, 4; véase también Goodale y Merry 2017). El de interlegalidad se refiere a la manera como

la vida socio-legal está constituida por diferentes espacios legales que operan simultáneamente en diferentes escalas y desde diferentes puntos de vista interpretativos [...] [C]omo resultado de la interacción e intersección entre espacios legales no se puede hablar propiamente de ley y legalidad, sino de interlegalidad. (Sousa Santos 1987, 288)

El concepto surge del reconocimiento de los diversos contextos multiculturales que se dieron como resultado de los procesos de colonización, y de las normas y acuerdos sociales que se definen en contextos no propiamente concebidos como jurídicos (como la escuela, sectores económicos, iglesias, formas organizativas colectivas, entre otros). En esta y la siguiente sección me interesa en particular retomar dos discusiones: de un lado, la forma en que la historia del río infraestructurado implica complejos entramados de arbitraje e instrumentalismo jurídico a partir de los cuales las prácticas y acuerdos de los ribereños se definen y disputan; y, de otro, las muchas prácticas que, de manera (i)legible para el Estado, intervienen activamente en la gestión del río.

Muchos años antes de las hidroeléctricas, en épocas de la Colonia, el río Magdalena se concibió como una infraestructura natural habilitante de la navegación y como el eje principal de la colonización y del comercio global. Para fines comerciales, por el río se transportaron tabaco, quina, oro, algodón, cuero y luego café, entre otros productos. La navegación estuvo articulada con redes de caminos; la expresión “todos los caminos llevan al río” evoca la predominancia del Magdalena y de la navegación como eje articulador en el intercambio de objetos, personas y saberes. Desde y hacia el río se han erigido las principales infraestructuras de transporte en Colombia: el primer puente de metal, los caminos, los ferrocarriles y los hidroaviones, entre ellas (Empson 1836; Meisel Roca 2014; Nieto 2011; Peñuela 2000; Pereira Gamba 1870; B. Restrepo 1998; Wiener *et al.* 1884). Muchas de estas infraestructuras y sus diversas representaciones y descripciones, escritas y pictóricas, evocan los anhelos y añoranzas de los proyectos de infraestructura que “se configuran en relación con la comprensión moderna del futuro, como un tiempo/espacio de potencialidad para el cambio y la mejora” (Harvey 2018, 80). Como explica Boyer (2017), las infraestructuras se conciben como artefactos que permiten que las cosas sucedan, y su escala y su ubicuidad sugieren una noción de perdurabilidad, una temporalidad y magnitud que van más allá de sus propios elementos materiales.

Quisiera complementar estas lecturas sobre infraestructura analizando las prácticas de sujetos de los sectores populares, algunos ribereños, para repensar y descentrar la enorme causalidad que se les podría imputar a las infraestructuras y las (im)posibilidades de la acción humana frente a su poderío. La visibilización de la presencia y del rol de los ribereños se ha planteado desde diversos enfoques históricos. Por una parte, Ana María Otero-Cleves (2017) destaca cómo el comercio, sostenido por la navegación del río, comenzó a incluir clientes de las clases populares que lograron incluso establecer pedidos específicos de herramientas

como machetes y textiles que provenían de compañías de Europa y Estados Unidos. Por su parte, los trabajos sobre los bogas de Bonil-Gómez (2018), Solano (1998) y McGraw (2014) cuestionan la posición política y económica de algunos sectores sociales populares. Casi al unísono, la gran mayoría de contribuciones sobre la historia del río Magdalena y su relevancia para el proceso de formación del Estado narra la historia de valientes e intrépidos exploradores que inauguraron una y otra vez la navegación por un río difícil, lleno de sedimentos, con aguas turbias y sin la profundidad necesaria para el desarrollo de una flota moderna. La navegación en el siglo XVIII pareciera una extensión de la fuerza y el coraje mismo de los bogas. Hay varias descripciones de viajeros, entre las cuales se destacan las de Humboldt:

Es muy pintoresco cuando estas figuras bronceadas de fuerza atlética, avanzan poderosamente apoyados en la palanca [...] A pesar de lo admirable de esta demostración de fuerza humana, yo hubiera deseado admirarla por menos tiempo [...] Pero lo más enojoso es la bárbara, lujuriosa, ululante y rabiosa gritería, a veces lastimera, a veces jubilosa; otras veces con expresiones blasfemantes, por medio de las cuales estos hombres buscan desahogar el esfuerzo muscular. (Citado en Noguera Mendoza 1980, 147)<sup>3</sup>

La historia de los champanes y bogas está llena de descripciones, muchas fabulosas en sus narrativas sobre otros temas, como la falta de cortesía e indomabilidad del río y también de los bogas. Así, por ejemplo, en uno de sus viajes por el Magdalena, Felipe Pérez, político del siglo XIX, cuenta que “las gentes de estas tierras, lejos de tener la cortesía, y mucho menos la dulzura de las del centro y norte de la república, tienen por el contrario, toda la insolencia de las razas alzadas” (citado en Noguera Mendoza 1980, 114).

Sin embargo, al sostener la navegación, los bogas lograron cierta ambigüedad en su legibilidad política, una ambigüedad crucial para movilizar sus propias aspiraciones. Si bien las infraestructuras son importantes, de ninguna manera abarcan ni saturan la forma en que las personas viven en el mundo ni los significados que

.....

3 Son muchas las representaciones de los bogas del río Magdalena, que incluyen, entre otras, las acuarelas de François Désiré Roulin, *Navigation sur la Magdalena (Navegación en el Magdalena, 1823, Colección de Arte del Banco de la República, <https://www.banrepcultural.org/coleccion-de-arte/obra/navigation-sur-la-magdalena-navegacion>); y de Edward Walhouse Mark, *Bogas del Magdalena* (s. f., Colección de Arte del Banco de la República, <https://www.banrepcultural.org/coleccion-de-arte/obra/bogas-del-magdalena-ap0106>).*

le dan (Lockrem y Lugo s. f.). Con esta premisa se ha abierto una gran variedad de estudios contemporáneos que muestran cómo diversas personas definen y reinventan sus prácticas y su rol en el funcionamiento cotidiano de las infraestructuras (Anand 2017). Los bogas eran afrodescendientes libres en la Colombia del siglo XVIII: “su estatus libre y su alta movilidad espacial plantearon varios desafíos a las autoridades locales y del virreinato, quienes no se pusieron de acuerdo sobre qué estatus tenían los bogas, ni qué tribunal tenía jurisdicción sobre ellos” (Bonil 2018, 183). Más aún, los bogas fueron más que simples peones en esta lucha por el poder; fueron actores activos que defendieron vigorosamente su existencia como sujetos corporativos con fueros y generaron controversias sobre su jurisdicción (Bonil 2018, 189).

Lo clave aquí es que los primeros imperios modernos se mantuvieron unidos no a pesar de, sino gracias a la coexistencia y los conflictos de diferentes esferas jurisdiccionales, ya que estos legitimaron y reforzaron el papel del monarca como árbitro (Bonil 2018). En las pugnas actuales alrededor del uso y la gestión del río, ¿cuáles serían estos árbitros y de qué manera estos conflictos contemporáneos arrojan luces sobre los procesos de legitimidad y de soberanía política? En las democracias liberales, el arbitraje supone un contrato social que dicta las bases de los derechos y deberes de los ciudadanos, pero en la práctica parte de un complejo instrumentalismo jurídico y una intrincada gestión jurisdiccional (Muñoz-Ávila 2012; Riles 2005; G. A. Rodríguez 2021). El arbitraje es complejo. Por ejemplo, volviendo al caso de la construcción de El Quimbo, se evidenciaron diversos tecnicismos para definir y redefinir las jurisdicciones que permitirían su construcción, licenciamiento, llenado y funcionamiento. Entre estos tecnicismos estuvieron la sustracción parcial de reservas forestales, el uso de “conciliaciones extrajudiciales” para “justificar la reducción de costos ambientales y sociales”, o el hecho de que el Ministerio de Minas y Energía declarara de “utilidad pública e interés social” la construcción de la represa hidroeléctrica en un momento en que la empresa debía plantear la necesidad del desalojo de comunidades locales (Dussán, Planeta Paz y Asoquimbo 2017). De hecho, como argumenta Valverde, estos tecnicismos, con los cuales se definen jurisdicciones, “pueden generar un ‘mal’ pluralismo legal (en el sentido de que los derechos y protecciones ganados en una escala son a menudo invisibles en otras escalas)” (2009, 142). Es decir, pueden coexistir diversas estrategias jurídicas de inclusión y participación local, pero dicho instrumentalismo jurídico es crítico para entender tanto las disputas como las posibilidades políticas de los ribereños en este caso.

Hoy en día, al instrumentalismo jurídico y las maniobras para definir jurisdicciones y escalas se suman las pocas garantías que tienen los pescadores y

campesinos como subjetividades políticas jurídicamente visibles. A pesar de sus largas y crecientes formas de organización social, las acusaciones sobre insurgencia y depredación ambiental han dificultado aún más el reconocimiento de sus prácticas de gestión territorial. Ni en estrategias progresistas, como los recientes reconocimientos de los derechos de la naturaleza en Colombia, ni en el caso particular de la sentencia sobre el río Magdalena (Corte Constitucional 2016, Sentencia T-622), se reconoce el estrecho relacionamiento de los pescadores y campesinos con el río y sus esfuerzos colectivos de gestión ambiental.

En suma, para entender algunas de las posibilidades y disputas de los ribereños en torno a la gestión del río, es fundamental analizar las complejidades con respecto a su reconocimiento y subjetividad jurídica. Dicho reconocimiento incluye, en parte, la manera en que sus oficios se consideran como dependientes y/o sustanciales, o no, para el mantenimiento de ciertas infraestructuras del río, como fue el caso de los bogas y, más recientemente, de los pescadores.

## Formas de gestión comunitaria

Los pobladores ribereños viven y definen sus aspiraciones de vida con un río lleno de movimientos, conexiones y cambios, inmersos en un río infraestructurado. Esta última discusión versa precisamente sobre las prácticas cotidianas y los acuerdos individuales, familiares o comunitarios que no parten de dividir el río en una infraestructura natural y otra intervenida. Dichos acuerdos y decisiones incluyen, por ejemplo, definir cómo se actúa ante una emergencia climática y/o de contaminación repentina (o habitual); cuándo se pesca, cómo y cuánto; qué agua se bebe; dónde y cómo se cultiva; cuáles árboles se talan o se plantan; qué modos de vida se mantienen; y las múltiples valoraciones frente a los oficios ligados con el río, los suelos y los bosques.

La primera discusión implica repensar la gestión de los ribereños desde la perspectiva de la coexistencia de complejos entramados infraestructurales. En los estudios etnográficos hay una apuesta por analizar la formación emergente de las infraestructuras como producto de relaciones y procesos heterogéneos llenos de expansiones y retrocesos, en los que las infraestructuras y su funcionamiento “nunca existen en un sentido absoluto” (Karasti y Blomberg 2018, 7). La gestión local, que abarca prácticas sociales de uso y manejo del agua, de los bosques y los suelos, está ligada a los movimientos o estancamientos del agua, de los peces y los sedimentos, y a las temporadas climáticas, que son cada vez más impredecibles.

Para ejemplificar este tema muestro brevemente dos casos sobre cómo se definen algunas prácticas de gestión local asociadas con la pesca. Entender la pesca que realizan los ribereños en la ciénaga de Mallorquín (Barranquilla) implica conocer los enormes cambios e intervenciones —viejas y nuevas— hechas, por un lado, a través de rellenos para infraestructura portuaria y basureros o asentamientos urbanos y, por otro, a través de las aguas y basuras que viajan por los arroyos y llegan hasta la ciénaga. La pesca es un oficio inmerso en las conexiones de las aguas, las basuras, el crecimiento de la ciudad y las modificaciones drásticas que se generaron por pasar de pescar en agua dulce a hacerlo en el mar. Cuatro miembros de diferentes asociaciones de pescadores, catorce de ellas de los barrios La Playa y Las Flores, explican que

la ciénaga era de agua dulce como las demás; eran unas quince según nuestros ancestros. Esto era grandioso: un delta del río Magdalena. Pero resulta que en los años treinta hicieron tajamares en Boca de Ceniza. Tú sabes que los empresarios aquí tienen otra manera de pensar [...] cambiaron toda la dinámica. (Comunicación personal, Mallorquín, julio de 2016)

Estos líderes también cuentan que una de sus gestiones fue tratar de impulsar ante entidades del Gobierno la instalación de una trampa de basuras que “recoge de 19 a 22 toneladas de residuos”, crear viveros y sembrar mangle para ayudar a que el mar “no se siga comiendo la ciénaga tan rápido. Este año [2021] la producción fue aproximadamente de 45 000 plantas de mangle que estamos sembrando las organizaciones” (comunicación personal, La Playa, julio de 2021). Cada una de estas dinámicas incluye explicaciones sobre las infraestructuras socioambientales que buscan reorientar o impulsar. Con respecto a la pesca, algunos de los líderes de las asociaciones dicen: “Estamos tratando de buscar que el pescador tenga manera de subsistir: pegamos un brinco pescando en el mar. Antes esta era la despensa de agua dulce que surtía pescado a Barranquilla” (comunicación personal, La Playa, julio de 2021). El oficio de la pesca y la vida misma alrededor de la ciénaga están lejos de poder separar un río infraestructurado natural de otro intervenido. Las decisiones, aspiraciones y formas de gestión parten de estos constantes flujos, de los cambios y estancamientos —a veces paulatinos, a veces drásticos— sobre los cuales se han ido definiendo nuevos modos de vida.

De manera generalizada, en las ciénagas del bajo Magdalena los cerramientos o aperturas de los caños que se extienden desde diferentes ríos y afluentes, con el objetivo de construir carreteras, diques o áreas de cultivo, han generado cambios



constantes en la forma de gestionar localmente las épocas de lluvia y creciente del río y las épocas de sequía. Estas dinámicas evidencian los movimientos y también los estancamientos que han producido complejos conflictos e inestabilidades sociopolíticas (Camargo 2021). Muchas de estas intervenciones son hechas por fuera del alcance y la decisión de los pobladores locales, mientras que otras son impulsadas por ellos mismos. En la ciénaga La Rinconada, por ejemplo, pescadores y campesinos narran cómo en la década de los setenta se selló el caño Lobato, por el que entraba la mayor cantidad de agua y de peces del río Magdalena a la ciénaga, y se dejó una única entrada —más pequeña y menos profunda (el caño MENCHINQUEJO)— que se usaba como vía de comunicación y que se fue cerrando con vegetación acuática (tapón) cuando se habilitaron otras rutas terrestres. Como resultado, al cambio de la profundidad del caño y en general de la ciénaga debido a la sedimentación se sumó el hecho de que la conexión con el río se hizo menor.

Como explica Edgar, un pescador de la zona, “cuando el río se comunica con la ciénaga, se mete bastante cantidad de peces, y cuando no se comunica, estamos empobrecidos porque no le entra nada” (comunicación personal, febrero de 2019). Las decisiones y motivaciones para abrir y limpiar ciertas partes del caño o cerrar otras están relacionadas con una larga tradición de pesca en algunos municipios en los que hombres y mujeres se dedican a este oficio, y “viven de la ciénaga” y de los cultivos en las tierras comunitarias. En estas áreas es usual escuchar expresiones como “la madre ciénaga y el padre higo [nombre de la tierra comunitaria]”. En algunos momentos de fuerte sequía se cierra un poco la conexión entre el caño y el río con bultos de arena para evitar que la ciénaga pierda gran parte de sus aguas y peces. Son diversas las prácticas alrededor de lo que localmente se llama “celar” o “cuidar” la ciénaga y los bosques: en algunos años, la prohibición del uso del trasmallo, la observación de horarios de pesca que incluían “dejar descansar la ciénaga el domingo”, la captura de alevinos en los caños circundantes, el uso de las semillas nativas y la construcción de viveros para plantar árboles en diversos lugares, como en algunas tierras colectivas cuyos árboles abastecen el uso local (en particular para la construcción de casas y de leña para cocinar).

Todas estas decisiones se entrelazan con dinámicas socioambientales relacionadas con los cambios drásticos o fluctuantes de un río infraestructurado. En la teoría antropológica se ha desarrollado el concepto de *conexiones parciales*, que se ha utilizado para reevaluar la idea de la estabilidad material y simbólica de las infraestructuras. Ese concepto ha mostrado que las infraestructuras “son bastante incoherentes y solo parcialmente materializadas”, y que sus conexiones, y las ideas asociadas a ellas, pueden moverse en “diferentes direcciones” (Jensen

y Winthereik 2013, 11). Mi propuesta es que las gestiones locales de los ribereños se articulan parcialmente con diversas infraestructuras materiales y simbólicas: aquellas que se relacionan con las nociones de un río natural y también de un río ampliamente intervenido. En efecto, el río es una forma geográfica e históricamente situada que determina la experiencia y jerarquización social (Zeiderman 2021, 444).

Es por esto que, en estos ejemplos de prácticas y formas de pensar la gestión localmente, no prima ni la noción de una ciénaga, cuya principal función ecosistémica es la de amortiguar<sup>4</sup> el río, ni la de un “capricho” o una domesticación humana fuera de los movimientos del agua. La noción de *conexión parcial* también tiene que ver con la manera en que se utilizan ciertos lenguajes técnicos, que pueden parecer homogéneos, pero que se entrelazan y toman sentido de maneras muy diversas. Nociones sustanciales para la conservación ambiental, como amortiguación, conectividad, restauración o rehabilitación ecológica, corredores ambientales, planes de manejo o acuerdos de conservación, se corresponden con sentidos prácticos muy diversos. Pensarlas como conceptos o recetas técnicas homogéneas concuerda muy poco con la forma en que se movilizan en contextos precisos. Los ejemplos son muchísimos y aquí menciono algunos en los que se utiliza el lenguaje de la protección de corredores ecosistémicos. Uno de estos es el del corredor entre la vereda de San Antonio de San Agustín y la vereda La Ilusión de Acevedo, en la cuenca alta, en donde campesinos del lugar y otras instituciones delimitaron un área de protección que comprende el nacimiento del río Magdalena y quebradas aledañas, para cuidar y asegurar la presencia del oso andino y el jaguar (CAM 2018; Instituto de Investigación y CAM 2006). Bajo esta misma noción de *corredor biológico* se han definido estrategias de protección de manatíes en la cuenca baja, en el caso de los habitantes de la ciénaga de San Silvestre, en Santander, y en de la Asociación de Guardianes de la Ciénaga de Simití (Agudesim), y en el sur del Bolívar, a través de la Asociación de Pescadores y los Guardianes de la Ciénaga.

Los contextos institucionales en los que se producen estas acciones son diversos; incluyen una gran cantidad de lenguajes técnicos y de actores locales, académicos, fundaciones, sectores económicos y gubernamentales. Es por esto que aquí resurge la discusión sobre interlegalidad introducida en el apartado anterior.

4 Las ciénagas cumplen una “labor en la amortiguación de las crecientes de los ríos, porque actúan como una ‘esponja’ que absorbe y almacena los excesos de agua, situación que permite entender que Colombia es un ‘territorio anfibio’” (Jaramillo, Flórez-Ayala y Cortés-Duque 2016, 8).

Pensar de este modo implica retomar debates en torno a jurisdicciones, definiciones sobre escala, el uso de ciertos lenguajes de la conservación y el desarrollo, entre otros aspectos, que definen las posibilidades de acción y reconocimiento de los ribereños. ¿Cuáles son las razones o causas de dicha interlegalidad? Una de las que suele escucharse de manera predominante, tanto en análisis académicos como en explicaciones locales, es que los diferentes espacios sociojurídicos y su coexistencia son una muestra del Estado fallido colombiano. La lógica versa de la siguiente manera: como no hay presencia estatal, o como las instituciones estatales no cumplen con sus obligaciones de gestión ambiental y territorial, son las propias comunidades las que deben hacerlo. Dicho de otra forma, “la debilidad en el funcionamiento de las instituciones encargadas de regular la gestión y el ordenamiento [...] así como la ausencia de mecanismos de participación efectiva para las comunidades locales, obstaculizan el ordenamiento integral” (The Nature Conservancy *et al.* 2015, 498). En efecto, diversos casos de gestión comunitaria así lo demostrarían, como, por ejemplo, aquellos que hacen frente a las múltiples y constantes afectaciones generadas por las empresas petroleras. En diversos episodios de vertimientos de crudo en las fuentes hídricas, los pobladores locales han desarrollado sus propias estrategias de contingencia. Así, en lugares como Yondó (Antioquia), Barrancabermeja, Puerto Wilches y El Llanito (Santander), los pobladores comenzaron a construir tapones artesanales para sellar las partes averiadas del oleoducto y detener la descarga de petróleo a las fuentes hídricas (Asociación Campesina 2017; León y Prieto 2018; Zimmermann 2018).

Estos tapones artesanales se han consolidado como un primer nivel de contención ante la demora de la institucionalidad encargada para resolver los problemas asociados con las fallas de estas infraestructuras. Además de los tapones artesanales, los pobladores ribereños hacen jornadas de trabajo para remover la vegetación y parte del suelo que tuvo contacto con el crudo con el fin de contener, en lo posible, las afectaciones de las tierras. También en Puerto Boyacá, a través de la Asociación de Pescadores de la Ciénaga de Palagua (Asopezlagua), los pescadores buscan mejorar los efectos de la salinización de los suelos y la modificación de los cuerpos de agua debido al vertimiento de desechos y la deforestación de los bosques asociados con la explotación de petróleo (García Otálora y Tapias Santos 2011).

Sin embargo, más allá de las falencias de las instituciones gubernamentales, hay una línea de análisis aún más relevante: estas estrategias son formas a través de las cuales los ribereños construyen su territorio, en la medida en que responden a los complejos ensamblajes infraestructurales del río. Como mencionan Roa y Navas, “al tiempo con la defensa de sus territorios y de los bienes comunes

[los ribereños] enuncian propuestas dirigidas a garantizar la vida en todas sus formas” (2014, 17). Es decir que estas prácticas no solo llenan un vacío estatal, sino que muestran cómo los ribereños son activos y no solo reactivos ante los embates de un río infraestructurado. Pensar desde la perspectiva de las muchas propuestas locales de gestión implica entender los espacios políticos en medio de los cuales se definen alianzas y disputas que tienen alcances muy diversos (algunos de corto plazo, otros de más largo aliento). La gestión comunitaria es entonces una conexión parcial entre diversos actores y prácticas de uso y de entendimiento del río.

Parte de las labores de restauración y rehabilitación de bosques, acuerdos de pesca, limpieza de caños y formulación de planes de manejo son realizados conjuntamente por pobladores locales, empresas, fundaciones, colectivos juveniles, académicos e instituciones gubernamentales, entre otros actores. En el marco de estas interacciones las experiencias son muy diversas a lo largo de la cuenca. Entre los ejemplos que se pueden mencionar están proyectos como el de Humedales de Vida, gestionado de manera interinstitucional por The Nature Conservancy, la Corporación Autónoma Regional del Río Grande de la Magdalena (Cormagdalena), la Sociedad de Mejoras Públicas de Medellín (SMP) y la Universidad Católica de Oriente, así como por administraciones municipales, juntas de acción comunal y organizaciones de pescadores sociales de municipios del Bajo Cauca y el Magdalena Medio antioqueño (Corantioquia 2014). Otro caso es el trabajo comunitario de la Asociación de Pescadores del Corregimiento El Pedral (Asoped), en Puerto Wilches, Santander, articulado con la Asociación de Pescadores Artesanales y Agricultores del Magdalena Medio; todos juntos han logrado concertar con la empresa Hidrosogamoso planes de educación ambiental para la comunidad y barridas sanitarias en las orillas, los puertos y parte de la desembocadura del río Magdalena.

Estos engranajes o conexiones parciales entre actores inmersos en proyectos de navegabilidad, producción de energía y recuperación de las conexiones naturales del río pueden explicarse de múltiples maneras. En ocasiones, cuando participan sectores empresariales, estas articulaciones con procesos comunitarios pueden verse únicamente desde un lente funcional, en la medida en que constituyen una respuesta de dichos sectores a sus obligaciones de compensación o de salvaguardias sociales y ambientales. También, cuando son dirigidos desde la academia o por medio del trabajo de algunas fundaciones ambientales, de acuerdo con nociones de preservación de un río o ecosistema natural, estos procesos pueden dejar de lado valoraciones y aspiraciones locales de uso sostenible<sup>5</sup>.

5 En efecto, no son pocos los casos en los que los procesos de siembra están localmente enmarcados

Dado el enfoque de este dossier, quisiera concluir esta sección con una lección primordial de la gran mayoría de estas experiencias de gestión local: además de no ser solamente prácticas o propuestas de gestión reactivas sino propositivas, estas son sustanciales para la gobernanza ambiental en Colombia y el funcionamiento de sus infraestructuras “duras” y “blandas”. En la última década se ha mostrado que las prácticas de gestión y normatividades locales son parte fundamental del funcionamiento estatal y de aquellas catalogadas como “buenas prácticas” de gestión ambiental. Como explican Aman y Greenhouse, las normas sociales producen y sostienen efectos similares a los del derecho; aunque no sean consideradas como leyes, son necesarias para el funcionamiento del derecho mismo (2017, 14). Esto implica pensar más allá de las ideas sobre participación para virar hacia un reconocimiento de los ribereños como actores activos y necesarios para la gestión ambiental. Pensar desde la perspectiva de las muchas conexiones parciales entre materialidades, personas, intereses y aspiraciones con el río muestra las complejidades, los desafíos y también las potencialidades relacionadas con la promoción del bienestar de las muchas vidas del río.

## A manera de síntesis

El trabajo de distintas instituciones y colegas de diversas disciplinas es un llamado de urgencia para fomentar “la gobernanza y gestión territorial, como eje estratégico” que integre “lineamientos normativos destinados a la conservación de la integridad de los ecosistemas estratégicos y al desarrollo sostenible” (The Nature Conservancy *et al.* 2015, 493). Entender el río a través de algunos de los lentes analíticos de la infraestructura permite mostrar la manera como ciertos actores y sus aspiraciones de gestión y de vida se incluyen, o se silencian, en los marcos interpretativos imperantes de la conservación de un río natural o de las intervenciones y promesas del desarrollo a gran escala.

En efecto, las posibilidades e imposibilidades que surgen de los complejos entramados socioambientales a partir de los cuales se definen agendas de gestión local muestran las conexiones parciales entre una gran variedad de actores,

.....  
 en estrategias de uso y no de preservación y delimitación de áreas que no se vayan a utilizar, como muchas veces se espera. En este artículo no pretendo analizar los encuentros y desencuentros entre los muchos actores que participan en las diversas formas de gestión comunitaria. Estudiaré esto en detalle más adelante.

lenguajes y valoraciones que permiten, o no, avanzar en propuestas más incluyentes de justicia ambiental. En este texto, más que analizar en detalle estas apuestas, quise visibilizar determinadas discusiones o debates, desde la perspectiva de tiempos y espacios diversos para repensar algunas de las premisas de la gestión ambiental inmersa en un río infraestructurado. El creciente interés por analizar las decisiones políticas, éticas y sociales que se han tomado para el desarrollo de las infraestructuras (Bowker *et al.* 2010) es también un espacio fértil de trabajo sobre gestión o gobernanza ambiental.

En este apartado realizo una breve síntesis de las discusiones más relevantes. Primero, el silenciamiento político y la enorme responsabilidad que como analistas debemos asumir cuando se plantean binarismos estáticos e inamovibles que versan sobre la contraposición entre un río natural y otro intervenido. De esta manera, los pescadores y campesinos tienden a situarse en el marco de una homogeneidad humana que va en contravía de la infraestructura natural del río, o de una ciudadanía indiferenciada que debe aceptar y reconocer los logros del desarrollo de grandes apuestas como las hidroeléctricas, las carreteras, los diques, la navegabilidad, entre otras. Segundo, estas dos orillas desde las cuales se podría analizar el río Magdalena como un río infraestructurado se fundan en una desagregación entre lo natural y lo humano que no permite analizar ni reconocer la forma en que los ribereños experimentan los desafíos y la manera como se definen acuerdos y prácticas de gestión. Tercero, las disputas de los bogas por hacer valer su fuero son una ventana para entender los complejos entramados infraestructurales a partir de los cuales se definen escalas y jurisdicciones jurídicas. El arbitraje y el instrumentalismo jurídico contemporáneo muestran los enormes desafíos que deben afrontar los ribereños para ser reconocidos como parte activa de la gestión del río. Cuarto, entender la manera en que coexisten diversos regímenes normativos (pluralismo jurídico) y cómo interactúan entre sí (interlegalidad) permite mostrar las conexiones parciales entre los diversos actores (humanos y no humanos) y los movimientos, ritmos y cambios socioambientales del río. Finalmente, más que solo mencionar la capacidad de respuesta de los ribereños frente a los daños esporádicos o prolongados de las infraestructuras y la incapacidad de las instituciones gubernamentales de reaccionar, hay que decir que ellos responden activamente con aspiraciones y formas de construcción e imaginación territorial.

Este análisis inverso da cuenta de cómo los materiales, oficios, ideas y aspiraciones llegan a unirse de manera particular y es una de las contribuciones más interesantes del renacer de los estudios infraestructurales. Los múltiples ensamblajes que se crean cuando los individuos interactúan con objetos como un dique

artesanal (o no artesanal), una hidroeléctrica, los movimientos de los peces que transitan entre caños en direcciones diversas, dependiendo de la temporada, producen conectividades o estancamientos siempre parciales a partir de los cuales se viven y configuran los entramados de un río infraestructurado. Esta parcialidad evita, o por lo menos cuestiona, las certezas de las propuestas imperantes, como el binarismo desde el cual tiende a pensarse un río como un río infraestructurado. Desde allí, permite plantear premisas de estudio para entrever las contradicciones y posibilidades de la gestión comunitaria del río, los suelos, los bosques y la vida misma de los ribereños.

## Referencias

- Aman, Alfred y Carol J. Greenhouse.** 2017. *Transnational law: cases and problems in an interconnected world*. Durham: Carolina Academic Press.
- Anand, Nikhil.** 2017. *Hydraulic city: water and the infrastructures of citizenship in Mumbai*. Durham; Londres: Duke University Press.
- Asociación Campesina del Valle del Río Cimitarra.** 2017. “Contaminación por derrame de petróleo sobre río Magdalena”. 10 de mayo. <https://prensarural.org/spip/spip.php?article21468>
- Benda-Beckmann, Franz von, Keebet von Benda-Beckmann y Julia M. Eckert.** 2016. *Rules of law and laws of ruling: on the governance of law*. Londres: Routledge.
- Bonil-Gómez, Katherine.** 2018. “Free people of African descent and jurisdictional politics in eighteenth-century New Granada: the bogas of the Magdalena river”. *Journal of Iberian and Latin American Studies* 24 (2): 183-194. <https://doi.org/10.1080/14701847.2018.1492324>
- Bowker, Geoffrey, Karen Baker, Florence Millerand y David Ribes.** 2010. “Toward information infrastructure studies: ways of knowing in a networked environment”. En *International handbook of Internet research*, editado por Jeremy Hunsinger, Lisbeth Klastrup y Matthew Allen, 97-117. Dordrecht: Springer.
- Boyer, Dominic.** 2017. “Revolutionary infrastructure”. En *Infrastructures and social complexity. A companion*, editado por Penny Harvey, Casper Bruun Jensen y Atsuro Morita, 174-186. Londres; Nueva York: Routledge, Taylor & Francis Group.
- CAM (Corporación Autónoma Regional del Alto Magdalena).** 2018. “El corredor biológico Guácharos-Puracé celebró 11 años como área protegida”. 22 de noviembre. <https://cam.gov.co/en/1581-el-corredor-biol%C3%B3gico-gu%C3%A1charos-purac%C3%A9-celebr%C3%B3-11-a%C3%B1os-como-%C3%A1rea-protegida.html>

- Camargo, Alejandro.** 2021. "Stagnation: waterflows and the politics of stranded matter in La Mojana, Colombia". En *Delta life: exploring dynamic environments where rivers meet the sea*, editado por Franz Krause y Mark Harris, 83-101. Nueva York; Oxford: Berghahn Books.
- Carse, Ashley.** 2012. "Nature as infrastructure: making and managing the Panama canal watershed". *Social Studies of Science* 42 (4): 539-563. <https://doi.org/10.1177/0306312712440166>
- Corantioquia.** 2014. "Humedales de vida. Una propuesta de transformación para la sostenibilidad del territorio". [https://www.corantioquia.gov.co/ciadoc/AGUA/AIRNR\\_CV\\_1411\\_103\\_2014.pdf](https://www.corantioquia.gov.co/ciadoc/AGUA/AIRNR_CV_1411_103_2014.pdf)
- Corte Constitucional.** 2016. Sentencia T-622. Derechos bioculturales del río Atrato. [M. P.: Jorge Iván Palacio Palacio]. 10 de noviembre.
- Damin, Nicolás.** 2014. "El Estado, la espera y la dominación política en los sectores populares: entrevista al sociólogo Javier Auyero". *Salud Colectiva* 10 (3): 407-415. <https://doi.org/10.18294/sc.2014.402>
- Dussán Calderón, Miller Armín, Planeta Paz y Asoquimbo.** 2017. *El Quimbo: extractivismo, despojo, ecocidio y resistencia: proyecto experiencias de referencias para la construcción del sentido de la paz territorial*. Bogotá: Planeta Paz y Espacio Creativo.
- Empson, Charles.** 1836. *Narratives of South America, illustrating manners, customs, and scenery: containing also numerous facts in natural history, collected during a four years residence in tropical regions*. Londres: Printed by A. J. Valpy, Red Lion Court, Fleet Street, and published for the author by William Edwards, Ave Maria Lane.
- García Otálora, Johan Mauricio y Elver Tapias Santos.** 2011. "Diagnóstico ambiental de la ciénaga de Palagua, en Puerto Boyacá, Boyacá". Tesis de grado en Administración y Gestión Ambiental, Facultad de Ciencias, Universidad Piloto de Colombia, Bogotá.
- Garzón, Natalia Valentina y Juan Carlos Gutiérrez.** 2013. *Deterioro de humedales en el Magdalena Medio: un llamado para su conservación*. Bogotá: Fundación Alma; Instituto de Investigación de Recursos Biológicos Alexander von Humboldt. <http://repository.humboldt.org.co/handle/20.500.11761/31386>
- González Peña, Sandra Patricia.** 2018. "Gobernanza ambiental en áreas destinadas a la compensación ambiental: el caso de la Central Hidroeléctrica El Quimbo". Tesis de maestría en Conservación y Uso de Biodiversidad, Facultad de Estudios Ambientales y Rurales, Pontificia Universidad Javeriana, Bogotá.
- Goodale, Mark y Sally Engle Merry.** 2017. *Anthropology and law: a critical introduction*. Nueva York: New York University Press.
- Hall, Stuart.** 1997. *Representation. Cultural representations and signifying practices*. Londres: Sage



- Harvey, Penny.** 2018. "Infrastructures in and out of time: the promise of roads in contemporary Peru". En *The promise of infrastructure*, editado por Nikhil Anand, Akhil Gupta y Hannah Appel, 80-101. Nueva York: Duke University Press. <https://doi.org/10.1515/9781478002031-005>
- Hetherington, Kregg.** 2016. "Surveying the future perfect: anthropology, development and the promise of infrastructure". En *Infrastructures and social complexity: a companion*, editado por Penny Harvey, Casper Bruun Jensen y Atsuro Morita, 40-50. Londres; Nueva York: Routledge, Taylor & Francis Group.
- Hodgetts, Timothy.** 2017. "Connectivity". *Environmental Humanities* 9 (2): 456-459. <https://doi.org/10.1215/22011919-4215412>
- Ideam (Instituto de Hidrología, Meteorología y Estudios Ambientales).** 2018. "Agua. Modelación hidrológica". <http://www.ideam.gov.co/web/agua/modelacion-hidrologica>
- Instituto de Investigación de Recursos Biológicos Alexander von Humboldt y CAM (Corporación Autónoma Regional del Alto Magdalena).** 2006. "Caracterización de la biodiversidad, proceso corredor biológico entre los PNN Puracé y cueva de los Guácharos (Huila), Colombia". Repositorio Institucional de Documentación Científica del Instituto de Investigación de Recursos Biológicos Alexander von Humboldt. Bogotá. <http://repository.humboldt.org.co/handle/20.500.11761/9577?locale-attribute=en>
- Jaramillo Villa, Úrsula, Carlos Flórez-Ayala y Jimena Cortés-Duque.** 2016. *Colombia anfibia. Un país de humedales*. Vol. 1. Bogotá: Instituto Humboldt.
- Jensen, Casper Bruun.** 2010. *Ontologies for developing things: making health care futures through technology*. Rotterdam: Sense Publishers.
- Jensen, Casper Bruun y Brit Ross Winthereik.** 2013. *Monitoring movements in development aid: recursive partnerships and infrastructures*. Cambridge; Londres: MIT Press.
- Jiménez-Segura, Luz Fernanda, Daniel Restrepo-Santamaría, Silvia López-Casas, Juliana Delgado, Mauricio Valderrama, Jonathan Álvarez y Daniel Gómez.** 2014. "Ictiofauna y desarrollo del sector hidroeléctrico en la cuenca del río Magdalena-Cauca, Colombia". *Biota Colombiana* 15 (2): 3-25. <http://repository.humboldt.org.co/handle/20.500.11761/9452>
- Karasti, Helena y Jeanette Blomberg.** 2018. "Studying infrastructuring ethnographically". *Computer Supported Cooperative Work (CSCW)*, abril. [https://www.researchgate.net/publication/318758068\\_Studying\\_Infrastructuring\\_Ethnographically](https://www.researchgate.net/publication/318758068_Studying_Infrastructuring_Ethnographically)
- León, Ana y Jineth Prieto.** 2018. "Lo que revela el derrame de crudo en Barrancabermeja". *La Silla Vacía*. <https://www.lasillavacia.com/historias/silla-nacional/lo-que-revela-el-derrame-de-crudo-en-barrancabermeja/>

- Lockrem, Jessica y Adonia Lugo.** S. f. "Infrastructure: interview with Nikhil Anand, Jonathan Bach, Julia Elyachar, and Daniel Mains". *Cultural Anthropology*. <https://journal.culanth.org/index.php/ca/infrastructure-anand-bach-elyachar>
- McGraw, Jason.** 2014. *The work of recognition: Caribbean Colombia and the postemancipation struggle for citizenship*. Chapel Hill: University of North Carolina Press.
- Meisel Roca, Adolfo.** 2014. "Volando sobre la ruta de los vapores: los comienzos de Scadta, 1919-1930". *Revista Confidencial* 290. <https://www.banrepcultural.org/biblioteca-virtual/credencial-historia/numero-290/volando-sobre-la-ruta-de-los-vapores-los-comienzos-de-scadta>
- Muñoz-Ávila, Lina.** 2012. "Panorama de conflictos ambientales en las diferentes regiones del país: un análisis desde la participación ciudadana". En *Conflictos ambientales en Colombia: retos y perspectivas desde el enfoque de DDHH y la participación ciudadana*, editado por Beatriz Londoño-Toro, Leonardo Güiza y Lina Marcela Muñoz-Ávila, 11-18. Bogotá: Editorial Universidad del Rosario.
- The Nature Conservancy, Fundación Alma, Fundación Humedales y Aunap.** 2015. *Estado de las planicies inundables y el recurso pesquero en la macrocuenca Magdalena-Cauca y propuesta para su manejo integrado*. Bogotá: The Nature Conservancy. [https://nanopdf.com/download/estado-de-las-planicies-inundables-y-el-recurso-pesquero-en-la\\_pdf](https://nanopdf.com/download/estado-de-las-planicies-inundables-y-el-recurso-pesquero-en-la_pdf)
- Nieto, Carlos.** 2011. "El ferrocarril en Colombia y la búsqueda de un país". *Apuntes (Colombia)* 25 (1): 62-75. <https://repository.urosario.edu.co/handle/10336/12048>
- Noguera Mendoza, Aníbal.** 1980. *Crónica grande del río de la Magdalena*. Bogotá: Fondo Cultural Cafetero; Editorial Sol y Luna.
- Otero-Cleves, Ana María.** 2017. "Foreign machetes and cheap cotton cloth: popular consumers and imported commodities in nineteenth-century Colombia". *Hispanic American Historical Review* 97 (3): 423-456. <https://doi.org/10.1215/00182168-3933828>
- Peñuela, Aristides.** 2000. *Los caminos al río Magdalena: la frontera del Carare y del Opón, 1760-1860*. Bogotá: Instituto Colombiano de Cultura Hispánica.
- Pereira Gamba, Nicolás.** 1869. "Informe del presidente de la Junta Administradora del Camino de Occidente". En *Camino carretero al Magdalena*, 1-7. Bogotá: Imprenta de Echeverría Hermanos.
- Restrepo, Bernardo.** 1998. "Vida, pasión y muerte de Scadta: origen y desarrollo de la aviación en Colombia". *Innovar* 12: 93-116. <https://repositorio.unal.edu.co/handle/unal/36353>
- Restrepo, Juan Darío.** 2015. "Causas naturales y humanas de la erosión en la cuenca del río Magdalena". En M. Rodríguez Becerra 2015, 291-314.

- “Resumen Plan Restauración 2019”. 2019. Enel. <https://www.enel.com.co/es/conoce-enel/enel-emgesa/el-quimbo/resumen-plan-restauracion-2019.html>
- Riles, Annelise. 2005. “A new agenda for the cultural study of law: taking on the technicalities”. *Buffalo Law Review* 53 (3): 973-1033. <https://digitalcommons.law.buffalo.edu/buffalolawreview/vol53/iss3/11>
- Roa, Tatiana y María Luisa Navas. 2014. *Extractivismo, conflictos y resistencias*. Bogotá: Censat Agua-Viva; Escuela de la Sustentabilidad; Broederlijk Delen.
- Rodríguez, Gloria Amparo. 2021. *Yo participo, tú participas, otros deciden: la participación ambiental en Colombia*. Bogotá: Friedrich-Ebert-Stiftung en Colombia; Foro Nacional Ambiental.
- Rodríguez Becerra, Manuel, ed. 2015. *¿Para dónde va el río Magdalena? Riesgos sociales, ambientales y económicos del proyecto de navegabilidad*. Bogotá: Friedrich-Ebert-Stiftung en Colombia; Foro Nacional Ambiental.
- Sáenz, Jorge. 2015. “Diseño de las obras de encauzamiento para mejorar la navegación en el río Magdalena”. En M. Rodríguez Becerra 2015, 41-56.
- Solano, Sergio. 1998. “De bogas a navegantes. Los trabajadores del transporte por el río Magdalena (Colombia), 1850-1930”. *Historia Caribe* 2 (3): 55-70. [También en *Biografía de ciudades colombianas. Magangué*. 1952. Cartagena: Ed. Turismo; y en *Geografía económica de Colombia. Bolívar*. 1942. T. V. Bogotá: Contraloría General de la República].
- Sousa Santos, Boaventura de. 1987. *Law: a map of misreading. Toward a postmodern conception of law*. Oxford: Robertson.
- Strang, V. (2019). “Relaciones infraestructurales: agua, poder político y el surgimiento de un nuevo régimen despótico”. *Revista Colombiana de Antropología* 55 (1): 167-212. <https://doi.org/10.22380/2539472X.575>
- UPME (Unidad de Planeación Minero Energética). 2015. “Atlas potencial hidroenergético en Colombia”. <http://bdigital.upme.gov.co/jspui/handle/001/1336?mode=full>
- Uribe, Simón. 2017. *Frontier road: power, history, and the everyday State in the Colombian Amazon*. Hoboken: John Wiley & Sons.
- Valverde, Mariana. 2009. “Jurisdiction and scale: legal technicalities as resources for theory”. *Social & Legal Studies* 18 (2): 139-158. <https://doi.org/10.1177/0964663909103622>
- Vilardy, Sandra. 2015. “Dinámicas complejas del río Magdalena”. En M. Rodríguez Becerra 2015, 135-142.
- Wiener, Charles, Jules Crevaux, Désiré Charnay y Edouard François André. 1884. *América pintoresca: descripción de viajes al nuevo continente por los más modernos exploradores*. Barcelona: Montaner y Simon.

- Zeiderman, Austin.** 2021 “In the wake of logistics: situated afterlives of race and labour on the Magdalena river”. *Environment and Planning D: Society and Space* 39 (3): 441-458. <https://doi.org/10.1177/0263775820970945>
- Zimmermann, María Lourdes.** 2018. “Derrame de petróleo en Colombia: tras 25 días, aún no se controla el desastre ambiental”. *Mongabay*, 26 de marzo. <https://es.mongabay.com/2018/03/derrame-petroleo-colombia-contaminacion/>

# Concurrencia de acuerdos y visiones en la provisión de infraestructuras como forma de reparación a víctimas y de construcción de paz en el Oriente antioqueño

*Concurrence of agreements and visions in the provision of infrastructures as a form of reparation to victims and peace building in Eastern Antioquia*

<https://doi.org/10.22380/2539472X.2122>

Recibido: 27 de julio de 2021 • Aprobado: 14 de febrero de 2022



**Luis Antonio Ramírez Zuluaga**

Instituto de Estudios Regionales - Universidad de Antioquia

lantonio.ramirez@udea.edu.co • <https://orcid.org/0000-0001-6663-0935>

## Resumen

A partir de un trabajo etnográfico, conjugado con una revisión documental, se evidencia que en el Oriente antioqueño diversas obras de infraestructura son realizadas como formas de reparación a víctimas del conflicto armado y de construcción de paz. El artículo analiza la concurrencia de visiones y acuerdos que hay en torno a ello, y encuentra que existen dos agenciamientos particulares. Uno en el que la reparación a las víctimas y la construcción de paz a través de las infraestructuras constituyen un medio de construcción de Estado, así como un restablecimiento del discurso del desarrollo económico. Y otro en el que la construcción y el mantenimiento de la infraestructura tienen que ver con la cimentación de la vida en comunidad en la que coexisten procesos materiales y afectivos.

**Palabras clave:** conflicto armado colombiano, reparación a víctimas, infraestructuras, construcción de paz, construcción de Estado.

## Abstract

Based on an ethnographic study, combined with a documentary review, it is shown that in eastern Antioquia various infrastructure works are carried out as forms of reparation to victims of the armed conflict and peace building. The article analyzes the concurrence of visions and agreements that exist around it, finding that there are two particular approaches. One in which reparation to victims and peace building through infrastructures is a means of state building, as well as a reestablishment of the economic development discourse. And the other in which the construction and

maintenance of infrastructures has to do with the foundation of community life in which material and affective processes coexist.

**Keywords:** Colombian armed conflict, reparation to victims, infrastructures, peace building, state building.

## Introducción

En el segundo trabajo de campo, luego de haber realizado el diagnóstico de los daños ocasionados por el conflicto armado, el equipo de investigación se disponía a indagar sobre los procesos de reparación a las víctimas y su participación en ellos<sup>1</sup>. Ante la incertidumbre y confusión que tenían las comunidades con las que trabajamos respecto a dichos procesos, decidimos remitir derechos de petición a las alcaldías de Sonsón, San Francisco y Cocorná, así como a la Unidad para la Atención y Reparación Integral a las Víctimas (Uariv)<sup>2</sup>, para conocer de estas fuentes los programas y proyectos desarrollados en estas localidades como formas de reparación a víctimas.

Para sorpresa nuestra y de las comunidades, dichas repuestas incluían la provisión y mantenimiento de diferentes infraestructuras dentro de los programas, proyectos y políticas implementadas en el marco de la reparación a víctimas, como mantenimiento y construcción de vías, construcción de pozos sépticos, provisión de estufas eficientes, construcción y mejoramiento de vivienda, construcción de acueductos, intervenciones y mantenimientos en escuelas y centros de salud, reconstrucción de casetas comunales, reconstrucción y adecuación de parques, construcción y mantenimiento de infraestructuras asociadas a sistemas productivos de caña, café y cacao, entre otros.

Al contrastar las respuestas a los derechos de petición con lo acontecido en el contexto regional del Oriente antioqueño, encontramos que varios de los procesos de reparación colectiva se habían destinado a la construcción de diversos proyectos de infraestructura. Es así como la pavimentación de la vía San Carlos-Granada (Uariv 2015b), la pavimentación de la vía San Luis-Chocó (Uariv 2015a) o la remodelación del parque principal de San Francisco (Uariv 2016) se

---

1 El equipo de investigación fue interdisciplinar y participaron personas de las áreas de la psicología, la antropología, la sociología, la ciencia política, el periodismo y la filosofía.

2 La Uariv es una institución creada a partir de la Ley 1448 de 2011 —conocida como “Ley de víctimas”— que se encarga de coordinar las medidas de asistencia, atención y reparación a víctimas por parte del Estado colombiano.

han presentado como medidas de reparación colectiva a las víctimas del conflicto armado de estas localidades.

Las personas con las que trabajamos no manifestaron su oposición a este cúmulo de obras; sin embargo, sí nos declararon cierta indignación ya que no se les había informado que varias de estas eran medidas de reparación —lo cual contradiría el principio de participación que debe operar en los procesos de reparación—, además de que consideraban esos proyectos no como mecanismos directos o específicos de la reparación, sino como “algo que tiene que hacer normalmente el Estado” (comunicación personal, habitante de Boquerón, taller sobre expectativas en torno a la reparación, mayo de 2018).

En cuanto a la reparación, es de precisar que es considerada como un derecho humano de las víctimas que, en el marco de la justicia transicional y del derecho internacional de los derechos humanos (DIDH), lleva a que los Estados sean los garantes del resarcimiento de “los derechos violados, los daños sufridos y los perjuicios soportados” (Magarrell 2007, 2). Este enfoque de garantía de derechos ha tendido a configurar así una lógica correlacional entre daño y reparación en la que esta última debe “ser proporcional a la gravedad de las violaciones y al daño sufrido” (OACNUDH 2005).

Si bien los procesos de reparación, en su lógica correlacional con el daño, deberían responder a las particularidades de las afectaciones ocasionadas, lo que se ha ido labrando es la concepción más general de *reparación integral*. El artículo 25 de la Ley 1448 dice lo siguiente con respecto a ese concepto:

las víctimas tienen derecho a ser reparadas de manera adecuada, diferenciada, transformadora y efectiva por el daño que han sufrido como consecuencia de las violaciones, [lo que comprende] las medidas de restitución, indemnización, rehabilitación, satisfacción y garantías de no repetición, en sus dimensiones individual, colectiva, material, moral y simbólica. (Congreso de la República 2011, énfasis añadido)

Con relación a un posible enfoque *transformador* de la reparación, Uprimny-Yepes y Guzmán-Rodríguez (2010) proponen que los procesos de reparación pueden ser considerados como una oportunidad para que la justicia restaurativa, propia del mecanismo transicional con el que se pretende reparar a las víctimas, confluya con la esfera de la justicia distributiva inmanente al Estado y al deber de garantizar el bienestar de sus asociados. Sin embargo, tal intento por armonizar esos dos ámbitos de la justicia puede conducir a considerar que la reparación a

las víctimas es un asunto transversal e inherente a la provisión de bienes y servicios de la justicia distributiva, con lo que se pierde de vista la especificidad de los daños por reparar, así como las expectativas y la participación de los sujetos de reparación<sup>3</sup>.

A nivel individual, la esperanza más general y concreta que tenían las comunidades con las que trabajamos respecto a su derecho a la reparación era la de obtener una indemnización económica que les permitiera recuperar sus viviendas y cultivos<sup>4</sup>. A nivel colectivo, sus expectativas se han centrado en postularse como sujetos de reparación colectiva para lograr la recuperación y construcción de infraestructuras que les posibiliten mejorar los procesos económicos y sociales de sus territorios. Incluso, en el desarrollo de la investigación evidenciamos el esfuerzo que hacen las comunidades rurales para adelantar las gestiones necesarias, o inmiscuirse en ellas de manera colectiva y autogestionada, en lo relativo a la construcción o rehabilitación de las vías de acceso a sus veredas, así como en la restauración de sus viviendas, sus espacios comunitarios y sus cultivos; todo ello con la finalidad de recuperar los lugares y modos de vida que fueron afectados por el conflicto armado.

Ahora bien, esta coincidencia entre oferta, demanda y autogestión de infraestructuras como forma de reparación y recuperación ante los daños producidos por la violencia está atravesada por dos tipologías de infraestructura —diferenciables en sus funciones y efectos sobre el territorio—, que se vinculan con distintos procesos de la producción de escalas en la configuración socioespacial del Oriente antioqueño, y conducen a una concurrencia de visiones y acuerdos relacionados con la reparación a víctimas y la construcción de paz.

Así, es posible rastrear una tipología en la que los proyectos infraestructurales poseen un carácter preponderantemente económico, pues se rigen por los principios de rentabilidad económica. Para efectos de este artículo, la denominaré *infraestructura económica*, ya que está impulsada principalmente por agentes económicos mixtos, públicos y privados, y su objetivo principal es la utilidad económica vinculada con la escala global del capital. El caso emblemático que se tratará

3 Para ampliar las perspectivas de otros enfoques de la reparación que emergen de las expectativas y la participación de los sujetos de reparación, véase lo que he presentado en otro artículo como *marcos de la reparación a víctimas* (Ramírez Zuluaga 2021, 84-86).

4 La investigación fue realizada con comunidades de las veredas Palmirita (municipio de Cocorná) y Boquerón (municipio de San Francisco), y del corregimiento de Río Verde de los Montes (municipio de Sonsón). Estas comunidades sufrieron diversos hechos victimizantes acaecidos en el marco del conflicto armado y por ello se encuentran adelantando diferentes procesos de reparación.



aquí está representado por las centrales hidroeléctricas y otras infraestructuras subsidiarias.

Una segunda tipología, que emerge de manera más visible y generalizada con las estrategias de superación del conflicto armado, es la que se adelanta bajo la modalidad de *infraestructura social o comunitaria*<sup>5</sup>, que puede ser orientada desde el Estado nacional y los organismos de cooperación internacional. Esta modalidad también puede delegarse en las comunidades locales —a través de la descentralización y entrega de recursos— o incluso surgir de la autodeterminación de las comunidades. Esto ocurre cuando las personas perseveran en recuperar o construir las infraestructuras que reviven procesos materiales y afectivos de la vida en comunidad que están más vinculados a una escala local o territorial, es decir, a una especificidad geográfica relacionada con los espacios intra- e interveredales, así como los municipales o los correspondientes a los circuitos y relaciones socioeconómicas que se tienen con cascos urbanos próximos.

Al rastrear de dónde provienen estas visiones de construcción de infraestructura y cómo cobran sentido en el territorio, se pueden diferenciar los modos en los que se desarrollan o adquieren fuerza local, así como el tipo de actor/sector que las impulsa: estatal, empresarial o comunitario; y si bien las intervenciones realizadas sobre un espacio pueden resultar híbridas (tanto en lo relativo a los actores que participan como en lo que se refiere a los actores que se benefician), en el caso de lo observado en el Oriente antioqueño es posible distinguir a aquellos actores preponderantes en la construcción o impulso de cada una de estas apuestas infraestructurales. Es justo en este punto donde cobra relevancia el análisis de la concurrencia de visiones y acuerdos, en la medida en que implican no solo un diálogo o negociación, sino también una disputa entre diferentes perspectivas de la reparación a las víctimas y la construcción de paz.

En el análisis de dicha concurrencia se encuentra el argumento principal que presento en el artículo: describir y examinar cómo la construcción de infraestructuras ha estado relacionada históricamente con el despliegue del conflicto social,

5 Muchas veces, dentro de los procesos de reparación adelantados a través de la construcción de infraestructuras, a estas se las cataloga indistintamente de sociales o comunitarias. Al parecer, lo que podría distinguirlas es un asunto de escala: se habla explícitamente de infraestructura comunitaria cuando esta corresponde a unidades espaciales más pequeñas —de hecho, desde el Gobierno nacional se ha acuñado ya el término *pequeña infraestructura comunitaria* (PIC)—, como por ejemplo las zonas o circunscripciones rurales que en Colombia se conocen como veredas; aunque respecto al uso de *infraestructuras sociales* no exista una delimitación tan clara, la inclinación a referirse a ellas surge cuando corresponden a obras cuya incidencia tiene una escala municipal o intermunicipal.

político y armado en el Oriente antioqueño, pero también, más recientemente, con la reparación a las víctimas y la construcción de paz. Esto exige no perder de vista que las infraestructuras se han ido construyendo con la función latente de integrar esta subregión a un proyecto desarrollista, un proyecto que ha suscitado entre sus habitantes diferentes modos de asimilación, reconducción o rechazo. En el caso actual de la provisión de infraestructura —sobre todo la vial— como forma de reparación a las víctimas y de construcción de paz, algunas comunidades y organizaciones sociales empiezan a desconfiar o a oponerse porque a ello le subyacen los intereses económicos de empresas que necesitan accesos apropiados para la explotación de recursos naturales.

Para desarrollar este argumento, ordené el artículo en cinco secciones. En la primera reviso algunos antecedentes histórico-políticos del Oriente antioqueño que muestran la relación entre el desarrollo del conflicto armado y la construcción e implantación de una infraestructura económica. En la segunda describo la aproximación etnográfica del proceso investigativo con el que se determina el cruce entre reparación y provisión de infraestructura. En la tercera analizo cómo acontece una inserción estatal y económica mediante la construcción de infraestructura que, además de presentarse como una forma de reparación a las víctimas, se ha configurado como un componente de la construcción de paz. En la cuarta detallo algunas de las acciones relacionadas con la participación de las comunidades en el mantenimiento y la construcción de infraestructura suministrada por el Estado. En la quinta expongo cómo algunas formas de autogestión de las comunidades han estado direccionadas a la recuperación y construcción de infraestructura en su propio entorno. Finalmente, a modo de conclusión, presento un epílogo en el que infiero la existencia de dos tipos de agenciamientos en la concurrencia de acuerdos y visiones para el desarrollo de infraestructuras.

## Desarrollo de infraestructura económica y conflicto social, político y armado en el Oriente antioqueño

Como lo afirma un dirigente popular que participó en movimientos sociales y comunitarios del Oriente antioqueño a finales del siglo pasado, esta es una subregión que “se podría llamar la *arrancaguas*”, pues “de ahí arrancan las aguas que caen al Magdalena y arrancan las que van al Cauca, es una enorme despensa de agua casi al final de la cordillera central” (Ramírez Valencia 2020, 23; énfasis en el original). Es la existencia de ese potencial hídrico, en cuanto recurso estratégico,

uno de los elementos definitorios de la configuración del conflicto que ha caracterizado la historia reciente de esta subregión.

Por un lado, esa riqueza en aguas ha sido aprovechada para construir, entre las décadas de los setenta y ochenta, cinco represas en las que hoy en día se produce aproximadamente el 30 % de la energía de Colombia. A la construcción de esas represas, y con el ánimo de alinear esta región con el escenario de la economía nacional e internacional —lo que implica “la implantación de una infraestructura ligada a fortalecer los flujos extraterritoriales” (Pineda Gómez y Pimienta Betancur 2021, 11)—, se le sumó la construcción, en ese mismo periodo, de otras obras de infraestructura económica, como la autopista Medellín-Bogotá, el aeropuerto José María Córdova, la zona franca y, con ella, el establecimiento de grandes industrias.

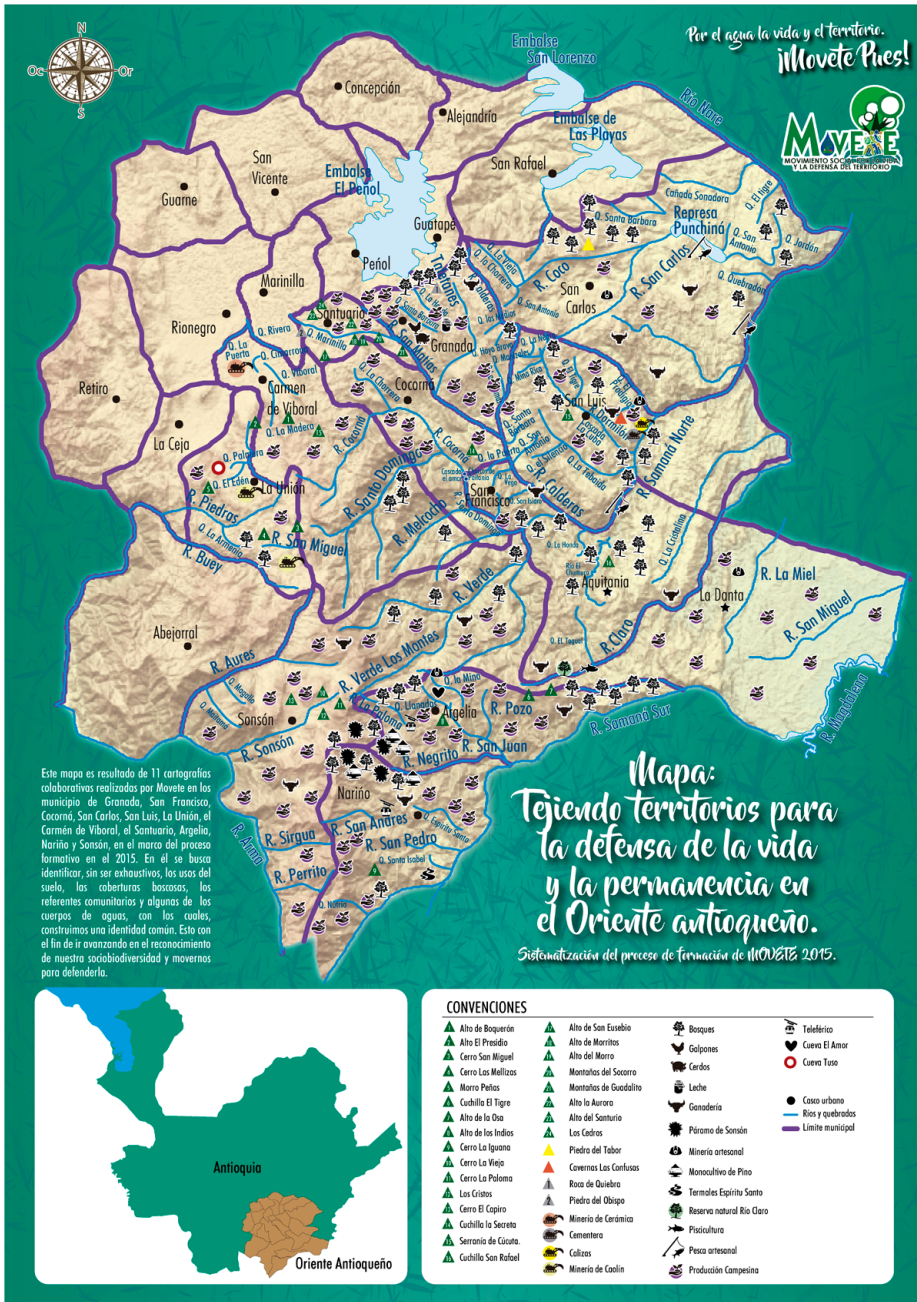
Pero, por otro lado, el despliegue de tales infraestructuras en el Oriente antioqueño dio lugar a un modelo de desarrollo inequitativo que podría emparentarse con lo que David Harvey (2006) denomina *desarrollo geográfico desigual*. En el caso del Oriente antioqueño ese modelo ha producido una fragmentación espacial en la que el impacto más fuerte del desarrollo se ha concentrado en algunos municipios del “Oriente cercano” —más próximos a Medellín, la capital del departamento, y con una marcada tendencia a la urbanización e industrialización— y no en aquellos municipios del “Oriente lejano” —más apartados de Medellín y con características preponderantemente rurales—, donde se localizan las mencionadas infraestructuras energéticas que han ocasionado grandes impactos sociales, culturales, políticos y económicos (García y Aramburo 2011).

En respuesta a los efectos generados por ese desarrollo desigual se fue gestando un proceso de movilización e integración regional que se concretó en la década de los ochenta con la creación del Movimiento Cívico de Oriente (García 2007; Olaya 2012). La organización se opuso a las políticas de Estado diseñadas para la subregión, ya que no habían tomado en cuenta a la población para la implantación de la infraestructura energética (PNUD 2010); a su vez denunció la existencia de tarifas injustas para un territorio productor de un gran porcentaje de la energía del país y reivindicó la distribución equitativa de los beneficios económicos generados por dicha infraestructura. Sin embargo, esta posición no fue entendida como una iniciativa ciudadana en búsqueda de justicia social y económica, sino como un problema frente al cual se reaccionó mediante la represión y el uso generalizado de la violencia. Fue así como el Movimiento Cívico se convirtió en objeto de un proceso de estigmatización, persecución y exterminio en el que participaron militares y paramilitares.

Tales hechos condujeron a que el ejercicio de ciudadanía que adelantaba dicho movimiento perdiera credibilidad en las vías legales y democráticas de sus reivindicaciones. En ese momento comenzó a hacer presencia en la subregión el Ejército de Liberación Nacional (ELN) a través de los frentes Carlos Alirio Buitrago y Bernardo López Arroyave (Olaya 2012); también llegaron las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC), cuyos frentes 49 y 9 encontraron en el Oriente antioqueño un territorio de refugio y retaguardia que poco a poco fueron copando (García y Aramburo 2011). Estos grupos insurgentes tomaron, a su modo, el relevo de las reivindicaciones que ya había hecho el movimiento social en la subregión.

El desarrollo de proyectos de infraestructura económica ha sido sin duda un componente material y emblemático de la configuración regional del Oriente antioqueño; pero, como puede verse, también ha sido un elemento neurálgico en el desenvolvimiento del conflicto social, político y armado que ha atravesado esta subregión; un conflicto que entre 1997 y 2006 alcanzó sus máximos históricos de violencia en medio de una disputa territorial entre militares, paramilitares y las guerrillas de las FARC y el ELN. Finalmente, ya hacia el segundo lustro del presente siglo, luego del despliegue de varias operaciones militares desarrolladas en el marco de la Política de Seguridad Democrática, imperaría el control del Ejército Nacional en el Oriente antioqueño. A la par que se afianzó ese control, parecía que se iban borrando las reivindicaciones de la movilización ciudadana en torno a la justicia social que debía generar la implantación de la infraestructura económica, lo que dejó como referente principal de la historia de la subregión el hecho de ser un territorio pujante gracias al desarrollo económico aportado por dicha infraestructura.

No obstante, sobre la base de los procesos de movilización ciudadana esas reivindicaciones permanecieron vivas y abiertas a otros devenires. Fue así que en 2013 se volvió a conformar un movimiento de carácter regional denominado Movimiento Social por la Vida y la Defensa del Territorio (Movete), que ha procurado recoger el legado histórico del Movimiento Cívico, con especial énfasis en el cuidado del agua en cuanto garante de la vida en el territorio; con este objetivo, Movete ha propuesto un análisis crítico de los impactos socioambientales que generan en la subregión los proyectos hidroeléctricos, agroindustriales y mineros (Movete 2018) (figura 1).



**Figura 1.** Mapa: tejiendo territorios para la defensa de la vida y la permanencia en el Oriente antioqueño

Fuente: mapa elaborado por Creación Libertaria para el Movete, noviembre de 2016.

## Acercamiento etnográfico a los procesos de reparación y a la construcción de infraestructura

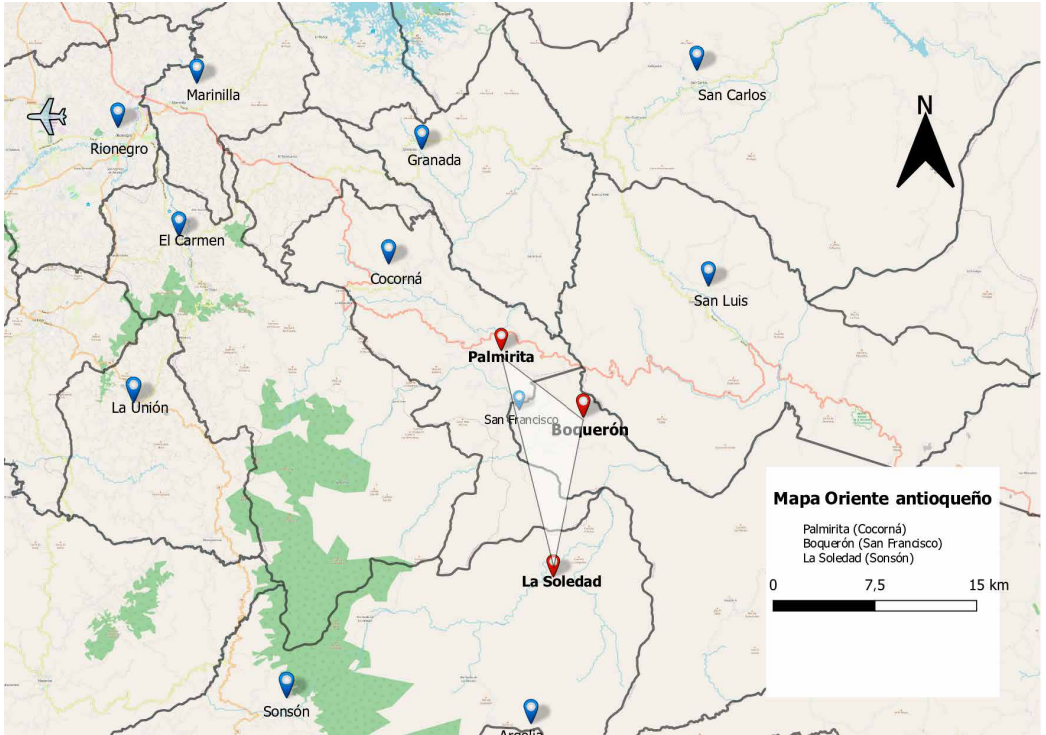
Además de la fase de revisión documental, con el equipo de investigación del proyecto que da origen a este artículo desarrollamos un trabajo de campo de corte etnográfico con víctimas del conflicto armado y con funcionarios públicos encargados de su atención y reparación. Con las víctimas realizamos talleres participativos<sup>6</sup>, entrevistas semiestructuradas y técnicas etnográficas como recorridos territoriales y observaciones participantes en reuniones de las comunidades y en convites<sup>7</sup>. Con los funcionarios llevamos a cabo entrevistas semiestructuradas; igualmente, tuvimos que hacerles requerimientos a través de derechos de petición (como mencioné en la introducción) y concertar con ellos reuniones públicas para esclarecer diferentes situaciones administrativas relacionadas con los procesos de reparación de las comunidades que participaron en la investigación.

El trabajo de campo lo adelantamos en tres lugares del Oriente antioqueño (figura 2): las veredas Palmirita (municipio de Cocorná) y Boquerón (municipio de San Francisco), y el corregimiento de Río Verde de los Montes (municipio de Sonsón). Estos los elegimos porque, además de la intensa disputa territorial que en ellos aconteció durante el conflicto armado, sus comunidades ya habían iniciado procesos de reparación de diferentes hechos victimizantes, como asesinatos selectivos, desapariciones forzadas, tortura, siembra de minas antipersona, extorsiones, coacción, retenciones arbitrarias, desplazamiento forzado, entre otros. El reconocimiento de la dimensión y del impacto social y territorial de estos hechos nos permitió activar posteriormente el trabajo etnográfico sobre las formas particulares en las que las comunidades han ido superando las afectaciones causadas por el conflicto armado, bien sea por las acciones emprendidas por el Estado para la reparación o bien porque han sido iniciativas adelantadas de manera autónoma por las comunidades<sup>8</sup>.

6 Los talleres participativos son una técnica reflexiva que permite la integración entre la teoría y la práctica y el intercambio de conocimientos de los participantes (CEO 2003).

7 Los convites son encuentros de trabajo colectivo que en muchos casos se destinan a la construcción o el mantenimiento de infraestructuras comunitarias como caminos, carreteras, salones comunales, escuelas, etc. Sobre esta práctica volveré más adelante, ya que en el desarrollo del trabajo de campo fue vital para comprender la participación y autogestión de las comunidades en la recuperación de sus modos y espacios de vida.

8 Respecto al contraste entre la oferta estatal y las iniciativas propias de las comunidades, véase el artículo "Procesos de reparación, entre la reparación estatal y la recuperación comunitaria" (Cardona Berrío, Arroyave Álvarez y Ramírez 2019).



**Figura 2.** Lugares del Oriente antioqueño donde se realizó trabajo de campo

Fuente: elaboración propia, con base en información de Open Street - IGAC (2021).

Sobre los procesos de reparación que se implementan desde el Estado, ya se han adelantado trabajos etnográficos que muestran, por ejemplo, las divergencias entre los marcos normativos de la reparación y su aplicación a colectivos con especificidades étnicas (Latorre-Iglesias 2018); igualmente, se han hecho etnografías que se focalizan en la dimensión colectiva de la reparación a partir de la generación de estrategias de producción de lo común (Sañudo *et al.* 2021)<sup>9</sup>. Si bien en este artículo comparto ese acercamiento etnográfico como enfoque metodológico de análisis de los procesos de reparación, lo que quiero describir y analizar aquí de manera más específica son los significados y controversias que han ido emergiendo en algunas comunidades del Oriente antioqueño alrededor de las infraestructuras como modo de reparación o recuperación, luego de haber sido

9 Entre los trabajos etnográficos sobre la reparación colectiva, cabe señalar además el realizado en Perú por Ramírez Zapata (2018), quien considera que tales procesos hacen emerger desafíos y posibilidades que deben resolverse a través del poder de la acción colectiva.

víctimas del conflicto armado. Como puede verse, se trata de un cruce entre la etnografía de la reparación y la etnografía de las infraestructuras, en la medida en que estas últimas son usadas como forma de reparación y de construcción de paz.

En cuanto a la etnografía de las infraestructuras, ya se han adelantado trabajos (sobre todo en África y en Asia) que las analizan como una herramienta de construcción de ciudadanía, para forjar identidades colectivas y movilizar la acción política (Anand 2017; Fredericks 2018); también para pensar dicha construcción en los términos materiales que implican las infraestructuras en contextos de transformación política en los que los procedimientos técnicos y económicos las convierten en lugares en donde las ciudadanías son concertadas o impugnadas (Schnitzler 2016). En correlación con este tipo de estudios, también se encuentra el trabajo de Daniel Mains (2019), que explora la confluencia entre desarrollo y gobernanza examinando los conflictos que emergen en torno a proyectos infraestructurales instrumentalizados, simultáneamente, para la construcción de nación y el consentimiento de la legitimidad del Estado. Estas etnografías tienen en común —como también es el caso del análisis que expongo aquí— el que se hacen en países o zonas “en vía de desarrollo”, así como el carácter controversial del uso de las infraestructuras como práctica material y simbólica en la construcción de ciudadanías y la producción de Estado. El estudio de Schnitzler (2016) sobre el procedimiento técnico-político y polémico del recurso a las infraestructuras para la superación del Apartheid en Sudáfrica resulta incluso bastante similar al presente artículo en lo relativo al marco contextual de la transición política que analizo; solo que, como ya lo he señalado, el aspecto más cuestionable en lo referente al Oriente antioqueño se encuentra en recurrir a la provisión de infraestructura como forma de reparación y construcción de paz en una región donde la implantación de infraestructura económica ha estado relacionada con la violencia y sigue generando conflictos sociales.

Las comunidades con las que trabajamos consideran el mantenimiento, la rehabilitación y la construcción de infraestructuras comunitarias —escuelas, caminos, carreteras, etc.— como una necesidad con respecto a la cual están dispuestas a realizar diferentes acciones políticas con el fin de recuperarse de las secuelas del conflicto armado; pero al mismo tiempo ven como una amenaza la llegada de proyectos infraestructurales como las pequeñas centrales hidroeléctricas (PCH). En los tres lugares donde trabajamos, una de las mayores expectativas en relación con su reparación estaba en la no-repetición, en poder vivir tranquilamente sin aquel riesgo que representa la presencia de los actores armados; paralelamente, una de sus mayores preocupaciones es la aparición de intereses externos que solo



ven en sus espacios de vida unas despensas de recursos naturales por explotar, con lo cual advierten un nuevo riesgo para su permanencia en el territorio y sus derechos económicos, sociales, culturales y ambientales. Como gran parte del Oriente lejano, los lugares donde hicimos trabajo de campo se caracterizan por una enorme riqueza hídrica y de suelos, aspectos que para las comunidades y los movimientos socioterritoriales, como el Movete, son componentes de una vida digna en la que son primordiales la solidaridad, el encuentro, el goce, el trabajo comunitario, y la defensa y el cuidado de un territorio compuesto por “personas, cultivos, carreteras, caminos, paisajes, ríos, animales y toda la biodiversidad” (comunicación personal, habitante de Boquerón, taller de cartografía social, abril de 2018).

## **La inserción estatal y económica en la construcción de infraestructura como mecanismo de reparación a víctimas y medio para la consecución de la paz**

Se ha llegado a aseverar, sin mayores cuestionamientos, que “la paz y el desarrollo van de la mano en Colombia” (Banco Mundial 2014), que el bienestar y la paz se alcanzan por la vía del desarrollo, y que la paz misma promueve las inversiones y permite el desarrollo social y económico. De hecho, este tipo de visión, que reivindica la construcción de infraestructuras para la consecución de la paz, se inserta en una dinámica internacional que en la última década ha utilizado “las infraestructuras como ‘punta de lanza’ en la consolidación de la paz [lo cual] forma parte de un retorno más amplio de las infraestructuras en la agenda global de desarrollo” (Bachmann y Schouten 2018, 386)<sup>10</sup>. Así, luego del auge que tuvo a nivel mundial el desarrollo mediado por la construcción de infraestructuras, actualmente reaparece un nuevo impulso cuya justificación es la paz.

Esa misma asociación entre desarrollo y paz es de hecho la que se ha promovido en el contexto regional del Oriente antioqueño desde hace dos décadas a través del Programa de Desarrollo para la Paz (Prodepaz), abanderado por actores como la diócesis de Sonsón-Rionegro y las empresas del sector eléctrico. Con la financiación de la Unión Europea, dicho programa tuvo a su cargo la gestión del Laboratorio de Paz realizado en esta subregión, evento con el que se ha fomentado y simbolizado, en torno a la búsqueda y la consolidación de la paz, lo que

.....  
 10 Todas las traducciones son propias.

debería ser “el giro en las prioridades más visibles de las comunidades: el ‘desarrollo’” (García y Aramburo 2011, 171).

Como puede notarse, el uso de las infraestructuras en el restablecimiento del discurso del desarrollo por medio de la construcción de paz comporta una agencia con la que se procura alcanzar fines sociopolíticos y económicos. Del lado del Estado, el recurso a las infraestructuras como forma de reparación a víctimas y construcción de paz resulta ser una oportunidad para llegar al Oriente antioqueño a través de su músculo económico y político. En el desarrollo de infraestructuras —como la construcción y el mejoramiento de vías que permiten dar más agilidad al transporte de personas y recursos— opera entonces una tecnología logística que ayuda “a la penetración efectiva del Estado en la vida social” (Mann 2006, 10).

Ahora bien, en el contexto actual de las democracias capitalistas, para que los Estados puedan ser “infraestructuralmente fuertes” deben aceptar y refrendar acuerdos con “las reglas y la racionalidad de la economía capitalista que los rodea” (Mann 2006, 8). De tal entramado se puede incluso inferir que la intervención social del Estado es una manera de abonar el terreno para dar acceso al flujo económico del capital. Así, mientras el Estado, por un lado, ofrece obras de infraestructura social como modos de reparación a víctimas y de construcción de paz, por otro lado, incentiva en el Oriente antioqueño la explotación minero-energética<sup>11</sup> en cuanto estrategia de desarrollo económico que también se vincula con la consecución de paz.

De hecho, el prolífico resurgimiento de proyectos extractivistas en el Oriente antioqueño prefigura nuevamente un panorama complejo en el que concurren diferentes visiones de quienes están en el territorio. Mientras que para algunos actores, como los movimientos socioterritoriales, la persistencia de ese tipo de proyectos no representa la garantía de justicia y no repetición que exige la transición hacia la paz, para otros representantes de sectores específicos de la sociedad civil —como Prodepaz e instituciones públicas y privadas—, la prioridad más visible e inmediata en la búsqueda de la paz reside en la promoción del desarrollo económico. Tal panorama genera divisiones y conflictos entre la misma población, como es el caso actualmente en Río Verde de los Montes y Boquerón, donde se proyecta la construcción de dos centrales hidroeléctricas, así como en Palmirita, donde se gestiona una solicitud de licencia para explotación minera.

11 Según los datos que presenta la Corporación Autónoma Regional de las Cuencas de los Ríos Negro y Nare (Cornare), entidad ambiental del Oriente antioqueño, a febrero de 2021 en esta subregión existían 30 licencias ambientales vigentes para generación de energía y 61 para minería (Cornare 2021).

Como nos lo manifestaron distintos habitantes, tales proyectos representan una amenaza para sus territorios y la emergencia de un nuevo conflicto en el que está latente un desplazamiento “negociado” para que se pueda dar la explotación de recursos naturales. En los talleres y encuentros —momentos de recorridos territoriales y de observación participante en convite—, algunos integrantes de las comunidades de Boquerón y Palmirita nos hablaron de su voluntad de permanecer unidos en contra de esos proyectos y de estar dispuestos a defender su territorio frente a los intereses y visiones que surgen desde los mismos gobiernos locales, las empresas interesadas en los proyectos<sup>12</sup> y las entidades que las apoyan<sup>13</sup>.

En el caso de Río Verde de los Montes, encontramos que la población estaba dividida entre quienes opinaban que el Proyecto Hidroeléctrico Río Verde de los Montes traería desarrollo al corregimiento y quienes afirmaban que el agua de Río Verde “es de nosotros y nuestras generaciones futuras y por eso no dejaremos represar el río” (comunicación personal, habitante de Río Verde de los Montes, taller de devolución y validación de la información, febrero de 2019). Incluso, en un momento en que nos expresaron la idea de constituir a la comunidad de Río Verde de los Montes como sujeto de reparación colectiva, proyectaron solicitar como medida de reparación la construcción de una carretera hasta el lugar, que consideran primordial, “porque nosotros aquí sin carretera no tenemos calidad de vida buena, porque aquí tenemos un suelo que nos produce pero no tenemos por dónde sacar los cultivos” (comunicación personal, habitante de Río Verde de los Montes, taller sobre expectativas en torno a la reparación, abril de 2018). Sin embargo, en opinión de otras personas lo mejor era solicitar como reparación colectiva la recuperación de sus viviendas, pues la carretera tendría que ser finalmente construida para poder hacer viable la hidroeléctrica, o podrían seguir esperando que se cumpliera esta vieja promesa que diferentes gobiernos municipales y departamentales les habían hecho: “si ha habido tantos políticos que nos han engañado, el Estado no puede seguir evadiendo la responsabilidad que tiene con nosotros como ciudadanos” (comunicación personal, habitante de Río Verde de los Montes, taller sobre expectativas en torno a la reparación, abril de 2018).

12 En la zona donde se encuentra Boquerón se tiene proyectada la construcción de la PCH Santo Domingo por parte de Empresas Públicas de Medellín (EPM). En Palmirita se adelanta un proceso de licitación para extracción minera en el cerro El Chaquiro, donde se encuentran los afluentes de agua que abastecen a la vereda; aún se desconoce qué empresa está adelantando la solicitud de esa licencia.

13 En el caso de la PCH Santo Domingo, recientemente fue Prodepaz la que convocó a la socialización de ese proyecto y lo mostró como una oportunidad para la construcción de paz mediante el desarrollo. Cornare ha dado ya también su visto bueno a ese proyecto.

En uno de los recorridos territoriales por Río Verde de los Montes, un poblador de este corregimiento me relató que los inicios de la construcción de esa carretera datan de los años ochenta del siglo pasado. Me comentó además que la construcción la detuvieron por el impacto ambiental que generaba en el sistema del páramo andino que hay en la zona, y que luego su continuación se convirtió en promesa electoral de varios de los aspirantes a la alcaldía y gobernantes de Sonsón. Al continuar con su relato me refirió que en la administración municipal que hubo entre 2016 y 2019 se abrió una trocha hasta La Soledad con el ánimo de finalizar luego las obras de la carretera; sin embargo, esa trocha quedó sin mantenimiento durante más de tres años, de modo que se convirtió en un camino de muy difícil tránsito, cuestión que llevó a que la misma comunidad del corregimiento se encargara, mediante convites, y con sus propios aportes monetarios, de tender piedras y madera en la vía para poder pasar con sus mulas (figuras 3.1 y 3.2).



**Figuras 3.1 y 3.2.** Chiva varada y mulas en tránsito por la carretera (trocha) de Río Verde de los Montes

Fuente: fotos cortesía de Valentina Hincapié, abril de 2018.



## La participación de las comunidades en el mantenimiento y la construcción de infraestructura suministrada por el Estado

Pese a sospechar que tras la provisión de infraestructuras sociales —sobre todo viales— se pueden esconder intereses de empresas para la extracción de recursos minero-energéticos, en general las comunidades que participaron en la investigación se mostraron proclives al suministro de infraestructuras por parte del Estado. Es más, durante el trabajo de campo fue común escuchar frases como “el Estado somos todos” (comunicación personal, habitante de Boquerón, taller de devolución y validación de información, febrero de 2019) o “el Estado también somos nosotros” (comunicación personal, habitante de Río Verde de los Montes, taller sobre expectativas en torno a la reparación, abril de 2018), en las que no solo se expresaba la esperanza de poder recibir algún servicio del Estado, sino también la voluntad de aportar a la formación del Estado tanto a través de la participación política como de ese elemento tan concreto que es la construcción de infraestructuras.

Esta clara voluntad de las comunidades es compatible con aquella visión en la que el Estado es “un proceso de coproducción en el que participan diferentes

actores y dinámicas” (Uribe, Otero-Bahamón y Peñaranda 2021, 89), que a su vez inciden en lógicas locales de construcción del Estado y de la paz. En contextos afectados por conflictos armados y en los cuales la esperanza de su superación pasa por ese sentido material de la construcción de infraestructuras, resulta vital que se tengan en cuenta las aspiraciones sociales y políticas de las comunidades locales. Estas aspiraciones redundan en una amplia concepción de la construcción de paz. Al ser entendida de manera procesual, esta última compete al conjunto de acciones que, buscando superar las circunstancias que motivaron el conflicto armado y tratando de evitar que este se repita, contribuyen a mejorar las condiciones de vida de una población (Grasa y Mateos 2014). Para ello es necesario consolidar espacios y recursos con duración en el tiempo, cuya legitimidad permita que se constituya una “infraestructura de paz” en la que “los diferentes actores de la sociedad, incluyendo las partes del conflicto, preparen la paz y la sostengan en el tiempo” (Pfeiffer 2014, 4). De acuerdo con Lederach (2012), esta infraestructura de paz, además de implicar un horizonte de largo plazo, también debe tener como elemento fundamental la inclusión de iniciativas y esfuerzos locales de construcción de paz, pues solo así se tendrá cercanía, responsabilidad y legitimidad frente a los diferentes contextos.

Las comunidades que participaron en nuestra investigación hicieron mayor hincapié en las acciones realizadas por ellas mismas para recuperarse de las secuelas del conflicto. De ahí que en los tres lugares mencionados hayan relatado que, después de haber vivido el desplazamiento forzado, regresaron a sus veredas y, entre sus primeras iniciativas, emprendieron la reorganización de las juntas de acción comunal (JAC)<sup>14</sup> para constituir procesos políticos que, con la mediación de instituciones públicas de diversa escala, permitieran la reconstrucción de sus espacios y la recuperación de la vida en común afectada por el conflicto armado. Fue con ese ímpetu que las comunidades de Boquerón y Palmirita estuvieron prestas a realizar diferentes gestiones para mejorar las vías de acceso a sus veredas mediante la pavimentación con placa-huella<sup>15</sup>. Aunque en el caso de estas dos comunidades ese mejoramiento de las vías no fue tramitado directamente como un mecanismo de reparación colectiva —como sí ha sido el caso en otras localidades del Oriente antioqueño y del país—, los pobladores de estas veredas lo

14 La JAC es un tipo de organización cívica, social y comunitaria que en Colombia tiene como marco jurídico la Ley 743 del 5 de junio de 2002 (Congreso de la República 2002).

15 El Instituto Nacional de Vías (Invías) describe la pavimentación con placa-huella como una estrategia de mejoramiento “para vías terciarias de carácter veredal que presentan un volumen de tránsito bajo” (Invías 2015, 2).

han concebido como un verdadero proceso de recuperación física, económica y social. Es por ello que, de manera voluntaria y entusiasta, transigieron en realizar diversos trámites, y en poner recursos y mano de obra para pavimentar con placa-huella algunos de los tramos más deteriorados o difíciles de sus carreteras veredales (figuras 4.1 y 4.2).



**Figuras 4.1 y 4.2.** Chiva varada en parte destapada y tramo de placa-huella de la carretera de Palmirita

Fuente: fotos cortesía de Laura Cuadros, octubre de 2019.

Este caso es una muestra de cómo en torno a la construcción de infraestructura se logra movilizar y vincular a una población con sus aspiraciones sociales, económicas y políticas; igualmente, se prefigura como un indicio de que en el uso de las infraestructuras para la construcción de paz es preferible “delegar las fuentes de poder, así como la agencia de las infraestructuras, fuera de los Estados

centrales, en sus principales usuarios: las comunidades locales [...] afectadas por el conflicto” (Bachmann y Schouten 2018, 392). Se trata de una ocasión apropiada para ir tejiendo una infraestructura social y política de paz en la que es necesario reconocer la voluntad de las comunidades locales para involucrarse en la agenda de programas, proyectos y obras relacionados con la búsqueda de la paz, en el contexto de la solución de sus propias dificultades y en busca de la generación de las capacidades que permitan disminuir las brechas de un desarrollo inequitativo.

Así, a la idea incluyente de que “el Estado somos todos”, termina por superponérsele un conjunto de prácticas excluyentes que dejan la sensación de que “el Estado son otros”: usualmente personas con poder económico y político que solo tienen en cuenta a estas comunidades para conseguir prebendas políticas —representadas en obtención de votos— o económicas —como la explotación de recursos naturales presentes en sus territorios—.

## La autogestión de las comunidades para la recuperación y construcción de infraestructura

Entre el desencantamiento que producen los meandros burocráticos estatales y la desconfianza que generan los intereses económicos de agentes exógenos, el razonamiento que hace la gente es que “mejor lo hacemos nosotros mismos” (comunicación personal, habitante de Palmirita, taller sobre expectativas en torno a la reparación, abril de 2018): muchas de las obras que se obtendrían a través de procesos de reparación, o de diversas gestiones ante el Estado, se pueden autogestionar o realizar mediante labores comunitarias, con lo que se evita el desgaste que implica la burocracia y la frustración que conllevan las estratagemas políticas y económicas.

A diferencia de las obras que aparecen como delegadas por el Estado, o de aquellas que eran responsabilidad estatal pero quedaron inconclusas, en este caso se trata de un tipo de obras que se construyen al margen de la institucionalidad estatal, creadas y gestionadas a través de los espacios comunitarios mismos.

En el caso de Palmirita, Boquerón y Río Verde, pudimos apreciar que para superar lo padecido durante el conflicto las comunidades fueron recuperando, poco a poco y de manera autónoma, repertorios de acción colectiva que les permitieran reconstruir sus mundos de vida mediante la solidaridad y con la esperanza de edificar proyectos comunes y visiones de un futuro compartido. De las acciones que las propias comunidades han emprendido, sobresalen las que realizan mediante trabajos colectivos arraigados en los lazos de solidaridad entre



familiares y vecinos que se esfuerzan autónomamente por recuperar sus modos y espacios de vida. Así, el mantenimiento o la restauración de caminos, cultivos, casas y espacios colectivos, como las escuelas y las casetas comunales, lo hacen mediante convites para los cuales cada quien destina tiempo y recursos económicos, o mediante eventos como festivales, torneos deportivos, entre otros, destinados a recolectar dinero y financiar dichas obras.

En el caso de Palmirita tuvimos la oportunidad de participar en cuatro convites cuyo propósito era la restauración de la escuela de la vereda (figuras 5.1 y 5.2). Esta acción fue llevada a cabo como autogestión de una forma de reparación colectiva, dado que la comunidad de Palmirita no la había podido tramitar a través de la Uariv o la Administración municipal que les exigían tener la titulación del terreno donde se encuentra la escuela; a pesar de haber sido donado hace mucho tiempo por la primera maestra que hubo en la vereda, hasta la fecha el terreno no se ha podido ceder legalmente a la JAC ya que los herederos de la maestra se encuentran en un complicado proceso de sucesión.



**Figura 5.1 y 5.2.** Escuela de Palmirita y detalle del trabajo de su recuperación

Fuente: foto cortesía de Valentina Hincapié, septiembre-octubre de 2019.

Para los habitantes de Palmirita la restauración de la escuela —en cuanto espacio importante para la vida comunitaria de la vereda, pues además de ser el lugar de estudio de niños y niñas también es usado para reuniones y festejos— era vista entonces como una acción concreta de reparación colectiva. En los convites destinados a esta actividad hubo una masiva participación de la comunidad de la vereda que, junto con nuestro equipo de investigación, se dedicó a arreglar muros, techos, a estucar, pintar, y a recomponer el jardín y el cerco de la escuela. El entusiasmo depositado en esa obra descansaba en el hecho de que en ella había, simbólicamente, una rehabilitación de los vínculos y sentimientos comunitarios;

como si en la capacidad de hacer, de trabajar colectivamente, estuviese también la posibilidad de restablecer y fortalecer el entramado comunitario que había sido deteriorado a causa del conflicto armado (Ramírez Zuluaga 2021).

Esa capacidad de organizarse y actuar colectivamente, de generar alternativas de autogestión en pro de su vereda, rebasa las visiones centradas en lo económico, y se perfila como un cimiento para consolidar la solidaridad, la autonomía y la dignidad. Es quizá desde esa perspectiva que la comunidad de Palmirita, en lugar de postularse como sujeto de reparación colectiva, decidió integrarse al Movete para abrirse a una movilización política afín a sus intereses comunitarios, en los que la defensa y el cuidado del territorio se proyectan como la base para la consecución de una vida digna y en paz.

## **Epílogo: ensambles y agenciamientos en la concurrencia de acuerdos y visiones para el desarrollo de infraestructuras**

Pareciera que el propósito de reparar a las víctimas, en su dimensión material, se puede lograr con la restauración y construcción de caminos, carreteras, casas, escuelas, etc.; y que la concreción de la idea de la construcción de paz implica también ese proceso material de las infraestructuras que se construyen con ladrillos y cemento. Sin embargo, puede resultar erróneo “equiparar simplemente las cosas construidas con los avances hacia la paz” (Bachmann y Schouten 2018, 389-390) y sustituir por esas cosas el “compromiso real con las causas fundamentales del conflicto” (390). En este punto resulta pertinente reflexionar sobre los entramados sociopolíticos y económicos de las infraestructuras para revelar la concurrencia de acuerdos y visiones que en ellas operan.

Si admitiéramos que las infraestructuras no son simples objetos con una mecánica y una finalidad material determinada, sino que comportan además un carácter o sentido “maquínico” cuyo funcionamiento no se da “de forma aislada, sino por agregado o agenciamiento” (Guattari 2005, 122), en el caso que nos ocupa podríamos identificar, al menos, dos agenciamientos particulares en los que concurren diferentes acuerdos y visiones. Uno en el que la reparación a las víctimas y la construcción de paz a través de las infraestructuras constituyen un medio de construcción de Estado, así como un restablecimiento del discurso del desarrollo económico. Y otro en el que la construcción y el mantenimiento de

la infraestructura tienen que ver con la cimentación y actualización de la vida en comunidad en la que coexisten procesos materiales y afectivos.

En el primero, las infraestructuras permiten el agenciamiento de configuraciones sociales, políticas, económicas e ideológicas que están articuladas a fenómenos de diferentes escalas, entre los que se encuentran la penetración del Estado en un territorio y la implantación de una visión hegemónica acorde con los intereses de la economía capitalista. A escala local, es innegable que pueden existir gobiernos municipales, organizaciones y personas que transigen con esa especie de intrínquilis que hay entre Estado y economía capitalista, y que implican el acuerdo y la visión de un crecimiento económico a través del desarrollo de infraestructuras.

Incluso las mismas víctimas del conflicto armado pueden estar de acuerdo con el hecho de que el Estado retome su forma de penetrar en el territorio mediante el desarrollo económico, pues necesitan recuperar los modos y espacios de vida afectados por la guerra, además de que una adecuada infraestructura pública ha sido una deuda social permanente del Estado con las comunidades rurales. Sin embargo, muchas de estas no están de acuerdo con que “las infraestructuras para el desarrollo” y “el desarrollo para la paz” sigan siendo una fachada que esconde la depredación de sus territorios.

De ese desacuerdo emerge un segundo agenciamiento que parte justamente de la desconfianza sobre “la trampa” (comunicación personal, habitante de Boquerón, taller sobre expectativas en torno a la reparación, mayo de 2018) representada por ese contubernio entre el Estado y la economía capitalista. Para ello, las comunidades tienen como fundamento la evidencia histórica de un desarrollo desigual que ha fomentado un desequilibrio territorial en el que lo rural aparece como un espacio rezagado o mantenido a modo de retaguardia para la extracción de recursos. Ese desarrollo desigual ha propiciado un orden social y económico injusto en el que los dividendos económicos de la extracción van a parar mayoritariamente a los actores externos, mientras que los internos (la población rural) perviven en un proceso cíclico de exclusión e injusticia que pasa por el desarrollo, la violencia y la supuesta o anhelada construcción de paz, para la que se recicla, nuevamente, el discurso del desarrollo.

Si bien se trata de comunidades herederas de un colonialismo agrícola, se han convertido en actores internos que buscan recuperar los lazos comunitarios afectados por la guerra y fortalecer los vínculos con sus territorios a través de la defensa y el cuidado de estos. Y es que, en los territorios en que los actores armados vieron escenarios geoestratégicos y otros han visto un depósito para la

extracción de recursos naturales, estas comunidades campesinas tratan de hacer realidad la posibilidad de una vida digna. Su mayor convicción está en un trabajo comunitario que haga posible recuperar, cuidar y defender sus modos y espacios de vida. Por ello se dedican a acciones colectivas que les permitan abrir nuevamente los caminos para sembrar, recomenzar sus cultivos, reconstruir sus casas, sus escuelas, sus acueductos, etc. A través de esas prácticas en común se tejen, se transmiten y se incorporan vínculos sociales basados en la interdependencia y la solidaridad que se experimentan en ese espacio al que denominamos vereda, y que en el caso del Oriente antioqueño

es mucho más que una porción de territorio delimitada y administrada por el Estado. Las veredas se conectan a través de los ríos y se articulan, con otras comunidades y organizaciones sociales del Oriente antioqueño, por la defensa de la vida que se organiza alrededor de las relaciones entre el agua y la tierra. (Valderrama 2018, 194)

Se trata de lo que Carolina Jiménez-Martín concibe como territorialidades comunales (2016, 64), en las que las afectaciones generadas por el desarrollo desigual han sido acentuadas por el conflicto armado y han dejado el germen de la esperanza de una justicia espacial (Soja 2014) que les garantice un acceso equitativo a los recursos de sus territorios, así como a la infraestructura que les permita cimentar los procesos materiales para una vida digna y en paz. Esta cuestión no está lejos de lo que se ha buscado con el acuerdo de paz de 2016, en el que, para el desarrollo de acciones como la reforma rural integral (RRI) y los Programas de Desarrollo con Enfoque Territorial (PDET), resulta crucial la provisión de infraestructuras “que brinden bienestar y buen vivir a la población rural [...] y fortalezcan sus formas de organización y producción” (Mesa de Conversaciones de la Habana 2016, 11).

## Referencias

- Anand, Akhil.** 2017. *Hydraulic city. Water and the infrastructures of citizenship in Mumbai.* Durham: Duke University Press.
- Bachmann, Jan y Peer Schouten.** 2018. “Concrete approaches to peace: infrastructure as peacebuilding”. *International Affairs* 94 (2): 381-398. <https://doi.org/10.1093/ia/iix237>

- Banco Mundial.** 2014. “La paz y el desarrollo van de la mano en Colombia”. Consultado el 18 de mayo de 2021. <https://www.bancomundial.org/es/results/2014/07/16/peace-and-development-colombia>
- Cardona Berrío, Natalia Andrea, Orlando Arroyave Álvarez y Luis Ramírez.** 2019. “Procesos de reparación, entre la reparación estatal y la recuperación comunitaria”. *El Ágora USB* 19 (2): 387-403. <https://doi.org/10.21500/16578031.3851>
- CEO (Centro de Estudios de Opinión).** 2003. “Conceptos básicos de qué es un taller participativo, cómo organizarlo y dirigirlo. Cómo evaluarlo”. *La Sociología en sus Escenarios* 8. Consultado el 16 de diciembre de 2021. [https://bibliotecadigital.udea.edu.co/bitstream/10495/2536/1/CentroEstudiosOpinion\\_conceptostallerparticipativo.pdf](https://bibliotecadigital.udea.edu.co/bitstream/10495/2536/1/CentroEstudiosOpinion_conceptostallerparticipativo.pdf)
- Congreso de la República.** 2002. Ley 743 de 5 de junio de 2002. *Diario Oficial* 44826, 7 de junio. [http://www.secretariasenado.gov.co/senado/basedoc/ley\\_0743\\_2002.html](http://www.secretariasenado.gov.co/senado/basedoc/ley_0743_2002.html)
- . 2011. Ley Ordinaria 1448/2011, de 10 de junio de 2011, “por la cual se dictan medidas de atención, asistencia y reparación integral a las víctimas del conflicto armado interno y se dictan otras disposiciones”. *Diario Oficial* 48096, 10 de junio. <https://www.funcionpublica.gov.co/eva/gestornormativo/norma.php?i=43043>
- Cornare (Corporación Autónoma Regional de las Cuencas de los Ríos Negro y Nare).** 2021. “Proyectos por tipo de actividad”. Consultado el 16 de mayo de 2021. <https://www.cornare.gov.co/licencia-ambiental/proyectos-cornare/>
- Fredericks, Rosalind.** 2018. *Garbage citizenship. Vital infrastructures of labor in Dakar, Senegal*. Durham: Duke University Press.
- García, Clara Inés.** 2007. “Conflicto, discursos y reconfiguración regional. El Oriente antioqueño: de la Violencia de los cincuenta al Laboratorio de Paz”. *Controversia* 189: 129-145. <http://biblioteca.clacso.edu.ar/Colombia/cinep/20100920014712/art5Controversia189.pdf>
- García, Clara y Clara Aramburo.** 2011. *Geografías de la guerra, el poder y la resistencia. Oriente y Urabá antioqueños. 1990-2008*. Bogotá: Cinep; INER.
- Grasa, Rafael y Óscar Mateos.** 2014. *Guía para trabajar en la construcción de paz. Qué es y qué supone la construcción de la paz*. Bogotá: Cámara de Comercio de Bogotá; Instituto Catalán Internacional para la Paz (ICIP).
- Guattari, Félix.** 2005. *Plan sobre el planeta. Capitalismo mundial integrado y revoluciones moleculares*. Bogotá: Ediciones Desde Abajo.
- Harvey, David.** 2006. *Spaces of global capitalism*. Londres; Nueva York: Verso.
- Invias (Instituto Nacional de Vías).** 2015. “Guía de diseño de pavimentos con placa-huella”. Consultado el 15 de mayo de 2021. <https://www.invias.gov.co/index.php/archivo-y-documentos/documentos-tecnicos/6644-guia-de-disenoo-de-pavimentos-con-placa-huella>

- Jiménez-Martín, Carolina.** 2016. “Justicia territorial para la construcción de la paz”. *Bitácora Urbano-Territorial* 26 (2): 59-56. <https://doi.org/10.15446/bitacora.v26n2.59301>
- Latorre-Iglesias, Edimer Leonardo.** 2018. “¿El derecho postergado? Aproximación al proceso de reparación colectiva en el pueblo ette ennaka”. *Saber, Ciencia y Libertad* 13 (1): 44-61. <https://doi.org/10.18041/2382-3240/saber.2018v13n1.2081>
- Lederach, John Paul.** 2012. “The origins and evolution of infrastructures for peace: a personal reflection”. *Journal of Peacebuilding & Development* 7 (2): 8-13. <https://doi.org/10.1080/15423166.2013.767604>
- Magarrell, Lisa.** 2007. “Las reparaciones en la teoría y la práctica”. International Center for Transitional Justice. Consultado el 26 de julio de 2021. <https://www.ictj.org/sites/default/files/ICTJ-Global-Reparations-Practice-2007-Spanish.pdf>
- Mains, Daniel.** 2019. *Under construction. Technologies of development in urban Ethiopia*. Durham: Duke University Press.
- Mann, Michael.** 2006. “El poder autónomo del Estado: sus orígenes, mecanismos y resultados”. *Revista Académica de Relaciones Internacionales* 5: 1-43. <https://revistas.uam.es/relacionesinternacionales/article/view/4863>
- Mesa de Conversaciones de la Habana.** 2016. “Acuerdo final para la terminación del conflicto y la construcción de una paz estable y duradera”. Consultado el 16 de diciembre de 2021. [https://www.jep.gov.co/Marco%20Normativo/Normativa\\_v2/01%20ACUERDOS/Texto-Nuevo-Acuerdo-Final.pdf?csf=1&e=0fpYA0](https://www.jep.gov.co/Marco%20Normativo/Normativa_v2/01%20ACUERDOS/Texto-Nuevo-Acuerdo-Final.pdf?csf=1&e=0fpYA0)
- Movete.** 2018. *Memorias y resistencias: las luchas por la vida y la defensa del territorio en el Oriente antioqueño*. Medellín: Periferia.
- OACNUDH (Oficina del Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Derechos Humanos).** 2005. “Principios y directrices básicos sobre el derecho de las víctimas de violaciones de las normas internacionales de derechos humanos y del derecho internacional humanitario a interponer recursos y obtener reparaciones”. Consultado el 16 de diciembre de 2021. <https://www.ohchr.org/sp/professionalinterest/pages/remedyandrepairation.aspx>
- Olaya, Carlos.** 2012. *Nunca más contra nadie. Ciclos de violencia en la historia de San Carlos, un pueblo devastado por la guerra*. Medellín: Cuervo Editores.
- Pfeiffer, Silke.** 2014. *Infraestructura de paz en Colombia*. Berlín: Berghof Foundation.
- Pineda Gómez, Hernán y Alejandro Pimienta Betancur.** 2021. “Recortes espaciales que configuran el Oriente antioqueño: de la región a la superposición de territorialidades”. *Territorios* 45: 1-22. <https://doi.org/10.12804/revistas.urosario.edu.co/territorios/a.9946>
- PNUD (Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo).** 2010. “Oriente antioqueño: análisis de conflictividad”. Consultado el 16 de diciembre de 2021. <https://info.undp>

org/docs/pdc/Documents/COL/00058220\_Analisis%20conflictividad%20Oriente%20Antioque%C3%B1o.pdf

- Ramírez Valencia, Bladimir.** 2020. “Las matanzas vitales. Ejecuciones extrajudiciales en el Oriente antioqueño: el caso de la cuenca del río Calderas, 2002-2006”. Tesis de maestría en Derecho, Facultad de Derecho y Ciencias Políticas, Universidad de Antioquia, Medellín.
- Ramírez Zapata, Iván Andrés.** 2018. “Recibir la reparación: aproximación a dos organizaciones de desplazados del conflicto armado interno en Lima y su acceso a reparaciones colectivas”. *Anthropologica* 36 (41): 93-114. <http://dx.doi.org/10.18800/anthropologica.201802.004>
- Ramírez Zuluaga, Luis Antonio.** 2021. “La juntadera: recuperación de prácticas comunitarias cotidianas como forma de reparación en Palmirita, municipio de Cocorná, Antioquia”. *Antípoda. Revista de Antropología y Arqueología* 45: 79-100. <https://doi.org/10.7440/antipoda45.2021.04>
- Sañudo Pazos, María Fernanda, Dana Carolina Aguilar, Sara Alejandra León, Christopher Zahonero y Lucas Pérez Soto.** 2021. “Reparaciones colectivas y producción de lo común: el caso del sujeto de reparación colectiva de La Sonora (Trujillo, Valle del Cauca)”. *Desafíos* 33 (2): 1-36. <https://doi.org/10.12804/revistas.urosario.edu.co/desafios/a.8405>
- Schnitzler, Antina von.** 2016. *Democracy's infrastructure. Techno-politics and protest after apartheid*. Princeton: Princeton University Press.
- Soja, Edward.** 2014. *En busca de la justicia espacial*. Valencia: Tirant Humanidades.
- Uariv (Unidad para la Atención y Reparación Integral a las Víctimas).** 2015a. “San Luis apuesta a la reparación colectiva para superar las secuelas del conflicto”. Consultado el 30 de abril de 2021. <https://www.unidadvictimas.gov.co/es/reparaci%C3%B3n/san-luis-apuesta-la-reparaci%C3%B3n-colectiva-para-superar-las-secuelas-del-conflicto/8895>
- . 2015b. “La Unidad para la Reparación a las Víctimas le cumplió a San Carlos”. Consultado el 30 de abril de 2021. <https://www.unidadvictimas.gov.co/es/reparaci%C3%B3n-colectiva/%E2%80%99Cla-unidad-para-la-reparaci%C3%B3n-las-v-%C3%ADctimas-le-cumplió%C3%B3n-san-carlos%E2%80%9D-alcaldesa>
- . 2016. “En San Francisco ya se respira otro aire”. Consultado el 30 de abril de 2021. <https://www.unidadvictimas.gov.co/es/reparaci%C3%B3n-colectiva/en-san-francisco-ya-se-respira-otro-aire/13820>
- Uprimny-Yepes, Rodrigo y Diana Esther Guzmán-Rodríguez.** 2010. “En búsqueda de un concepto transformador y participativo para las reparaciones en contextos transicionales”. *International Law. Revista Colombiana de Derecho Internacional* 17: 231-286. <http://www.scielo.org.co/pdf/ilrdi/n17/n17a07.pdf>

**Uribe, Simón, Silvia Otero-Bahamón e Isabel Peñaranda.** 2021. “Hacer el estado: carreteras, conflicto y órdenes locales en los territorios de las FARC”. *Revista de Estudios Sociales* 75: 87-100. <https://doi.org/10.7440/res75.2021.08>

**Valderrama, Mateo.** 2018. “Caminos de vuelta. Historias de (des)arraigos, trabajos y movimientos campesinos en San Francisco (Antioquia-Colombia)”. Tesis de maestría en Estudios Socioespaciales, Instituto de Estudios Regionales, Universidad de Antioquia, Medellín.



# Construir y reparar frente al desabastecimiento: Estado, provisión de agua e infraestructura en Buenaventura, Colombia

*Constructing and repairing to cope with shortage: State, water supply and infrastructure in Buenaventura, Colombia*

---

<https://doi.org/10.22380/2539472X.2125>

Recibido: 30 de julio de 2021 • Aprobado: 14 de febrero de 2022

**Felipe Fernández**

Lateinamerika-Institut, Freie Universität Berlin

felipef@posteo.de • <https://orcid.org/0000-0002-1553-019X>

## Resumen

Este artículo estudia la construcción y reparación de obras de infraestructura doméstica para el almacenamiento del agua en un barrio continental de la ciudad-puerto de Buenaventura, Colombia. De esta forma, indaga acerca de estas prácticas sociomateriales de los pobladores en cuanto formas de articulación entre los sujetos y el Estado en el marco de un desabastecimiento parcial de este recurso público. Argumento que estas construcciones coproducen el aparato estatal y, al mismo tiempo, redefinen sus límites. El fundamento empírico del artículo consiste en un material etnográfico recogido en diferentes estadias de campo entre noviembre de 2018 y febrero de 2020, y representa una contribución a los estudios antropológicos del Estado y la infraestructura.

**Palabras clave:** Estado, infraestructura urbana, desabastecimiento, reparación.

## Abstract

This article examines the construction and repair of domestic infrastructure for water storage in a continental neighborhood of the port-city of Buenaventura, Colombia. It explores these socio-material practices as forms of articulation between the state and local dwellers in the context of water shortages. I argue that these constructions simultaneously co-produce the state apparatus and redefine its limits. The article builds upon ethnographic material collected during several research stays between November 2018 and February 2020 and represents a contribution to the anthropology of the state and of infrastructure.

**Keywords:** State, urban infrastructure, water shortage, repair.

## Introducción

Di vuelta a la manija metálica del grifo y puse mis manos bajo la llave. No salió agua. Salió un poco de aire y se escuchó un sonido extraño. Esperé un momento, pensando que quizá el agua tardaría unos minutos en llegar de las tuberías al grifo. Pero la espera fue en vano. Salí del pequeño cuarto que estaba arrendando hacía ya unos días en un barrio de Buenaventura y busqué a Claudia<sup>1</sup>, la dueña de la casa y quien era mi persona de confianza. Pretendí ser espontáneo y no hacerlo pasar por un reclamo: “Se fue el agua”, le dije. Se disculpó y por unas escaleras subió al último piso de la vivienda. Regresó a los pocos minutos con una tubería de plástico partida en dos. “Esto se reventó otra vez y hay que arreglarlo”. Me entregó un balde y me dijo que fuera al otro tanque, al “de abajo”, que tomara toda el agua que necesitase y que, más tarde o mañana, ya habría agua del grifo. Seguí sus instrucciones y me fui al otro tanque para lavarme las manos. Después tomé mi pequeño cuaderno e hice una entrada en mi diario de campo: *Buenaventura, 17 de noviembre de 2019*. Escribí lo que acababa de evidenciar y esboqué un dibujo. Salí a la calle empolvada y al calor, y fui a la ferretería, de la que Claudia es dueña y donde trabajé como ayudante durante mi investigación. “¿Qué fue lo que pasó con el agua?”, pregunté. Llevaba pocos días en Buenaventura y desconocía aún las dificultades inmediatas que representa para la población el suministro interrumpido de un bien público tan esencial como el agua; y las prácticas cotidianas de construcción, reparación y manutención que se practican para permitir el acceso a este recurso.

Ciudad Blanca es un barrio pobre, ubicado en la zona continental del casco urbano del municipio de Buenaventura. Está atravesado por calles en muy mal estado; algunas de pavimento agrietado, otras de tierra. Las casas son de “material”; es decir, de ladrillo con techos de zinc. Las construyó la alcaldía a finales de los años noventa en uno de sus proyectos de desarrollo urbano. La mayoría de las casas cuentan con conexiones regulares al sistema de acueducto. Sin embargo, se pueden ver tanques de almacenamiento de agua sobre los techos. Esto se debe principalmente a que no hay un suministro regular del servicio: los habitantes se ven obligados a almacenar agua “hasta que vuelva”; dos días después, por lo general, y por tan solo algunas horas (seis aproximadamente). Por tanto, deben construir pequeñas obras de infraestructura para conducir el agua

---

1 Todos los nombres de personas y lugares se han cambiado para asegurar su anonimidad.

hasta un tanque desde donde se reparte por gravedad al resto de la vivienda en los días de “sequía”. Ocurre también que, debido a eventuales daños en el sistema de acueducto, el agua tarda más de dos días en llegar. Por esta razón, las personas recolectan agua lluvia como fuente alternativa de abastecimiento (Furlong 2014; Lawhon *et al.* 2017). En los casos más extremos, cuando hay una interrupción del servicio y además escasean las lluvias, las personas de Ciudad Blanca se ven obligadas a comprar agua en otros sectores de la ciudad<sup>2</sup>. Sin embargo, gran parte del año hay una prestación del servicio cada dos o tres días, la cual permite abastecer los pequeños sistemas de almacenamiento. Como se evidencia en la viñeta etnográfica, estas construcciones son frágiles, ya que fueron improvisadas y están expuestas al sol, la lluvia, el salitre y las irregulares presiones con que llega el agua del acueducto. Las reparaciones y adaptaciones son parte de la cotidianidad material en Ciudad Blanca y otros barrios en Buenaventura.

Este artículo examina la infraestructura para la provisión de agua en Casa Blanca, un barrio de la zona continental de la ciudad. Aquí, entiendo la infraestructura como un terreno de lo político en el cual se negocia el acceso a los recursos públicos (Schnitzler 2016, 107). Más que un sistema de distribución homogéneo y cerrado que gobiernan los entes estatales, la infraestructura representa una “acumulación de procesos sociomateriales que se constituyen a través de una relación con cuerpos, discursos y otros objetos (suelo, agua)” (Anand 2017, 13)<sup>3</sup>. El estudio de caso permite analizar las conexiones domésticas en cuanto lugar clave de este “proceso sociomaterial” que es el sistema de infraestructura hidráulica en la ciudad. Argumento que las pequeñas construcciones de infraestructura doméstica conectadas y articuladas al acueducto coproducen el aparato estatal, al mismo tiempo que negocian y redefinen sus límites. Al encontrarse fuera de lo que Graham y Marvin (2001) llaman un *ideal infraestructural*, las personas de Ciudad Blanca crean sistemas “piratas” de almacenamiento de agua y conexión al sistema de acueducto. Como han argumentado diversos autores (Appel, Anand y Gupta 2018; Degani 2015; Larkin 2004; Simone 2006), la piratería es parte constituyente del entramado urbano del sur global. Según Simone, esta consiste en la “multiplicación de los usos que se les pueden dar a documentos, tecnologías,

2 Existen también los llamados carrotanques enviados por la alcaldía o el prestador privado Hidropacífico a los lugares más críticos, a donde el agua llega con baja presión y las personas no logran almacenarla. A Ciudad Blanca no se la suple con carrotanques, ya que se asume que, al estar ubicados en una parte alta de la ciudad, el agua llega con suficiente presión.

3 Todas las traducciones son propias.

casas, infraestructuras” (2006, 358). Así, la provisión de agua en Ciudad Blanca responde a este fenómeno de piratería en cuanto apropiación, expansión y alteración del sistema centralizado del acueducto.

Diversas etnografías en centros urbanos del sur global han abordado las formas a través de las cuales los sistemas de infraestructura (re)configuran la relación entre los sujetos marginados y el aparato estatal en el marco de políticas neoliberales de desregulación económica y descentralización<sup>4</sup>. Las investigaciones de Mains (2019) y Fredericks (2018) han demostrado cómo el Estado, en el contexto de políticas neoliberales, fomenta la participación ciudadana en proyectos de infraestructura urbana a través de programas institucionales y organizaciones no gubernamentales. Por su parte, Tatiana Acevedo (2019) muestra, para el caso de Barranquilla (Colombia), la manera en que el Estado promueve la autoconstrucción de sistemas de electricidad en barrios marginales, proveyendo a los ciudadanos con los materiales necesarios y evadiendo así, de forma parcial, su responsabilidad de construir sistemas de infraestructura para la provisión de un servicio público como lo es la energía eléctrica. Esto se relaciona con el fenómeno de desregulación y nueva repartición de responsabilidades por parte de los Estados, lo que Mbembe y Roitman (1995) denominan *do-it-by-yourself-bureaucracy*. Por otro lado, etnografías como las de Antina von Schnitzler (2016) en Sudáfrica y Michael Degani (2015) en Tanzania apuntan a la alteración y apropiación de sistemas de infraestructura en cuanto fenómenos de negociación, a través de la materia, con los regímenes técnicos y legales del aparato estatal.

Mi estudio de caso se alinea con estas investigaciones, ya que aborda la cuestión de la infraestructura como terreno político de negociación y disputa donde convergen el aparato estatal y los ciudadanos. Sin embargo, la construcción de sistemas de almacenamiento de agua en Buenaventura por parte de la población no se enmarca en programas fomentados por el Estado y constituye, por tanto, una forma improvisada de autogestión frente al desabastecimiento. El aparato estatal, por su parte, prevé un mejoramiento en los sistemas de abastecimiento y difiere el cumplimiento de su responsabilidad a un futuro cercano<sup>5</sup>. Argumento aquí que

4 Me refiero aquí a diversos trabajos etnográficos que abordan la cuestión de los sistemas de infraestructura en el marco de las agendas políticas de desregulación económica y descentralización (Anand 2011, 2016, 2017; Björkman 2015; Degani 2015; Mains 2019; Melly 2017; Schnitzler 2008, 2013, 2016) y a los trabajos de Simone (2004, 2006, 2018) sobre precariedad e improvisación.

5 Uno de los proyectos más importantes para el mejoramiento de la infraestructura es el Plan Todos Somos Pacífico (PTSP), puesto en marcha en 2015 durante el segundo gobierno de Juan Manuel Santos y cuyo propósito es el mejoramiento de la infraestructura hidráulica, eléctrica y vial de los

la autoconstrucción de sistemas de infraestructura tiene profundas implicaciones en la formación y manutención del aparato estatal en Buenaventura.

A través de la construcción de sistemas de almacenamiento y la acometida de conexiones irregulares, los habitantes de Ciudad Blanca (y gran parte de Buenaventura) coproducen el aparato estatal y, al mismo tiempo, trascienden sus límites a través de la piratería (Mitchell 1991). La coproducción del Estado en cuanto ente garante de la provisión continua de servicios públicos se evidencia en la construcción misma de estos sistemas de almacenamiento por parte de la población, que hacen posible subsanar el desabastecimiento parcial y la irregular provisión del servicio. El término *coproducción* apunta a las formas de articulación con el acueducto y el almacenamiento del agua en cuanto bien público, lo cual permite que esta corra por las tuberías domésticas aun en las horas de “sequía”. Se trata de entrelazamientos con el sistema central de infraestructura hidráulica a través de los cuales se posibilita la provisión del servicio, una responsabilidad del Estado anclada en la Constitución. Por su parte, estos sistemas de almacenamiento son tolerados por los entes estatales y entendidos como la solución a una necesidad inmediata. Con una proyección a un futuro próximo a través de programas de desarrollo para el mejoramiento de la provisión de servicios, el Estado difiere su responsabilidad en el tiempo.

Por otra parte, entiendo las acometidas irregulares del sistema de acueducto como una estrategia de piratería que redefine los límites del Estado y sus regímenes de gobernanza y regulación, ya que se evaden pagos y se altera el sistema central del acueducto. Como asegura Larkin, las infraestructuras “generan la posibilidad de su propia corrupción y parasitismo”, en referencia a la potencial capacidad que estas contienen de evadir los marcos técnicos y legales dentro de los cuales fueron planeadas y diseñadas, como muestra el ejemplo de las perforaciones (2004, 289). A través de estas se evaden los pagos de facturación y las

.....  
 municipios de Buenaventura, Tumaco, Guapi y Quibdó. El proyecto es financiado por el Banco Mundial y el Banco Interamericano de Desarrollo, y ejecutado desde el Gobierno central a través de la Unidad Nacional de Gestión de Riesgos y Desastres (UNGRD), adscrita al Ministerio de Hacienda. Sus resultados, hasta la fecha, no han sido satisfactorios y en Buenaventura se ha completado solo una de las tres megaobras contempladas en el plan. Por otra parte, y como consecuencia de la movilización social en la ciudad, se creó en el año 2017 el Fondo para el Desarrollo Integral del Distrito Especial de Buenaventura (Fonbuenaventura), cuyos recursos serían destinados en gran parte al mejoramiento del sistema de acueducto y alcantarillado en la ciudad (Acevedo Guerrero 2021). La promesa hecha por el entonces presidente Juan Manuel Santos de que los domicilios en Buenaventura contarían con una prestación del servicio de agua las veinticuatro horas no fue cumplida. A la fecha, el Estado sigue sin acatar su deber de proveer adecuadamente de servicios públicos.

regulaciones del consumo de agua. Funcionarios públicos denuncian constantemente las acometidas irregulares, argumentando que generan altas pérdidas para el sistema. Al mismo tiempo, y dado que el Estado no garantiza una conexión regular en todos los barrios de la ciudad, estas acometidas son toleradas.

Diversos estudios sobre Buenaventura y la región del Pacífico identifican la ausencia del Estado y la deficiente prestación de servicios públicos como una de las problemáticas centrales de la ciudad, y analizan las dinámicas económicas e institucionales que han sido constituyentes de este fenómeno de “abandono” (CNMH 2015; Díaz Vargas 2015; Varela Barrios, Martínez Sander y Delgado Moreno 2013). En este artículo, más que mostrar la manera en que el Estado incumple sus funciones, me centro en las prácticas sociomateriales de las que se valen los sujetos para lidiar con el parcial desabastecimiento de un recurso vital como es el agua y cómo, de esta forma, se coproduce el Estado y se negocian sus límites (Silver 2014; Simone 2006). No busco así representar el desabastecimiento y los sistemas de infraestructura doméstica como una anomalía de las prácticas estatales y la constitución de lo urbano; por el contrario, pretendo demostrar aquí la importancia de pensar el desabastecimiento como una realidad social en diversos espacios urbanos alrededor del mundo y como punto de partida para entender la morfología de los aparatos estatales.

El artículo está dividido en tres partes. En primera instancia hago una breve introducción a mi estudio de caso y describo la metodología de mi trabajo haciendo referencia a mi posición dentro del campo. En la segunda parte demuestro cómo la construcción y manutención de los ensamblajes de infraestructura doméstica representa una forma de coproducir el Estado en el contexto de una provisión limitada de servicios. Además, me ocupo de los diseños y lógicas de los ensamblajes, con especial alusión a las formas de almacenamiento, presión y distribución del agua. En una tercera parte expongo un fenómeno relacionado con las construcciones de infraestructura doméstica: las acometidas irregulares del sistema de infraestructura. Aquí, las analizo como una forma de negociar los límites del aparato estatal, su régimen técnico y legal de regulación, el cual funciona a través de la facturación y la burocracia. Por último, resumo los resultados de esta investigación y planteo un debate sobre la reparación y manutención de estas construcciones en vista de su evidente fragilidad.

## “Un puerto sin comunidad”: precariedad y desabastecimiento en Buenaventura

Buenaventura es una de las ciudades con los más altos índices de pobreza, desempleo y violencia en Colombia. Con cerca de 430 000 habitantes, es la urbe más grande de la región del Pacífico colombiano y cuenta con el puerto más importante del país. Su infraestructura urbana es precaria: las calles, el acueducto, el alcantarillado y el cableado eléctrico son insuficientes para la prestación adecuada de servicios públicos. Esto se debe a que las agendas políticas que marcaron el ritmo del desarrollo urbano en Colombia a partir de la segunda mitad del siglo XX entorpecieron la construcción, ampliación y adaptación de los sistemas de infraestructura en la ciudad, tanto por falta de inversión como por el poco fomento de un régimen institucional robusto (Acevedo Guerrero 2021; Acevedo Guerrero, Furlong y Arias 2016). El fenómeno global de privatización de algunas entidades públicas en la décadas de los noventa y la del 2000 (entre ellas la encargada de la prestación del servicio de agua) hizo que la situación empeorara aún más, ya que los regímenes laborales y la parcial mercantilización de ciertos servicios públicos los hicieron inasequibles para el grueso de la población (Bakker 2010; Björkman 2015). A esto se sumó el crecimiento irregular de asentamientos urbanos como consecuencia de la migración y el desplazamiento forzado de las zonas rurales. La ciudad, habitada en su mayoría por afrocolombianos, es, como gran parte de la región del Pacífico, un espacio racializado en el que se articulan discursos de segregación y marginalidad (Leal 2018; Serje 2011; Zeiderman 2018). Sin embargo, en las últimas décadas la movilización social en Buenaventura ha abierto espacios de negociación con el Estado central, lo cual ha dado paso a grandes proyectos de desarrollo e inversión en materia de infraestructura urbana. Por medio de las protestas y los discursos de organizaciones de base, se han hecho visibles estas prácticas estatales de marginalización en materia de infraestructura y prestación de servicios públicos. El momento más importante de esta movilización social fue el paro general que tuvo lugar entre mayo y junio de 2017, puesto que generó una gran resonancia mediática y una reacción del Gobierno central. Como consecuencia de la movilización, que también incluía una serie de bloqueos al puerto, el Gobierno y los representantes de las movilizaciones firmaron un acuerdo de inversión en temas de infraestructura, salud y educación, y de esa manera proyectaron una sustancial mejoría en la provisión de recursos públicos (Jaramillo, Parrado y Mosquera 2020). Sin embargo, a la fecha las promesas hechas por el Estado no se

han cumplido a cabalidad y la ciudad sigue a la espera de contar con un servicio regular de agua.

Recientes etnografías de la infraestructura estudian la prestación de servicios públicos en el marco de los regímenes neoliberales instaurados en las décadas de los ochenta y noventa (véanse Björkman 2015; Degani 2015; Fredericks 2018; Mains 2019). Estos son caracterizados por procesos de privatización y desregulación —es decir, por la exteriorización de una responsabilidad estatal y su reproducción por parte de empresas privadas y ONG—, y una baja inversión en infraestructuras públicas (Appel, Anand y Gupta 2018). Los llamados ajustes estructurales permearon gran parte de los aparatos estatales en el sur global y transformaron las formas de planeación y manejo de las infraestructuras públicas (Gupta y Sharma 2006). También así en el caso de Colombia (Ahumada 1996). En Buenaventura la operación del servicio de acueducto se concedió en los años 2000 a un ente privado: Hidropacífico (Acevedo Guerrero 2021)<sup>6</sup>. Aunque el fenómeno de desabastecimiento excede esta periodización (la prestación de servicios siempre ha sido deficiente), las últimas décadas en Buenaventura han estado marcadas por la urbanización irregular y una administración caracterizada por escándalos de corrupción, lo cual ha agudizado esta problemática. Debido a esto, la población se ha visto forzada a llevar a cabo estas construcciones. Y aunque no de forma deliberada, la emergencia de las construcciones para el almacenamiento de agua en Buenaventura se relaciona con el fenómeno generalizado de un Estado neoliberal y las lógicas de desregulación bajo la necesidad y el imperativo de “hacerlo uno mismo” (Mbembe y Roitman 1995).

El sistema de acueducto en Buenaventura, desde su construcción a mediados del siglo XX, ha sido insuficiente para la prestación adecuada del servicio de agua. Esto responde principalmente a tres fenómenos: la poca inversión en las infraestructuras públicas; la falta de robustas instituciones estatales para el manejo y mantenimiento del acueducto (como en los casos de Cali, Medellín, Bogotá y otras ciudades del país); y las formas aceleradas e irregulares de urbanización (Acevedo Guerrero, Furlong y Arias 2016). La “sequía” que por momentos vive la ciudad contrasta fuertemente con la cantidad de fuentes hídricas que la rodean: los varios ríos que nacen en la cordillera Occidental y desembocan en el océano

6 El contrato fue concedido por un lapso de veinte años (2001-2021). Se suscribió con el argumento de que la alcaldía no contaba con recursos suficientes para la operación del servicio. Sin embargo, las responsabilidades repartidas entre la alcaldía y el ente privado para el mantenimiento y funcionamiento del sistema son objeto constante de tensiones entre estas dos entidades.



Pacífico. Sin embargo, existe una dependencia material de un sistema deficiente de acueducto que se enmarca en el moderno *ideal infraestructural* (Graham y Marvin 2001). Actualmente, el sistema de acueducto se surte del río Escairete, en la zona rural del municipio ubicada a 140 metros de altura por encima del casco urbano. Así, las dos tuberías principales del acueducto transportan el agua por gravedad para distribuirla a las líneas de conexión con los barrios de la ciudad. Existen dos antiguos tanques de almacenamiento (llamados tanques de compensación) construidos en hormigón y en muy mal estado. Desde 2017, en el marco de un proyecto de desarrollo ejecutado por el Gobierno central y financiado con un préstamo del Banco Mundial y el Banco Interamericano de Desarrollo, se adelantan obras para el mejoramiento de la infraestructura hidráulica en la ciudad: el PTSP. Una de las obras principales de este plan son los tanques de almacenamiento de Loma Alta, cuya construcción fue terminada en 2020 pero aún no están en funcionamiento. Estos tanques podrán almacenar y distribuir el recurso en caso de que, por razón del clima (sequía o fuertes lluvias) o del acelerado aumento de la demanda, el acueducto no funcione adecuadamente y no dé abasto (como es el caso actualmente). Los tanques se erigen a la entrada de Buenaventura con una enorme valla del PTSP, y contrastan con las viejas tuberías del acueducto y los antiguos tanques.

El Pacífico colombiano es un vivo ejemplo de un fenómeno generalizado de formas precarias e irregulares de urbanización, acrecentadas y aceleradas por las dinámicas en los espacios rurales: las olas de violencia, la explotación indiscriminada de los recursos naturales y la constitución de economías ilegales (Zeiderman 2018). En Buenaventura, un “puerto sin comunidad” (CNMH 2015), los sistemas de infraestructura a nivel local se convirtieron en frágiles y precarios ensamblajes supeditados a constantes reparaciones y transformaciones. Del *lado de acá* del puerto, cuyo crecimiento exponencial se debió en gran medida a la apertura económica y los tratados de libre comercio, se continuó tejiendo una ciudad muy precaria marcada por la pobreza y el desabastecimiento (Appel 2012). Las infraestructuras modernas del puerto —vehículos de carga, carreteras de última generación y regulados sistemas de bodegaje— están diseñadas para el transporte y almacenamiento de mercancías de exportación e importación, mientras que en gran parte de la ciudad llega el agua solo día de por medio. No insinúo, sin embargo, que estos patrones de desigualdad y desabastecimiento hayan surgido recientemente con los paradigmas neoliberales de la apertura económica; por el contrario, esta marginalidad de los habitantes en los espacios urbanos del litoral responde a una *longue durée* de relaciones de desigualdad, desposesión y

dominación (véase Restrepo 2013). El desabastecimiento de recursos públicos se alinea con este fenómeno.

Ciudad Blanca está ubicada en la comuna Yépez, en la parte continental del casco urbano del municipio de Buenaventura. Está conformada por un conjunto de casas construidas en cinco diferentes etapas a partir de 1998, como parte de un programa estatal de vivienda (Lerma Bonilla 2019, 91). Se erigió en inmediaciones de la carretera alterna, una vía paralela a la principal, construida en la década de los 2000 para mejorar el flujo de vehículos de carga procedentes del interior del país con destino al puerto y cuyo propósito es evitar el embotellamiento de mercancías (véase Melly 2017). Ciudad Blanca colinda con los asentamientos irregulares de La Conquista y La Carolina. Sus casas, construidas por entes estatales, de ladrillo y estructuras prefabricadas de concreto con diseños ortogonales, contrastan con las viviendas de palafito de los asentamientos colindantes, en su mayoría elaboradas por la población misma y las cuales se encuentran en constante transformación. De igual forma, las casas diseñadas y construidas por el Estado en Ciudad Blanca también crecen: se construyen más pisos, se amplían sus patios delanteros, se pintan y transforman sus fachadas, y se crean sistemas de seguridad para proteger las puertas y ventanas. Ciudad Blanca está marcada por su relación con la carretera alterna y con los barrios colindantes, a los que se une por calles autoconstruidas.

La ferretería de Ciudad Blanca fue uno de mis lugares principales de pesquisa en Buenaventura por un periodo de cinco meses, en diferentes estadías entre noviembre de 2018 y febrero de 2020. Conocí y permanecí con Claudia y su familia durante mi investigación, tiempo en el cual alquilé una habitación en el primer piso de su casa y trabajé como ayudante en su ferretería. Conocí a Yeison y a Alexánder, sus ayudantes, con quienes pude entablar una amistad. Sostuve largas conversaciones con ellos sobre la transformación urbana, la política local, el Estado y la violencia en el barrio. Visité también sus casas y conocí sus historias de vida, el ritmo de sus rutinas y sus formas de subsistencia en una urbe empobrecida, racializada y hostil. Supe de sus biografías atravesadas por la violencia, el desplazamiento forzado y la pobreza; pero también de su inventiva, guiada por una serie de “prácticas, sensibilidades y tácticas que les permiten [y les han permitido] ajustarse a las cambiantes realidades de la ciudad” (Simone 2015, 22; véase también Han 2018). Los dos provienen de familias desplazadas por la violencia de la zona rural del Pacífico, tienen alrededor de veinte años y trabajan por un ingreso diario en la ferretería. Con el tiempo han aprendido sobre materiales y construcción (pueden explicar a los clientes cómo hacer un arreglo de plomería o cómo ensamblar unos tubos). Conocen los precios, las características de los objetos y las

formas de improvisar. Viven con poco dinero en un barrio aledaño a Ciudad Blanca y son el sustento de una parte de su familia. A través de ellos, y en medio de ese paisaje urbano en constante transformación, marcado por el ruido y el polvo, supe de esas formas de construcción y reparación, objeto de pesquisa de este artículo. Las historias que fui consignando en mi diario de campo en la mesa de la ferretería se relacionaban con esa *silenciosa intromisión de lo ordinario* propuesta por Asef Bayat (1997): las sutiles políticas cotidianas de imaginación y resistencia que pretenden forjar y mantener sustentos y formas de vida para los marginados.

Claudia, la dueña de la ferretería, es proveniente del interior de país, como la mayoría de los comerciantes en la costa pacífica. Durante mi estancia de investigación en Buenaventura, ella fue una de mis personas referentes, ya que, además de haber sido mi anfitriona, conoce muy de cerca el fenómeno local de la construcción. Los “paisas”, como se denomina a los migrantes mestizos provenientes del interior del país, desempeñan un interesante papel en las relaciones económicas y sociales de Buenaventura. Como Claudia, muchas de estas personas se aventuraron en la década de los noventa a migrar a los centros urbanos (y a algunas zonas rurales) del Pacífico colombiano y probar suerte con pequeños negocios como tiendas de abarrotes, hoteles, ferreterías y restaurantes. En su mayoría, mantienen relaciones comerciales con grandes comerciantes del interior del país, con lo que facilitan la circulación y el movimiento de mercancías hacia el Pacífico. En Buenaventura, estos pequeños comerciantes gozan de cierto respeto por parte de la población, afrocolombiana en su mayoría, ya que generan empleo y permiten el acceso a diversos productos del mercado en espacios como Ciudad Blanca. Yeison y Alexánder, aunque de forma irregular, pueden generar un sustento con su trabajo en la ferretería. Pensar en Buenaventura como un lugar en constante construcción y transformación hace de estos comerciantes, sus productos, infraestructuras, relaciones sociales y formas de generar valor una interesante “matriz de objetos y herramientas” en estos espacios urbanos. Claudia funge en Ciudad Blanca como un medio para la circulación de esos pequeños dispositivos para la reparación, alteración y manutención de las infraestructuras locales. La ferretería desempeñó para mí el papel de un prisma para ver (y escuchar) de estas prácticas sociales (figura 1). Se formaba ahí un nodo de ese intenso flujo de materiales, crédito, dinero, chistes y afectos que dan forma a la vida social y económica en Buenaventura. Fui testigo de la cotidianidad de improvisaciones con la construcción y la reparación; de acometidas irregulares del sistema de infraestructura hidráulica de la ciudad; de modos de adquirir y financiar pequeños créditos: las prácticas de inscribirse en el espacio y las formas de pertenencia

generalizadas en las tantas “ciudades piratas” del sur global (Simone 2006). Más allá de esto, evidencí y fui partícipe de otra serie de prácticas de manutención de la vida social a través del afecto, el humor y las conversaciones informales, prácticas que entiendo como “formas de crear, mantener y extender canales a través de los cuales circulan diversos tipos de recursos”, siguiendo a Julia Elyachar en su investigación sobre los barrios marginales de El Cairo (2010, 455).



**Figura 1.** Ferretería de Ciudad Blanca

Fuente: fotografía tomada por el autor, noviembre de 2019.

## Coproducir el Estado

Las primeras construcciones que saltan a la vista en Ciudad Blanca, y los barrios aledaños, son los diversos tanques de plástico y acero instalados sobre los techos de las casas (figura 2), algunos de los cuales se venden también en la ferretería. En principio, asumí que servían para la recolección de agua lluvia —supuse que se trataba de una fuente alternativa de abastecimiento—. Yeison y Alexánder me corrigieron, matizando mis suposiciones y mi “conocimiento” de cómo funcionan las cosas en la ciudad. Me contaron que los tanques son para el almacenamiento del agua que se suministra, día de por medio y con diferentes niveles de presión,

por las tuberías urbanas. “Uno necesita agua”, me dice Yeison, “por eso tiene que almacenarla para las horas en las que no hay servicio”.



**Figura 2.** Tanques de almacenamiento

Fuente: fotografía tomada por el autor, enero de 2020.

El método principal consiste en prolongar la tubería del acueducto, primero con una manguera y después con otra tubería que sube hasta el último piso de la vivienda, donde se encuentra un tanque fabricado en plástico o acero que recoge y almacena agua. En la mayoría de casos, las tuberías están al aire libre y la conexión sube por las paredes externas de la casa, expuesta al sol y la lluvia. El agua recogida en el tanque puede distribuirse, por gravedad, y a través de un ensamblaje de tuberías y mangueras, a los diversos lugares de la vivienda durante los días en que se interrumpe el suministro de agua. La mayoría de estos sistemas cuentan con una boya o flotador que, al llenarse el tanque, hace que la llave de paso se cierre para así no desperdiciar el agua. Los diseños para estas construcciones deben ser

adaptados a la vivienda: su altura, la ubicación de las tuberías del acueducto, la presión del agua, entre otros aspectos. Hay diversos tipos de tanques y sus precios varían dependiendo del tamaño y el material con que están contruidos. Los más grandes, con capacidad para almacenar 1 000 litros y hechos en PVC, tienen un costo muy alto (130 000 pesos, aproximadamente 34 dólares), tomando en cuenta los bajos ingresos de la población. Otros, de 250 litros, cuestan la mitad. Por razones económicas, la mayoría de las personas compran por 15 000 pesos (4 dólares) cilindros metálicos que se reciclan en el puerto e, improvisando una tapa de cemento, los convierten en tanques para el almacenamiento de agua. Esto, sin embargo, hace que la construcción y la reparación sean aún más dispendiosas.

Las fugas en estas construcciones resultan ser también un problema. Un día un joven del barrio se acercó a la ferretería con su factura de agua en la mano. Me dijo que le estaban cobrando cuatro veces más de lo que había consumido, por una fuga de esas tantas que se presentan en las tuberías domésticas y llevan a que los contadores registren un alto consumo del servicio (además de no permitirle llenar el tanque). Las fugas generan altos pagos y hacen responsables a los ciudadanos en medio de un desabastecimiento general. Por tanto, es necesario reparar y adaptar las construcciones constantemente. Los bajos e irregulares ingresos de los habitantes no les permiten tener siempre a mano los objetos necesarios para llevar a cabo las obras o reparaciones. Por otra parte, la exposición de estas construcciones al sol, la humedad y la lluvia hace que sean aún más vulnerables a los daños. Evidentemente, no se trata de ensamblajes estables, sino de improvisaciones mediadas por los materiales, los ingresos económicos y la capacidad de inventiva de las personas.

En su investigación sobre centros urbanos en África, Simone (2004) argumenta que los sujetos marginados articulan objetos, espacios y relaciones sociales como plataformas para la reproducción de la vida. Esta “informalidad” estaría compuesta de complejas capas de relaciones cuyo funcionamiento se escaparía a las estadísticas y los marcos interpretativos del Estado y las ONG. En Buenaventura, el caso de la construcción de obras para el almacenamiento de agua responde a estas formas de reproducir la vida por medio de relaciones sociomateriales, ya que permite el abastecimiento de un recurso vital como el agua. Sin embargo, argumento que, más que un sistema de relaciones informales por fuera de la legibilidad estatal, estas construcciones representan una “coproducción” del Estado en cuanto ente responsable en la adjudicación de servicios públicos. Los días en los que no hay una prestación regular del servicio, ellas emulan una prestación continua de este.

Es pertinente anotar que esta coproducción del Estado está mediada por la fragilidad y vulnerabilidad de los materiales utilizados para llevar a cabo las construcciones. Es decir, resulta ser un sistema inestable para permitirse un acceso a los recursos. “Los tanques de las casas siempre tienen que llenarse cuando hay agua”, me dice Yeison mientras caminamos por Ciudad Blanca; “la gente tiene que almacenar agua. Además, hay que tener un buen sistema de distribución en la casa para que el agua se reparta por gravedad. Entre mejores tuberías y materiales tenga, pues mejor”. Por ejemplo, en la casa de Claudia hay una fuerte estructura de tubos de PVC y dos tanques de 250 litros del mismo material. Regularmente, no hay escasez de agua en su casa, ya que dispone de los materiales de la ferretería y el conocimiento necesario para hacer las instalaciones. Hay personas, por el contrario, que no construyen un sistema de almacenamiento elevado, para así evitar las constantes reparaciones y los gastos que esto significa. Jorge, un joven que algunos días a la semana trabajaba también como ayudante en la ferretería, me contó que los tanques de su casa los tenían en el primer piso de la vivienda y los habían construido con una mezcla de cemento sobrante. Lo miré asombrado y le pregunté cómo se distribuía desde ahí el agua a los otros espacios de su casa, ya que no podía ser por la fuerza de gravedad. “Con baldes”, me dijo, “llevamos el agua al lavamanos, al lavaplatos, así”. Yeison me dijo que la familia de Jorge era muy pobre, y que no le alcanzaba el dinero para comprar y constantemente reparar unas tuberías que pudieran llevar el agua al segundo piso de la vivienda.

Las conexiones al acueducto deben ser precisas para evitar fugas y pérdidas en el sistema. El ente prestador del servicio se encarga de hacer una conexión desde la tubería (llamada red de distribución), pasando por un contador, hasta la vivienda. De allí, utilizan un convertidor de polietileno (llamado PF-Pipe Fitting) para pasar de la manguera a la tubería doméstica que surte los tanques. Para hacer estas conexiones, se necesita un cierto conocimiento de plomería que los habitantes de Ciudad Blanca van obteniendo por medio de la práctica y las asesorías de expertos locales como Yeison y Alexander. El reto consiste en poder adaptar los sistemas de almacenamiento a las condiciones y necesidades de cada vivienda, como la altura y la distribución de los espacios. También, y dado que las personas amplían sus viviendas cada tanto (construyendo otros pisos, por ejemplo), los sistemas deben ser transformados. Como mencioné, la fragilidad de las conexiones y los materiales obliga a las personas a llevar a cabo arreglos periódicamente y de esta forma “estabilizar” los sistemas de almacenamiento.

Anand (2011) argumenta que la constitución física del agua (los diversos yacimientos, su volatilidad y capacidad de dispersión) excede los regímenes estatales

(y tecnopolíticos) que la enmarcan y pretenden gobernar en los espacios urbanos. De esta forma, las poblaciones marginadas encuentran fuentes alternativas de abastecimiento para hacerle frente a la deficiente provisión a través del acueducto, como pozos subterráneos o agua lluvia (véanse Furlong 2014; Lawhon *et al.* 2017). Ciertamente, algunos barrios de Buenaventura se abastecen de los ríos aledaños y el agua lluvia como alternativas al deficiente sistema de acueducto. Sin embargo, las construcciones para el almacenamiento de agua en Ciudad Blanca dan cuenta de un fenómeno diferente. Los sistemas domésticos de infraestructura a los que hago referencia en este artículo reproducen las tecnologías y diseños del acueducto central de la ciudad construido y gobernado por el Estado. Más que existir por fuera de los regímenes de ingeniería estatal, estas construcciones se articulan con el sistema de infraestructura pública centralizada. Frente a la necesidad de contar con tales sistemas para el abastecimiento de bienes públicos en los espacios urbanos, el Estado moviliza recursos para la construcción, el mantenimiento y la adaptación de estas infraestructuras. En Buenaventura, como consecuencia de un sistema insuficiente, la población *coproduce* la provisión del servicio público mediante la realización de obras pequeñas de infraestructura a escala doméstica y de forma descentralizada (figura 3). Los tanques de almacenamiento, las mangueras que los surten, las conexiones y las llaves de paso se engranan al sistema de infraestructura hidráulica de la ciudad.



**Figura 3.** Conexiones improvisadas

Fuente: fotografía tomada por el autor, diciembre de 2019.



Aunque estas construcciones se adhieran al ensamblaje de infraestructura hidráulica y no se enmarquen por tanto en una informalidad por fuera del ámbito estatal, sino articulada a este, existen profundas diferencias entre aquello que construye y gobierna el Estado y las construcciones domésticas. La primera diferencia está relacionada con los materiales utilizados para las construcciones. Como anoté, las personas en Ciudad Blanca (y en otros barrios de la ciudad) se ven obligadas a utilizar materiales reciclados que son adaptados para almacenar el agua. En las llamadas chatarrerías compran neveras y tanques obsoletos a los que se les construye una base de cemento. Además, el agua que almacenan puede contaminarse con el cemento y los líquidos que contienen, y se trata de recipientes propensos a las fugas y los daños. Esta improvisación dista de las formas en que el Estado planea y construye sus sistemas de ingeniería. Aunque a pequeña escala puedan encontrarse también formas improvisadas de construcción y reparación por parte de los empleados públicos (Coss-Corzo 2020), la mayoría de materiales utilizados en las obras de infraestructura son aptos para los fines propuestos. Otra importante diferencia es la predictibilidad y el manejo del agua: mientras que las personas en los barrios están sujetas a los tiempos irregulares de suministro y los cambios de presión, el Estado cuenta con herramientas y tecnologías de medición y control de los flujos de agua. Los cambios en los niveles de presión pueden averiar las construcciones domésticas o no permitir que se almacene agua; sobre los niveles de presión no se informa a los habitantes, por lo que no se pueden adaptar a ellos. Otra diferencia central es el conocimiento técnico y la experticia. Por un lado, los ciudadanos en Ciudad Blanca construyen un conocimiento empírico de plomería (en algunos casos apoyados por personas de la comunidad que tienen algún tipo de formación profesional en el área) e improvisan con las herramientas con las que cuentan. Por su parte, el Estado construye a través de conocimiento técnico y profesional, con tecnologías y burocracias que permiten una cierta estabilidad en las obras de infraestructura, menos propensas a los daños.

La coproducción del Estado por medio de la construcción de un sistema de infraestructura doméstico responde a la necesidad que tiene la población de hacerle frente a un suministro irregular del servicio. Valiéndose de tecnologías análogas a las estatales, los habitantes de Ciudad Blanca no buscan, en primera medida, abastecerse de agua *más allá* del ámbito estatal y sus sistemas de infraestructura centralizados, sino articularse a este. Sin embargo, existen también algunas prácticas que muestran cómo la población procura evadir algunas medidas estatales de regulación, como lo son el cobro del servicio y el imperativo de contar con conexiones regulares al sistema.

## Negociando los límites del Estado

Durante los primeros días de mi trabajo de campo, mientras laboraba en la ferretería, pregunté prudentemente por las acometidas irregulares del sistema de infraestructura hidráulica que suelen instalar los habitantes de barrios marginales para asegurarse un acceso a este servicio público. Ya en mis entrevistas y encuentros previos con políticos e ingenieros de la ciudad había conocido que esto era una práctica común en Buenaventura. Claudia me dijo que así era, que aquel collarín de PVC (un pequeño elemento que se amarra a las tuberías principales para instalar la acometida con una manguera) era uno de los productos más vendidos en la ferretería. Unos días después, Yeison me llevó en la moto para mostrarme los lugares por donde pasan las tuberías enterradas a pocos metros del suelo y las mangueras que de ahí se desprenden, algunas de las cuales salen a la superficie. Fuimos al atardecer para no levantar sospechas. La luz de la moto alumbraba el camino y Yeison me señalaba las mangueras que salían de la tierra, para después seguir el recorrido que él sospechaba seguían estas bajo la superficie hasta llegar al llamado tubo madre: la tubería principal del sistema de acueducto. Le pregunté esa noche, cuando volvimos a la ferretería y estábamos ya limpiando y organizando los materiales para cerrar, si todas las personas estaban “pegadas” irregularmente de la tubería. “No todos. Algunos lo hacen por no pagar, otros porque no tienen de otra”.

Yeison me contó que en muchos barrios colindantes, como La Conquista y La Carolina, no hay conexiones regulares al servicio y que las personas se ven obligadas a conectarse de forma irregular. Estos barrios, llamados “invasiones” en la jerga local, representan puntos ciegos en el mapa de las políticas urbanas de gobernanza y son asentamientos irregulares en los llamados “terrenos baldíos”. En la medida en que estos lugares no figuran en los planes de ordenamiento territorial (POT), los documentos centrales de planeación y desarrollo, y matrices de las políticas urbanas, no se llevan a cabo en ellos conexiones al sistema de infraestructura por parte del Estado, cuya responsabilidad es la adjudicación de recursos. El proceso de reconocimiento es lento y está mediado por complejos entramados burocráticos, y estas personas deben habitar un lugar desabastecido por un lapso indefinido. En estos casos, “pegarse del tubo” es una imperante necesidad para sobrevivir como cuerpos y sujetos.

Como conté, la mayoría de los habitantes de Ciudad Blanca (pero no así en los barrios colindantes) cuentan con una instalación formal del servicio, el cual se presta, como en gran parte de la ciudad, de forma intermitente. Estas conexiones

están mediadas por una tecnología de regulación: el contador. Esto inserta a los sujetos en una economía formal de pagos, facturas, mediciones y reclamos. Ya que la prestación del servicio está a cargo de una empresa privada (Hidropacífico), es este el ente encargado de las mediaciones burocráticas, a través de reclamos y peticiones. En una de mis visitas a las instalaciones de Hidropacífico en el centro de la ciudad, hablé con varias personas de Ciudad Blanca que estaban haciendo una larga fila al calor del mediodía, esperando respuestas a sus reclamos, relacionados con daños en las tuberías y errores en la facturación. Me expresaron su disgusto con la empresa y toda la burocracia de la entidad. De hecho, la empresa calcula que su prioridad no puede ser el trámite de reclamos, como me lo contó su gerente general en una reunión que sostuvimos en su oficina. Dijo que la prioridad sería mantener la presión en el sistema, y agregó: “Esta gente es muy difícil. Ellos tienen esas conexiones irregulares en sus casas y a mí nadie me responde por eso. El sistema pierde mucha presión por esas cosas”.



**Figura 4.** Acometidas irregulares

Fuente: fotografía tomada por el autor, diciembre de 2019.

Ciertamente, las fugas generadas por las acometidas irregulares son muy frecuentes. Una tarde, Alexánder me llevó en la moto al asentamiento irregular de La Carolina, el cual colinda con Ciudad Blanca. Allí se pueden observar las conexiones clandestinas a uno de los tubos madre del acueducto, construido en cemento (figura 4). Las personas perforan, con taladros o varillas, el tubo madre para insertar unas mangueras que van a sus casas, ya que el caserío no cuenta con una provisión regular del servicio. Las fugas son evidentes: se puede ver cómo el agua se filtra entre las mangueras y el tubo de cemento cuando aumenta la presión.

Por otro lado, los habitantes de Ciudad Blanca también incurren en estas prácticas. A pesar de tener una conexión regular al sistema, las personas construyen una conexión paralela que sale de la línea de suministro y va, sin pasar por el contador, directamente a la vivienda. Para no levantar sospechas, algunos días dejan correr el agua por el contador para que este marque un cierto consumo, mientras el resto del tiempo se abastecen con la manguera “alterna”. De esta forma pueden evadir parte del pago del servicio y los altos costos que generan las eventuales fugas en el interior de la vivienda. Estas conexiones irregulares, por las que me interesé desde el día en que llegué a la ferretería, representan un fenómeno socio-material que se inserta en las prácticas de construcción, improvisación y mantenimiento de estas pequeñas obras de infraestructura a escala doméstica. Por otra parte, y ya que se entienden como un acto “ilegal”, las personas no hablan abiertamente de este tema. En los casos en que se trata de una necesidad (como en el barrio de La Carolina), sus habitantes argumentan que “tienen que pegarse del tubo” porque de lo contrario no tendrían agua. Cuando, en cambio, se construyen conexiones paralelas para evitar altos pagos de facturas, las personas dicen no ser ellas quienes tienen estas conexiones. “Hay mucha gente que lo hace”, me contó Yeison, “pero pues a nadie le gusta decir porque eso es ilegal, claro. Y menos se lo van a decir a usted. Pero yo le aseguro que la mayoría de gente en este barrio tiene esa conexión paralela”.

En una conversación que sostuve con un ingeniero hidráulico que trabaja para un proyecto estatal cuyo propósito es mejorar el sistema de acueducto, me dijo que las personas debían ser educadas en una “cultura del consumo”. Muchos habitantes, según él, construyen estas acometidas irregulares que generan fugas y *deprimen* el sistema debido a que las mangueras son conectadas a las tuberías de forma “artesanal”. Es interesante observar cómo la infraestructura hidráulica, en cuanto sistema relacional (muy deficiente por la escasa movilización de recursos estatales), abre un marco interpretativo en el que estas frágiles construcciones de los ciudadanos emergen como un aparente causante del desabastecimiento.

Ocurre también que la empresa corta el suministro a aquellas personas que han excedido la fecha límite de pago. Para esto, insertan un tapón de silicona a unos dos metros de profundidad en la manguera de suministro, obstruyendo el correr del agua. Víctor, un plomero local que trabaja cerca a la ferretería, se encarga de sacar el tapón con una varilla de tres metros, construida de forma artesanal solo para este fin. Por 10 000 pesos (3 dólares), Víctor permite que las personas, burlando las políticas nacionales de regulación, tengan nuevamente el suministro de agua. Un plomero de Hidropacífico con quien hablé varias veces sobre este tema, mientras íbamos en su moto por Ciudad Blanca, me contó que esto solía ocurrir en todos los barrios de Buenaventura, ya que la gente no siempre cuenta con ingresos suficientes para pagar las facturas.

Las conexiones paralelas hacen parte de las prácticas de construcción y manutención a escala doméstica y representan, como argumento aquí, una forma de evadir y redefinir los límites del Estado. La construcción de obras de infraestructura para el almacenamiento de agua representa una necesidad y una forma de habitar los espacios urbanos parcialmente desabastecidos, al mismo tiempo que una coproducción del aparato estatal en su función de abastecer a los ciudadanos con recursos públicos. Además, las conexiones irregulares se insertan en esta lógica de necesidad porque muchas personas no pueden pagar las facturas del prestador del servicio (y otras, sin conexiones regulares, no podrían siquiera abastecerse). Mientras las construcciones coproducen una responsabilidad estatal, a través de estas acometidas se negocian sus límites.

## Consideraciones finales

En este artículo mostré cómo, en el contexto de desabastecimiento de recursos públicos, se articulan y reproducen prácticas sociomateriales para enfrentar el parcial desabastecimiento, producto de la poca inversión del Estado, sus débiles instituciones y una reciente ola de privatización. La construcción y manutención de estas obras para el almacenamiento de agua, así como las llamadas acometidas irregulares del sistema central del acueducto, (re)configuran las relaciones entre los sujetos y el Estado, al mismo tiempo que este último se coproduce y se redefinen sus límites. Mi argumento apunta a que las construcciones reproducen las tecnologías estatales cuando se trata del almacenamiento y repartición del agua; o bien sobrepasan los regímenes legales y materiales que el Estado dispone a través de acometidas irregulares, con lo que se redefinen sus límites.

De igual forma, estas prácticas están supeditadas a la fragilidad y volatilidad de los materiales (Bennet 2010). Para Stephen Graham y Nigel Thrift (2007), los constantes daños, rupturas y descomposiciones de las tecnologías e infraestructuras urbanas producen momentos significantes de transformación. El fenómeno mismo de la reparación genera una movilización de técnicas y recursos que conllevan un constante “aprendizaje, adaptación e improvisación” (Graham y Thrift 2007, 5). Por lo demás, la reparación no significa una intacta restauración de aquello averiado, sino un mejoramiento, canibalización y reciclaje. Estas prácticas forjan así una heterogeneidad de técnicas y ritmos alrededor de las construcciones necesarias para la provisión de agua a una escala doméstica. Las instalaciones aludidas en este artículo no representan entonces formaciones estables. No se trata de soluciones replicables a un problema de desabastecimiento, marcadas por ritmos y procedimientos estructurados. Son, por el contrario, el resultado de coyunturas específicas: formas de improvisación y experimentos de plomería ligados a la circulación de dinero, las condiciones del clima y la presión del agua (Simone 2006). Se enmarcan, por lo tanto, en un contexto de vulnerabilidad (Callén y Sánchez Criado 2015). Estas formas de reproducir, mimetizar y oponerse al Estado son, a fin de cuentas, una estrategia para habitar los espacios urbanos marcados por el desabastecimiento y la pobreza. Son acciones políticas, siguiendo el argumento de la *silenciosa intromisión de lo ordinario* propuesto por Asef Bayat (1997). Un activista social me dijo en una caminata por Ciudad Blanca que él no quisiera fomentar las acometidas irregulares del acueducto en la ciudad, pero que, frente a tal situación de desabastecimiento, la gente tendría que acceder de alguna u otra forma al recurso. “Entonces yo le digo a la gente: ‘si usted ve cómo pegarse del tubo, pues péguese’”. Mientras no haya un sistema funcional, estas construcciones son una forma de coproducir el Estado en su función de adjudicar los recursos públicos; y una estrategia más de supervivencia en una urbe tan hostil como Buenaventura.

## Referencias

- Acevedo Guerrero, Tatiana. 2019. “Light is like water: flooding, blackouts, and the State in Barranquilla”. *Tapuya: Latin American Science, Technology and Society* 2 (1): 1-17. <https://doi.org/10.1080/25729861.2019.1678711>
- . 2021. “‘The people won’t give up, damn it!’ Reclaiming public water in Buenaventura, Colombia”. En *Public water and Covid-19. Dark clouds and silver linings*, editado por

- David McDonald, Susan Spronk y Daniel Chavez, 407-426. Buenos Aires; Kingston; Ámsterdam: Municipal Services Project; Transnational Institute; Latin American Council of Social Sciences.
- Acevedo Guerrero, Tatiana, Kathryn Furlong y Jeimy Arias.** 2016. "Complicating neoliberalization and decentralization: the non-linear experience of Colombian water supply, 1909-2012". *International Journal of Water Resources Development* 32: 172-188. <https://doi.org/10.1080/07900627.2015.1026434>
- Anand, Akhil.** 2011. "Pressure: the politeness of water supply in Mumbai". *Cultural Anthropology* 26: 542-564. <https://culanth.org/fieldsights/pressure-the-polite-technics-of-water-supply-in-mumbai>
- . 2017. *Hydraulic city. Water and the infrastructures of citizenship in Mumbai*. Durham: Duke University Press.
- Appel, Hannah.** 2012. "Walls and white elephants: oil extraction, responsibility, and infrastructural violence in Equatorial Guinea". *Ethnography* 13 (4): 439-465. <https://www.jstor.org/stable/43497508>
- Appel, Hannah, Nikhil Anand y Akhil Gupta.** 2018. "Introduction: temporality, politics, and the promise of infrastructure". En *The promise of infrastructure*, editado por Nikhil Anand, Akhil Gupta, y Hannah Appel, 1-38. Durham: Duke University Press.
- Bakker, Karen J.** 2010. *Privatizing water: governance failure and the world's urban water crisis*. Ithaca: Cornell University Press.
- Bayat, Asef.** 1997. "Un-civil society: the politics of the 'informal people'". *Third World Quarterly* 18: 53-72. <https://doi.org/10.1080/01436599715055>
- Bennet, Jane.** 2010. *Vibrant matter. A political ecology of things*. Durham: Duke University Press.
- Björkman, Lisa.** 2015. *Pipe politics, contested waters. Embedded infrastructures of millennial Mumbai*. Durham: Duke University Press.
- Callén, Blanca y Tomás Sánchez Criado.** 2015. "Vulnerability tests. Matters of 'care of matter' in e-waste practices". *Technosienza* 6 (2): 17-40. <http://www.tecnoscienza.net/index.php/tsj/article/view/234>
- CNHM (Centro Nacional de Memoria Histórica).** 2015. *Buenaventura. Un puerto sin comunidad*. Bogotá: CNHM.
- Coss-Corzo, Alejandro de.** 2020. "Patchwork: repair labor and the logic of infrastructure adaptation in Mexico City". *Environment and Planning D* 39 (2): 237-253. <https://doi.org/10.1177/0263775820938057>
- Degani, Michael.** 2015. "The city electric. Infrastructure and ingenuity in postsocialist Tanzania". Tesis doctoral, Department of Anthropology, Yale University, New Haven.

- Díaz Vargas, Álvaro Hernán.** 2015. "Buenaventura. Ciudad-puerto o puerto sin ciudad". Tesis de maestría en Ordenamiento Urbano Regional, Universidad Nacional de Colombia, Bogotá.
- Elyachar, Julia.** 2010. "Phatic labor, infrastructure, and the question of empowerment in Cairo". *American Ethnologist* 37 (3): 452-464. <http://www.jstor.org/stable/40784608>
- Fredericks, Rosalind.** 2018. *Garbage citizenship. Vital infrastructures of labor in Dakar, Senegal*. Durham: Duke University Press.
- Furlong, Kathryn.** 2014. "STS beyond the 'modern infrastructure ideal': extending theory by engaging with infrastructure challenges in the South". *Technology and Society* 38: 139-147. <https://doi.org/10.1016/j.techsoc.2014.04.001>
- Graham, Stephen y Simon Marvin.** 2001. *Splintering urbanism. Networked infrastructures, technological mobilities and the urban condition*. Londres: Routledge.
- Graham, Stephen y Nigel Thrift.** 2007. "Out of order: understanding repair and maintenance". *Theory, Culture and Society* 24(3):1-26. <https://doi.org/10.1177/0263276407075954>
- Gupta, Akhil y Sushman Sharma.** 2006. *The anthropology of the State. A reader*. Oxford: Blackwell Publishing.
- Han, Clara.** 2018. "Precarity, precariousness, and vulnerability". *Annual Review of Anthropology* 47: 331-343. <https://doi.org/10.1146/annurev-anthro-102116-041644>
- Jaramillo, Jefferson, Érika Parrado y Daniela Mosquera.** 2020. "El paro cívico de 2017 en Buenaventura, Colombia. Protesta social y transformación del poder político". *Análisis Político* 33 (98): 136 -166. <https://doi.org/10.15446/anpol.v33n98.89414>
- Larkin, Brian.** 2004. "Degraded images, distorted sounds: Nigerian video and the infrastructure of piracy". *Public Culture* 16 (2): 289-314. <https://muse.jhu.edu/article/169131>
- Lawhon, Marie, David Nilsson, Jonathan Silver, Henrik Ernsen y Shuaib Lwasa.** 2017. "Thinking through heterogeneous infrastructure configurations". *Urban Studies* 55 (4): 720-732. <https://doi.org/10.1177/0042098017720149>
- Leal, Claudia.** 2018. *Landscapes of freedom. Building a postemancipation society in the rainforest of Colombia*. Tucson: The University of Arizona Press.
- Jerma Bonilla, Lides Leonardo.** 2019. "Análisis administrativo y técnico, del modelo de gestión pública para la construcción de la vivienda de interés social, en el distrito especial de Buenaventura: estudio de caso". Tesis de maestría, Universidad Javeriana, Santiago de Cali.
- Mains, Daniel.** 2019. *Under construction. Technologies of development in urban Ethiopia*. Durham: Duke University Press.
- Mbembe, Achille y Janet Roitman.** 1995. "Figures of the subject in times of crisis". *Public Culture* 7 (2): 323-352. <https://doi.org/10.1215/08992363-7-2-323>



- Melly, Caroline.** 2017. *Bottleneck. Moving, building, and belonging in an African city.* Chicago: The University of Chicago Press.
- Mitchell, Timothy.** 1991. "The limits of the State. Beyond statist approaches and their critics". *The American Political Science Review* 85 (1): 77-96. <https://www.jstor.org/stable/1962879?origin=crossref>
- Restrepo, Eduardo.** 2013. *Etnización de la negritud: la invención de las "comunidades negras" como grupo étnico en Colombia.* Popayán: Editorial Universidad del Cauca.
- Schnitzler, Antina von.** 2008. "Citizenship prepaid. Water, calculability, and techno-politics in South Africa". *Journal of Southern African Studies* 34 (4): 899-917. <https://www.tandfonline.com/doi/abs/10.1080/03057070802456821>
- . 2013. "Traveling technologies. Infrastructure, ethical regimes, and the materiality of politics in South Africa". *Cultural Anthropology* 28 (4): 670-693. <https://anthrosource.onlinelibrary.wiley.com/doi/10.1111/cuan.12032>
- . 2016. *Democracy's infrastructure. Techno-politics and protest after apartheid.* Princeton: Princeton University Press.
- Serje, Margarita.** 2011. *El revés de la nación. Territorios salvajes, fronteras y tierras de nadie.* Bogotá: Ediciones Uniandes.
- Silver, Jonathan.** 2014. "Incremental infrastructures: material improvisation and social collaboration across post-colonial Accra". *Urban Geography* 35 (6): 788-804. <https://www.tandfonline.com/doi/full/10.1080/02723638.2014.933605>
- Simone, Abdou Maliqalim.** 2004. "People as infrastructure: intersecting fragments in Johannesburg". *Public Culture* 16 (3): 407-429. <https://muse.jhu.edu/article/173743>
- . 2006. "Pirate towns: reworking social and symbolic infrastructures in Johannesburg and Douala". *Urban Studies* 43: 357-370. <https://doi.org/10.1080/00420980500146974>
- . 2015. "The urban poor and their ambivalent exceptionalities: some notes from Jakarta". *Current Anthropology* 56: 15-23. <https://doi.org/10.1086/682283>
- . 2018. *Improvised lives. Rhythms of endurance in an urban south.* Cambridge: Polity.
- Varela Barrios, Edgar, Ángela María Martínez Sander y Wilson Delgado Moreno.** 2013. "Gobernanza y redes políticas en el distrito portuario, industrial y biodiverso de Buenaventura, Colombia". *Estudios Políticos* 43: 205-227. <https://revistas.udea.edu.co/index.php/estudiospoliticos/article/view/18217>
- Zeiderman, Austin.** 2018. "Beyond the enclave of urban theory". *International Journal of Urban and Regional Research* 42 (6): 1114-1126. <https://doi.org/10.1111/1468-2427.12661>

# Peces ciegos: un ensayo fotográfico

*Blind fishes: a photo essay*

<https://doi.org/10.22380/2539472X.2344>

Recibido: 15 de diciembre de 2021 • Aprobado: 11 de febrero de 2022



## Andrea Murillo

Centro de Estudios Antropológicos, El Colegio de Michoacán, México  
andrea\_g\_murillo@live.com.mx • <https://orcid.org/0000-0002-8616-1520>

### Resumen

Desde la segunda mitad del siglo XX, los proyectos de modernización en el occidente de México intensificaron la modificación del paisaje con infraestructura para la reproducción de especies. En este fotoensayo rastreo la movilidad de una de ellas, los peces. Específicamente exploro la figura del pez ciego como una narrativa de la modernidad que provee una imagen de penumbra. Si la modernidad es un proyecto situado que brinda luces, sugiero que la penumbra de los peces es una zona intermedia de luz y de oscuridad para pensar los momentos de inconsistencia en el habitar del progreso mexicano.

**Palabras clave:** ruina, infraestructura, penumbra, peces.

### Abstract

Since the second half of the 20th century, modernization projects in western Mexico intensified the modification of the landscape with infrastructure for the reproduction of species. In this photo-essay I pursue the mobility of one of them, the fish. Specifically, I explore the figure of the blind fish as a narrative of modernity that provides an image of darkness. If modernity is a situated project that provides lights, I suggest the penumbra of the fish as an intermediate zone of light and darkness to think about the moments of inconsistency in the inhabiting of Mexican progress.

**Keywords:** ruin, infrastructure, penumbra, fishes.

## Evolución



**Figura 1.** Capas

Fuente: fotografía de la autora.

En las décadas de los sesenta y setenta, durante el régimen indisoluble del Partido Revolucionario Institucional (PRI), el Estado mexicano continuó la tarea de llevar a cabo sus promesas de modernización en las diferentes regiones del país. En el occidente, en el municipio de Tuxpan, se formó la Comisión para el Desarrollo del Sur de Jalisco, liderada por José Guadalupe Zuno Arce. La comisión aportó pavimentación y luz eléctrica a la región, así como una serie de infraestructuras, entre ellas, el Centro Experimental Clavellinas de acuicultura. La comisión se disolvió, pero los Gobiernos posteriores retomaron parte de los espacios para la producción acuícola. Años antes de la llegada de Zuno Arce, señores de “la viejada” —ancianos indígenas nahuas investidos de sabiduría— habían visto bajar del cerro Cihuapilli, al sureste de Tuxpan, a un señor con una carretilla cubierta de peces. Mi amigo Arturo Rocha, mejor conocido como “Archi”, ingeniero en sistemas y trabajador del Ayuntamiento de Tuxpan, me cuenta que esos peces sobre la carretilla

son peces ciegos y que su ceguera es producto de la evolución. En la actualidad, ya no se ve a personas bajar del cerro con peces. Ahora, los peces ciegos viven en las cuevas dentro del cerro, adaptados a su entorno de oscuridad.

La evolución forma parte de las visiones de una modernidad fundada en la modificación biológica para el cambio activo de la vida humana y no humana. En lo que sigue, me interesa indagar sobre la capacidad evolutiva de los peces en el sur de Jalisco. Por un lado, a partir de su movilidad en relación con infraestructuras que, con el paso de los años, devinieron en ruinas y, por otro, de la oscuridad que aqueja a los peces dentro de las cuevas. Si bien la infraestructura no necesariamente indica luz —en muchos casos ocurre todo lo contrario—, la convención relacionada con esta materialidad es la del esplendor de una mejor calidad de vida. Así también, la ruina no refiere únicamente a la oscuridad, pues en diferentes situaciones de esta emergen posibilidades; no obstante, la convención asociada con ella es la de la obsolescencia o la de aquello que posee un estatus apagado. A partir de aquí, me interesa preguntar: ¿habrá una zona que comprenda la relación entre ambas formaciones o, mejor aún, que muestre su indeterminación?

\*\*\*

Los peces ciegos en el ámbito biológico son nombrados “pez cueva” o *cavefish* en inglés. Ginny L. Adams, Brooks M. Burr y Melvin L. Warren (2020), biólogos y curadores de peces, consideran al pez cueva exclusivo de las aguas dulces del este de América del Norte (por el río Misisipi y el río Ohio). Reconocen seis géneros de este, nueve especies y numerosos linajes. Pero, a pesar de su compleja taxonomía, encuentran en los peces cueva un apellido en común: *Amblyopsidae*, que proviene de las raíces griegas *ambly* y *opsis*, y que significa “visión opaca o borrosa, en referencia a la visión poco desarrollada” (Adams, Burr y Warren 2020, 281; traducción propia). Para estos científicos, dentro de la biología predominan diferentes teorías de adaptación de los peces: la primera plantea que su descendencia se dio a través de antepasados preadaptados; la segunda relaciona su inmersión en las cuevas y en pantanos con una actividad accidental; y una tercera identifica a estos peces como pertenecientes a linajes moribundos que han encontrado en las cuevas un refugio. Mi amigo Archi estaría de acuerdo con estas teorías. Sin embargo, más que comprobar la presencia de peces ciegos en el cerro Cihuapilli, deseo adentrarme en el potencial que ofrece la teoría de Archi en el entorno regional.

¿Los peces se han quedado ciegos por las luces de la modernidad impulsada por la comisión? Una contradicción sugerente: cegados por las luces en la

oscuridad. No es que vean mejor; sucedió lo contrario: una pérdida de la vista o cierre de los ojos en la oscuridad de la cueva. Son seres subterráneos que viven sin el sentido de la vista en un lugar oculto a la comunidad, pero que, al estar ciegos, irradian un aro de luminosidad que asombra y cautiva. Esta curiosa paradoja es lo que llamaré *zona de penumbra*.

La palabra *penumbra* proviene etimológicamente del latín *paene*, “casi”, y *umbra*, “sombra”. La penumbra es una región entre la luz y la oscuridad; su inconsistencia hace difícil identificar el dominio de una sobre la otra. La zona de penumbra suscita imágenes y teorías que desestabilizan lo aparentemente luminoso y lo completamente oscuro en relación con la modernidad y el progreso. Las ruinas y en general las infraestructuras son, en este sentido, emblemas de la penumbra.



**Figura 2.** Almacén activo en el Centro Experimental Clavellinas

Fuente: fotografía de la autora.

Como señaló Walter Benjamin ([1942] 2008), la zona de penumbra se materializa en momentos de peligro o de olvido. Puede ser recuperada para dar un salto de tigre de una época a otra, e interrumpir el *continuum* de la historia observando su decadencia y abandono (54-55). Para acercarnos a la desestabilización de la luminosidad total y la absoluta oscuridad, propongo considerar la zona de penumbra, junto con la imagen fotográfica, como una manera de aproximarse teórica y

metodológicamente al trabajo etnográfico sobre el carácter inconsistente de los proyectos modernizadores en el occidente de México.

## La Comisión del Sur y la llegada de los peces chinos

La Comisión para el Desarrollo del Sur de Jalisco tuvo dos etapas. La primera de 1965 a 1970 y la segunda de 1970 a 1976. El objetivo principal de la Comisión del Sur fue dotar de infraestructura a toda la región, que comprendía cerca de 43 municipios, con casas, puentes, red de carreteras, pista de aterrizaje, escuelas, luz eléctrica, agua potable, centros garrapaticidas y el Centro Experimental de Acuicultura Clavellinas. Su primer vocal ejecutivo fue José Guadalupe Zuno Arce, hijo de José Guadalupe Zuno Hernández, gobernador de Jalisco entre 1923 y 1926, y cuñado de Luis Echeverría, presidente de México en el periodo 1970-1976. La Comisión del Sur fue un ambicioso proyecto distinguido por un sello populista, cuyo interés fue formar un nuevo dominio de poder regional mediante redes de patronazgo (De la Peña 1993, 138). Con deseos de ascender al puesto que su padre alguna vez ocupó, Zuno Arce, como miembro destacado de la izquierda del PRI en Jalisco, forjó un movimiento de masas y convocó eventos de gran repercusión regional. Asimismo, instruyó a varios de sus trabajadores y trabajadoras, quienes más tarde se convirtieron en importantes políticos e intelectuales del Estado (De Vries 2002, 908).

Durante los tiempos de Zuno Arce, mi amigo Armando Carrillo observó que la carpa de Israel —o carpa común— y la carpa Koi nadaban en los ríos de Tuxpan. Se trata de peces desarrollados genéticamente en Japón y en China. Zuno Arce retomó aspectos de las políticas comunistas chinas posteriores al “Gran Salto Adelante” de Mao Tse-Tung. Los proyectos regionales de Zuno Arce fueron favorecidos por los deseos de su cuñado, Luis Echeverría, quien visionaba un internacionalismo más allá de la relación con Estados Unidos y buscó una reorientación económica y nuevos aliados.

## La tilapia neoliberal

Después de 1976 el Centro Experimental de Acuicultura Clavellinas, creado por Zuno Arce en el ejido San Mamés, en Tuxpan, pasó a ser del Instituto Nacional de Investigaciones Forestales, Agrícolas y Pecuarias (Inifap), que tenía una relación directa con la Secretaría de Agricultura y Desarrollo Rural (Sader) de Jalisco (antes Seder).



**Figura 3.** Camino

Fuente: fotografía de la autora.

Para llegar a Clavellinas, atravieso la hacienda y el ejido San Mamés. Observo los plantíos de jícama trabajados mayormente por mujeres; se ve que bromean con los hombres. Ni el paliacate ni la gorra las protegen del sol; del cañaveral veo salir a una mujer que parece haber ido al baño. Paso los plantíos de caña y llego a Clavellinas. El azul claro del cancel me parece conocido. Este azul fue el color favorito de Zuno Arce. Aunque él nunca me lo dijo, he distinguido que la mayoría de sus obras de infraestructura —su casa, su colonia, su zoológico y el uniforme de los trabajadores de Industrias del Pueblo<sup>1</sup>— son de ese color. El azul parece perderse entre el naranja del óxido del hierro (una textura del deterioro convencionalmente relacionada con las ruinas), pero aún se percibe bien.

1 La Comisión del Sur y la Corporación Colectiva Industrias del Pueblo fueron dos proyectos distintos liderados por Zuno Arce. No obstante, ambos tenían la encomienda de modernizar áreas rurales y contribuir a la igualdad social.



**Figura 4.** Estanque y Cihuapilli

Fuente: fotografía de la autora.

Este centro es una infraestructura de la década de los setenta que ha ido incrementando su capacidad de almacenamiento y producción con la construcción de nuevos estanques, dejando en el abandono, al mismo tiempo, plantíos de cactus, cuartos, salones y establos. Don Jaime Ruvalcaba, el vigilante del lugar, me dice que el centro ya no se hace cargo de todo eso y que “están ahí porque están”.



**Figura 5.** Disección

Fuente: fotografía de la autora.



Jaime observa mi obsesión con fotografiar ruinas mientras deslinda al actual Clavellinas de esos espacios. Pero ¿caso no toda infraestructura se erige como ruina?, ¿cuáles son sus diferencias en la modernidad mexicana? y ¿de qué manera la penumbra en la que viven los peces ciegos es un punto de partida para entender esta inconsistencia?

Bajo Clavellinas yacen infraestructuras ruinosas: espacios abandonados con estructuras contemporáneas y espacios desvanecidos, readaptados en periodos políticos posteriores con nuevos métodos de producción. En este lugar aparece la capa del pasado industrial junto a la capa del presente neoliberal que desde inicios del siglo XXI proyectó una nueva idea de futuro, más liberal y menos proteccionista que la anterior. Una sobre la otra —o una al lado de la otra—, estas capas yuxtapuestas constituyen un emblema de la modernidad. La zona de penumbra se moviliza a través del tiempo; en ella el pasado y el futuro están irremediamente conectados.



**Figura 6.** Alto ahí

Fuente: fotografía de la autora.



**Figura 7.** Hubo caballos

Fuente: fotografía de la autora.



**Figura 8.** Nunca los vimos

Fuente: fotografía de la autora.

En Jalisco existen ocho centros de fomento acuícola y la tilapia es el pez que más se distribuye y comercializa. Raúl Estrada, maestro en gestión directiva y actual encargado del Centro Experimental, me contó que en 1997, una vez que México dejó el modelo económico de sustitución de importaciones y apostó por el libre mercado con mayor iniciativa privada, el Inifap firmó un convenio con la Sader para ampliar la infraestructura del centro y habilitar seis estanques. En los años 2007 y 2008 se construyó otra área de cuatro estanques largos y un sistema de recirculación para obtener una producción de 25 000 crías de tilapia en 25 000 metros cúbicos.

El fomento de la tilapia comenzó en el año 2000. Raúl recuerda que en aquel tiempo él trabajaba en el Centro Acuícola Las Peñas, de Huejúcar, en la región norte de Jalisco, y las personas rechazaban el pez. No lo querían porque pensaban que, al tenerlo en sus estanques y bebederos, sus vacas morirían. A Raúl le costó trabajo convencer a las personas de que criaran y consumieran la tilapia. No pensó que le tuvieran miedo al pez, que en la actualidad es considerado el segundo producto de mayor consumo y distribución en el mundo, según me explica.

Cada año Clavellinas produce 2 millones de tilapias distribuidas en las granjas acuícolas de la región, con un costo de 25 centavos por pez. Esta producción en masa, con una carga de vigor híbrido para su mejora genética, muestra que se trata de una situación bastante planificada, muy distinta a la del pez ciego del cual Archi me hablaba. Si la industria de la tilapia es un referente de planeación y fomento acuícola regional, el pez ciego sería el excedente no planeado de esa evolución. Lo curioso es que, a pesar de ello, la tilapia provoca temor y asombro como el pez ciego.

A propósito de los acuíferos, Andrea Ballesteró señaló que se trata de entidades cuya separación material de un fondo no es del todo intuitiva, porque los acuíferos mismos pueden ser el suelo (2019, 25). Tal vez, algo similar suceda con la tilapia, cuya evolución ha implicado la formación de ruinas y espacios abandonados, tan oscuros y apagados como las cuevas que los peces ciegos habitan. Esto permite pensar que la tilapia y los peces ciegos no son tan diferentes como parece, en cuanto ambos producen oscuridades.



**Figura 9.** Crías

Fuente: fotografía de la autora.

## Reflexión final

Dentro del proceso evolutivo de los peces en el sur de Jalisco se encuentra la zona de penumbra. Se trata de una imagen que presenta la relación inconsistente entre ruinas e infraestructura. La penumbra caracteriza la fotografía monocromática, pero no se limita al blanco y negro; también se expresa en el azul que se ha hecho borroso por el óxido del cancel, es decir, apunta a recomposiciones de procesos materiales distintos. Como el obturador de la cámara, que requiere de luz en la oscuridad para ejecutar su acción, así la penumbra requiere de luz y de oscuridad para emerger en el devenir del progreso mexicano. En la zona de penumbra, las ruinas industriales y las infraestructuras se cruzan entre capas materiales que soportan pasados y futuros, luces y oscuridades, sentidos de diferencia y semejanza. La penumbra revela una zona inconsistente que abre una oportunidad revolucionaria de interrumpir el *continuum* de la historia, pero también surge como

forma de poder político para acercar y familiarizarnos con los peces, estas entidades cargadas de planificación e ideales de modernidad.

## Referencias

- Adams, Ginny, Brooks Burr y Melvin Warren.** 2020. "Amblyopsidae: cavefishes". En *Characidae to Poeciliidae*, vol. 2 de *Freshwater fishes of North America*, editado por Melvin L. Warren, Jr. y Brooks M. Burr, 281-321. Baltimore: Johns Hopkins University Press.
- Ballesterio, Andrea.** 2019. "The underground as infrastructure? Water, figure/ground reversals, and dissolution in Sardinal". En *Infrastructure, environment, and life in the Anthropocene*, editado por Gregg Hetherington, 17-44. Durham; Londres: Duke University Press.
- Benjamin, Walter.** (1942) 2008. *Tesis sobre la historia y otros fragmentos*. Traducción de Bolívar Echeverría. Ciudad de México: Editorial Itaca; Universidad Autónoma de la Ciudad de México.
- De la Peña, Guillermo.** 1993. "Populismo, poder regional e intermediación política: el sur de Jalisco, 1900-1980". *Estudios de Historia Moderna y Contemporánea de México* 16: 114-152. <https://moderna.historicas.unam.mx/index.php/ehm/article/view/2987/68856>
- De Vries, Pieter.** 2002. "Vanishing mediators: enjoyment as a political factor in western Mexico". *American Ethnologist* 29 (4): 901-927. <http://www.jstor.org/stable/3805162>

# El dilema de la racialización: entre negridad e indianidad en la frontera México-Estados Unidos

*The double bind of racialization: between blackness and  
indianness in the Mexico-United States border*

<https://doi.org/10.22380/2539472X.2071>

Recibido: 7 de julio de 2021 • Aprobado: 25 de noviembre de 2021



**Rocío Gil Martínez de Escobar**

Universidad Autónoma Metropolitana Unidad Iztapalapa, México

rocio.gil@fulbrightmail.org • <https://orcid.org/0000-0003-4631-8463>

## Resumen

Basada en investigación etnográfica y de archivo en la región fronteriza entre Coahuila (México) y Texas (Estados Unidos), en este trabajo examino los procesos históricos de racialización de la población afroindígena negros mascogos / black seminoles. Argumento que las y los negros mascogos / black seminoles han estado atrapados en un dilema: desde el siglo XIX sus relaciones con dos Estados nación han empujado a procesos de racialización en los que la negridad y la indianidad *aparecen* como mutuamente excluyentes; sin embargo, algunos miembros de esta población empiezan a reivindicar su afroindianidad como política de resistencia. Este caso permite complejizar nuestra comprensión sobre las dinámicas de racialización, en la medida en que devela la importancia de entenderlas en su especificidad histórica, socioespacial y desde un ángulo relacional que trasciende las fronteras de los Estados nación.

**Palabras clave:** racialización, dilema, negridad, indianidad, frontera México-Estados Unidos.

## Abstract

Based on ethnographic and archival research in the Coahuila-Texas borderland between Mexico and the United States, in this essay I examine the historical processes of racialization among the afroindian population of Negros Mascogos / Black Seminole. I contend that the Negros Mascogos / Black Seminole have been trapped in a double bind: since the XIX century their relations with two nation-states have led to racialization processes whereby blackness and indianness *appear* as mutually exclusive. However, some members of the group are reclaiming their afroindianness as a form of resistance. This case provides a complex perspective about racialization. It

reveals the importance of understanding its dynamics from a historically, sociospatially grounded, and relational perspective that transcends nation-state borders.

**Keywords:** racialization, double bind, blackness, indianness, Mexico-United States border.

## Introducción

Llegué a nuestro punto de encuentro, un local en el segundo piso de un edificio cercano al aeropuerto de San Antonio, en Texas, Estados Unidos. Esperaba encontrar a un hombre uniformado, portando insignias militares, de edad avanzada y piel negra. En cambio, me reuní con un hombre joven, de cabello largo y con rasgos mestizos, cuya oficina estaba decorada con pinturas que reproducían escenas de la película de culto *Sangre por sangre*, bien conocida entre poblaciones latinas en Estados Unidos e idealizada en los círculos pandilleros. Nacido en Estados Unidos, Robert creció en ambos lados de la zona fronteriza de Coahuila y Texas, entre México y Estados Unidos; asistió a la escuela en Del Río, Texas, y pasaba los fines de semana con sus familiares en El Nacimiento de los Negros, Coahuila. Es veterano; fue infante de marina en Estados Unidos y hoy es dueño de un negocio de tatuajes. Se autoidentifica como negro mascogo y como indio seminole y sueña con algún día regresar a vivir a El Nacimiento de los Negros, lugar que considera su terruño. En nuestra conversación, Robert hizo un comentario que siguió resonando durante el resto de mi investigación de campo: “En Nacimiento han perdido sus formas indias”. Se refería a la autoidentificación de las y los residentes en El Nacimiento de los Negros como población negra y a la falta de reconocimiento de sus orígenes como indios seminole. En efecto, durante mi estancia de campo de casi dos años en la zona fronteriza de Coahuila y Texas encontré que, aunque las y los negros mascogos / black seminole se reconocen como una sola población transfronteriza que comparte una misma historia y estrechos lazos familiares, en el lado de la frontera mexicana se autonombran negros mascogos y las personas tienden a enfatizar su negritad<sup>1</sup>, mientras que en el lado estadounidense quienes son ciudadanos enfatizan su indianidad y se autonombran black seminole. Finalmente, quienes son migrantes con o sin autorización que viajaron desde El

1 Utilizo el concepto *negritad* para referirme a “los discursos y prácticas de lo negro” (Restrepo 2013, 26).

Nacimiento de los Negros y trabajan temporalmente o se han asentado definitivamente en Texas resaltan su negridad o intentan reivindicar su afroindianidad<sup>2</sup>.

Sabemos que las identidades no son inamovibles; todo lo contrario, se caracterizan por su fluidez y en ocasiones son movilizadas estratégicamente con fines políticos. Sabemos también que la idea de comunidades estáticas, cerradas y homogéneas es una falacia y tanto desde la antropología como desde otras disciplinas se ha luchado por dejar de reproducir esas esencializaciones. ¿Por qué poner atención al hecho de que las y los negros mascogos / black seminole a veces se reconocen como negros, a veces como indios y más recientemente como afroindios? Mi propuesta es que las identificaciones, como procesos de subjetivación, develan un complejo entramado de relaciones históricas de poder que sirven como ventana para comprender algunos de los mecanismos del Estado para incorporar, regular y administrar a sus poblaciones, así como las estrategias que desarrollan las poblaciones mismas para navegar dentro de estos sistemas de poder y en ocasiones resistirse a ellos. Bajo este razonamiento pregunto ¿cuáles son las condiciones de posibilidad de la identificación negra en México y de la india en Estados Unidos? ¿Qué papel desempeña la frontera en estos procesos? ¿Qué nos dice la reciente adopción de la afroindianidad entre aquellas personas que cruzan fronteras? Mi argumento es que las y los negros mascogos / black seminole han estado atrapados en un dilema, una decisión imposible o un *double bind*, en términos de Gregory Bateson *et al.* (1956). Desde el siglo XIX sus relaciones con dos Estados nación han empujado a procesos de racialización en los que la negridad y la indianidad *aparecen* como excluyentes. Cuando las y los migrantes como Robert se rehúsan a definirse como indios o negros y reivindican su afroindianidad, hacen justicia a su historia y empiezan a tejer políticas de resistencia para contender con el poder hegemónico del Estado. Pero la identificación no se queda en relaciones de pertenencia y sentido de comunidad; como nos recuerda Nancy Fraser (2000), no se trata únicamente de reconocimiento, sino de su articulación con la redistribución, es decir, con las condiciones materiales de existencia y las

2 .....  
 2 Uso el concepto *indio* en vez de *indígena* y el de *negro* en vez de *afrodescendiente* porque es así como se autodenominan mis interlocutoras e interlocutores. Me refiero a estas categorías como construcciones sociales. El concepto *afroindianidad* recupera las categorizaciones más recientes de un sector pequeño de la población que ha empezado a utilizar la palabra *afrodescendiente* en vez de *negro*. Reconozco también que el concepto *tribu* ha sido descartado en la antropología desde hace décadas; sin embargo, lo retomo por el uso que le dan en Estados Unidos los grupos nativo-americanos que buscan su reconocimiento jurídico y porque las personas que viven en El Nacimiento de los Negros se autodenominan “tribu negros mascogos”.



luchas contra la injusticia, la desigualdad, la violencia y el racismo tanto a nivel simbólico como estructural.

Este artículo se basa en una investigación etnográfica y de archivo llevada a cabo en México y Estados Unidos entre 2014 y 2016<sup>3</sup>, y en los continuos intercambios con las y los negros mascogos / black seminole desde 2012 hasta el día de hoy. En la siguiente sección conceptualizo la racialización como un proceso relacional que requiere de un análisis que atienda a sus especificidades históricas, espaciales y políticas, y que lo observe no solamente como mecanismo del poder, sino como parte de las luchas de resistencia. En el apartado posterior discuto brevemente la construcción de la negridad y la indianidad como mutuamente excluyentes tanto en el ámbito académico como en el sentido común de la gente. En una tercera sección propongo observar los procesos de racialización a través del nombramiento de las y los negros mascogos / black seminole en los siglos XIX, XX y XXI. En el último apartado concluyo con algunas reflexiones en torno al dilema de la racialización y propongo poner atención a la reivindicación de la afroindianidad como una forma de resistencia a la hegemonía racial.

## Racialización

Mi sorpresa al encontrar que Robert era completamente distinto a la imagen que me había hecho de él después de una llamada telefónica es sintomática de la gran multiplicidad de conjeturas con las que operamos en nuestras construcciones del “otro”, pero lo que me interesa resaltar es que devela las definiciones limitadas con las que entendemos la negridad y la indianidad. Robert no tiene ningún rasgo fenotípico que hable de su negridad o indianidad; sin embargo, se reconoce como afroindio.

La brutalidad policial en Estados Unidos ha dejado claro que el color sí importa, porque ser una persona visiblemente negra puede llevar a múltiples violencias e incluso a la muerte. Sin embargo, casos como el de Robert nos obligan a pensar más allá del color para dirigir la atención a los procesos de racialización que sugieren que la negridad y la indianidad no son características o identidades esenciales, sino relaciones sociales.

3 .....  
Financiamiento: Wenner-Gren Foundation (proyecto 8828) y National Science Foundation (proyecto 1423753).

Hablar de racialización significa atender a los procesos de categorización a través de los cuales ciertas características biológicas y culturales, como el color de piel, la vestimenta o el idioma, son atribuidas con significados para definir al “otro” dentro de un sistema jerarquizado de poder (Barot y Bird 2001; Miles 1982). Esta perspectiva refuta la idea de categorías raciales preexistentes y observa los mecanismos de producción de estas clasificaciones que demarcan fronteras étnicas y raciales. Los procesos de racialización tienen dos características fundamentales. En primer lugar, son relacionales, es decir, para que exista un “yo” (blanco, occidental, masculinizado), se necesita de un “otro” racializado (no blanco, no occidental, feminizado). La racialización se encarna en el cuerpo y la psique, y da lugar a procesos de subjetivación en los dos sentidos foucaultianos, es decir, la transformación de individuos en sujetos sometidos a través del control y la dependencia, y sujetos atados a su propia identidad por la consciencia o el conocimiento de sí mismos (Foucault 1988). Estos procesos de subjetivación generan lo que W. E. B. Du Bois (1995) describió como doble consciencia, esa sensación de verse a sí mismo a través de los ojos de los otros, un reconocimiento profundamente relacional.

En segundo lugar, la racialización está siempre anclada a temporalidades, espacialidades y formaciones sociales concretas. El pensamiento de Stuart Hall (1996) es útil para desarrollar esta segunda característica. Para Hall, es necesario dejar de hablar de identidad como algo acabado para pensar en identificación como un proceso en continua construcción que emerge dentro de modalidades de poder. La identidad señala tan solo un punto de sutura en el proceso de identificación en que la subjetividad se articula temporalmente con las prácticas discursivas que emergen desde el poder. Podemos pensar las identidades raciales como puntos de sutura en los procesos de racialización para reconocer que corresponden a momentos históricos con discursos y prácticas anclados a formaciones raciales específicas (Cadena 2007). Para ponerlo en palabras simples, no es lo mismo ser una persona racializada como negra en el México del siglo XIX, en el que operaban políticas excluyentes y abiertamente racistas, que en el México del siglo XXI, que reconoce a las poblaciones negras bajo un esquema multicultural que encubre el racismo. Pero tampoco es lo mismo ser una persona negra en la formación racial estadounidense que legalizó la segregación racial, transitó a una supuesta era posracial que hacía creer que la llegada de una persona negra a la presidencia significaba el fin de las injusticias y violencias, y que se encuentra hoy frente a sectores de la población que defienden abiertamente y legitiman la supremacía blanca. En estos distintos entornos y temporalidades no solo son distintas las experiencias de la negritud e indianidad, sino que las construcciones mismas de

lo que se constituye como tal difieren hasta el punto de que un grupo social que en un momento histórico fue racializado como negro deja de serlo en otro momento, o de que una persona que cruza fronteras es clasificada como negra en México y como india en Estados Unidos.

Hasta ahora he presentado una perspectiva de racialización que se construye desde el poder, pero es necesario reconocer que, así como la subjetividad se articula temporalmente con los discursos y prácticas hegemónicas, también hay puntos de no-sutura en que las construcciones raciales de las y los propios sujetos rechazan las clasificaciones que se imponen desde el poder y movilizan sus propias formas de racialización como herramienta política de resistencia. Leith Mullings (2004) define este proceso de *racialización desde abajo* como el surgimiento y la aceleración de movimientos sociales contrahegemónicos que utilizan el lenguaje racial y del racismo para denunciar el despojo, demandar recursos, formar alianzas transnacionales y desafiar la racialización desde arriba. Esta perspectiva dialoga con la propuesta de Appelbaum, Macpherson y Roseblatt (2003) de que las visiones articuladas por las élites interactúan constantemente con las prácticas y narrativas de sectores subalternizados, lo cual sugiere que pueden coexistir y competir distintos sistemas raciales (Restrepo y Arias 2012).

La negridad y la indianidad son el resultado de los procesos de racialización. En momentos históricos específicos de colonización, expansión capitalista, esclavización y explotación laboral, las poblaciones europeas establecieron su orden social en las colonias a través de la racialización y el género (Lugones 2008; Quijano 2000). Lo no europeo fue clasificado como indio o negro, con lo que se aglutinó a grupos sociales con significativas diferencias culturales y se los convirtió en uno solo. La indianidad y la negridad, así como la blanquitud y el mestizaje, surgieron como una relación de poder entre dominantes y subalternos. Como bien apuntan las teóricas y los teóricos de la diáspora africana, más allá de los rasgos fenotípicos, es esta experiencia histórica de subalternidad, siempre acompañada por resistencia, la que da sentido a la negridad y la indianidad, y es desde este ángulo que hay que pensarlas como relaciones sociales.

## “No podría ser un negro-indio”

El 6 de julio de 1999 el periódico *The Post and Courier* de Charleston, Carolina del Sur, publicó un artículo en que el autor, Herb Frazier, cita a la directora del Departamento de Antropología y Genealogía de la Tribu Seminole de Florida,

Patricia Wickman, quien hizo la siguiente declaración: “el tema de los black seminole no tiene sentido. Una persona con un padre negro y un padre seminole es negro o indio, dependiendo de cómo fue educada culturalmente. No podría ser un negro-indio. Es como decir gato-perro” (citada en Mulroy 2007, 327).

La declaración de Wickman no es un caso aislado; en gran medida se ha constituido como sentido común tanto en el discurso popular como en el académico. La idea de la imposibilidad de la afroindianidad, es decir, que una persona negra no puede ser también india, tiene sus orígenes en el colonialismo. En los procesos de racialización, los europeos colocaron a las poblaciones clasificadas como negras en oposición a las indias, entre otras cosas para eliminar la posibilidad de alianzas en contra de los poderes hegemónicos. Tanto en las colonias británicas como en las españolas los indios fueron percibidos como nativos y los negros, trasladados forzosamente al continente americano por medio del comercio transatlántico de personas esclavizadas, como extranjeros. Muy en el sentido de la colonialidad del poder que persiste en la actualidad (Quijano 2000), estos discursos subsisten en lugares como México, en donde se habla de los pueblos indígenas como originarios mientras que la idea de que no hay negros porque todos somos mestizos ha llevado a múltiples violencias hacia las poblaciones negras, incluyendo deportaciones de mexicanos de su propio país. En las colonias británicas y en cierto grado en las españolas, sobre todo en el Cono Sur del continente americano y en el norte de México, los blancos construyeron sus relaciones con los negros e indios de forma tal que pudieran acomodar sus intereses de acaparamiento de tierra, cercamiento de propiedad privada y explotación de recursos. Los indios “proveyeron” de tierra y los negros de labor, y las relaciones que se establecieron fueron las de eliminación de los primeros y explotación de los segundos. Bajo la lógica de la eliminación, los indios se construyeron como asimilables y bajo la lógica de la explotación, que requería la reproducción de mano de obra, una sola “gota de sangre”<sup>4</sup> negra hizo inasimilables a los negros en las colonias británicas (Wolfe 2011). Es decir, cualquier persona india con tan solo una “gota de sangre” negra no sería clasificada como afroindia sino como negra. Como apuntan Andrea Smith (2012) para el caso de Estados Unidos y Peter Wade (2010) para América

4 La referencia a las gotas de sangre alude a las genealogías de las personas. Tiene sus orígenes en la lógica española de la “limpieza de sangre” que discriminaba a las personas consideradas paganas y jerarquizaba los linajes cristianos “puros” por encima de los “contaminados” por conversos, como judíos bautizados, musulmanes o indígenas (Cadena 2005, 265).

Latina, en el ámbito académico los debates replican la lógica colonial y tienden a separar el estudio de poblaciones negras del estudio de poblaciones indias.

Aunque sea una falacia, históricamente la negridad y la indianidad han sido construidas como mutuamente excluyentes. Aquellos grupos que se autoidentifican como afroindios en el continente americano, como el caso de los garífunas, miskitos, lumbee, cherokee, tunica-biloxi o clifton-choctaw, usualmente son tratados como excepcionales. El caso de las y los negros mascogos / black seminole es una ventana para observar cómo ha operado esta lógica en un entorno transfronterizo en donde las lógicas racializantes de dos Estados nación se confrontan y se encarnan en la experiencia de un grupo. Este no es un caso único; pensemos en la población garífuna, cuya residencia traspasa las fronteras de por lo menos cuatro países centroamericanos y ha formado un enclave diaspórico en la ciudad de Nueva York. Sin embargo, sí es un caso privilegiado para observar los procesos de racialización en la frontera México-Estados Unidos e incorporar en las discusiones sobre frontera y migración la frecuentemente ignorada discusión sobre indianidad y negridad.

## Nombramiento: un mecanismo de racialización

Autonombrados como negros mascogos en México y como black seminole en Estados Unidos, esta población transfronteriza tuvo su etnogénesis en la Florida española del siglo XVIII, cuando personas negras esclavizadas se fugaron y encontraron refugio entre los indios seminole, quienes a su vez eran un conglomerado de distintos grupos indios que habían escapado del trabajo forzado y formado una comunidad cimarrona. Una vez constituido Estados Unidos como nación independiente y pasado la Florida a su dominio, las y los seminole y black seminole, junto con los miembros de las naciones cherokee, muscogee (creek), chickasaw y choctaw, fueron forzosamente desplazados a reservas indias en Oklahoma en el marco del Acta de Remoción India de 1830. Debido a tensiones en las reservas y al riesgo de esclavización, en 1850 un grupo de black seminole y seminole optó por cruzar la recién establecida frontera internacional<sup>5</sup> para buscar refugio en México, en donde la esclavización había sido abolida en 1829. Se establecieron en El Nacimiento de los Negros, Coahuila, y trabajaron como soldados guarda-fronteras

5 Entre 1846 y 1848 México y Estados Unidos estuvieron en guerra. El resultado fue la pérdida de gran parte del territorio mexicano y la demarcación de una nueva frontera internacional.

para el Gobierno mexicano a cambio de tierra y ciudadanía. En el cruce de frontera las autoridades mexicanas los registraron no como black seminole sino como negros mascogos. El historiador Kenneth W. Porter (1951) propone la hipótesis de que algún funcionario mexicano debió preguntar a los black seminole qué idioma hablaban y, tras escuchar la respuesta: “muskogee”, escribió “mascogo” y nombró así a los recién llegados migrantes. Para 1870 la guerra de Secesión (1861-1865) había terminado en Estados Unidos y con ella la esclavización de personas. Reclutados por el Gobierno estadounidense para trabajar como soldados exploradores en Texas, un grupo de negros mascogos / black seminole regresó a Estados Unidos y se estableció en Brackettville. Fue así como la población quedó dividida por la frontera internacional. Desde entonces, black seminole y negros mascogos han cruzado la frontera para ver a sus familiares y acceder a oportunidades laborales, pero con el endurecimiento progresivo de las políticas migratorias y la creciente violencia del crimen organizado y la patrulla fronteriza, es cada vez más difícil mantener las dinámicas transfronterizas, lo cual ha generado procesos de fragmentación que separan a las y los negros mascogos que son ciudadanos mexicanos de los black seminole, ciudadanos estadounidenses. Aquellas personas que residen en El Nacimiento de los Negros o áreas cercanas y son ciudadanas mexicanas tienden a identificarse como negras; las que residen en Brackettville y sus alrededores y son ciudadanas estadounidenses apelan más a su indianidad, y las que son migrantes que residen o trabajan temporalmente en Texas recurren a la negridad, aunque unas pocas empiezan a reivindicar su afroindianidad. ¿Cómo se explican estas diferencias? Propongo analizarlo a través de los procesos de nombramiento.

Los nombres materializan las cosas, hacen que existan, y a la vez demarcan campos de poder que hacen legibles los paisajes a través de la codificación de conocimientos hegemónicos y no hegemónicos. Como proceso de codificación y clasificación, el nombramiento devela algunos procesos de racialización. Observemos cómo ha operado el nombramiento con las y los negros mascogos / black seminole en distintos espacios y momentos históricos.

## Siglo XIX

El lingüista Ian Hancock (2006) explica que el nombre *seminole* viene de la palabra *cimarrón*, usada en tiempos coloniales para referirse a caballos y ganado que se escapaban. Se relaciona también con la palabra nativo-americana *cima*, usada para referirse a un tipo de hierba silvestre o salvaje. Los grupos indios pronunciaban *cimarrón* como *cimalon* o *cimanol* y de ahí surgió el nombre *seminole*, es decir,

derivado de ideas de estatus fugitivo y salvajismo; es la descripción de un grupo que se rehusaba a acatar el orden hegemónico del momento.

El nombre *seminole negroes* se volvió prominente a mediados de la década de 1830, cuando los observadores blancos identificaron que con los indios seminoles vivía un grupo relativamente independiente de negros con costumbres indias, es decir, fenotípicamente negros, pero culturalmente indios. Hasta donde se puede deducir de los archivos, esta fue la primera vez que el grupo fue reconocido tanto por su negritud como por su indianidad (Mulroy 1993). Pero lo más importante es que su racialización como indios-negros tuvo consecuencias materiales. Dentro de la lógica colonial, como negros confrontaron las amenazas de la esclavización (explotación de mano de obra), mientras como indios enfrentaron el despojo, el desplazamiento y el asentamiento forzado en reservas (contención y eliminación): tanto su indianidad como su negritud los llevaron a buscar refugio en México.

En 1850, cuando las y los black seminoles llegaron a México, fueron renombrados como negros mascogos. Propongo que el cambio de nombre fue un momento de creación de una identidad racial. En cuanto cruzaron la frontera, las y los negros mascogos / black seminoles dejaron de ser racializados como afroindios y, a los ojos del Estado, se convirtieron en negros. Esto es algo que queda claro en los archivos de las negociaciones para su entrada a Coahuila, en los que se separa a los *indios* seminoles de los *negros* mascogos y se discuten sus habilidades de acuerdo con estas racializaciones.

La reivindicación de la figura de Vicente Guerrero, quien decretó el fin de la esclavización en 1829, como uno de los pilares de los movimientos negros en México ha tenido dos consecuencias de gran importancia. Por un lado, a través del énfasis en la negritud de quien fuera insurgente y presidente, se denuncian los procesos de blanqueamiento que silenciaron y borraron la presencia de las poblaciones afrodescendientes en la historia mexicana. Pero, por el otro lado, ese énfasis también ha generado una imagen equivocada de una nación antirracista que, por ejemplo, recibía con los brazos abiertos a personas que escapaban de su esclavización (Kelley 2004; Schwartz 1974)<sup>6</sup>. No fue así. Si las y los negros mascogos / black seminoles, racializados como personas negras, pudieron asentarse en México fue por su audacia y resistencia, pero también porque las autoridades

6 Si bien en los movimientos sociales y en la academia actual ya no se sostiene la idea de un México antirracista, la idea persiste en el sentido común de muchas personas, entre ellas algunas negras mascogos / black seminoles residentes en Estados Unidos, que, comparando la formación racial mexicana con la estadounidense, asumen que con el fin de la esclavización también terminó el racismo en México.

vieron la posibilidad de usarlos como soldados guarda-fronteras. Su reclutamiento, sin embargo, requirió de justificaciones raciales.

La adopción del racismo científico por parte de los liberales mexicanos a mediados del siglo XIX sirvió para racionalizar las jerarquías sociales en el contexto de la formación del Estado y el desarrollo económico capitalista de exportación (Knight 1990). La nación requería de la creación de una fuerza laboral y el racismo científico justificó la proletarización de las poblaciones indígenas. La asimilación forzada fue también parte de la fórmula nacional y el Estado reprimió violentamente a los grupos indígenas en resistencia, como los yaquis en Sonora, los mayas en Yucatán, y los lipanes, comanches, caiguas y mescaleros en Chihuahua y Coahuila. Como soldados, los hombres negros mascogos / black seminole fueron instrumentos de la represión de los lipanes, comanches, caiguas y mescaleros, aunque hay que tener en cuenta que esto fue producto de la violencia estructural que los empujó a ser parte de las fuerzas militares como estrategia de supervivencia. Finalmente, las preocupaciones por la composición racial de la nación llevaron a proyectos de blanqueamiento por medio de la migración de personas europeas. De cara a estos procesos de racismo científico y blanqueamiento, es preciso preguntarse por qué las autoridades mexicanas recibieron a migrantes que clasificaron como negros si se los consideraba inferiores y dañinos para la nación.

Los periódicos del periodo ilustran la renuencia a admitir a personas no-blancas en México. Por ejemplo, el 19 de noviembre de 1850 *El Universal* publicó la nota “El gobierno y la civilización. —Una medida antinacional y antipolítica”, que cuestiona la decisión de admitir “tribus salvajes”, “tribus semi-bárbaras ó bárbaras del todo” y “negros libres” en el territorio mexicano, en referencia concreta a las y los negros mascogos / black seminole y a los indios seminole. De acuerdo con el autor, esos eran grupos de guerreros “que no pueden conformarse con los hábitos y costumbres de la paz”. La nota cuestiona la moralidad y religiosidad de los recién llegados y muestra preocupación por las reacciones que pueden tener las y los pobladores fronterizos frente a su aspecto, es decir, frente a su negridad e indianidad:

¿Qué moralidad puede haber entre las hordas errantes de seres sin cultura, que á la barbarie de los bosques reúnen los feroces instintos que inspira el paganismo?  
 ¿Qué bien puede hacer estos hombres desgraciados entre los pobres habitantes de la frontera, que debilitados ya por una lucha incesante con otros salvajes, temblarán al solo aspecto de sus nuevos vecinos?



Finalmente, se afirma la necesidad de colonizar, pero se expresa preocupación de que la llegada de estos colonos no-blancos fuera perjudicial: “El país necesita brazos que le cultiven y le defiendan, y colonias que le pueblen: ¡y para esto llama á unos indios de los Estados-Unidos, á unos idólatras, á los *bárbaros!!!*”. “Esto es el colmo de la locura [...] es abrir la puerta á un nuevo infortunio nacional, es preparar la completa ruina de la patria” (“El gobierno” 1850).

Funcionarios de Gobierno e intelectuales debatieron la llegada de migrantes negros desde 1821. En 1831 el escritor y abogado Manuel Sánchez de Tagle argumentó en el Senado que México debía utilizar a las personas que cruzaban desde Estados Unidos en fuga de la esclavización como una barrera frente a una posible invasión del país vecino. La lógica subyacente era que, ante la elección entre libertad y esclavización, estas personas protegerían su libertad en México y ayudarían al Gobierno porque sus vidas estaban de por medio (Schwartz 1974). Este antecedente sentó las bases para la entrada de las y los negros mascogos / black seminoles a México.

El secretario de Guerra, Mariano Arista, reportó en 1851 que México había admitido a las y los negros mascogos / black seminoles para su asentamiento en una tierra difícil de poblar por la inestabilidad de la región, es decir, por las guerras con los lipanes, comanches, caiguas y mescaleros, y por el riesgo de invasión de Estados Unidos tras la pérdida de los territorios del norte. De acuerdo con Arista, la región requería de gente acostumbrada a vivir con recursos limitados, falta de comodidades e inseguridad; las y los negros mascogos / black seminoles tenían habilidades para el trabajo agrícola y estaban habituados a pelear para defender sus vidas, a sus familias y su tierra (Secretaría de Guerra y Marina 1851, 17-19). La racialización del trabajo a través de la articulación de supuestas características negras con trabajos “naturales” para ellos como el agrícola, el uso de su subalternidad para argumentar que serían leales a México frente a la posibilidad de esclavización en Estados Unidos y el énfasis en sus habilidades de guerra por su historia de resistencia como población negra permitieron a las autoridades justificar la entrada de población no-blanca precisamente en el momento de blanqueamiento de la nación. Aunque no era la población más deseada, se podría admitir a los negros siempre y cuando no fueran demasiados y se asentaran en áreas no pobladas por blancos para no poner en riesgo la composición racial de la nación.

En la década de 1860 las autoridades estadounidenses propusieron el retorno de las y los negros mascogos / black seminoles como parte de una política de reubicación de grupos indios. Después de la guerra de Secesión el ejército en la frontera peleaba contra lipanes, comanches, caiguas y mescaleros. Sin embargo, tenían

dificultades para rastrearlos y ubicar sus campamentos, por lo que buscaron la incorporación de exploradores y los hombres negros mascogos / black seminole parecieron una buena opción por sus experiencias de resistencia y su habilidad de esconderse en terrenos de difícil acceso (Porter 1971). Algunos negros mascogos / black seminole optaron por regresar a Estados Unidos en 1870 y fueron alistados en Texas con el nombre *seminole negro indian scouts*, una clasificación cuidadosamente diseñada para el reclutamiento. Como sucedió antes con el Gobierno mexicano, el estadounidense tuvo que proveerse de justificaciones raciales para incorporar a los negros mascogos / black seminole en sus fuerzas militares.

En 1866 el Congreso de Estados Unidos aprobó una ley que autorizaba al ejército para reclutar mil indios como exploradores. Aunque existían escuadrones militares negros, no había provisiones para alistar a negros como exploradores. Cuando el capitán Frank Perry recibió a los negros mascogos / black seminole se llevó la sorpresa de que los indios que esperaba “resultaron ser negros” (citado en Wittich 2020, 22). Perry tuvo que hacer ajustes: los negros mascogos / black seminole fueron clasificados como indios para poder cumplir con los requisitos de las tropas exploradoras. Desde entonces, en las comunicaciones oficiales del ejército aparecieron como indios y en algunas ocasiones como indios negros. Lo que los convertía en indios era su habilidad para rastrear, cazar y pelear, considerada necesaria para los exploradores. La indianidad en el Estados Unidos posterior a la guerra civil les permitió convertirse en soldados honorables y conmemorados; sin embargo, lo que los mantuvo como negros en la práctica fue la segregación de los espacios de vivienda y actividades cotidianas definidas como exclusivamente blancas.

Lo que podemos observar en las relaciones de las y los negros mascogos / black seminole con México y Estados Unidos en el siglo XIX es que las autoridades hicieron uso estratégico de la racialización para acomodar sus necesidades. Debido a que los archivos se construyen desde los espacios de poder, es difícil saber cómo se racializaba a las y los negros mascogos / black seminole en el siglo XIX, pero sí podemos saber qué categorías han permanecido en la actualidad, en este caso la de *negro* para México y la de *indio* para Estados Unidos. A partir de ello, podemos pensar que las y los negros mascogos / black seminole se recargaron en la permeabilidad racial de la zona fronteriza y adaptaron su racialización como indios o negros para mejorar sus condiciones de vida. Sin embargo, la racialización estratégica, tanto por parte del Estado como de los propios negros mascogos / black seminole, no es el único componente; también se estaban creando subjetividades. Los procesos de racialización del siglo XIX son algunos de los componentes que explican las identificaciones actuales: quienes se quedaron en México

siguieron enfatizando su negridad, mientras que quienes se quedaron en Estados Unidos privilegiaron su indianidad.

## Siglos XX y XXI

Otros factores han influido en la racialización de las y los negros mascogos / black seminoles. En el Estados Unidos posterior a la guerra de Secesión terminó la esclavización de personas, pero inició la segregación racial y en 1919 la violencia hacia personas negras escaló en todo el país, en gran medida para reprimir los esfuerzos de la población negra para formar sindicatos y otro tipo de organizaciones de resistencia. En estos contextos de violencia física, simbólica e institucional, la negridad era un eminente riesgo y muchas personas negras mascogas / black seminoles se distanciaron de esta racialización. Sin duda la indianidad también era una forma de racialización subalternizada, pero, como argumenta Laura L. Lovett (2002) para el caso de los cherokee, la apropiación de la indianidad en vez de la negridad se convirtió en un intento de disminuir los efectos de la discriminación racial, algo que se veía en las narrativas familiares que romantizaban el aboleo indio. Sin embargo, hay que tomar estas afirmaciones con cautela, pues si bien la racialización desde abajo es un proceso empoderador y de resistencia, el color sigue importando y, por más que las personas y grupos tengan consciencia de sí mismas como indias, es posible que desde fuera se las siga viendo y tratando como negras si sus rasgos fenotípicos así lo indican; es decir, personas con piel más clara tienen más posibilidades de *pasar* como no-negras.

En el Brackettville de la actualidad las personas son conocidas como seminoles, sin el marcador racial de negridad, e incluso una de sus festividades principales carece del mismo marcador: Seminole Days. Lo que esto significa es que el nombre del grupo y sus implicaciones raciales están en contienda. Como observé en varias ocasiones durante mi trabajo de campo, algunas personas se incomodan con las palabras *black* y *negro* y esto ha generado tensiones. En una reunión de Sisca (Seminole Indian Scouts Cemetery Association), la asociación civil a través de la cual las y los negros mascogos / black seminoles de Brackettville organizan sus actividades, las y los miembros de la asociación debatieron largamente sobre si dejar o eliminar el marcador racial de unas camisetas y cachuchas que venderían para recaudar fondos. Los argumentos de quienes estaban en contra del uso de marcadores raciales eran dos. Por un lado, la palabra *negro* los remitía al racismo del siglo XIX y la consideraban ofensiva, pero, por el otro lado, argumentaban que eran indios y no había necesidad de enfatizar la negridad. Quienes defendían el

uso de las palabras *black* y *negro* —personas más jóvenes— también desarrollaron dos argumentos. El primero era que, pese a sus connotaciones racistas, la palabra *negro* era parte del nombre oficial con que se los había registrado en el ejército de Texas en el siglo XIX, *seminole negro indian scouts*, y había que ser fieles a esa historia. El segundo era un argumento más político que proponía la palabra *black* como una forma de reivindicar su historia y sus luchas de resistencia, sobre todo en un entorno notablemente blanco y racista como el de Brackettville. Debates similares surgieron en torno al nombre en la página de Internet de Sisca, a la que finalmente se le quitó el marcador de negridad.

La formación racial mexicana del siglo XX fue muy distinta a la de Estados Unidos. Posteriormente al blanqueamiento del siglo XIX, el mestizaje se convirtió en el proyecto del Estado posrevolucionario. El mestizaje forjaba la idea de una “raza mexicana” que definía al sujeto nacional como la mezcla de las mejores cualidades de indios y europeos, excluyendo a las poblaciones negras. Si bien en el siglo XIX se había logrado negociar la entrada de poblaciones negras a México, para 1924 se prohibió este tipo de migración con el argumento de que así se evitaría la degeneración racial (Saade Granados 2009). Considerando el borramiento discursivo de la negridad que ha llevado a la idea de que no hay negros en México y los que hay son extranjeros, es preciso preguntarse por qué las y los negros mascogos / black seminole han sostenido su racialización como negros en vez de privilegiar la indianidad, que en el México posrevolucionario e indigenista probablemente les hubiese dado mayores beneficios.

¿Por qué, como indicaba Robert, las y los negros mascogos / black seminole habían perdido sus costumbres indias? La respuesta simple es que se han mexicanizado, principalmente por haberse constituido como un grupo exogámico y tener prácticas matrimoniales con personas racializadas como mestizas. Eso explica la pérdida de indianidad y la transformación de algunos rasgos fenotípicos, pero no la retención de la negridad. Para entender este segundo aspecto hay que analizar las relaciones de propiedad y tenencia de la tierra.

Cuando las y los negros mascogos / black seminole negociaron su entrada a México, aceptaron ser soldados guarda-fronteras a cambio de ciudadanía y tierra. Tras múltiples tensiones y negociaciones, el Gobierno mexicano les otorgó la tierra de El Nacimiento de los Negros. Tanto en los documentos de negociación de entrada a México como en los de ratificación de derechos de tierra, se especifica que las y los negros mascogos / black seminole eran una colonia militar, una figura legal que los dotaba de derechos colectivos sobre la tierra y cierta autonomía en su organización política y social. Ejemplos de colonias militares en el norte de México

hay varios, como el ejido Namiquilpa en Chihuahua estudiado por Ana María Alonso (1995) y Daniel Nugent (1993), pero El Nacimiento de los Negros fue la única colonia militar poblada por gente racializada como negra. Desde la perspectiva de las y los negros mascogos / black seminole, esa no es una tierra otorgada por un Estado benévolo, sino que la “ganaron con sangre” por haber servido al ejército en la lucha contra los lipanes, comanches, caiguas y mescaleros en el siglo XIX.

En muchos sitios de América Latina los matrimonios exogámicos y la residencia patrilocal favorecen la herencia patrilínea y el control de la tierra por parte de los hombres, y El Nacimiento de los Negros no es la excepción. Sin embargo, en este caso se suma una clara demarcación entre las personas que se consideran negras y las que son *mexicanas*, término usado localmente para referirse a las personas mestizas, sobre todo mujeres, que han contraído matrimonio con algún negro mascogo / black seminole. En la lógica de las y los negros mascogos / black seminole, la tierra es de los negros y solo ellos tienen derechos sobre esta. En el marco de la neoliberalización del campo y tras la contrarreforma agraria de 1992, la tierra de las y los negros mascogos / black seminole se vio amenazada por la transformación de colonia a ejido y la consecuente posibilidad de privatización. La negritud se ha convertido en herramienta de defensa para retener los derechos de propiedad colectiva y autonomía ganados en el siglo XIX como colonia militar negra.

Un segundo factor es el de la migración a Estados Unidos. En la década de 1930 el estado de Coahuila inició un proceso de regionalización de la producción que se fortaleció en 1950 con el modelo económico nacional de sustitución de importaciones. El incremento de producción nacional requirió del aumento de mano de obra y de infraestructura para conectar regiones, de manera tal que localidades hasta entonces aisladas se integraron más a la economía nacional y muchos campesinos migraron del campo a la ciudad para ser proletarizados. Las minas y fundidoras, así como la migración a Estados Unidos, se convirtieron en alternativas económicas para las poblaciones fronterizas, especialmente en tiempos de sequía. Las migraciones intensificaron también los procesos de mestizaje y la mexicanización de las y los negros mascogos / black seminole, de forma tal que para 1965 solo la mitad de los adultos en El Nacimiento de los Negros se consideraban negros y para la década de 1990 menos personas reivindicaban su negritud (Madrid 2011). Sin embargo, a mediados de esa misma década unos misioneros de Estados Unidos visitaron El Nacimiento de los Negros y decidieron apoyar a las y los negros mascogos / black seminole para conseguir visas de diez años para Estados Unidos, algo muy necesario para ellos debido al endurecimiento de la frontera posterior a la firma del Tratado de Libre Comercio de América del Norte

entre México, Estados Unidos y Canadá en 1992. La visa pudo ser negociada para la “tribu mascogo”; para poder tener acceso a ella, las personas debían demostrar que realmente eran miembros de la comunidad, es decir, negros, a través de cartas emitidas por la autoridad de El Nacimiento de los Negros. La gente relata que el proceso se les salió de las manos porque personas que no se identificaban como negras de pronto querían serlo para obtener la visa; es decir, la posibilidad de cruzar la frontera en los años 1990, en conjunción con la contrarreforma agraria de 1992, desató un proceso de reivindicación de la negridad que persiste en la actualidad.

El giro multicultural tanto en México como en Estados Unidos a partir de la última década del siglo XX ha contribuido con las identificaciones de negridad en un lado de la frontera y de indianidad en el otro: las y los negros mascogos / black seminoles han suturado —tomando prestado el concepto de Stuart Hall (1996)— sus identificaciones raciales a los discursos y prácticas de reconocimiento jurídico y cultural por parte del Estado. Mientras que en Estados Unidos el reconocimiento de las “tribus” indias ofrece la posibilidad de adquisición de tierra comunal, beneficios correspondientes al Estado de bienestar como educación y salud e incluso el manejo de casinos, en México el movimiento por el reconocimiento de las poblaciones afrodescendientes se observa como una promesa que, aunque hasta ahora no se ha traducido más que en concesiones culturales, eventualmente dotará de beneficios simbólicos y materiales a las poblaciones negras<sup>7</sup>. En estos contextos, un grupo de black seminoles en Estados Unidos moviliza su indianidad para buscar el reconocimiento, mientras que algunas personas en El Nacimiento de los Negros empiezan a autonombrarse como afrodescendientes (en vez de negras, como es tradición) y a vincularse con las poblaciones negras de Oaxaca, Guerrero y Veracruz que han impulsado los movimientos por el reconocimiento.

## La afroindianidad como resistencia a la hegemonía racial

El proceso de racialización de las y los negros mascogos / black seminoles, a través del tiempo y las fronteras, permite complejizar nuestro entendimiento de la

7 En agosto de 2019 la Constitución mexicana fue modificada para anexar un apartado de reconocimiento jurídico a las poblaciones afrodescendientes y en 2020 por primera vez se las incluyó en un censo nacional.

construcción de categorías raciales para verlas más allá de las adscripciones fenotípicas y culturalistas. Al teorizar la negritud e indianidad como relaciones sociales, dejamos de pensarlas como características estáticas y develamos la forma en que se producen las clasificaciones a partir de relaciones de poder que articulan tanto intereses hegemónicos como subalternos. Dicho de otra manera, la indianidad y la negritud indican posiciones dinámicas en un sistema jerarquizado y racializado de poder.

Para el caso de la población transfronteriza de negros mascogos / black seminoles, propongo que estas relaciones sociales han obedecido a una lógica a la que Gregory Bateson *et al.* (1956) denominaron *double bind*, es decir, una doble atadura o un dilema. En sus discusiones sobre esquizofrenia, Bateson y sus colegas describían la experiencia de individuos que reciben mensajes opuestos y contradictorios que surgen de figuras de poder. Estos escenarios paradójicos usualmente funcionan como formas de control que llevan a las personas a efectuar acciones y tomar decisiones que nunca son del todo exitosas ya que pueden tener resultados positivos en un ámbito, pero negativos en el otro. Si llevamos el análisis de Bateson *et al.* (1956) a sujetos colectivos y a fenómenos sociales más amplios, podemos concluir que la racialización de las y los negros mascogos / black seminoles ha sido un constante dilema tanto para ellos como para las figuras de poder que los nombran. Al cruzar fronteras históricas y espaciales también cruzaron fronteras raciales. En el marco de una lógica discursiva, más no real, en el que la negritud y la indianidad son mutuamente excluyentes, las y los negros mascogos / black seminoles se han visto obligados a privilegiar una o la otra en determinadas circunstancias, con lo cual han logrado mejoras de vida a través de las racializaciones, pero han perdido rasgos de su experiencia histórica al desdibujar el énfasis en la afroindianidad. Cuando Robert dice que en El Nacimiento se han perdido las formas indias, está apuntando a las decisiones imposibles que las y los negros mascogos / black seminoles han tenido que tomar, y a la forma en que esas decisiones que parecieran impuestas desde afuera y usadas estratégicamente desde adentro se internalizan y convierten en subjetividad.

Reconociendo el dilema, que para Bateson *et al.* (1956) es un laberinto sin salida, propongo que las y los negros mascogos / black seminoles están encontrando espacios de fuga. Por un lado, si bien su historia nos muestra la racialización desde arriba como forma de administración y capitalización de la diferencia, también observamos a una población que, entendiendo las violencias a las que se sujeta, ha logrado apropiarse de la racialización y movilizar sus posibilidades para la mejora de sus condiciones materiales de existencia. Vemos esto con el grupo de

negros mascogos / black seminole en Estados Unidos que se ha nombrado Absentee Seminole Tribe of Texas, ha constituido un gobierno tribal y busca su reconocimiento como tribu india en ese país. Se observa también en México donde, tras el reconocimiento jurídico de 2019, un grupo de mujeres, en diálogo con activistas del centro y sur del país, ha empezado a reivindicar su identidad afrodescendiente, incluso adoptando atuendos que remiten a su descendencia africana.

Por otro lado, migrantes como Robert hoy en día se rehúsan a la elección entre negridad o indianidad y reivindican su afroindianidad como una forma de resistencia al orden hegemónico racial. Esto es algo reciente, pero vemos estas articulaciones a través de familias y representantes de Sisca que cruzan constantemente la frontera y van tejiendo lazos cada vez más estrechos entre la población de Brackettville y la de El Nacimiento de los Negros. Con estas acciones refuerzan su identidad colectiva transfronteriza — rechazando las divisiones impuestas por los Estados nación y sus fronteras— y con ello adoptan tanto la indianidad estadounidense como la negridad mexicana. La afroindianidad quedó plasmada por medio de una piedra que tradicionalmente marcaba la entrada a El Nacimiento de los Negros con la leyenda “El Nacimiento Tribu Negros Mascogos”. Durante mi estancia de campo, un miembro de la familia migrante que más ha trabajado para la unidad transfronteriza se llevó la piedra y cambió la leyenda por “El Nacimiento Tribu Negros Mascogos & Seminol’s”. Este acto me parece significativo porque, cuando conocí a la persona que lo hizo, en varias ocasiones me dijo que las y los negros mascogos de México no eran indios ni seminole; sin embargo, después de que sus hijos se involucraron en las actividades de Sisca en Brackettville, donde se enfatiza la identidad india seminole, fue adaptando su discurso hasta que se apropió de la afroindianidad y esto fue lo que plasmó en la piedra. Pero estas dinámicas de cambio no se quedan en procesos simbólicos o relaciones familiares, ya que buscan también el trabajo colectivo para responder a problemas materiales que van desde infraestructura hasta dinámicas migratorias. Además de la importancia simbólica y material de narrar la historia en sus propios términos y sin negar sus propias identificaciones, la afroindianidad empieza a convertirse en herramienta para demandar a los dos Estados nación a los que pertenecen que se hagan reparaciones por la violencia ejercida hacia ellos como indios y negros transfronterizos. Desde esta perspectiva, la racialización desde abajo se convierte en una lucha por la justicia racial.

En este trabajo he mostrado los procesos de racialización de las y los negros mascogos / black seminole desde una perspectiva antropológica e histórica. He argumentado que las y los miembros de esta población se han visto en la



necesidad de negociar su indianidad y negridad en articulación con dos Estados nación debido a sus circunstancias históricas y a la percibida imposibilidad de ser indios y negros al mismo tiempo, una idea que perpetúa las estructuras coloniales de poder que buscaban mantener a las poblaciones subordinadas separadas para evitar su organización y resistencia. He planteado que observar los procesos de racialización desde arriba y desde abajo en un entorno transfronterizo nos permite complejizar las discusiones alrededor de la racialización y el racismo para pensarlos en forma procesual, relacional y coyuntural. Comprender que las identidades raciales no son estáticas ni independientes de proyectos raciales que emergen de Estados nación y dinámicas globales nos obliga a preguntarnos continuamente sobre los mecanismos de clasificación que derivan en racismo.

He propuesto pensar en el reclamo de afroindianidad de las y los negros mascos / black seminole como un rechazo a la hegemonía racial que históricamente los ha obligado a elegir entre una y otra forma de racialización; sin embargo, esta es una autoadscripción reciente y es pronto para conocer sus implicaciones. Queda la tarea de investigar y analizar las intersecciones entre la indianidad y la negridad con mayor profundidad para preguntarnos sobre los mecanismos específicos de racismo que afectan a poblaciones afroindias en Estados Unidos, México y el resto de América Latina, y sobre las posibilidades de empoderamiento que podría ofrecer esta racialización desde abajo en el contexto de las luchas antirracistas.

## Referencias

- Alonso, Ana María.** 1995. *Thread of blood: colonialism, revolution, and gender on Mexico's northern frontier*. Tucson: University of Arizona Press.
- Appelbaum, Nancy P., Anne S. Macpherson y Karin Alejandra Roseblatt.** 2003. "Introduction. Racial nations". En *Race and nation in modern Latin America*, editado por Nancy P. Appelbaum, Anne S. Macpherson y Karin Alejandra Roseblatt, 1-31. Chapel Hill: University of North Carolina Press.
- Barot, Rohit y John Bird.** 2001. "Racialization: the genealogy and critique of a concept". *Ethnic and Racial Studies* 24 (4): 601-618. <https://doi.org/10.1080/01419870120049806>
- Bateson, Gregory, Don D. Jackson, Jay Haley y John Weakland.** 1956. "Toward a theory of schizophrenia". *Behavioral Science* 1 (4): 251-264. <https://doi.org/10.1002/bs.3830010402>
- Cadena, Marisol de la.** 2005. "Are mestizos hybrids? The conceptual politics of Andean identities". *Journal of Latin American Studies* 37 (2): 259-284. <https://www.jstor.org/stable/3875686>

- , ed. 2007. Introducción a *Formaciones de indianidad. Articulaciones raciales, mestizaje y nación en América Latina*, editado por Marisol de la Cadena, 7-34. Bogotá: Envión Editores.
- Du Bois, William Edward Burghardt.** 1995. *The souls of black folk*. 100th anniversary edition. Signet Classic. Nueva York: Penguin Publishing Group.
- Foucault, Michel.** 1988. “El sujeto y el poder”. *Revista Mexicana de Sociología* 50 (3): 3-20. <https://doi.org/10.2307/3540551>
- Fraser, Nancy.** 2000. “¿De la redistribución al reconocimiento? Dilemas de la justicia en la era ‘postsocialista’”. En *¿Redistribución o reconocimiento? Un debate entre marxismo y feminismo*, por Judith Butler y Nancy Fraser, 23-66. Madrid: New Left Review; Traficantes de Sueños.
- “**El gobierno y la civilización. —Una medida antinacional y antipolítica**”. 1850. *El Universal*, 19 de noviembre de 1850. Hemeroteca Nacional Digital de México, Universidad Nacional Autónoma de México. <http://www.hndm.unam.mx/consulta/publicacion/visualizar/558075bf7d1e63c9fea1a477?intPagina=1&tipo=publicacion&anio=1850&mes=11&dia=19>
- Hall, Stuart.** 1996. “Introduction. Who needs ‘identity?’”. En *Questions of cultural identity*, editado por Stuart Hall y Paul Du Gay, 1-17. Londres: Sage.
- Hancock, Ian.** 2006. “Texas Gullah. The language of the Black Seminoles of Brackettville, Texas”. Manuscrito inédito.
- Kelley, Sean.** 2004. “‘Mexico in his head’: slavery and the Texas-Mexico border, 1810-1860”. *Journal of Social History* 37 (3): 709-723. <https://doi.org/10.1353/jsh.2004.0010>
- Knight, Alan.** 1990. “Racism, revolution, and indigenismo: Mexico, 1910-1940”. En *The idea of race in Latin America, 1870-1940*, editado por Richard Graham, 71-114. Critical Reflections on Latin America Series. Austin: University of Texas Press.
- Lovett, Laura L.** 2002. “‘African and Cherokee by choice’: race and resistance under legalized segregation”. En *Confounding the color line: the Indian-black experience in North America*, editado por James F. Brooks, 192-222. Lincoln: University of Nebraska Press.
- Lugones, María.** 2008. “Colonialidad y género”. *Tabula Rasa* 9: 73-101. <https://revistas.unicolmayor.edu.co/index.php/tabularasa/article/view/1501>
- Madrid, Alejandro L.** 2011. “Transnational identity, the singing of spirituals, and the performance of blackness among Mascogos”. En *Transnational encounters: music and performance at the U.S.-Mexico border*, editado por Alejandro L. Madrid, 171-190. Nueva York: Oxford University Press.
- Miles, Robert.** 1982. *Racism and migrant labour*. Londres: Routledge & Kegan Paul.
- Mullings, Leith.** 2004. “Race and globalization”. *Souls* 6 (2): 1-9. <https://doi.org/10.1080/10999940490506979>

- Mulroy, Kevin.** 1993. *Freedom on the border: the Seminole maroons in Florida, the Indian territory, Coahuila, and Texas*. Lubbock: Texas Tech University Press.
- . 2007. *The Seminole freedmen: a history*. Norman: University of Oklahoma Press.
- Nugent, Daniel.** 1993. *Spent cartridges of revolution: an anthropological history of Nami-quipa, Chihuahua*. Chicago: University of Chicago Press.
- Porter, Kenneth W.** 1951. "The Seminole in Mexico, 1850-1861". *The Hispanic American Historical Review* 31 (1): 1-36. <https://doi.org/10.2307/2509130>
- . 1971. *The negro on the American frontier. The American negro, his history and literature*. Nueva York: Arno Press.
- Quijano, Aníbal.** 2000. "Colonialidad del poder, eurocentrismo y América Latina". En *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas latinoamericanas*, editado por Edgardo Lander, 201-246. Buenos Aires: Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales.
- Restrepo, Eduardo.** 2013. *Etnización de la negritud: la invención de las "comunidades negras" como grupo étnico en Colombia*. Popayán: Universidad del Cauca.
- Restrepo, Eduardo y Julio Arias.** 2012. "Historizando raza". En *Intervenciones en teoría cultural*, por Eduardo Restrepo, 153-173. Popayán: Universidad del Cauca.
- Saade Granados, Marta.** 2009. "Una raza prohibida: afroestadounidenses en México". En *Nación y extranjería: la exclusión racial en las políticas migratorias de Argentina, Brasil, Cuba y México*, editado por Pablo Yankelevich, 231-276. La Pluralidad Cultural en México 20. Ciudad de México: Universidad Nacional Autónoma de México.
- Schwartz, Rosalie.** 1974. *Across the Rio to freedom: U.S. negroes in Mexico*. Southwestern Studies 44. El Paso: Texas Western Press; University of Texas at El Paso.
- Secretaría de Guerra y Marina.** 1851. *Memoria del secretario de Estado y del Despacho de Guerra y Marina leída en la Cámara de Diputados el 3, y en la de Senadores el 4 de enero de 1851*. Ciudad de México: Imprenta de V. Torres.
- Smith, Andrea.** 2012. "Indigeneity, settler colonialism, white supremacy". En *Racial formation in the twenty-first century*, editado por Daniel Martinez HoSang, Oneka LaBennett y Laura Pulido, 66-90. Berkeley: University of California Press.
- Wade, Peter.** 2010. *Race and ethnicity in Latin America*. 2.ª ed. Anthropology, Culture and Society. Londres: Pluto Press.
- Wittich, Katarina.** 2020. "Origins of the seminole negro indian scouts". Seminole Negro Indian Scouts Historical Society. Manuscrito inédito.
- Wolfe, Patrick.** 2011. "Race and the trace of history: for Henry Reynolds". En *Studies in settler colonialism: politics, identity and culture*, editado por Fiona Bateman y Lionel Pilkington, 272-296. Nueva York: Palgrave Macmillan.

# ¿Campesinos? “Hoy somos quien somos por la resistencia que nos hemos dado”. Formación de identificaciones al calor de una lucha opositora en María la Baja, Colombia, 2014-2020<sup>1</sup>

*Peasants? “We are who we are today because of the resistance we undertook.” Identification formation as part of a struggle of opposition in María la Baja, Colombia, 2014-2020*

<https://doi.org/10.22380/2539472X.1987>

Recibido: 28 de enero de 2021 • Aprobado: 31 de enero de 2022

## **Natalia Estefanía Ávila González**

El Colegio de Michoacán, México

neavilag@unal.edu.co • <http://orcid.org/0000-0001-8375-7815>

## **Sergio Zendejas Romero**

El Colegio de Michoacán, México

szendeja@hotmail.com • <https://orcid.org/0000-0002-3153-9733>

## **Resumen**

Esta etnografía se centra en la lucha de unos cultivadores de María la Baja para defender sus formas de vida contra la expansión agroindustrial de la palma aceitera y propone un enfoque sobre la formación de reivindicaciones autoidentificadoras campesinas en situaciones conflictivas. Analizamos la contenciosa formación de los aspectos compartidos y los no compartidos de dichas reivindicaciones como parte de su lucha, como expresión y punto de apoyo discursivo de sus prácticas opositoras y organizadoras de alternativas mediante una ONG. En lugar de suponerlos cohesionados a partir de una identidad esencial, preexistente a la acción colectiva y garante de esta, estudiamos sus intentos por acotar sus desacuerdos reivindicativos, y por promover y estabilizar lo compartido a fin de fortalecer la organización de su lucha.

**Palabras clave:** campesinos, identificaciones, reivindicaciones identificadoras, efectos de discursos, Colombia.

1 Agradecemos los comentarios de Paula López Caballero y Brenda Guevara Sánchez, de dos revisores anónimos y del editor.

## Abstract

This ethnography focuses on the struggle of certain cultivators from María la Baja to defend their ways of life against the agro-industrial expansion of oil palm monoculture, and proposes an approach centred on the formation of self-identifying “peasant” claims in conflict-ridden situations. We analyse the contentious formation of both shared and dissenting aspects of such self-identifying claims as part of their fight, as discursive expressions and pillars of their organising practices intended to forge, through an NGO, alternative and opposing responses. Instead of assuming a cohesive group based on an essential, pre-existing identity that ensures collective action, we study how those cultivators tried to diminish disagreements as well as foster and stabilise the shared aspects of such claims in order to strengthen the organisation of their fight.

**Keywords:** peasants, identifications, identification claims, discourse effects, Colombia.

## Introducción

En 2017-2020 investigamos sobre la importancia que para unos cultivadores y vecinos aliados suyos de María la Baja, Bolívar, y de municipios aledaños tuvo el identificarse a sí mismos como campesinos al calor de su lucha para oponerse y crear alternativas al monocultivo de la palma aceitera. Según argumentaron en 2014 y 2018, la expansión agroindustrial desde fines del siglo XX de ese cultivo no comestible amenazaba sus formas de vida campesina<sup>2</sup>. Esgrimieron que la expansión del cultivo de la palma implicaba un creciente predominio sobre el territorio por parte de un poderoso grupo empresarial que, con apoyos gubernamentales, controlaba la cadena agroindustrial y atentaba contra sus cultivos y acceso a tierra y agua en esa zona de fértiles planicies bajas, próximas a la costa del Caribe colombiano.

Nos enfocamos en las condiciones de lucha y en los términos en que esos marialabajenses se expresaron, en sus propias palabras, sobre lo que reivindicaban ser, campesinos, y sobre la imperiosa necesidad de defender lo que reclamaban como características cardinales y pilares imprescindibles de sus formas de vida; imprescindibles para seguir siendo campesinos, generación tras generación.

.....

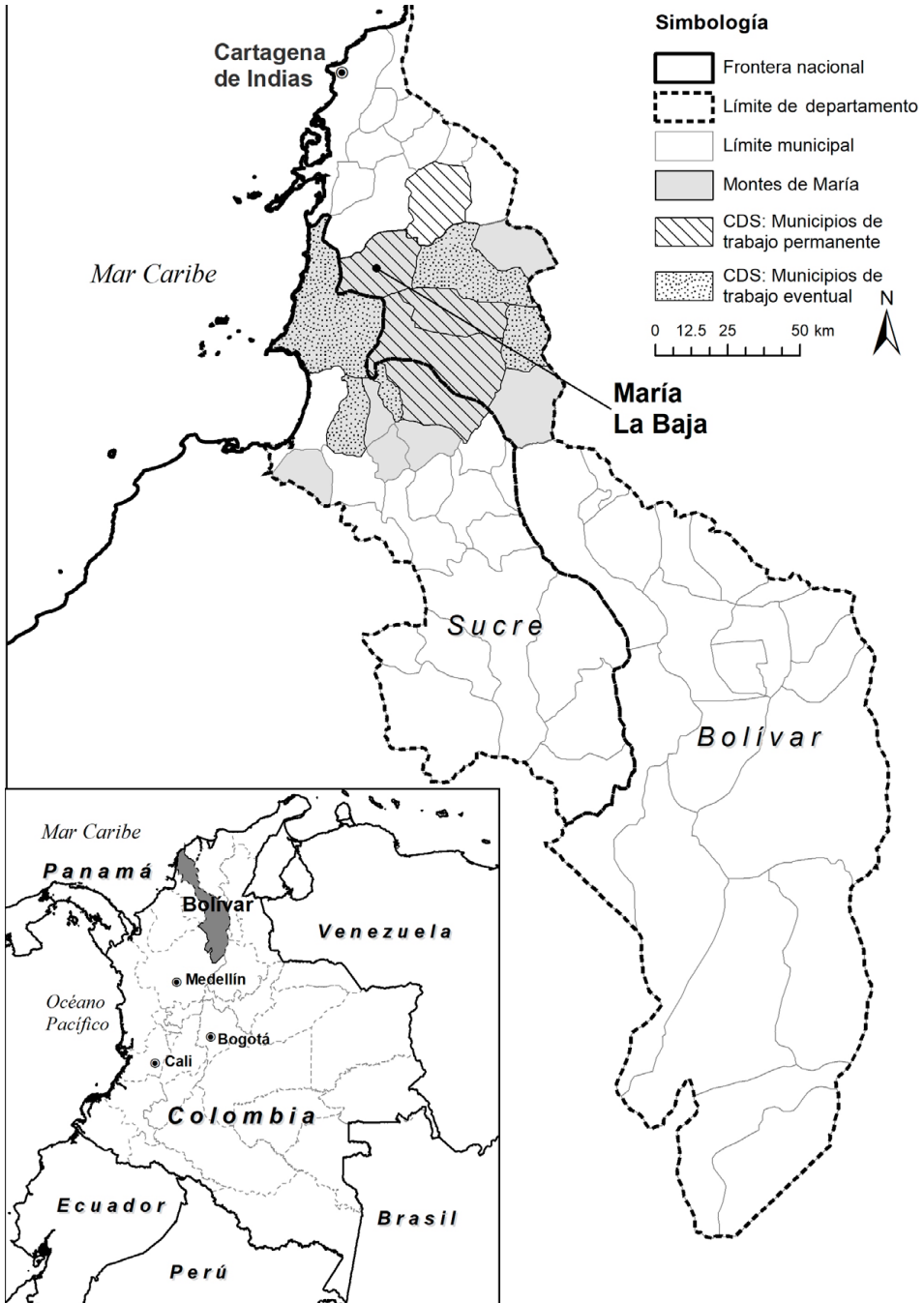
2 Las palabras *campesino* y *comunidad*, y sus derivados y combinaciones, como en *comunidad campesina*, son categorías sociales comunes en textos y videos que los habitantes de la región produjeron mediante una ONG, y en sus discusiones durante el trabajo de campo que Natalia realizó en esos años, primero para su pregrado y después, con asesoría de Sergio, para su tesis de maestría. Las localidades y circunscripciones administrativas referidas están en el municipio de María la Baja, salvo aclaración.

Al respecto, pusieron énfasis en asegurar su acceso —de por sí precario— a tierra y agua para producir alimentos para sí y para muchos otros colombianos, en organizarse para controlar el territorio y sus procesos productivos, y en la importancia de transmitir a sus nuevas generaciones dicho control y acceso, así como sus semillas y conocimientos agrícolas. En esas condiciones de antagonismo proclamaban su autoidentificación colectiva mediante la categoría social *campesinos*, a la que le daban contenido y usos reivindicativos mediante argumentos y otras prácticas en defensa de dichas características de sus formas de vida. Son dos aspectos clave de lo que denominamos sus reivindicaciones autoidentificadorias campesinas o, más brevemente, sus reivindicaciones campesinas.

Realizaron dichos pronunciamientos lo mismo en reuniones familiares que durante descansos al lado de sus parcelas, o en reuniones y movilizaciones organizadas en torno a una ONG procampesina de raigambre regional, la Corporación Desarrollo Solidario (CDS), en cuya sede rural sus líderes participaban como delegados, junto con técnicos asentados en la zona. Para su lucha y sus reivindicaciones campesinas, resaltó la importancia de esa ONG, fundada a principios de la década de los noventa como defensa contra la creciente violencia armada anticampesina en los Montes de María, antes del recrudecimiento que se dio con la llegada de grupos paramilitares a fines de esa misma década.

Mediante la CDS realizaron talleres formativos y reuniones para preparar sus marchas, tomas de canales de riego y otras formas de movilización; también se coordinaron con organizaciones aliadas para difundir sus reivindicaciones y movilizaciones masivamente por Internet. En ese espacio de reunión y capacitación colectivas confluían múltiples apoyos e influencias, incluidos distintos discursos procampesinos: de los técnicos de la ONG, de líderes campesinos marialabajenses y de comunidades campesinas de municipios vecinos (figura 1), de organismos regionales para la reparación de daños a víctimas de la violencia armada, de ONG colombianas, de agrupaciones agrarias campesinas, de coaliciones internacionales de muy diversas entidades (incluidas ONG europeas y agencias de Naciones Unidas), de investigadores de varias universidades colombianas, de amplias coaliciones de organizaciones colombianas para negociar agendas procampesinas con el Gobierno central, entre otros<sup>3</sup>.

3 Por ejemplo, la Organización de Poblaciones Desplazadas, Étnicas y Campesinas (OPDS) Montes de María; la ONG Plantea Paz; la Asociación Nacional de Usuarios Campesinos (ANUC); la Asociación Nacional de Zonas de Reserva Campesinas; la International Land Coalition; las universidades de Cartagena, Nacional, Javeriana y otras; la Hanns Seidel Stiftung; la Brot für die Welt; la Cumbre Agraria de 2014, etc.



**Figura 1.** Mapa de los municipios de origen de participantes en la CDS\*

Fuente: diseño de Natalia Ávila y Sergio Zendejas. Realización de Marco A. Hernández.

\* En su mayoría, son municipios de los Montes de María, región referida en las reivindicaciones campesinas.

En esos discursos y otras prácticas organizativas destacaron reclamos y propuestas de reconocimiento —y respeto a los derechos— de amplias agrupaciones rurales colombianas como sujeto social específico, no solo económico, sino también político-cultural: los campesinos. Sí, campesinos; no pequeños productores ni agricultores familiares —según identificaciones economicistas promovidas desde el Gobierno y otros ámbitos— (Herrera-Jaramillo *et al.* 2016, 174-175). Campesinos en un país donde, en nombre del desarrollo y la superación de la pobreza y la violencia, amplios sectores de la población han privilegiado impulsar el capitalismo y políticas gubernamentales neoliberales, frenado intentos de reparto agrario, apoyado o solapado violencia armada; procesos que, desde antes de la fundación de la CDS, han atentado contra varias reivindicaciones campesinas —“indígenas” y “afrodescendientes”— de participación política y justicia reparadora, de acceso a tierra y mercados, de respeto a distintas formas de producción agrícola, de vida y de territorialidad rural (Aponte Otálvaro y Mendoza Romero 2014; Henao Tapasco 2015, 85-96; Herrera-Jaramillo *et al.* 2016, 174-175; MIC *et al.* 2018)<sup>4</sup>.

Por tanto, la contenciosa relevancia social de la categoría *campesino*, también usada por los marialabajenses, no ha dependido solo de estos ni de su lucha contra la expansión de la palma. No mencionaron algunos de esos otros procesos, o solo de pasada, *posiblemente* porque no les parecieron tan estratégicos para sus reivindicaciones esgrimidas contra esos agroindustriales y sus aliados en los momentos y eventos que nosotros pudimos estudiar<sup>5</sup>.

Entonces ponemos énfasis en la importancia que, para su lucha colectiva, tuvo la manera en que hicieron suya la categoría *campesino*, en cómo la usaron para expresar sus reivindicaciones sobre las características indispensables de sus formas de vida; en cómo arguyeron esas reivindicaciones en sus propias palabras, pero respecto de dichos discursos sobre campesinos colombianos, esgrimidos desde mediados del siglo XX o antes, en lugar de recurrir a un concepto para definir cómo son, presuntamente, en lo esencial.

4 Las comillas indican categorías sociales referidas, sobre todo de manera oral, por algunos de los campesinos que hicieron parte del estudio.

5 Con menos énfasis, mencionaron otros procesos con carices regionales: entre 1968 y 1998, el impulso al arroz y las crisis de este, así como la construcción y gestión social del distrito de riego de María la Baja y su posterior concesión a usuarios privados (Ávila 2019; MIC *et al.* 2018), lo que, junto con cambios en políticas gubernamentales y endeudamiento de pequeños cultivadores, contribuyó a recrear un añejo acceso muy desigual a la tierra y al agua, y a transformar la diversidad productiva campesina, principalmente en tierras bajas de los Montes de María (Henao Tapasco 2015; Quiroga y Vallejo 2016), desde antes de la escalada del conflicto armado en el cambio de siglo hacia el XXI.



Con este análisis nos hacemos eco de contribuciones recientes que, además de investigar críticamente sobre narrativas acuñadas por burocracias gubernamentales, empresarios y “otros” más en torno a los campesinos y/o de instar a que estudiemos cómo se identifican a sí mismos los grupos rurales (Acevedo y Yie 2016; Devine, Ojeda y Maite 2020; García y Ojeda 2018; Robledo 2017, etc.), han analizado discursos producidos en condiciones específicas por los mismos autoidentificados campesinos, incluidas sus narrativas sobre su “historia” (Yie 2015, 2018).

## Sobre la especificidad de nuestro análisis

Llamó nuestra atención que, dentro y fuera de sus reuniones organizativas en la CDS, esos marialabajenses expresaran tanto los acuerdos o aspectos compartidos de sus reivindicaciones autoidentificadorias campesinas como sus desacuerdos o aspectos disidentes; que, ante un desacuerdo que juzgaron importante, esgrimieran dudas sobre la solidaridad de unos de ellos con su lucha opositora; y que además reconocieran diferencias claras entre ellos, como por ejemplo que muchos no poseían tierra, incluidos numerosos jóvenes que, según argumentaron, tampoco tenían el mismo compromiso para dedicarse a trabajarla y cultivar sus alimentos. Es decir, la formación de su autoidentificación campesina era contenciosa también entre ellos, no solo respecto de sus adversarios, los impulsores de la agroindustria de la palma.

Esos marialabajenses *no* se suponían identificados de manera homogénea, todos por igual, con una identidad totalmente común que les asegurara una militancia solidaria para organizar su lucha opositora y traducirla en movilizaciones y propuestas generadoras de alternativas colectivas. Al contrario, argumentamos que parte de lo que estaba en juego era lograr esa adhesión solidaria y vincularla de manera estable con la forja de objetivos compartidos y movilizaciones colectivas. Ese era su reto y el nuestro, analizar sus intentos para conseguirlo al calor de su lucha.

Por tanto, confirmamos nuestra posición crítica de enfoques que suponen vínculos seguros y estables entre identidades o identificaciones (campesinas, indígenas o de otro tipo) y movilizaciones o luchas sociales; de enfoques que presumen *a priori* ese tipo de vínculos a partir de una identidad que, concebida como esencial o primordial, es motor y guía garante de adhesión y solidaridad, de organización y movilización de una colectividad —presuntamente preexistente a la lucha—, que es caracterizada y delimitada también por dicha identidad (Hall 2003; López Caballero

2021)<sup>6</sup>. Entonces nos apoyamos en propuestas críticas y alternativas, surgidas de enfoques sobre la producción nunca terminada de identificaciones sociales y de sus vínculos no seguros, sino inestables, con la adhesión (o militancia) solidaria y la acción social (Hall 2003; López Caballero 2021). Dicha adhesión solidaria —indispensable para movilizaciones concertadas— depende de procesos muy problemáticos, sujetos a cambios imprevistos y tensiones entre lealtades. La formación de las identificaciones sociales es contenciosa y perenne porque es parte de la producción relacional de un “nosotros”, en términos de reivindicaciones de diferencia, exclusión y jerarquía respecto de uno o varios “otros”, también en formación, en condiciones y situaciones socioespaciales e históricas específicas, nunca dadas o fijas, pues transformarlas o reproducirlas es parte de lo que está en disputa. Además, según estos enfoques, la lealtad o solidaridad de ciertas personas para con un “nosotros” depende de la formación de los aspectos que compartan y de los que no compartan de una autoidentificación colectiva, en situaciones y condiciones específicas, emergentes en lo social y lo individual<sup>7</sup>. Como la formación de los aspectos compartidos es parte de lo que está en juego, nunca asegurado, estos enfoques tampoco suponen la preexistencia de un grupo bien delimitado, con una membresía establecida, distintiva y solidariamente militante, como encarnación objetiva de una identidad social que le es esencial u original<sup>8</sup>.

- .....
- 6 Hall (2003) aborda esas críticas a enfoques esencialistas de distintos tipos de identidades sociales (campesinas, obreras u otras) en ciertos ámbitos internacionales de la sociología y la filosofía, la antropología, el feminismo y los estudios culturales, entre los años setenta y mediados de la década de los noventa. Allí, el autor hace un balance de enfoques alternativos sobre la construcción de identificaciones y sus vínculos inestables con la adhesión, la solidaridad y la acción social. Aunque López Caballero (2021) se centra en estudios sobre identidades indígenas en México, su orientación crítica coincide en general con Hall (2003) y además la precisa en términos de un análisis de discursos producidos en condiciones históricas específicas. También nos apoyamos en Comaroff y Comaroff (1992, 49-59), Gupta y Ferguson ([1992] 2008, 234-243) y Zendejas Romero (2018, 341-346).
  - 7 Esto se refiere a la formación —con posibles tensiones o problemas de coherencia— de aspectos subjetivos de las identificaciones (étnicas, de clase social, de género, de generación, etc.) que una persona asuma (no siempre pasivamente) en relación con otras, en situaciones y condiciones nunca fijas o dadas (Hall 2003, 16 y 20-37; López 2001). Aunque no desarrollamos estos aspectos —más cercanos a una antropología semiótica— introducimos, páginas adelante, una noción de *entramado de reivindicaciones de identificaciones y diferencias sociales* que considera esta complejidad en la formación de las identificaciones sociales.
  - 8 Nos basamos en un enfoque de antropología histórica sobre procesos de formación *mutua* de grupalidades sociales, de sus prácticas (incluidas las discursivas, como las reivindicaciones identificatorias) y de sus condiciones de vida, que permite hacer inteligibles a dichas grupalidades, prácticas y condiciones como socialmente producidas y productoras, influidas e influyentes (Zendejas Romero

Entonces, ante el reconocimiento por parte de los marialabajenses de desacuerdos y diferencias entre ellos mismos, y ante el carácter contencioso y emergente de su lucha frente a los impulsores de la agroindustria de la palma, ¿cómo lograron organizarse para producir sus movilizaciones opositoras y propuestas alternativas?

Para responder esta pregunta, analizamos los términos y las condiciones en que enfrentaron *la tensión* que implicó la contenciosa formación mutua de los aspectos compartidos y los disidentes de sus reivindicaciones campesinas como parte de su lucha; es decir, para diferenciarse de y organizarse para oponerse y generar alternativas a las iniciativas de los impulsores de dicha cadena agroindustrial: grandes empresarios y terratenientes, dirigentes gubernamentales y algunos vecinos, cultivadores-minifundistas de palma (Rendón 2016; Rendón, Oddone y Almaraz 2018).

Nos centramos en la importancia de sus prácticas discursivas (y otras organizativas) para *tratar* de producir una adhesión y una militancia solidarias y estables; para lograrlo, según argumentamos, mediante sus intentos por acotar sus desacuerdos, por utilizar positivamente ciertas diferencias entre ellos mismos (como las agrarias), por darles más peso a los aspectos compartidos de sus reivindicaciones campesinas y, en particular, por legitimar su oposición y sus propuestas alternativas a la cadena agroindustrial de la palma.

Destacó el protagonismo de líderes de las comunidades campesinas (delegados ante la CDS) y de los técnicos de la CDS mediante llamados a la “unidad” y discursos muy elaborados sobre “la existencia de una comunidad campesina” unida, con un origen histórico común, marcado por injustos agravios de los que dicha cadena agroindustrial se había beneficiado.

Además de la centralidad de la CDS, argumentamos que el carácter apremiante que esos marialabajenses le concedieron a su lucha opositora —respecto del carácter menos conflictivo de los desacuerdos entre ellos— facilitó que pusieran más énfasis en los aspectos compartidos de sus reivindicaciones campesinas. Dentro y fuera de la CDS, incluso en reuniones familiares o domésticas, otras y otros marialabajenses también participaron en los intentos por acotar sus desacuerdos y por usar positivamente las diferencias entre ellos mismos, lo que abordamos en la primera sección, junto con ciertas condiciones de trabajo de campo que influyeron en nuestros resultados. En la segunda analizamos los mencionados discursos cohesionadores y legitimadores de líderes campesinos y de técnicos de

.....  
2018, 326-352).

la CDS. En ambos apartados explicitamos aspectos clave de nuestro enfoque conforme analizamos fragmentos etnográficos. En las reflexiones finales regresamos sobre las especificidades de nuestra propuesta analítica y de nuestros resultados.

## Intentos por acotar desacuerdos y aprovechar diferencias

Que esos marialabajenses asociaran a Natalia con la CDS y con el grupo doméstico que la albergó —identificado y respetado como de campesinos— favoreció el trabajo de campo entre lugareños cercanos a la CDS y activos participantes en sus iniciativas. Además, propició unas relaciones de confianza que le permitieron presenciar y hasta participar en numerosas situaciones en las que, dentro y fuera de sus reuniones organizativas en la CDS, ellas y ellos discutieron sus acuerdos y desacuerdos sobre sus reivindicaciones campesinas<sup>9</sup>.

## Reivindicaciones sobre cultivo de alimentos y acceso a tierra

28 de abril de 2018: reunión hogareña, junto con uno de sus amigos, a la hora de la cena en casa de los Castro Tabares, grupo doméstico campesino que albergó a Natalia y con el que convivió durante toda su estancia en campo<sup>10</sup>. Los comentarios de Edilberto Castro, papá, sobre la crisis en Venezuela iniciaron una discusión sobre los subsidios gubernamentales a la gasolina que lo llevó a protestar: “¿Por qué subsidiar la gasolina y no a los campesinos? No todos necesitamos un carro, pero todos, ricos y pobres, necesitamos comer [...] Yo no necesito un carro, yo necesito que me subsidien mi ñame” (énfasis añadido). Su hijo Andrés —de veintitrés años, estudiante universitario en Cartagena y activo colaborador de los técnicos de la CDS— dijo estar de acuerdo con ese subsidio, que “el buen vivir tenía muchas aristas” y que su padre cambiaría de opinión si hubiese una carretera para ir al “monte”.

9 Esa convivencia cotidiana le permitió registrar y a menudo grabar y propiciar ciertas discusiones. Llegó inicialmente a la zona en 2014 mediante el Semillero de Investigación en Desarrollo Rural del Departamento de Sociología de la Universidad Nacional de Colombia y sus contactos con miembros de la CDS, con la que colaboró realizando unos talleres con y para campesinos del área.

10 Usamos seudónimos para respetar el anonimato de los interlocutores.

Con una risa estruendosa, don Edilberto exclamó: “¿Pa qué quiero tener una carretera y un carro para ir al monte, si no puedo vender mi plátano, mi yuca y mi ñame?”. Como Andrés mantuvo su posición, su hermano mayor, Omar —apoyado por su padre y un vecino amigo, Eric— dijo: “Papi es campesino, y el que quiera un carro que mire cómo lo mantiene, pero la comida la necesitamos todos”. Al final, Alejandra, su hermana, esbozó una risa desdeñosa y, dirigiéndose a Andrés, apuntó: “Amigo, ¿se te olvidó que eres campesino?”, a lo que Yamile, su madre, añadió: “¿No estabas en contra de la palma? Ahora, con eso parece que la apoyarás”. Tras un breve silencio, y dirigiéndose a Natalia con una mirada severa, Yamile continuó: “A nosotros, la palma nunca nos ha dado nada”.

La frase con que Andrés trató de justificar su polémica posición, “el buen vivir tiene muchas aristas”, constituía un ejemplo de intentos por permitir la coexistencia de acuerdos y desacuerdos entre estos reivindicados campesinos, aun entre familiares. Empero, los reproches de su hermana Alejandra y su madre dejaron en claro la importancia del estrecho vínculo que ellas y ellos establecían entre sus reivindicaciones y una abierta oposición a la palma. Por eso concebimos *sus argumentos* autoidentificatorios y sobre la defensa de sus formas de vida como *reivindicaciones*, es decir, como *tomas de posición esgrimidas en una situación contenciosa*.

Dicha controversia era parte de un espacio de discusión en formación al calor de su lucha opositora (Roseberry 2002), en el que quienes la asumían participaban en la contenciosa producción de sus reivindicaciones campesinas; un espacio no libre de jerarquías que, al apelar a dicha oposición, también les servía para tratar de acotar los desacuerdos aceptables entre ellos y así poner énfasis en los aspectos compartidos de sus reivindicaciones. Basamos el análisis de estos intentos en una noción de lenguaje y discursos específicos que los concibe como producidos socialmente, en condiciones específicas, y, a la vez, como productores de *posibles efectos sociales* sobre dichas condiciones (Zendejas Romero 2018, 256-274, 337-339 y 342-346).

El énfasis en aspectos compartidos de sus reivindicaciones campesinas fue más evidente en otras situaciones, en las que la oposición común a la palma sobresalía tanto que parecía ocluir o marginar la expresión de sus diferencias.

Noviembre de 2018: entrevista colectiva en casa de Nayeli Cortés, lideresa de la vereda La Suprema, corregimiento vecino de Matuya. Apoyada por Delia Flores, cuádragenaria y lideresa de la zona desde unos veinte años atrás, Natalia fue ahí para hacer unos talleres (y entrevistas) con campesinos, fuera de la sede de la CDS, espacio comúnmente usado para ello. Delia había contactado a Nayeli para

presentársela y para que extendiera la invitación a otros campesinos y campesinas, miembros, igual que ella, de una asociación agrario-agrícola adscrita a la CDS.

Al inicio de la discusión, el quincuagenario Leonardo Caballero intervino para reclamar que habían perdido el acceso a la tierra para producir alimentos: “Todas eran tierras de campesinos antes [...] [En] María la Baja [...] se sembraba arroz. [...] los campesinos, las campesinas salían [...] traían arroz y traían plátano”. Jaime Rodríguez, sexagenario y residente de la vereda, subrayó lo que consideraba la causa, la expansión de la palma: “La tierra de la palma ha quitado todo lo de antes, [de] donde uno podía vivir”.

Los reclamos de Leonardo y Jaime complementaron los que recién habían proferido dos mujeres de la misma organización. Sandra Morales, septuagenaria, había dicho irónicamente a Natalia: “Ahora estamos mejor porque uno agarra su corozo [fruto no comestible de la palma], lo cocina y lo echa en un plato y, ajá, lo que hay que comer es fruto de corozo”. Culminó con una risotada burlona que resonó como preámbulo al reclamo conclusivo de Yaneth Baquero, cuadragenaria desplazada del corregimiento de Mampuján y ahora residente en la misma vereda:

Así que antes uno tenía mejor vida porque, lo que es palma hoy en día, antes era arroz, era maíz, era yuca y uno sobrevivía de eso, pero ahora que todo es pura palma, lo redujeron a uno; si uno no siembra [sus propios alimentos], uno no come.

Así resaltaron que la expansión de plantaciones de palma amenazaba sus formas de vida, especialmente su acceso a tierra para producir alimentos para sí y también para otros: “Colombia, nuestro país, vive de nosotros los campesinos, porque sin campesinos se hubiesen muerto *los ricos*: ¿qué van a comer? Todo lo que ellos comen es producido por la mano de nosotros”, enfatizó Leonardo Caballero en esa misma reunión (énfasis añadido).

### **“Soy nacido en el campo, mi tierra, mi identidad”<sup>11</sup>: acceso a tierra y relevo generacional**

Para la mayoría de estos autoidentificados campesinos marialabajenses, la expansión de la palma y la violencia armada que sufrieron entre fines de la década de los

.....  
11 Fragmento de *Mi tierra, mi identidad*, canción compuesta por Jesús Pimentel, integrante de la Red Juvenil Antorchas, para la movilización homónima en María la Baja, noviembre de 2010.

noventa e inicios de la del 2000 (CNMH 2010; Duica 2010; Victorino 2011) habían amenazado tanto su producción de cultivos alimenticios y su acceso a tierras cultivables como la conservación de sus semillas criollas y de sus conocimientos prácticos agrícolas. Por ende, también atentaban contra su transmisión a las nuevas generaciones, lo que analizamos como amenaza para su patrimonio campesino, para su *entramado hereditario* (Thompson 1979, 135-172); es decir, para la transmisión intergeneracional de esos conocimientos, semillas, identificaciones y, en general, una serie de condiciones y relaciones clave para acceder a la tierra, cultivar sus alimentos y así defender su territorio, sus formas de vida.

Empero, el relevo generacional también dependía de que los jóvenes, las nuevas generaciones, aceptaran esa transmisión y pudieran asumirla cotidianamente, algo que no había predominado hasta el 2018.

Noviembre de 2018: taller de la CDS, realizado y diseñado por Natalia. Fabricio, avezado cultivador cincuentón, reivindicó una identificación colectiva como campesinos, pero no porque todos se dedicaran a cultivar la tierra ni porque los jóvenes estuvieran en condiciones de hacerlo, y enfatizó el desafío generacional que enfrentaban:

Todos somos campesinos, todos, pero no porque todos labremos la tierra. [...] Yo [...] tengo 43 años de estar labrando la tierra, porque eso fue lo que mi papá me enseñó, a seguir la agricultura... Yo tengo que ver con el monte, [...] estoy enamorado de mi roza. [...] Yo quisiera que un muchacho de estos tuviera como mi idea, pero no la van a tener, porque un muchacho ahora mismo no se va a acostumbrar a eso, ¿a andar entre el monte? ¡No señor! Eso fue en aquel tiempo. Por eso es que, cuando Fabricio muera, se muere la agricultura, porque ¿a quién se la voy a dejar?

Los jóvenes aplaudieron y subrayaron que la dificultad para acceder a tierra para cultivo era la principal limitación para aprender y poner en juego sus conocimientos agrícolas; en suma, para que aprendieran a cultivar y asumieran el relevo generacional, tal como a sus dieciocho años argumentó Leonardo Caballero, hijo del campesino homónimo:

Pasando a lo que está sucediendo ahora, supongamos que el señor [refiriéndose a un adulto presente] [...] tiene sus hijos y, al no tener dónde sembrar y enseñarles, ellos se van a ir levantando [formando] sin esos conocimientos [agrícolas]. ¿Qué pasa? El hombre fallece y se lleva esos conocimientos con él porque no le pudo enseñar a sus hijos. Por eso la mayoría de los jóvenes no sabemos labrar la tierra.

En general, el acceso a la tierra en el municipio de María la Baja era bastante restringido y desigual entre los campesinos: coexistían quienes tenían acceso a tierras de cultivo, principalmente pequeñas parcelas, y quienes no<sup>12</sup>. Además de una modalidad colectiva de tenencia y acceso a la tierra, en 2018 había varias individuales<sup>13</sup>. En su mayoría, argumentaron que accedían a pequeñas parcelas mediante el arrendamiento o el préstamo gratuito por parte de un campesino propietario de tierras<sup>14</sup>.

El acceso a la tierra, aun con dicha precariedad, era vital para su formación como campesinos. Su reto era forjarse como grupalidad, lograrlo en términos de prácticas y condiciones de vida reivindicadas como colectivas y heredables, principalmente frente a los grandes empresarios y demás promotores de la palma. Su desafío social era organizarse colectiva y solidariamente para defender sus formas de vida mediante su lucha por el acceso y control de su reclamado territorio. Por tanto, que se reivindicaran como campesinos, aunque no todos estuvieran en condiciones de labrar la tierra, era parte de sus *intentos por producir otro efecto social específico* que contribuyera a forjar una adhesión y una militancia solidarias: que esa importante diferencia entre ellos no fuese asumida como causa de desunión, sino, por el contrario, como motivo de compromiso colectivo para su lucha en curso, por un futuro más justo.

## Organización opositora, proyectos alternativos y narrativas históricas en torno a la CDS: por la unidad y la legitimación de su lucha

Además de referirnos al control de la cadena agroindustrial en la zona por parte de un poderoso grupo empresarial, nos centramos en las respuestas opositoras

- .....
- 12 Sin embargo, todos los grupos domésticos tenían “patios”, pequeños terrenos anexos a sus viviendas, donde criaban animales de traspatio y sembraban hortalizas, plantas medicinales y cultivos de pancoger, como yuca o maíz.
  - 13 La personería jurídica sobre las “parcelas colectivas” recaía en asociaciones de campesinos desplazados, conocidas regionalmente según la localidad de sede correspondiente. Con recursos de cooperación internacional, la CDS había comprado las parcelas y cedido su usufructo y titulación a dichas asociaciones.
  - 14 En promedio, las parcelas arrendadas y prestadas eran menores a 5 hectáreas, mientras las privadas variaban entre 10 hectáreas y 20 hectáreas (CDS 2014, 39-40; Victorino 2011, 136-140). Menos frecuentes, también existían aparecería y ocupación de hecho.



de los campesinos, con énfasis en los discursos esgrimidos por sus líderes y por técnicos de la CDS para instar a la unidad para su lucha, para impugnar las reivindicaciones pro palma y para tratar de legitimar sus reclamos y proyectos.

## Amenazas devastadoras, respuestas colectivas imprescindibles en torno a la CDS

Algunos líderes campesinos insistieron en el enorme reto de oponerse a la expansión agroindustrial de la palma, sobre todo por el privilegio de las leyes colombianas a las empresas agroindustriales y por el control de dicha expansión en la zona por parte de uno de los principales grupos agroindustriales dedicado, en distintas partes del país, a la producción y comercialización del aceite de palma, insumo de gran demanda internacional para el procesamiento industrial de muy diversos alimentos (Ávila 2019, 34 y 166-167; Rendón, Oddone y Almaraz 2018).

Octubre de 2018: encuentro numeroso en la CDS; enérgica intervención crítica de un líder campesino del municipio, William Villegas, sobre la relación entre la legislación colombiana y el reemplazo de sus cultivos campesinos<sup>15</sup>:

al campesino lo han venido relegando, porque [a] las zonas bajas [...] en municipios como María la Baja [y] Ovejas, que son de potencial de producción de alimentos, [...] vienen las grandes multinacionales, a través de agroindustria, reemplazando nuestros cultivos por otros. Ese panorama lo complejiza también la legislación colombiana porque cada día se crean normas que apoyan y favorecen a la agroindustria.

Ante esas amenazas devastadoras, exhortó a la unión, a articular esfuerzos mediante “una visión política” para “construir” y defender su “territorio”:

Mi llamado es [...] que miremos nuestros proyectos productivos como una visión política de defensa de ese mismo territorio [...] Que estos escenarios nos sirvan para articular esos esfuerzos y no nos veamos como una isla [...] La idea es no seguir dispersos, es ver cómo hacemos un esfuerzo para construir un territorio que fue devastado por la guerra [en la década de los noventa].

15 El encuentro “Productores agropecuarios de los Montes de María y desarrollo rural” fue coorganizado por la ONG de cobertura nacional Planeta Paz el 25 de octubre. Varias citas textuales utilizadas en las páginas siguientes provienen de dicho encuentro.

*Las circunstancias y los dispositivos de control* del Grupo Empresarial Oleoflores sobre el cultivo de la palma y el territorio representaban la reproducción cotidiana de las mencionadas amenazas a sus formas de vida campesinas: financiamiento gubernamental y provisión de riego e insumos mediante la empresa, a cambio de venderle toda la producción a precios y exigencias de tecnología y calidad fijados por ella, según la verticalidad de una agricultura por contrato y el control empresarial del distrito de riego (Rendón 2016; Rendón, Oddone y Almaraz 2018, 81-106). Eran una parte clave de las condiciones en las que estos lugareños producían, al mismo tiempo, sus reivindicaciones campesinas y su lucha opositora (figura 2).



**Figura 2.** Planta procesadora en un mar de palma, María la Baja, tierras planas, junto a la represa y la carretera principal, 2016

Fuente: CDS (2016).

El siguiente comentario de Jaime Rodríguez, en la misma reunión, muestra la manera en que muchos marialabajenses solían referirse a “Murgas” —Carlos Murgas Guerrero, el principal socio del Grupo Oleoflores— como la personificación del control del territorio y del cultivo de la palma que equivalía a una desposesión agraria contra los cultivadores de la zona: “Ahora Murgas se ha hecho dueño de la tierra [...] porque, donde haya corozo, puede ser mío, pero ahí está Murgas. Porque Murgas me da el abono, Murgas me da los fertilizantes, Murgas me compra el corozo, entonces eso es de él. Puede ser mi parcela, pero es de él”.

Aunque algunas de las respuestas opositoras campesinas —organizadas en torno a la CDS— fueron locales, las difundieron a muy diversos públicos por distintos medios<sup>16</sup> y las vincularon con otras de mayor aliento, destinadas a formar una amplia base social en varios municipios vecinos, sobre todo de los Montes de María. En 2018, técnicos de la CDS y líderes campesinos organizados en torno a esta convocaron a las denominadas *comunidades* de esos municipios a conformar un espacio de discusión de problemáticas comunes, recuperar experiencias de lucha y convenir la organización de la llamada Mesa del Agua de los Montes de María<sup>17</sup>.

En octubre de 2018 organizaron la multitudinaria Caminata Pacífica de los Montes de María con pobladores de María la Baja y de otros dos municipios cercanos para exigirle al gobernador de Bolívar el cumplimiento de acuerdos pactados anteriormente (CDS 2018). Además de salud, educación e infraestructura vial, resaltaron demandas sobre su lucha por la construcción de su reivindicado “territorio campesino”, tras décadas devastadoras de violencia armada, desplazamientos y expansión agroindustrial de la palma: protección a la producción de alimentos y garantías para la implementación de los Programas de Desarrollo con Enfoque Territorial.

Concluidas las negociaciones, un líder campesino y vocero de la caminata resaltó la satisfacción de haberle demostrado al Gobierno la existencia de “una comunidad” de campesinos esperanzada y capaz de lograr pacíficamente su objetivo de mejorar su “condición de vida”; así lo hizo, en singular, para resaltar en público sus reivindicaciones de unidad, consenso y homogeneidad de condiciones:

la satisfacción de nosotros [...] [es] que hay una comunidad, que ha visto la institucionalidad [el Gobierno] que [...] sí es capaz de lograr lo que se propone, pacíficamente, [...] que es una comunidad, unos campesinos que quieren que ese producto que se come en la ciudad [...] [y en] los pueblos, ese producto

16 Así ocurrió cuando campesinos de San José del Playón cerraron las compuertas de los canales del distrito de riego en 2016 y después en 2017, para exigir la conservación de los ecosistemas adyacentes y el acceso al agua que solo veían pasar rumbo a los vastos terrenos de los palmicultores (CDS 2016, 2017).

17 Surgida para enfrentar la referida contaminación y falta de acceso al agua, la Mesa encontró tanto eco que a principios de 2020 seguía activa, con objetivos más amplios, no limitados a su oposición a la cadena agroindustrial de la palma (Dejusticia 2020).

campesino [...] de semillas criollas [...] [es] la razón por la cual nosotros estamos aquí; [...] queremos que mejore nuestra condición de vida. (CDS 2018)

La reiteración de la categoría *comunidad* por parte de los líderes y los técnicos de la CDS en sus medios de difusión escrita y audiovisual —sujetos a una clara labor de edición— fue mucho más sistemática que en las grabaciones hechas por Natalia, tanto de talleres y otras reuniones de trabajo en la CDS como de discusiones entre campesinos al margen de aquellas reuniones.

Así destacó el protagonismo de esos líderes y de técnicos de la CDS en sus intentos por vincular argumentativamente la categoría *campesino* con reivindicaciones específicas sobre la existencia de una comunidad, sobre las características esenciales de su condición de vida y sobre su compromiso para mejorarla; como si fuesen cuatro aspectos de un sujeto social ya existente (López Caballero 2021), integrado de manera estable o segura, solidaria (Hall 2003). Sin embargo, basados en la confluencia de nuestra implicación procampesina con nuestra propuesta de análisis, interpretamos dichos discursos como intentos de una militancia comprometida en producir efectos de adhesión solidaria; efectos consustanciales de *la formación*, al mismo tiempo, de (un predominio de los aspectos compartidos de) sus reivindicaciones autoidentificadorias campesinas, de una militancia tan vasta como comprometida y de una lucha organizada y eficaz, principalmente en torno a la CDS.

Dichos líderes y técnicos también influyeron decisivamente en la formación de otros dos aspectos de esas reivindicaciones campesinas que, estrechamente relacionados entre sí, fueron clave para tratar de enfocar y organizar su lucha respecto de ciertos objetivos y legitimarlos. Por un lado, sus arengas sobre la destrucción violenta e inaceptable de un pasado que había sido mucho mejor para ellos como la causa o el origen histórico injusto de la situación peligrosa, pero esperanzadora, en la que se encontraban. Por otro lado, sus iniciativas para tomar control sobre el territorio y los procesos productivos, lo cual es condición, instrumento y resultado perseguido de su lucha para mejorar su condición de vida.

Controlar lo que reclamaban como su territorio exigía un tipo de desarrollo rural que impulsara su economía campesina, tal como días antes de la marcha referida lo habían argumentado varios líderes campesinos y el joven Jaime en la mencionada reunión de trabajo en la CDS, en octubre de 2018. Ante numerosos participantes, este sociólogo asociado a una ONG aliada hizo hincapié en los fundamentos organizativos y comunitario-campesinos de dicho modelo y dichos proyectos de desarrollo alternativo al empresarial.

Jaime redondeó la propuesta de esas ONG y la Universidad de Cartagena para complementar “la capacidad de las comunidades campesinas [...] [con] otro tipo de conocimientos que pueden potencializar esa diversidad productiva que hay en la región” para construir “cadenas de valor” completas, “pero en [...] [un] sentido político, productivo y ambiental totalmente distinto [...] [es decir, que] se produzca, se transforme y se comercialice sobre todo [para] que beneficie [...] a las comunidades, que es [de] donde viene esto”.

Esta propuesta era muy retadora también para los mismos lugareños, pues construir esas “cadenas de valor” exigía dejar de lado “ideas románticas” sobre los campesinos que promovían continuar con modalidades tradicionales de cultivo, sin depender de tecnologías digitales ni de vehículos automotores —tal como Edilberto Castro le había reclamado a su hijo Andrés—. Por el contrario, insistieron Jaime y una joven cultivadora, Manuela, es necesario aceptar esos cambios tecnológicos para poder competir con las agroindustrias:

— [...] es algo peligroso criticar los celulares y el computador, porque incluso la CDS usa computadores, hasta wifi. [...] Yo misma tengo un cultivo de maíz..., yo amo la tierra, pero sinceramente a veces siento que *hay una idea un poco romántica que no [nos] está dejando ver esos intereses estratégicos y planificados que tienen las grandes industrias.*

—Claro... —de inmediato agregó Jaime— el territorio está muy bien cartografiado y [esas empresas] lo conocen mejor que nosotros. (Énfasis añadido)<sup>18</sup>

## Antagonismo: narrativas históricas campesinas versus discursos propalma

Dichos líderes campesinos también esgrimieron discursos sobre lo que argumentaron como las causas u orígenes de la situación injusta y peligrosa en la que se encontraban en 2014 y 2018. Fueron reclamos ampliamente compartidos sobre la devastación de un pasado más justo, seguro y próspero, en el que tuvieron mejores condiciones para acceder a tierras, sembrar sus propios alimentos y legar su patrimonio a futuras generaciones; discursos sobre la destrucción de ese pasado, sobre el “despojo” de su “territorio” en el cambio de siglo hacia el XXI por una

18 Varios participantes estuvieron de acuerdo, incluidos algunos líderes delegados ante la CDS, pero no investigamos la posición de muchas otras y otros campesinos de la zona al respecto.

violencia armada causante de desplazamientos forzados y por un viraje neoliberal de la política gubernamental que, tras contribuir a debilitar la producción regional de arroz, apoyó la expansión del cultivo de la palma. Sin embargo, argumentaron, esos injustos desastres también los aguijonearon a organizarse para responder colectivamente y, al calor de la lucha, producir esos discursos que —analizados como narrativas históricas— les sirvieron para seguir pugnando por forjar unidad, por legitimar sus reivindicaciones y proyectos, e impugnar los de sus opositores, los impulsores de la cadena agroindustrial<sup>19</sup>.

Como parte de esfuerzos empresariales y gubernamentales por promover la expansión agroindustrial de la palma en la zona, accionistas del Grupo Oleoflores y un presidente de la república pronunciaron discursos entre 1998 y 2017 para proponerles a los pequeños cultivadores que se “asociaran” con esa corporación con el fin de superar añejos flagelos. En entrevista concedida en 2017 a dos portales de periodismo digital, Carlos José Murgas, hijo del socio fundador de ese grupo empresarial, argumentó que su padre, “emprendedor visionario”, promovía el cultivo de palma como respuesta a condiciones de “marginalidad, pobreza y violencia”, y estaba convencido de que la “integración de los pequeños y medianos productores con *socios estratégicos* conocedores del mercado [como el Grupo Oleoflores] era una fórmula para el *desarrollo rural y la creación de condiciones de paz y prosperidad* [para lo que] ideó el modelo de *Alianzas Sociales y Productivas*” (VA y RC, 2017; énfasis añadido).

Desde que fue ministro de Agricultura (1998-1999), el propio Carlos Murgas, padre, empezó a promover ese tipo de propuestas de “asociación” para impulsar el cultivo de la palma en el país (“Agro: no más diagnósticos” 1998), negocio en el que se inició a fines de la década de los setenta (Millán 2015, 85-86; VA y RC 2017)<sup>20</sup>.

Incluso, poco después ese proyecto recibió firme respaldo gubernamental mediante su inclusión en los planes nacionales de desarrollo entre 2002 y 2018.

.....

19 Concebimos la narrativa histórica como un género discursivo en el que eventos sucedidos en distintos momentos son reivindicados como “un pasado” y esgrimidos, en momentos y condiciones específicas, como recuentos explicativos o testimonios de “evidencias” que se apoyan en la imputación de relaciones causa-efecto y autoría, a fin de legitimar reclamos propios e impugnar los de los adversarios (Zendejas Romero 2018, 263); es decir, como intentos de producción de dichos efectos sociales (Alonso 1988).

20 Carlos Murgas —ingeniero agrónomo egresado de una universidad estadounidense— conoció ese negocio en 1974, en Malasia, primer productor mundial de palma. En ese entonces emprendió un acuerdo con la multinacional inglesa Harrisons & Crosfield para importar semillas e iniciar sus propios cultivos, que para la década de los noventa había expandido a diversas zonas del país, incluido el procesamiento de la palma y la comercialización del aceite, es decir, la cadena agroindustrial completa.

Destacaron las declaraciones de Juan Manuel Santos en su visita de 2012 a la planta extractora de palma de aceite, propiedad del Grupo Oleoflores, en el municipio de María la Baja:

Colombia es un país con un tremendo potencial, que, por razones diferentes, entre ellas, y en buena parte, la violencia, no nos había permitido [...] concentrarnos en ese tipo de esquemas. Las asociaciones productivas entre campesinos y empresarios para volverse socios la podemos replicar, no solo en la palma, sino en todos los productos [...] el papel del Gobierno es ayudar a que esa tierra se vuelva más competitiva. (Santos 2012)

A diferencia de terratenientes aquiescentes, los campesinos de María la Baja y de municipios vecinos rechazaron su subordinación al Grupo Oleoflores, retóricamente enmascarada de “asociación”, e impugnaron abiertamente su invitación, discursivamente investida de presunta “fórmula para el desarrollo rural y la creación de condiciones de paz y prosperidad”.

¿“Paz”? ¿“Desarrollo”? ¡Qué ironía, qué atrevimiento! Para esos campesinos marialabajenses opositores y para sus aliados, la implantación y expansión de la palma se benefició directamente de los despojos de tierras contra ellos por una violencia armada que, mediante grupos paramilitares, fue impulsada por grandes empresarios y, cuando menos, tolerada o hasta solapada por el Gobierno, sobre todo en el cambio de siglo hacia el XXI (CNMH 2010; Duica 2010 y Victorino 2011; Gutiérrez Sanín 2019).

¿Por qué [el desplazamiento]? Porque [en las tierras altas] los ganaderos necesitaban expandir [sus pastizales] y [aquí, en las bajas,] venían los que venían detrás, toda esta serie de proyectos de agroindustria; eso ya venía cacareado [anunciado] desde hace rato, pero necesitaba también tierra [...] y como el campesino estaba y no tenían título de propiedad, era fácil desplazarlos y que no volvieran por ahí [...] Es una de las formas de cómo el desplazamiento se da, y obligadamente [...] porque los hacían salir a las buenas o a las malas: “o vendes o vendes, y no vuelvas, o arreglamos con la viuda”.

Así respondió con vehemencia el cultivador y experimentado líder Joaquín Peña a Natalia en una entrevista colectiva de noviembre de 2018 en casa de los Castro Tabares. En el mismo tenor, pero con énfasis telegráfico en su reclamo de complicidad del Estado, había respondido seis meses antes el joven Luis López,

activo participante en espacios organizativos de la CDS y promotor de este tipo de reivindicaciones:

el campesino antes estaba muy bien [...] pero [...] el Estado dice: “el campesino se está creciendo [mejorando su nivel de vida], vamos a ver cómo le quitamos las tierras”; entonces [llega el] conflicto armado [...] el campesino vende sus tierras, [introducen] la palma de aceite y el campesino se queda sin nada. [...] Ahora hay hambre, [...] escasez de trabajo, no se come bien. O sea, las condiciones son muy precarias.

Repetidamente reclamaron la violenta destrucción de un pasado más justo, con tierra, agricultura diversificada y autoabasto de alimentos para todos, como el mismo Joaquín comentó el 10 de junio de ese año: “en estas regiones [...] *todo el mundo tenía parcela* [...] y agricultura diversificada. Había de todo [...] no tenían que comprar nada, ni liga [carne], nada. Tenían su puerco, sus gallinas, todas sus cosas y producían sus verduras” (énfasis añadido).

Impugnaron la agroindustria de la palma argumentando que era parte y beneficiaria principal de la destrucción de ese mejor pasado campesino, en lugar de presunta solución a las condiciones de “marginalidad, pobreza y violencia” en la zona, sobre cuyas causas habían hecho mutis el entonces presidente y Murgas hijo. Es decir, con sus narrativas históricas, esos líderes campesinos marialabajenses invirtieron argumentativamente esa relación causa-efecto como parte de sus embestidas para impugnar los proyectos propalma y legitimar sus iniciativas opositoras. Así, reivindicaron ese pasado de manera tal vez idílica, pero no en términos de un retorno a él, sino como parte de su lucha por mejorar su condición de vida, por contribuir a forjarse a sí mismos, con un futuro mejor para ellas y ellos.

Este énfasis de nuestro análisis de reivindicaciones campesinas en términos de intentos de la producción discursiva de efectos sociales es parte de nuestra crítica a la pretensión de juzgar o calificar dichas argumentaciones a partir de dicotomías objetivo-subjetivo, falso-verdadero, etc. La argumentación de sus reivindicaciones campesinas y, en particular, de sus narrativas históricas como reclamos verdaderos era un recurso discursivo para producir dichos efectos sociales de legitimación e impugnación, indispensables para generar adhesión solidaria para y al calor de su lucha<sup>21</sup>.

21 Nos apoyamos en Foucault (1980, 115-133) en lo que tiene que ver con relaciones indisolubles entre poder, lenguaje y producción de efectos de verdad, incluido este planteamiento: “creo que el



## Reflexiones finales

Nuestra propuesta de enfoque se centra en un análisis interpretativo de la formación de reivindicaciones autoidentificadoras campesinas (narrativas históricas incluidas) en situaciones conflictivas, al calor de experiencias de movilización social, como parte de estas. Es decir, como *soporte y resultado*, como *expresión y pilar discursivos* de intentos por construir una militancia solidaria, por forjar objetivos opositores y generadores de alternativas colectivas, y por organizarse para realizarlos y así contribuir a modificar y mejorar sus condiciones de vida. En esta etnografía, dichas reivindicaciones son parte de la activa participación de dichos marialabajenses en su formación social como quienes defienden ser, campesinos, tal como lo señaló contundentemente la reconocida lideresa Delia Flores frente a otros aguerridos campesinos en noviembre de 2018, en casa de los Castro Tabares, al final de una entrevista centrada en “la violencia, el desplazamiento, el despojo de tierras” y sus consecuencias para ellas y ellos:

Hoy eso se ha hecho visible porque nosotros mismos nos hemos puesto la camisa de fuerza para decir “pasó esto” y “qué pasó”. Por eso hoy se está conociendo la historia de San José del Playón, de sus veredas como tal, y de María la Baja. No porque el Gobierno vino aquí para decirnos que nos íbamos a conformar, ¡no señor! Eso lo hicimos nosotros con el apoyo de la parroquia, de [la] CDS y sus resistencias que, siempre lo he dicho, hoy somos quien somos por la resistencia que nos hemos dado.<sup>22</sup>

Como paráfrasis de la noción de formación de clase social de Thompson (1989), y apoyados en las críticas referidas a enfoques esencializantes de identidades sociales (Hall 2003; López Caballero 2021), argumentamos que esos marialabajenses no lucharon porque eran campesinos, sino que se organizaron y reivindicaron como tales al calor de esa confrontación. Es decir, como grupo

.....  
 problema no consiste en marcar una línea divisoria entre lo que en un discurso cae bajo la categoría de cientificidad o verdad, y aquello que aparece bajo otra categoría, sino en ver históricamente los efectos de verdad que son producidos en discursos que, en sí mismos, no son verdaderos o falsos” (1980, 118; traducción de Sergio Zendejas).

22 “La parroquia” alude al apoyo —argumentado por ellos como decisivo— de dos párrocos católicos para fundar dos pilares y frutos de sus prácticas organizativas: la CDS y, a principios de la década de los 2000, las mencionadas OPDS (Ávila 2019, 174).

social autoidentificado no luchó porque preexistía a la lucha, sino que estaba formándose en ella, como parte de esa lucha, y siempre *en relación con* otras grupales auto- y heteroidentificadas socialmente, también en formación nunca terminada, en momentos y lugares específicos; en condiciones sociales y desde posicionamientos cuya formación era parte clave de lo que estaba en disputa.

Nuestra paráfrasis de Thompson (1989) alude a un *predominio de aspectos reivindicativos de clase social* en la formación de las reivindicaciones campesinas de los marialabajenses y de vecinos suyos de municipios aledaños. Ese predominio, influido por la destacada participación de los mencionados líderes y técnicos mediante la CDS, resaltó en sus reivindicaciones sobre las características imprescindibles de sus formas de vida campesinas —acceso a tierra y agua para cultivar alimentos, etc.— y sobre su lucha por una economía campesina para controlar el territorio y sus procesos productivos.

Dichos resultados destacan a pesar de que apoyamos nuestro análisis de reivindicaciones en una noción de posicionamientos que considera dos aspectos interrelacionados de las condiciones de su enunciación: los interaccionistas-situacionales y otros, no coyunturales, ni necesariamente tan cambiantes, que se refieren a las diferencias e igualdades sociales reivindicadas entre los mismos marialabajenses y respecto de varios “otros”. Por tanto, analizamos las influencias mutuas entre, por un lado, la posición que cada marialabajense argumentó en o sobre cada evento y situación específicos y, por otro lado, un *entramado de reivindicaciones de identificaciones y diferencias sociales* (Zendejas Romero 2018, 328 y 344-345), que de acuerdo con nosotros fueron las que más influyeron en sus tomas de posición en esas situaciones de interacción en eventos específicos: clase social, relación con la CDS, generación, género y escolaridad.

Tal vez nuestros resultados sobre dicho predominio estuvieron muy influidos por las condiciones en que Natalia realizó el trabajo de campo: se concentró en activos participantes en iniciativas promovidas mediante la CDS, tanto por su arribo a la zona a través de contactos con esa organización como por su implicación procampesina. Que no entrevistara a vecinos distanciados o hasta críticos de la CDS —incluidos quienes habían decidido cultivar palma o trabajar para los palmicultores— también se debió a la manera acotada en que diseñamos el trabajo de campo de 2018 para su tesis de maestría (Ávila 2019), asesorada por Sergio, según reflexionamos sobre nuestra colaboración en Ávila y Zendejas (en prensa).

## Referencias

- Acevedo, María José y Maite Yie.** 2016. “Nos debemos la tierra. El *campesino* y la creación de una voz para el campo, 1958-1962”. *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura* 43 (1): 165-201. <https://doi.org/10.15446/achsc.v43n1.55068>
- “**Agro: no más diagnósticos**”. 1998. *El Tiempo*, 19 de noviembre. Consultado el 26 de enero de 2021. <https://www.eltiempo.com/archivo/documento/MAM-814152>
- Alonso, Ana María.** 1988. “The effects of truth: re-presentations of the past and the imagining of community”. *Journal of Historical Sociology* 1 (1): 33-57. <https://doi.org/10.1111/j.1467-6443.1988.tb00003.x>
- Aponte Otálvaro, Jorge Enrique y Nydia Constanza Mendoza Romero.** 2014. “Procesos de formación y de aprendizajes políticos de los campesinos de la ANUC en la región de los Montes de María: una lectura generacional”. *Pedagogía y Saberes* 41: 99-109. <https://doi.org/10.17227/01212494.41pys99.109>
- Ávila, Natalia.** 2019. “‘Hoy somos quienes somos por la resistencia que nos hemos dado’: reivindicaciones sobre formas de vida campesinas en María la Baja, costa caribe colombiana, 1960-2018: una etnografía histórica”. Tesis de maestría, Centro de Estudios Rurales, El Colegio de Michoacán, Zamora, Michoacán.
- Ávila, Natalia y Sergio Zendejas.** En prensa. “Formación de reivindicaciones identificatorias ‘campesinas’, opositoras a la expansión de un cultivo agroindustrial en Colombia, 2014-2018”. En *Tensiones antropológicas. Reflexividad y desafíos en investigación*, editado por José Luis Escalona V. y Sergio Zendejas. Ciudad de México; Puebla: Ciesas; Universidad de las Américas-Puebla.
- CDS (Corporación Desarrollo Solidario).** 2014. “El futuro de la economía campesina está en nuestras manos: informe de investigación sobre la economía campesina en Montes de María”. Consultado el 20 de agosto de 2020. <https://es.scribd.com/document/243267110/El-Futuro-de-La-Economia-Campesina-montes-de-Maria>
- . 2016. *El campo tiene sed. Montes de María y su lucha por el derecho al agua*. YouTube. Video, 41:30. Consultado el 11 de septiembre de 2020. <https://www.youtube.com/watch?v=5x1Zkidd9d0>
- . 2017. *Comunidad de Playón cierra compuertas del distrito de riego en Marialabaja*. YouTube. Video, 4:23. Consultado el 6 de agosto de 2020. <https://www.youtube.com/watch?v=eWYmethnyaY>
- . 2018. *Firma de pacto, caminata pacífica Montes de María*. Facebook. Video, 2:56. Consultado el 6 de agosto de 2020. <https://www.facebook.com/watch/?v=184307725785409>
- CNMH (Centro Nacional de Memoria Histórica).** 2010. *La tierra en disputa. Memorias del despojo y resistencias campesinas en la costa caribe 1960-2010*. Bogotá: Taurus. <https://>

- www.centrodememoriahistorica.gov.co/descargas/informes2010/tierra\_conflicto/la\_tierra\_en\_disputa.pdf
- Comaroff, John y Jean Comaroff.** 1992. *Ethnography and the historical imagination: studies in the ethnographic imagination*. Boulder, CO: Westview Press.
- Dejusticia.** 2020. *Coronavirus y desigualdad: proteger al campesinado para proteger la vida*. YouTube, 28 de abril. Video, 1:53:09. <https://www.youtube.com/watch?v=K6H4kfjkZCc>
- Devine, Jennifer, Diana Ojeda y Maite Yie.** 2020. “Formaciones actuales de lo campesino en América Latina: conceptualizaciones, sujetos/as políticos/as y territorios en disputa”. *Antípoda. Revista de Antropología y Arqueología* 40: 3-25. <https://doi.org/10.7440/antipoda40.2020.01>
- Duica, Liliana.** 2010. “Despojo y abandono de tierras en los Montes de María: el impacto de los grupos armados en el territorio”. Tesis de maestría, Departamento de Ciencia Política, Universidad de los Andes, Bogotá.
- Foucault, Michel.** 1980. *Power/knowledge: selected interviews and other writings, 1972-1977*. Nueva York: Pantheon Books.
- García, Andrea y Diana Ojeda.** 2018. “Conjurar el olvido: campesinos y política en las llanuras del Caribe colombiano en los años 70”. *Antípoda. Revista de Antropología y Arqueología* (31): 37-41. <https://doi.org/10.7440/antipoda31.2018.07>
- Gupta, Akhil y James Ferguson.** (1992) 2008. “Más allá de la ‘cultura’: espacio, identidad y las políticas de la diferencia”. *Antípoda. Revista de Antropología y Arqueología* (7): 233-256. <https://doi.org/10.7440/antipoda7.2008.10>
- Gutiérrez Sanín, Francisco.** 2019. *Clientelistic warfare: paramilitaries and the State in Colombia (1982-2007)*. Oxford; Nueva York: Peter Lang.
- Hall, Stuart.** 2003. “Introducción: ¿quién necesita ‘identidad’?”. En *Cuestiones de identidad cultural*, editado por Stuart Hall y Paul du Gay, 13-39. Buenos Aires: Amorrortu.
- Henao Tapasco, Julián Eduardo.** 2015. “Análisis de las zonas de reserva campesina en Colombia”. Tesis de grado, Facultad de Derecho y Ciencias Políticas, Universidad de Antioquia, Medellín.
- Herrera-Jaramillo, Mauricio, Yenly Méndez, Gabriel Tobón y Ana María Sierra.** 2016. “Ni pequeño productor, ni agricultor familiar, soy campesino”. En *Dime qué paz quieres y te diré qué campo cosechas. Reflexiones sobre lo rural en los diálogos de La Habana*, 149-175. Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana.
- López Caballero, Paula.** 2021. “Inhabiting identities: on the elusive quality of indigenous identity in Mexico”. *The Journal of Latin American and Caribbean Anthropology* 26 (1): 124-146. <https://doi.org/10.1111/jlca.12535>
- MIC (Mesa de Interlocución y Concertación de los Montes de María), Corporación Desarrollo Solidario, IIE Caribe-Universidad de Cartagena y Planeta Paz.** 2018. *En camino*

*largo no hay ventaja: prácticas populares para la construcción de la paz en Montes de María.* Bogotá: Planeta Paz.

- Millán, Santiago.** 2015. “Efeitos da guerra civil colombiana nas trajetórias dos agricultores do município de María la Baja”. Tesis de maestría, Universidad Federal do Rio Grande do Sul, Rio Grande do Sul.
- Quiroga, Catalina y Diana Vallejo.** 2016. *Historia del distrito de riego de María la Baja-Bolívar. Más motivos para decir que el agua es nuestra.* Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana.
- Rendón, Felipe.** 2016. “Agroindustria y desarrollo en un territorio de posguerra en Colombia: el caso de la palma de aceite en María la Baja”. Tesis de maestría, El Colegio de la Frontera Norte, Tijuana, Baja California. Consultado el 14 de junio de 2020. <https://colef.repositorioinstitucional.mx/jspui/bitstream/1014/337/1/TESIS%20-%20Rend%C3%B3n%20Echeverry%20Felipe.pdf>
- Rendón, Felipe, Nahuel Oddone y Araceli Almaraz.** 2018. *El impulso a las cadenas de valor: la agroindustria de la palma de aceite en María la Baja, Colombia.* Ciudad de México: Fontamara; CIAD.
- Robledo, Natalia.** 2017. “Labrar para civilizar y ser civilizado: representaciones sociales sobre el campo, la agricultura y los agricultores del actual territorio colombiano en el periodo comprendido entre 1780 y 1866”. Tesis de doctorado en Antropología, Universidad de los Andes, Bogotá.
- Roseberry, William.** 2002. “Hegemonía y lenguaje contencioso”. En *Aspectos cotidianos de la formación del Estado. La revolución y la negociación del mando en el México moderno*, editado por Gilbert M. Joseph y Daniel Nugent, 213-226. Ciudad de México: Ediciones Era.
- Santos, Juan Manuel.** 2012. *Planta extractora de aceite de palma de María la Baja.* Presidencia de la República, Colombia. Sistema de Información de Gobierno. YouTube. 5 de mayo de 2012. Video, 22:17. Consultado el 15 de mayo de 2020. [https://www.youtube.com/watch?v=CBK\\_eDRFx-U](https://www.youtube.com/watch?v=CBK_eDRFx-U)
- Thompson, Edward P.** 1979. *Tradición, revuelta y conciencia de clase: estudios sobre la crisis de la sociedad preindustrial.* Barcelona: Crítica; Grijalbo.
- . 1989. *La formación de la clase obrera en Inglaterra.* T. I. Barcelona: Crítica; Grijalbo.
- VA y RC (Verdad Abierta y Rutas del Conflicto).** 2017. “Carlos Roberto Murgas Guerrero: más de 40 años dominando la palma de aceite”. Consultado el 20 de septiembre de 2020. <https://rutasdelconflicto.com/especiales/acuatenientes/murgas.html>
- Victorino, Raquel.** 2011. “Transformaciones territoriales a partir del abandono y despojo de tierra asociado a la acción de grupos armados. Caso María la Baja, departamento

de Bolívar”. Tesis de maestría, Facultad de Estudios Ambientales y Rurales, Pontificia Universidad Javeriana, Bogotá.

**Yie, Maite.** 2015. *Del patrón-estado, al estado-patrón. La agencia campesina en las narrativas de la reforma agraria en Nariño*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.

—. 2018. “¡Vea, los campesinos aquí estamos! Etnografía de la (re) aparición del campesinado como sujeto político en los Andes nariñenses colombianos”. Tesis de doctorado, Instituto de Filosofía y Ciencias Humanas, Universidade Estadual de Campinas, Campinas. Consultado el 4 de enero de 2021. <https://core.ac.uk/download/pdf/296899589.pdf>

**Zendejas Romero, Sergio.** 2018. *Migajas y protagonismo. México rural marginal, siglo XX*. Vol. I: *Etnografía histórica de una elite burguesa*. Zamora, Michoacán: El Colegio de Michoacán. Consultado el 12 de julio de 2021. [https://www.researchgate.net/publication/352462218\\_Migajas\\_y\\_protagonismo\\_Mexico\\_rural\\_marginal\\_siglo\\_XX\\_Vol\\_I\\_Etnografia\\_historica\\_de\\_una\\_elite\\_burguesa](https://www.researchgate.net/publication/352462218_Migajas_y_protagonismo_Mexico_rural_marginal_siglo_XX_Vol_I_Etnografia_historica_de_una_elite_burguesa)

# Variación funeraria y condiciones de vida de La Jagua, Alto Magdalena, Colombia, y sus implicaciones para el periodo Reciente

*Mortuary variability and health in La Jagua, Alto Magdalena, Colombia and its implications for the Recent period*

<https://doi.org/10.22380/2539472X.2104>

Recibido: 23 de julio de 2021 • Aprobado: 15 de febrero de 2022



**José Vicente Rodríguez-Cuenca**

Universidad Nacional de Colombia, Colombia

[jvrodriguez@unal.edu.co](mailto:jvrodriguez@unal.edu.co) • <https://orcid.org/0000-0002-0584-5921>

## Resumen

En La Jagua (Garzón, Huila) se excavó un cementerio prehispánico cuyo uso principal se dio en el periodo Reciente. El hallazgo contribuye a la discusión sobre el cambio social y su influencia en las condiciones de vida de la población prehispánica. Igualmente, sirve para evaluar las hipótesis de los cronistas sobre la existencia de “barbarie, canibalismo y estado de guerra permanente” en las sociedades indígenas de contacto (López [1570] 1970, 55). Se procedió a un análisis estadístico multivariado de 338 tumbas correspondientes a los periodos Precerámico, Formativo, Clásico Regional y especialmente del Reciente, con el fin de evaluar la variación social en el tiempo y el espacio. Como resultado, se encuentra diferenciación espacial entre la terraza alta, que concentra la mayoría de tumbas profundas de pozo y cámara con objetos suntuosos, y la terraza media, cuyas tumbas son más sencillas. Cronológicamente se aprecia desde el Precerámico la continuidad de la tradición de las tumbas monticulares que recubren el cuerpo con cantos rodados de tamaño medio, muy diferente a la registrada en San Agustín-Isnos. En el Reciente, a pesar de la mayor diferenciación social, no se evidencia una gran acumulación de bienes ni en los indicadores de salud, aunque sí por sexo. Igualmente, mediante el análisis del patrón de lesiones no se corrobora la existencia de canibalismo ni de guerra permanente.

**Palabras clave:** prácticas funerarias, condiciones de salud, La Jagua, Alto Magdalena.

## Abstract

In La Jagua, Garzón, Huila a pre-Hispanic cemetery was excavated with a predominance in the occupation of the Recent that can contribute to the discussion about

social change and its influence on the living conditions of the pre-Hispanic population. Likewise, it serves to evaluate the hypotheses of the chroniclers about the existence of “barbarism, cannibalism and a state of permanent war” in indigenous contact societies (López, 1570/1970). To this end, a multivariate statistical analysis of 338 tombs corresponding to the Preceramic, Formative, Regional Classic in order to assess social variation in time and space. As a result, there is spatial differentiation between the high terrace that concentrates most of the deep tombs of well and chamber with sumptuous objects, with the middle terrace whose tombs are simpler. Chronologically, the continuity of the tradition of the monticular tombs that cover the body with medium-sized boulders is appreciated since the Preceramic, very different from that recorded in San Agustín-Isnos. In the Recent, despite the greater social differentiation, there is no evidence of a large accumulation of goods or in health indicators, although it is by sex. Likewise, the analysis of the pattern of injuries does not corroborate the existence of cannibalism or permanent war.

**Keywords:** Mortuary practices, health, La Jagua, Alto Magdalena.

## Introducción

La región arqueológica de San Agustín-Isnos, en las estribaciones del Macizo Colombiano, sur del Alto Magdalena, con alturas entre 1 400 m s. n. m. y 2 400 m s. n. m., ha sido objeto de numerosas investigaciones arqueológicas tendientes a dar cuenta del patrón de ocupación (Drennan 2000; Drennan, González y Sánchez 2018), y de la variación temporal y social de las prácticas funerarias, especialmente del periodo Clásico Regional (I milenio d. C.); cuando la sociedad se destaca por la construcción de grandes túmulos funerarios acompañados de templetes, sarcófagos y esculturas líticas, y representa el momento de mayor suntuosidad de esa región (Duque 1966; Duque y Cubillos 1979; Llanos 1995; Llanos y Durán 1983; Llanos y Ordóñez 1998; Ordóñez 2010; Preuss [1931] 2013; Ruiz 1994). Infortunadamente, el periodo Reciente (siglos X-XVI d. C.) es el menos estudiado y los restos óseos humanos no se conservan, como consecuencia de la alta humedad y acidez de los suelos, por lo que no poseemos fuentes fidedignas sobre las características físicas y condiciones de salud de los pobladores que enfrentaron a los conquistadores en el siglo XVI.

Por su parte, el valle cálido del río Magdalena, ubicado por debajo de los 900 m s. n. m., ha sido objeto de recientes investigaciones arqueológicas adelantadas en el área de influencia de la central hidroeléctrica El Quimbo, Huila (municipios de Agrado, Altamira, Garzón, Gigante, Paicol, El Pital), con 338 tumbas recuperadas en 470 cortes arqueológicos excavados, cuyo desarrollo cultural se ubica en los periodos Precerámico (¿V milenio a. P.), Formativo (III-II milenios a. P. con tipos cerámicos Tachuelo Pulido [TP], Planaditas rojo pulido [PRP] y Lourdes rojo



engobado [LRE]), Clásico Regional (I milenio d. C., tipos Guacas café rojizo [GCR]) y Reciente (siglos X-XVI d. C., con los tipos Barranquilla crema [BC], California gris pesado [CGP] y Mirador rojo pesado [MRP]), con rasgos estilísticos compartidos con el sur del Alto Magdalena (Rodríguez *et al.* 2018).

En el valle cálido las costumbres funerarias son más sencillas que en San Agustín-Isnos, pues los enterramientos se caracterizan por pequeños montículos funerarios que cubren las tumbas —ya sean de pozo simple o con profundas cámaras— y en ellos los restos óseos se conservan mejor. Esto nos da la oportunidad de relacionar los contextos funerarios con los cuerpos de las personas sociales allí enterradas, lo que abre mayores posibilidades de interpretación bioarqueológica (Rodríguez, Cifuentes y Cabal 2012; Rodríguez *et al.* 2016; Rodríguez *et al.* 2018). Si bien es cierto que la cultura material de las sociedades prehispánicas de la región de Garzón comparte rasgos con los estilos cerámicos de San Agustín-Isnos (Correcha Suárez 1991; Llanos 1993; Martínez 1995), las diferencias en cuanto a las costumbres funerarias son muy significativas, pues en la región de Garzón no se evidencia la majestuosidad que se observa en San Agustín-Isnos (Rodríguez *et al.* 2016).

El análisis de tumbas de varios periodos culturales que ocupan diferentes espacios, especialmente del Reciente, uno de los periodos más desconocidos en el caso de la región del Alto Magdalena, sirve para contrastar la información arqueológica regional de un periodo en el que la población tuvo un alto crecimiento demográfico (cuyas elevadas densidades supuestamente no persistieron hasta el siglo XVI), aunque con unidades residenciales dispersas, y prefirió los valles cálidos (Drennan 2000, 136; Drennan, González y Sánchez 2018, 122).

Por otra parte, se ha sugerido que las sociedades cacicales del Alto Magdalena estaban compuestas por grupos antagonicos cuyas élites, para mantener el orden social, controlaban los procesos de producción sometiendo a los comuneros a través del sistema de tributación, además de lo cual se abstraían de la producción material (Sánchez 2015, 236). Si esto fuese así, deberíamos encontrar en el registro bioarqueológico diferencias significativas en las condiciones de salud, la evidencia de una mejor calidad de vida de la élite, aparte de una gran acumulación de bienes exóticos en sus tumbas.

Finalmente, se ha postulado que en el desarrollo de los cacicazgos fue importante el papel de la guerra por la competencia entre unidades políticas (Drennan 2000, 135) y que esta, supuestamente, habría sido una de las causas de la extinción indígena, aunada al canibalismo (Simón [1625] 1981 5, 241). De ser cierta esta hipótesis deberíamos encontrar en los restos óseos del Reciente una alta incidencia de traumas craneoencefálicos letales como consecuencia de las agresiones

mortales, además de cortes en los huesos para sustraer el paquete muscular, e iconografía bélica en las vasijas y ajuar con evidencias de armas.

El presente texto expone el análisis integral y multivariado del cementerio del predio Los Ciruelos, recuperado mediante labores de arqueología preventiva durante la construcción de las lagunas de oxidación de La Jagua, en Garzón, Huila. Esto posibilitó, mediante la técnica del emparrillado (raspado de grandes áreas cada 10 metros para detectar los rasgos funerarios), registrar buena parte de las tumbas allí construidas y rescatar los restos óseos en condiciones de análisis para determinar el sexo, la edad y la respectiva caracterización morfométrica, paleopatológica y paleodemográfica, mediante el análisis funerario multivariado con tres niveles de análisis: tiempo, espacio y grupos sociales.

## La arqueología funeraria como fuente de información en la reconstrucción del cambio social

A inicios de los años setenta varios autores postularon, con base en el análisis de contextos etnográficos, que existe una estrecha relación entre la complejidad mortuoria y la estratificación social, es decir, que la diferenciación funeraria no varía independientemente del grado de organización de la sociedad que la produce y que la primera está condicionada por la segunda (Binford 1971; Saxe 1971). Una de las hipótesis que se planteaba es que el control de recursos escasos conducía a que el grupo dominante estableciera espacios permanentes, exclusivos y delimitados de enterramientos que legitimaban este control mediante su relación con la línea de descendencia de los muertos. El otro criterio tenía que ver con la inversión de energía aplicada a los entierros, en los que las tumbas más suntuosas y voluminosas se asociaban con la diferenciación social según la jerarquía, como se podía detectar en los contextos arqueológicos (Tainter 1977).

En resumen, se proponían tres premisas básicas (O'Shea 1984, 21): 1) la diferenciación mortuoria sigue un patrón cuyos elementos se integran a otros aspectos del sistema sociocultural; 2) la diferenciación mortuoria establecida con respecto a un individuo, aunque no necesariamente isomórfica, es consistente con su posición social en la sociedad en que vivía; 3) la complejidad del sistema de diferenciación mortuoria se incrementa con la complejidad de la sociedad en su totalidad.

En su mayoría estos postulados se dedujeron de estudios etnográficos, pero había que ponerlos a prueba mediante el análisis de contextos arqueológicos directos. Para ello, O'Shea (1984, 39) propuso una metodología que incluía seis

conjuntos de variables: la bioarqueología, el tratamiento del cuerpo, el recinto, el ajuar, la distribución espacial y el medio ambiente, con el fin de dar cuenta de la diferenciación social en el tiempo y el espacio. El procedimiento estadístico incluye el análisis de la relación entre las diversas categorías funerarias (recinto, cuerpo y ajuar), el nivel de significancia de esas relaciones, incluyendo pruebas de asociación (tau de Kendall), análisis de componentes principales (ACP) y análisis de conglomerados jerárquicos en la clasificación.

A pesar de las críticas al enfoque procesualista, especialmente por desestimar el aspecto ideológico, demostró la importancia del uso de fuentes complementarias de evidencias, tanto funerarias como domésticas, culturales y biológicas, así como los problemas de género, posición social, salud-enfermedad, etnicidad, identidad social, ancestros, cosmovisión y respuestas emocionales, para el entendimiento del comportamiento de la sociedad a partir de la variación mortuoria (Chapman 2013, 136).

Los postulados procesualistas o representacionistas han sido aplicados en Colombia en estudios de la variación funeraria de varios cementerios en Boyacá (Arguello 2020; Pradilla 2001) y la sabana de Bogotá (Boada 2000; Langebaek *et al.* 2015), que han intentado medir la inversión de energía o de “riqueza” según atributos del recinto (volumen, forma, tipo de recubrimiento), el cuerpo (tratamiento) y el ajuar (cantidad y diversidad), partiendo de la premisa deducida de los cronistas sobre la existencia de sociedades altamente jerarquizadas, en las cuales los caciques principales recibían un tratamiento especial (tumbas suntuosas, momificación de sus cuerpos y acompañamiento con grandes cantidades de orfebrería como indicador de “riqueza”). No obstante, se ha concluido que esa afirmación no se corrobora en el registro arqueológico hasta ahora excavado, pues “no se evidencia una notoria inversión de energía en la tumba ni en el ajuar funerario” (Boada 2000, 42; véase también Pradilla 2001, 194). A pesar de “existir algunos individuos más o menos ricos, el prestigio era adquirido, y [...] la jerarquización de los individuos en la sociedad muisca tardía no obedecía en todas partes a una lógica lineal, sino que era multidimensional” (Langebaek *et al.* 2015, 203-204).

Hay que acotar que el enfoque procesualista de Saxe-Binford ha sido objeto de fuertes críticas a la luz de investigaciones en varias regiones de América, en las que se propone como alternativa una metodología integral y multivariada que no parte de supuestos sobre “riqueza” y que incluye el cuerpo como un componente crucial para entender el impacto de la diferenciación social en la salud de los diferentes sectores que conforman la sociedad. Estas investigaciones han concluido que no existe una relación necesariamente directa entre las tumbas y la estructura sociopolítica,

sino que aquellas pueden ser manipuladas por los vivos para mantener el estatus, antes que reflejar la posición social de los muertos (Shimada *et al.* 2004, 370), y que los vacíos, además, se pueden resolver combinando información proveniente de un amplio espectro de fuentes independientes como la etnografía, la etnohistoria, la arqueología y la bioarqueología (Gamble, Walker y Russell 2001, 186).

Desde esta última perspectiva se han adelantado investigaciones diacrónicas en el Valle del Cauca (Blanco 2011; Rodríguez y Blanco 2015), los Andes orientales (Rodríguez, en prensa) y el Alto Magdalena (Rodríguez *et al.* 2016) que han concluido que existe una gran variabilidad temporal, espacial y social en las costumbres funerarias. En los periodos tempranos el recurso crítico fue el manejo ideológico, pues los personajes principales ostentaban su posición social mediante entierros con parafernalia de chamanes, entre cuyos elementos se contaban cabezas rituales, como en Aguazuque (Precerámico Tardío) (Correal 1990); máscaras, cuentas de cuarzo, instrumentos musicales y alcarrazas, como en el Bolo Temprano (Valle del Cauca); y cuentas de caracoles marinos, como en el Alto Magdalena y la sabana de Bogotá. Espacialmente, se detecta que las tumbas más profundas se construían en las colinas estructurales y las más sencillas, en los valles aluviales. En la sabana de Bogotá se aprecian tradiciones funerarias bien diferenciadas entre el norte (Tunja, Duitama, Sogamoso) y el sur (Soacha); en el Alto Magdalena, San Agustín se diferencia de Isnos y estos dos del valle cálido del río Magdalena. En cuanto al aspecto social, se registra que los personajes de mayor estatus recibían un tratamiento especial tanto en vida (deformación cefálica) como en la muerte (momificación de sus cuerpos, tumbas de pozo y cámara, templetos acompañados de esculturas).

De esta manera, el estudio de la variación funeraria en el tiempo, el espacio y según la jerarquización social brinda una valiosa información sobre el proceso de transformación de las sociedades en el pasado, incluyendo el impacto de esa variación en las condiciones de salud de los diferentes segmentos sociales.

El análisis de un cementerio relativamente grande (con 338 tumbas) en el valle cálido del río Magdalena, excavado casi en su totalidad, circunscrito y delimitado espacialmente —lo que permite abordar el problema en la escala de la comunidad—, nos puede brindar un modelo de análisis del comportamiento de unas pocas familias con un estilo de vida ribereño durante miles de años, como es el caso de La Jagua.

## La variación funeraria en el Alto Magdalena

Según los estudios arqueológicos adelantados en el sur del Alto Magdalena, se ha planteado que las tumbas servían para la ostentación de los vivos, pues se pretendía consolidar los lazos sociales de la persona muerta mediante la relación entre los ancestros (los muertos) y los descendientes (los vivos) (Drennan 1995, 2000; Drennan, González y Sánchez 2018; Duque 1966; Duque y Cubillos 1979; Llanos 1995; Llanos y Ordóñez 1998; Ordóñez 2010; Velandia 2011).

De acuerdo con la categoría social, las tumbas variaban desde pozos simples hasta cancelos y sarcófagos monolíticos acompañados de templetos y esculturas, y los cementerios se ubicaban en colinas elevadas seleccionadas a propósito. Con ese fin, se aplanaba inicialmente el terreno, después se construían los montículos funerarios para las tumbas suntuosas (Duque 1966, 217) y, en los casos de La Jagua, Llanos de la Virgen (Altamira), La Escalereta (Agrado) y Rioloro (Gigante) (Rodríguez, Cifuentes y Cabal 2012; Rodríguez *et al.* 2016; Rodríguez *et al.* 2018), en una parte elevada cerca del río Magdalena, se buscaba su relación con esa importante fuente de recursos. Al parecer, la tradición familiar, como grupo de descendientes de un ancestro mítico, configuró los estilos funerarios y de ese modo consolidó los lazos familiares (Llanos 1995, 88).

La principales ofrendas dispuestas en la tumba estaban representadas por cerámica ceremonial (vasijas trípodes, platos, copas, cuencos, vasijas compuestas, alcarrazas, figuras antropomorfas), vasijas domésticas, cantos rodados de río o lajas (de tamaño pequeño, medio y a veces grandes), obsidiana (de significación especial en los contextos del Formativo), núcleos, lascas, cuentas de collar (tubulares, discoidales, de concha), metates, manos de moler, restos de carbón vegetal, y en algunas oportunidades por orfebrería y animales. Para los indígenas, el oro servía por su luz para hacer ostentación de energía, pero una vez muerta la persona era enterrada con él (Reichel-Dolmatoff 2005).

Sobre los cuerpos colocaban piedras planas y alargadas posiblemente para que su peso facilitara la comunicación con el inframundo, y para demarcar y proteger el sitio de enterramiento de los ancestros. La posición del cuerpo variaba entre la dorsal extendida para personas de algún rango (Duque 1966, 218)—que era típica de los periodos tempranos—, y la posición flexionada (lado derecho o izquierdo), sedente y ventral, inclusive vertical (parado).

## Materiales y métodos

La muestra está constituida por 338 entierros, de los cuales 2 son del Precerámico, 2 del Formativo, 8 del Clásico Regional y 326 del periodo Reciente; 124 individuos (36,7 %) son infantiles, 124 (36,7 %) femeninos y 90 masculinos (26,6 %); por edades, 5 (1,5 %) son fetos, 5 (1,5 %) infantiles I, 23 (6,8 %) infantiles II, 11 (3,2 %) juveniles, 148 (43,8 %) adultos jóvenes, 54 (16,0 %) adultos medios y un adulto mayor (0,3 %); 283 (83,7 %) son entierros individuales, 52 (15,4 %) duales y solamente 2 son colectivos; por la forma de la tumba, 74 (21,9 %) son de pozo simple, 144 (42,6 %) son de pozo y montículo, 95 (28,1 %) son de pozo, montículo y cámara, y 25 (7,4 %) son urnas funerarias.

La base de datos se estructuró en el paquete estadístico SPSS-26, con 55 variables y 338 casos para 18 590 registros, que incluyen características de su localización, coordenadas geográficas, cronología absoluta y relativa, forma y tamaño de la tumba, tratamiento del cuerpo (posición, orientación, articulación, deformación cefálica), rasgos bioantropológicos (sexo, edad, medidas de dientes y huesos largos, lesiones dentales y óseas) y ajuar (cerámica, líticos, huesos animales, conchas, orfebrería). El análisis abarca los niveles individual (la persona social allí inhumada), intragrupal (la comunidad) e intergrupala (la región).

Los indicadores de salud (hipoplasia, caries, hiperostosis porótica, cribra orbitalia, traumas, periostitis, enfermedad articular degenerativa [EAD]) fueron registrados según la metodología del *Data collection codebook* (Steckel *et al.* 2006). Teniendo en cuenta la precaria conservación de los restos óseos por estar enterrados en un horizonte compuesto por arena de origen aluvial con presencia de ceniza volcánica, se hizo énfasis en la odontometría (diámetros MD y VL del diente 36) y osteometría (diámetros AP y ML del punto medio de la diáfisis del fémur izquierdo) para la estimación del sexo (Rodríguez *et al.* 2016). Para la reconstrucción de la paleodieta se tomaron muestras de fitolitos de cálculo dental, isótopos estables ( $\delta^{15}\text{N}$  y  $\delta^{13}\text{C}$ ), almidones de metates y ácidos grasos de algunas vasijas (tabla 1). Los cálculos paleodemográficos se realizaron según la metodología de Patricia O. Hernández (2004).

Mediante el análisis estadístico descriptivo se caracterizaron los grupos (segmentados según el periodo, el espacio y el grupo social), se aplicó la prueba de significación Kruskal-Wallis (nivel de significación de 0,05) y de asociación (tau-b de Kendall), y se utilizó una clasificación numérica para delimitar grupos según conglomerados jerárquicos (distancia euclídea al cuadrado y agrupación por el método de Ward). Posteriormente se adelantaron pruebas multivariadas mediante

análisis discriminante para determinar las variables más diferenciadoras y los grupos más singulares (Rodríguez 2007; Rodríguez *et al.* 2016; Shennan 1992).

**Tabla 1.** Dataciones e isótopos estables obtenidos en La Jagua, Garzón, Huila

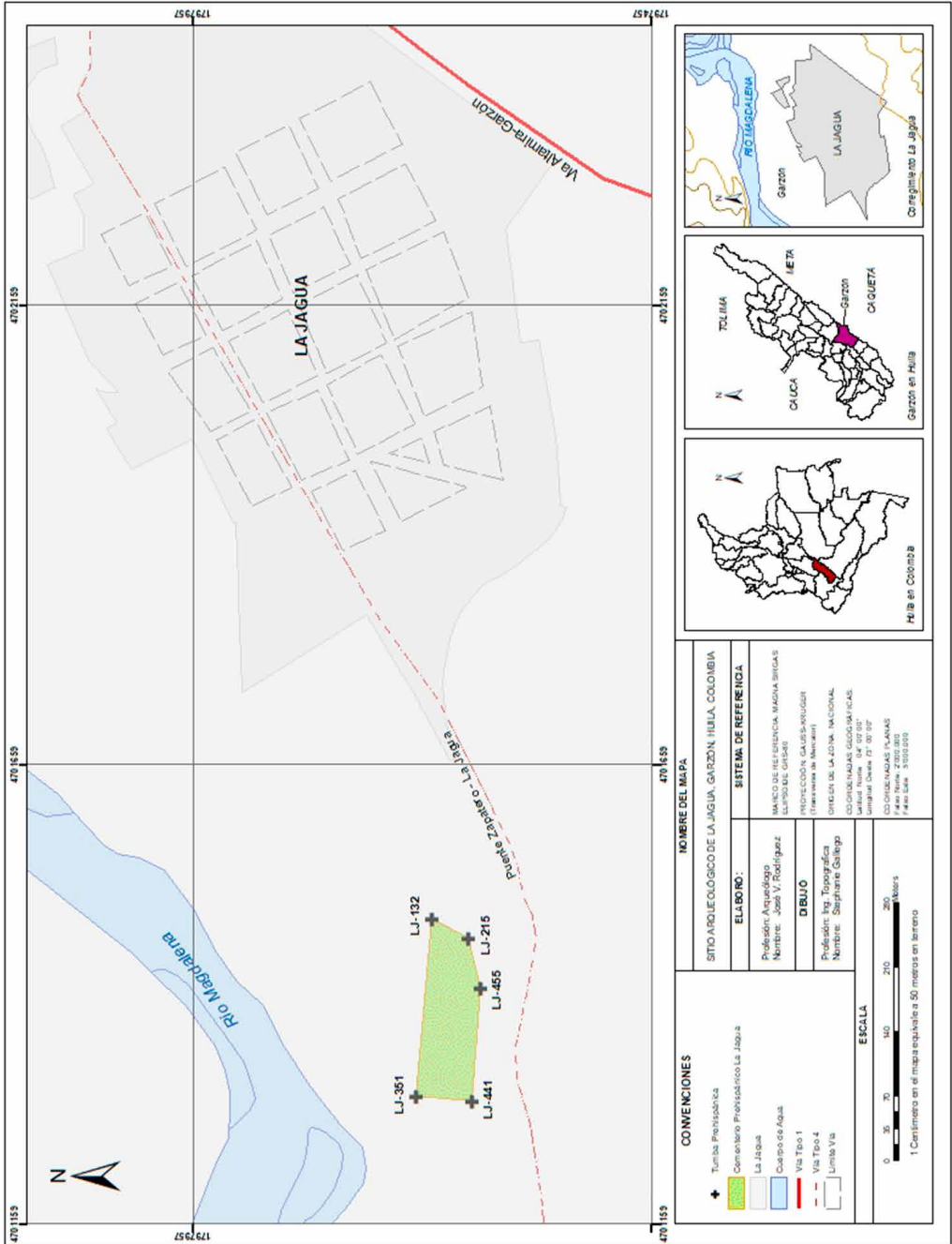
| Periodo                 | Beta n.º | Tumba            | Muestra datada                                       | Fecha convencional | Calibrado (95 % de confianza) | Cerámica | δ13C  | δ15N |
|-------------------------|----------|------------------|--|--------------------|-------------------------------|----------|-------|------|
| <b>Precerámico</b>      |          | LJ-455<br>LJ-456 | Datación morfométrica (dolicocefalia paleoamericana) |                    |                               | Ausente  |       |      |
|                         | 438018   | LJ-303           | Hueso  | 680 ± 30 d. C      | 685 a 885 d. C.               | GCR      | -10,8 | +7,9 |
| <b>Clásico Regional</b> | 440548   | LJ-356           | Hueso  | 820 ± 30 d. C.     | 780 a 985 d. C.               | GCR      | -9,6  | +9,3 |
|                         | 438016   | LJ-39            | Hueso  | 1240 ± 30 d. C     | 1280 a 1390 d. C.             | BC       | -15,2 | +8,8 |
| <b>Reciente</b>         | 438019   | LJ-378           | Hueso  | 1300 ± 30 d. C     | 1300 a 1405 d. C.             | BC       | -15,6 | +8,9 |
|                         | 438020   | LJ-415           | Hueso  | 1330 ± 30 d. C     | 1315 a 1415 d. C.             | BC       | -14,4 | +8,8 |
|                         | 438017   | LJ-174           | Hueso  | 1380 ± 30 d. C     | 1395 a 1440 d. C.             | BC       | -12,5 | +9,0 |

Fuente: elaboración propia.

## La variación espacial

El sitio fue objeto de intervención para la construcción de lagunas de oxidación en el poblado de La Jagua, por lo cual se aplicó un programa de arqueología preventiva (Rodríguez *et al.* 2016). Inicialmente se prospectó de manera sistemática el área delimitada entre los zanjones Morrocroy y Las Cuchas, el río Magdalena y la carretera que conecta con el poblado, mediante sondeos separados cada 15 m-30 m, de 40 cm × 40 cm × 60 cm (figura 1). Se pudo establecer que el sitio se diferencia por la presencia de tres niveles de terrazas que tuvieron distintos patrones de asentamiento. La terraza baja (TB) colindante con el río Magdalena fue objeto de ocupaciones de tipo doméstico durante los tres periodos cerámicos establecidos para el Alto Magdalena, con materiales cerámicos que pertenecen al Formativo (10,3%), al Clásico Regional (1,4%) y al Reciente (88,3%), según se pudo coleccionar de acuerdo con la prospección sistemática hecha mediante 225 pozos de sondeo y la excavación de 3 cortes en área. Posteriormente se excavó el cementerio a través de un emparrillado en área y se recuperaron 338 tumbas y 3 480 fragmentos cerámicos, de los cuales 72 (2,1%) son del Formativo, 107 (3,1%) del Clásico Regional y 3 301 (94,8%) del Reciente (exclusivamente del tipo Barranquilla crema). Eso, definitivamente, indica que este sitio fue ocupado principalmente durante la última fase del desarrollo cultural prehispánico del Alto Magdalena.





**Figura 1.** Polígono del cementerio prehispánico de La Jagua, Garzón, Huila, Colombia

Fuente: elaboración propia.

La terraza media (TM) se divide en dos sectores, uno localizado hacia el este (TME, con vértices LJ-132 y LJ-215) y otro hacia el oeste (TMW, con vértices LJ-351 y LJ-441), con enterramientos humanos bien diferenciados (figura 1). La zona oriental contiene la menor cantidad de entierros (70, equivalentes al 20,7 %), de los cuales casi la mitad no poseía ajuar (48,6 %), y tumbas en forma de pozo y montículo (45,7 %) o de pozo simple (25,7 %). Esta zona resalta además por poseer pocas tumbas de pozo y cámara (12,9 %), por la menor presencia de objetos considerados suntuosos para este lugar, como las vasijas subglobulares o chicheras (5,7 %), y por la ausencia de caracoles marinos en el ajuar, de modo que se trata del sector más sencillo de La Jagua, con las tumbas menos profundas (115 cm en promedio) (tabla 2).

Por su parte, la porción occidental (TMW) es la que concentra la mayor cantidad de tumbas (190, equivalentes al 56,2 %) y la mayor variabilidad de formas, profundidad y tipo de ajuar, en su gran mayoría pertenecientes al periodo Reciente (97,4 %). Los niños constituyen más de la tercera parte (38,5 %) y los adultos jóvenes comprenden el 46,3 %. Predominan las tumbas de pozo y montículo (50,5 %), sin ajuar (54,2 %), con el cuerpo en posición dorsal extendido (18,9 %) o lateral flexionado (13,2 %), y en las tumbas de pozo con cámara (16,3 %) el cuerpo yacía en posición sedente flexionado (35,3 %). En el ajuar predominan las grandes vasijas fragmentadas intencionalmente (14,7 %), y hay poca presencia de chicheras (6,8 %) (figura 2a), collares (5,3 %), caracoles marinos (1,6 %), huesos de animal (2,6 %) y orfebrería (1,6 %). Este sector es variopinto y tiene una profundidad promedio de 116 cm.



**Figura 2.** a) Vasija subglobular (chichera) del corte LJ-118 (izquierda); y b) globular con decoración geométrica del corte LJ-107 (derecha) del periodo Reciente

Fuente: elaboración propia.

**Tabla 2.** Distribución de las variables funerarias de La Jagua según el espacio ocupado

| Espacio / variable | Terraza alta |      | Terraza media W |      | Terraza media E |      |
|--------------------|--------------|------|-----------------|------|-----------------|------|
|                    | N            | %    | N               | %    | N               | %    |
| Total              | 78           | 23,1 | 190             | 56,2 | 70              | 20,7 |
| Norte*             | 731 400      |      | 731 400         |      | 732 700         |      |
| Este*              | 821 070      |      | 821 040         |      | 819 900         |      |
| Profundidad cm*    | 287          |      | 116             |      | 115             |      |
| Precerámico        | 2            | 2,6  | 0               |      | 0               | 0    |
| Formativo          | 1            | 1,3  | 0               |      | 0               | 0    |
| Clásico Regional   | 0            | 0    | 5               | 2,6  | 0               | 0    |
| Reciente           | 75           | 96,2 | 185             | 97,4 | 66              | 94,3 |
| Infantil           | 28           | 35,9 | 74              | 38,9 | 22              | 31,4 |
| Femenino           | 28           | 35,9 | 70              | 36,8 | 26              | 37,1 |
| Masculino          | 22           | 28,2 | 46              | 24,2 | 22              | 31,4 |
| Feto               | 3            | 3,8  | 0               | 0    | 2               | 2,9  |
| Infantil I         | 20           | 25,6 | 59              | 31,1 | 16              | 22,9 |
| Infantil II        | 5            | 6,4  | 14              | 7,4  | 4               | 5,7  |
| Juvenil            | 3            | 3,8  | 5               | 2,6  | 3               | 4,3  |
| Adulto joven       | 33           | 42,3 | 88              | 46,3 | 27              | 38,6 |
| Adulto medio       | 14           | 17,9 | 23              | 12,1 | 17              | 24,3 |
| Adulto mayor       | 0            | 0    | 1               | 0,5  | 0               | 0    |
| Deformación*       | 17           | 45,9 | 29              | 54,7 | 22              | 66,7 |
| Orientación 0°-45° | 16           | 20,5 | 44              | 23,2 | 15              | 21,4 |
| 46°-90°            | 20           | 25,6 | 24              | 12,6 | 5               | 7,1  |
| 136°-180°          | 2            | 2,6  | 16              | 8,4  | 20              | 28,6 |
| 181°-225°          | 13           | 16,7 | 24              | 12,6 | 7               | 10,0 |
| 271°-315°          | 15           | 19,2 | 37              | 19,5 | 4               | 5,7  |
| Posición*          |              |      |                 |      |                 |      |
| Dorsal extendido   | 4            | 5,1  | 13              | 18,9 | 3               | 4,3  |
| Dorsal flexionado  | 4            | 5,1  | 20              | 10,5 | 6               | 8,6  |

| Espacio / variable   | Terraza alta |      | Terraza media W |      | Terraza media E |      |
|----------------------|--------------|------|-----------------|------|-----------------|------|
|                      | N            | %    | N               | %    | N               | %    |
| Sedente flexionado   | 49           | 62,8 | 67              | 35,3 | 19              | 27,1 |
| Derecho flexionado   | 1            | 1,3  | 25              | 13,2 | 19              | 27,1 |
| Individual           | 60           | 76,9 | 161             | 84,7 | 62              | 88,6 |
| Dual                 | 16           | 20,5 | 28              | 14,7 | 8               | 11,4 |
| Colectivo            | 2            | 2,6  | 0               | 0    | 0               | 0    |
| Pozo simple          | 6            | 7,7  | 50              | 26,3 | 18              | 25,7 |
| Pozo y montículo     | 16           | 20,5 | 96              | 50,5 | 32              | 45,7 |
| Pozo y cámara        | 55           | 70,5 | 31              | 16,3 | 9               | 12,9 |
| Urna funeraria       | 1            | 1,3  | 13              | 6,8  | 11              | 15,7 |
| Sin ajuar*           | 25           | 32,1 | 103             | 54,2 | 34              | 48,6 |
| Ubicación del ajuar* |              |      |                 |      |                 |      |
| Cámara               | 30           | 38,5 | 9               | 4,7  | 4               | 5,7  |
| Varias vasijas       | 11           | 14,1 | 28              | 14,7 | 15              | 21,4 |
| Poporo (chichera)*   | 18           | 23,1 | 13              | 6,8  | 4               | 5,7  |
| Artefacto molienda   | 7            | 9,0  | 14              | 7,4  | 9               | 12,8 |
| Olla                 | 14           | 18,0 | 24              | 17,9 | 16              | 22,8 |
| Cuenco               | 7            | 9,0  | 14              | 7,4  | 4               | 5,7  |
| Figura antropomorfa  | 0            | 0    | 0               | 0    | 1               | 1,4  |
| Alcarraza            | 0            | 0    | 0               | 0    | 1               | 1,4  |
| Copa                 | 1            | 1,3  | 0               | 0    | 0               | 0    |
| Plato                | 0            | 0    | 2               | 1,1  | 1               | 1,4  |
| Cántaro              | 2            | 2,6  | 1               | 0,5  | 0               | 0    |
| Volante de huso      | 1            | 1,3  | 0               | 0    | 0               | 0    |
| Cuentas de collar*   | 17           | 21,8 | 10              | 5,2  | 2               | 2,9  |
| Caracol marino*      | 9            | 11,5 | 3               | 1,6  | 0               | 0    |
| Orfebrería*          | 12           | 15,4 | 3               | 1,6  | 2               | 4,3  |
| Hueso animal*        | 12           | 15,4 | 5               | 2,6  | 3               | 0    |
| Instrumento musical  | 0            | 0    | 1               | 0,5  | 0               | 0    |
| Artefacto lítico     | 1            | 1,3  | 7               | 3,7  | 0               | 0    |

| Espacio / variable   | Terraza alta |      | Terraza media W |      | Terraza media E |      |
|----------------------|--------------|------|-----------------|------|-----------------|------|
|                      | N            | %    | N               | %    | N               | %    |
| Indicadores de salud |              |      |                 |      |                 |      |
| Hiperostosis         | 5            | 7,0  | 5               | 2,9  | 0               | 0    |
| Cribra orbitalia     | 2            | 2,8  | 2               | 1,2  | 0               | 0    |
| Hipoplasia*          | 4            | 6,1  | 53              | 33,5 | 20              | 32,8 |
| Índice de cariados   | 9,3          |      | 5,1             |      | 3,6             |      |
| EAD                  | 10           | 18,5 | 15              | 12,2 | 2               | 4,5  |
| Periostitis          | 3            | 4,8  | 14              | 8,9  | 3               | 5,6  |
| Trauma               | 4            | 6,7  | 9               | 5,9  | 7               | 14,6 |

\*Prueba de significación Kruskal-Wallis a nivel 0,05  
Fuente: elaboración propia.

La terraza alta (TA) se destaca por poseer las tumbas más profundas (287 cm en promedio), de pozo con cámara (55, equivalentes al 70,5 %); con ajuar que incluye objetos suntuosos como chicheras (23,1 %), cuentas de collar (21,8 %), caracoles marinos (11,5 %), orfebrería (15,4 %) y huesos de animal (15,4 %), y el cuerpo en posición sedente flexionado (62,8 %). Este sector contiene las dos únicas tumbas que consideramos pertenecientes al Precerámico (LJ-455, 456), alrededor de las cuales se ubicaron las tumbas más suntuosas de La Jagua (figuras 1 y 3), ya sea como un indicador de la relación ancestro-descendencia o simplemente porque esta terraza posibilita la construcción de tumbas más profundas.

La vasija subglobular (chichera o poporo, como se la llama en la región) representa el ajuar más suntuoso de La Jagua (figura 2a). Es la única en el suroccidente de Colombia y, según los análisis de ácidos grasos, se empleó en la preparación de bebidas embriagantes a base de palmas (Rodríguez *et al.* 2018). Los caracoles marinos se introdujeron desde el Precerámico, posiblemente procedentes de la costa pacífica, lo que indica la presencia desde muy temprano de una extensa red de intercambio y de aprecio por las conchas, que en el mundo andino se relacionan con la fertilidad, la sexualidad y la lluvia para la agricultura (Blower 2001, 26; Bray 2001, 17). Son muy escasos los objetos foráneos, exceptuando una vasija antropomorfa (LJ-135) (figura 4) y otra compuesta (LJ-98), que por su estilo pueden provenir del suroccidente de Colombia (Cauca) (Rodríguez *et al.* 2016).



**Figura 3.** Tumba LJ-455, posiblemente del Precerámico

Fuente: elaboración propia.



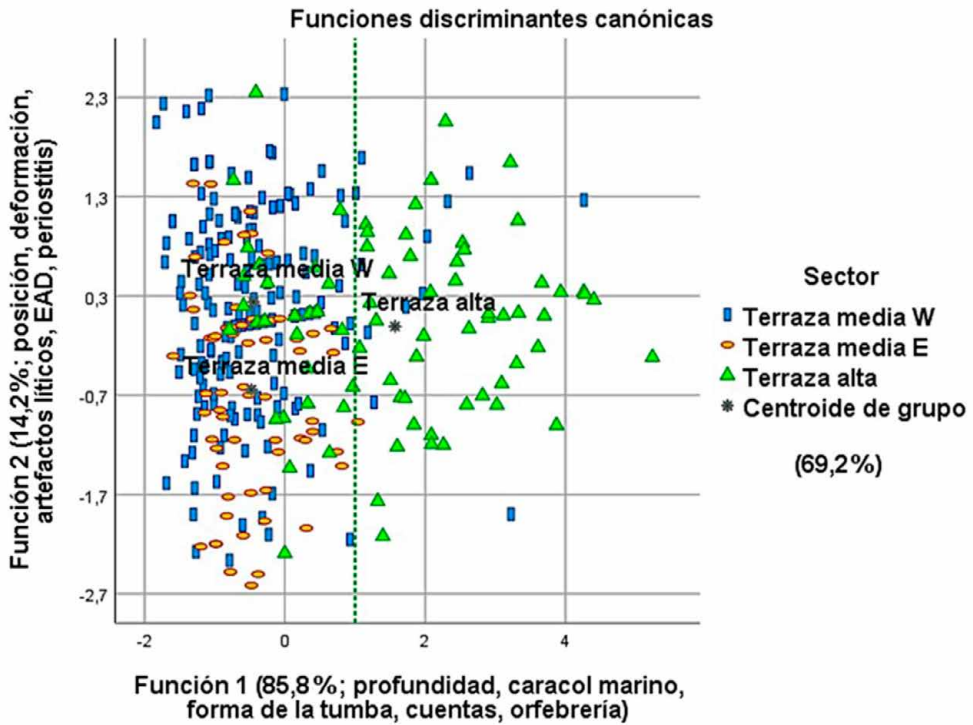
**Figura 4.** Tumba LJ-135, con montículo y vasija antropomorfa del Reciente

Fuente: elaboración propia.

En general no se evidencia una alta concentración de bienes materiales (“riqueza”). Solamente se destacan algunos individuos, habitualmente varones, que sobresalen por la deformación cefálica (75,4 %), enterrados en tumbas de pozo y montículo con mayor cantidad de ajuar (vasijas completas o fragmentadas intencionalmente), o en tumbas de pozo y cámara, el cuerpo en posición sedente, acompañados de chicheras, cuentas de collar, orfebrería y huesos de animal (conejos, serpientes).

Mediante un análisis discriminante se generan dos funciones canónicas que clasifican correctamente el 69,2 % del total de la variación. En la función 1, con varianza de 85,8 %, se incluyen las variables de profundidad y forma de la tumba y la presencia de caracoles marinos, que separan la terraza alta (TA) de los otros dos sectores. En la función 2, con varianza de 14,2 %, se incluyen la posición del cuerpo,

la deformación cefálica, la presencia de líticos y algunos indicadores de salud (EAD y periostitis), sin que exista una clara división de los tres sectores (figura 5).



**Figura 5.** Diagrama de dispersión de la variación espacial mediante dos funciones canónicas discriminantes

Fuente: elaboración propia.

El sitio empezó a utilizarse desde el Precerámico (tabla 1), un periodo poco conocido en el Alto Magdalena, donde solamente contamos con una fecha de 5250 a. P. en el Alto de Lavapatas, San Agustín (Duque y Cubillos 1988). Los dos individuos que consideramos pertenecientes a este periodo son dolicocefalos, con fuerte desgaste dental redondeado en los incisivos, y por el patrón funerario (tumbas de pozo y montículo) y la ausencia de cerámica parecen corresponder al periodo en cuestión (no ha sido posible datarlos por la ausencia de colágeno en los huesos recuperados). Ambos individuos (un adulto y un infante) tenían como ajuar cuentas de collar de conchas marinas y estaban en posición lateral derecho flexionada (figuras 1, 3, 6a).





**Figura 6.** Comparación entre a) un cráneo dolicocefalo LJ-455 (izquierda) del Precerámico y b) un braquicefalo deformado LJ-202 (derecha) del Reciente de La Jagua

Fuente: elaboración propia.

Durante el Formativo y el Clásico Regional la presencia humana en La Jagua es muy escasa. La gente prefirió la terraza de Llanos de la Virgen, a unos pocos kilómetros hacia el occidente, donde los entierros del Formativo son mayoría y están sepultados por un evento fluvio-volcánico que los sedimentó con un horizonte de gravilla muy compacta y cementada (figura 7). Este acontecimiento, que debió haber ocurrido hacia finales del Formativo (siglos II a. C. a II d. C.), afectó también la capacidad de supervivencia de la gente del Clásico Regional, por lo que se desplazó hacia la otra orilla del río Magdalena (Guacanas, Garzón), donde se registra su presencia (Llanos 1993; Rodríguez, Cifuentes y Cabal 2012). De nuevo hacia finales del Clásico Regional (siglos VII-IX d. C.) se percibe la influencia volcánica, aunque ya en forma de ceniza que intoxicó los suelos, las aguas y a la misma gente, como se registra en La Jagua (LJ-303, con evidencias de acromegalia) y en La Galda (Agrado), como se aprecia en LG-42 (con padecimiento de síndrome óculo-facio-cardio-dental).

Ya en el Reciente, la calidad de los suelos mejora por la sedimentación de los oligoelementos depositados por los conos volcánicos en siglos anteriores y, por ende, la productividad agrícola. Se incrementa el uso de todo el espacio, en la terraza baja, a orillas del río Magdalena, con fines domésticos y en la superior para enterramientos. Durante este periodo se aprecia una gran variabilidad en cuanto a formas, profundidad y tipo de ajuar, desde tumbas de pozo simple sin ajuar,



**Figura 7.** Perfil estratigráfico del corte LV-296 de Llanos de la Virgen, Altamira, donde se muestra el horizonte de origen fluvio-volcánico que sepultó las tumbas monticulares del Formativo

Fuente: elaboración propia.

monticulares con vasijas (figura 4), hasta tumbas de pozo profundo con cámara (250 cm-350 cm de profundidad), y el individuo en posición sedente acompañado de vasijas subglobulares (chicheras), cuentas de collar, orfebrería y huesos de animal. Tanto en el registro cerámico como en el funerario se observa un crecimiento total de más del 500 % con relación al periodo anterior, lo que indica la magnitud del mejoramiento de las condiciones de vida de la gente asentada en esta región. Finalmente, hay que acotar que no se aprecia abandono del sitio al final de este periodo (tabla 1).

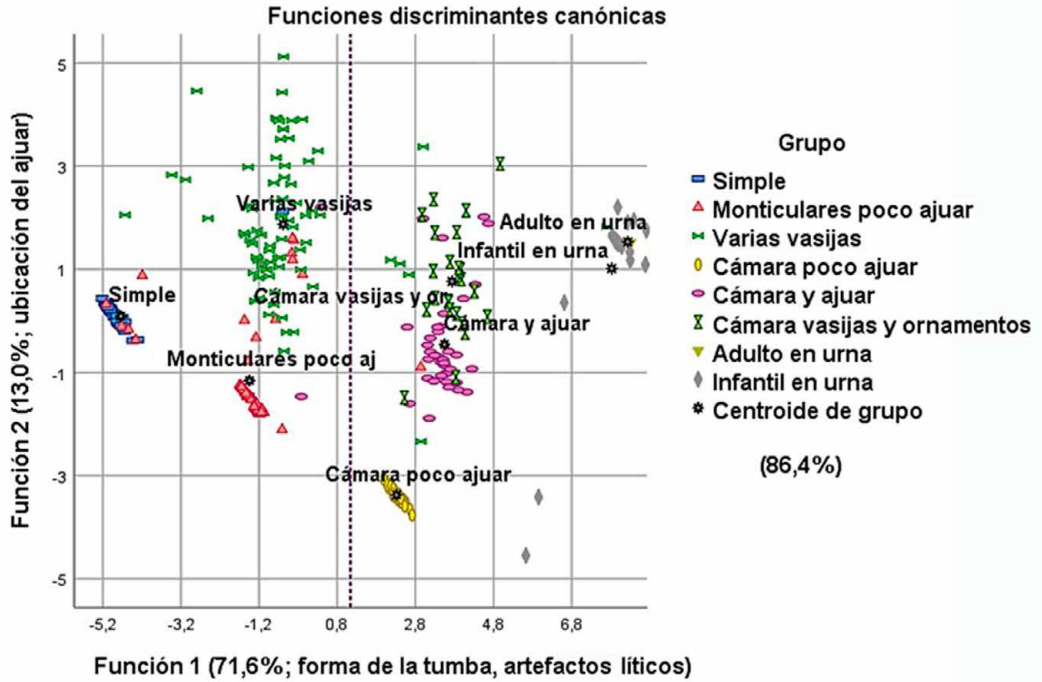
## La diferenciación social

En el ciclo vital de esta sociedad, los niños menores de tres años tenían un tratamiento especial destinado a que sus cuerpos retornaran a la tierra mediante la inhumación en urnas funerarias que eran apuntaladas a través de cantos rodados para fijarlas al terreno. En algunos grupos se consideraba que la persona debía llegar

hasta vieja y, si moría antes del destete, era como si hubiese sido abortada, por lo que el infante era regresado al útero de la madre tierra (Reichel-Dolmatoff 1985). Si sobrevivía a esta edad, su condición social cambiaba y el individuo era enterrado en tumbas de pozo y montículo con cantos rodados, acompañados con el ajuar según su pertenencia a algún grupo social determinado. La edad adulta se alcanzaba una vez realizados los rituales de paso, y en el caso de las mujeres esta condición se lograba con la primera menstruación y la posibilidad de ser madre, que podía llegar desde los nueve años de edad, como se registra en el caso de LJ-356 de finales del Clásico Regional (780-985 d. C.), que murió embarazada, con graves complicaciones de salud (hiperostosis porótica aguda) que posiblemente le ocasionaron la muerte, y fue enterrada como toda una mujer. Algunas mujeres de edad avanzada alcanzaban cierto reconocimiento social, lo que era destacado mediante grandes tumbas monticulares con numerosas vasijas enteras y fragmentadas intencionalmente, como se registra en el caso de LJ-39 del Reciente (1280-1390 d. C.). Por lo general los niños yacían en posición sedente flexionada (60,5 %); los niños y jóvenes (52,2 %) y las mujeres (47,6 %) poseían menos ajuar que los varones adultos (41,1 %); en las mujeres se estilaba la posición lateral flexionada (57,3 %); en el caso de los varones era más frecuente la posición ventral (12,2 %) (tabla 2).

Mediante un análisis discriminante que clasifica correctamente el 86,4 % de la variación, se configuran dos funciones. La función 1 (71,6 % de la varianza) separa los cuatro grupos de tumbas: simples, monticulares, de pozo y cámara y urnas, y la forma de la tumba y la presencia de cuentas de collar y caracol marino son aquí las variables con mayor peso; en la función 2 (varianza de 13,0 %) se separan con valor positivo la ubicación del ajuar y con negativo las de menor contenido en ajuar (figura 8).

Según la prueba de asociación tau-b de Kendall, con nivel de significancia de 0,01 bilateral, con el grupo social se relacionan positivamente la profundidad, la posición, la forma de la tumba, la ubicación del ajuar, la presencia de elementos de ajuar como chichera, caracol, collar, orfebrería y huesos de animal, como también el sexo y la edad. A las personas de mayor edad (adultos mayores) se las destacaba mediante la ofrenda de varias vasijas, chicheras y tumbas de mayor profundidad (más de 170 cm). Los grupos etarios con menor reconocimiento son los infantes II (5-9 años) y los jóvenes. La deformación cefálica intencional era otro atributo de reconocimiento según la edad (adultos mayores) y el sexo (masculino), y se asocia con la profundidad, la presencia de varias vasijas, chicheras y ollas, es decir, con estatus social.



**Figura 8.** Diagrama de dispersión de la variación social mediante dos funciones canónicas discriminantes

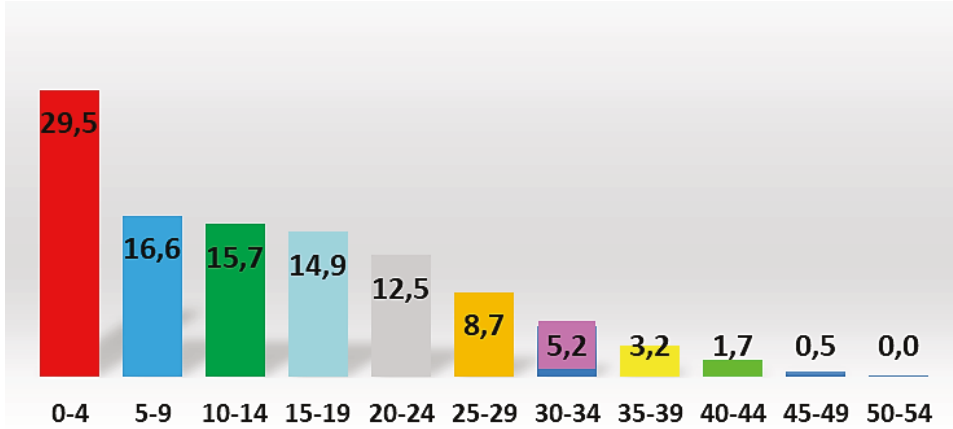
Fuente: elaboración propia.

En general, la variación de los entierros de La Jagua según su forma se distribuye en tumbas de pozo simple, monticulares, de pozo y cámara, y en urnas funerarias (figura 6, tabla 2). Allí, los objetos más destacados en todos los tiempos fueron las cuentas de collar de concha marina, símbolos de fertilidad y abundancia en el mundo andino (Blower 2001; Bray 2001), y en el periodo Reciente, las chicheras (poporos) y las vasijas fragmentadas intencionalmente (“matadas”).

## Las condiciones de salud

Casi el 30 % de la población fallecía en el transcurso de los cuatro primeros años de vida, muy posiblemente por problemas gastrointestinales que no dejaban huella en los huesos, lo que significa una alta tasa de mortalidad infantil (figura 9). A partir de los 5 años la probabilidad de muerte decae y se estabiliza hasta los 24

años, con una probabilidad de muerte ( $q_x$ ) inferior a 0,08, muy baja en la cohorte de 10-14 años ( $q_x = 0,0190$ ) y que se incrementa significativamente a partir de los 25 años, cuando se intensifica la carga laboral de los adultos, en especial después de los 40 años ( $q_x = 0,6857$ ).



**Figura 9.** Pirámide poblacional de La Jagua en el periodo Reciente

Fuente: elaboración propia.

La esperanza de vida al nacer alcanzaba los 20,4 años, cifra baja, pues en el ámbito prehispánico se ubica entre 20-30 años; la tasa bruta de natalidad (TBN) alcanzaba los 49,1, cifra elevada si la comparamos con las de la Colombia contemporánea (en el Chocó alcanza 44,3/1 000 habitantes), al igual que la tasa bruta de mortalidad (TBM). La tasa bruta de reproducción (TBR) o número de hijas que pudo haber dado a luz cada mujer que sobrevivió hasta los 50 años era de 3,0 y la tasa global de fecundidad (TGB), de 6,0, es decir, que una mujer en promedio pudo haber tenido 6 hijos (Rodríguez *et al.* 2016).

Si calculamos en 600 años la utilización de este cementerio durante el periodo Reciente, partimos de 8 tumbas del Clásico Regional (dato por supuesto muy bajo) hasta alcanzar 326 entierros durante la fase final de la ocupación prehispánica, lo que según los procedimientos demográficos arroja una tasa de decrecimiento de -0,006 % anual ( $r = \ln(P2/P1)/t = -0,006$ ) (Hernández 2004). Si el promedio de cada familia era de 5 personas, y si la esperanza de vida era de 20 años y calculamos en ese mismo intervalo cada generación, en 100 años se alcanzaría un tamaño poblacional de 50 habitantes, hasta llegar a los 300 en 600 años. Es decir que el sitio de La Jagua habría sido fundado por unas cuantas familias que prácticamente no crecieron en el

transcurso del periodo Reciente, lo que representa una pequeña aldea que no tenía impacto sobre los recursos locales y que además practicaba la exogamia con otros grupos vecinos, pues no se aprecian malformaciones genéticas.

En cuanto a los indicadores de salud, las cifras de hiperostosis y cribra orbitalia (que se asocian a la anemia megaloblástica) son inferiores a 5,0 % sin diferencias por sexo; la EAD alcanza en promedio en ambos sexos el 22 % y se concentra en la articulación temporo-mandibular y en las rodillas. La hipoplasia es ligeramente superior en mujeres (34,0 %) en comparación con los varones (26,0 %), aunque esta diferencia no es estadísticamente significativa. Los indicadores que registran diferencias significativas (prueba de Kruskal-Wallis con nivel de significancia del 95 %) son la presencia de periostitis (en su mayoría de tipo yaws) (5,6 % en mujeres contra 18,7 % en varones) y la presencia de traumas (7,1 % en individuos femeninos y 18,8 % en masculinos). Según el grupo social, el único indicador que muestra diferencias significativas es la hipoplasia (defecto del esmalte relacionado con el estrés en niños en edad de destete), que es inferior en el grupo de élite.

Las diferencias con significancia estadística en cuanto a sexo se expresan en la deformación cefálica y en la presencia de hueso animal en el ajuar, y en cuanto a los indicadores de salud, en la existencia de periostitis y traumas ocasionados por impacto con arma contundente, no letal, registrados en la región frontal izquierda de varones, posiblemente por confrontaciones durante las borracheras. La baja ocurrencia de traumas, aunada a la ausencia en la iconografía cerámica de escenas de violencia y de restos de armas en el ajuar funerario, permite descartar la hipótesis de los cronistas sobre la existencia de “guerra endémica” (López 1970, 60; Simón 1981, 3, 272).

## Conclusiones

El análisis de la variación funeraria tiene una serie de ventajas, pues permite abordar la cuestión de la diferenciación social en el tiempo y el espacio, e incluir el ámbito de las condiciones de salud y el contexto demográfico. Desde la perspectiva teórica y metodológica, el enfoque integral y multivariado es más efectivo que el procesualismo o representacionismo para evaluar la variación funeraria de las sociedades prehispánicas, en cuanto que no parte de supuestos subjetivos de “riqueza” y de inversión de energía para analizar la variación social. Para los grupos humanos que habitaron en La Jagua el objeto más importante durante todos los periodos fueron las cuentas de collar elaboradas con conchas marinas, que

tienen un significado más simbólico que material, pues se relacionan con lo máspreciado de esas sociedades, a saber: la fertilidad, la capacidad de supervivencia, que a su vez se convertiría en el recurso crucial.

El periodo Reciente en San Agustín-Isnos ha sido considerado como un momento de significativo crecimiento demográfico, medido por el incremento de fragmentos cerámicos recuperados en los reconocimientos sistemáticos regionales, caracterizado por un control más económico que religioso con relación al Clásico Regional que pudo haber conducido a la acumulación de “riqueza” por grupos de élite (Drennan, González y Sánchez 2018, 116). Lo mismo se podría afirmar con respecto al valle cálido del río Magdalena, pues la cantidad de cerámica pasa de 9,8 % a 74,8 % (Rodríguez *et al.* 2018, 77). Sin embargo, a juzgar por los cálculos demográficos computados a partir del número de fallecidos enterrados en el cementerio de La Jagua, se aprecia un decrecimiento de -0,006 % al año, es decir, en 600 años del Reciente la población prácticamente no creció, aunque tampoco abandonó el sitio al final de este periodo y solamente empleó el tipo cerámico BC. Esta diferencia conduce a la necesidad de ajustar los cálculos demográficos a partir del conteo de fragmentos cerámicos, pues en el Reciente las vasijas son mucho más grandes y producen más basura.

En general no se evidencia acumulación de bienes materiales suntuosos (“riqueza”), exceptuando algunas vasijas subglobulares (chicheras) que se empleaban en la preparación de bebidas fermentadas de palmas (arecáceas), cuyos cuecos se amasaban en metates (según el análisis de almidones), al igual que el maíz. Además de maíz, yuca, frijol, cucurbitáceas y palmas, se consumían otras gramíneas no identificadas en los fitolitos de cálculo dental, como se refleja también en los isótopos estables ( $\delta^{13}\text{C}$  de -9,6 a -15,6 o/oo y  $\delta^{15}\text{N}$  entre +7,9 a +9,3 o/oo), lo que indica también un buen consumo de proteína animal (Rodríguez *et al.* 2016; Rodríguez *et al.* 2018).

Los indicadores de salud son similares a los registrados en otras partes del valle cálido del río Magdalena (Rodríguez *et al.* 2016), en el valle del Cauca (Blanco 2011; Rodríguez y Blanco 2015) y la sabana de Bogotá (Langebaek *et al.* 2015), y muy inferiores a los reportados en sociedades altamente estratificadas como las de México (Márquez y Hernández 2006) y los Andes centrales (Pechenkina *et al.* 2007).

La baja presencia de traumas observada especialmente en varones y su carácter no letal (tabla 2) desvirtúan el planteamiento sobre la guerra como factor importante en la centralización del poder, asociada a un alto nivel de competencia entre unidades políticas (Drennan 2000, 135). Pueden ser producto de comportamientos rituales, conflictos domésticos o accidentes, lo que lleva a replantear el rol

de los guerreros (Tiesler y Cucina 2012, 176). Tampoco se registran huellas de corte en los huesos relacionados con el tasaje de los cuerpos de víctimas de eventual canibalismo, cautiverio o sacrificio humano, ni contextos dispersos intencionalmente (Hatch 2012, 218).

En consecuencia, la sociedad del periodo Reciente del valle cálido del río Magdalena, vista desde el cementerio de La Jagua, aparece con baja densidad demográfica por la alta mortalidad infantil, poco jerarquizada y con escasa acumulación de bienes suntuosos, con una élite que no se abstraía del trabajo material y que tampoco hacía parte de grupos antagónicos que rivalizaban de manera violenta. De hecho, en declaraciones hechas en 1628 durante la visita del gobernador de la provincia de Neiva, Diego de Ospina, a la villa de Timaná, a la pregunta 15, respecto a la existencia de caciques, los indígenas del Alto Magdalena respondían que “han dado a su cacique algunos regalos de cosas de comer y que esto no ha sido por vía de tributo, ni lo han pagado” (Ospina 1628, f. 776 v.), aunque también afirmaban “que en tiempos antiguos hacían estos indios una roza muy grande a su cacique en señal de tributo y señorío” (f. 860 v.). Es decir, solamente le colaboraban con comida y en la roza de sus sementeras, y el trabajo era colectivo, pues “para hacer sus rozas hacen fiestas, juntas y mingas en días de domingos y fiestas [...] para ayudarse unos a otros” (ff. 759 r., 776 v.).

## Agradecimientos

Un especial agradecimiento a la empresa Enel-Emgesa por toda la colaboración y financiación brindadas durante las excavaciones y análisis de laboratorio en La Jagua, Huila.

## Referencias

- Argüello, Pedro María.** 2020. “Cambios en las prácticas funerarias prehispánicas en el altiplano cundiboyacense (centro de Colombia) desde el periodo Precerámico al Muisca Tardío. Un análisis exploratorio”. *Boletín de Antropología* 35 (60): 40-71. <https://revistas.udea.edu.co/index.php/boletin/article/view/343519>
- Binford, Lewis R.** 1971. “Mortuary practices: their study and their potential”. *Memoirs of the Society for American Archaeology* 25: 6-29. <https://doi.org/10.1017/S008113000002525>



- Blanco, Sonia.** 2011. “La variabilidad fúnebre como expresión del cambio social en la población prehispánica del valle geográfico del río Cauca entre el 1200 a. C. y el 700 d. C.” Tesis de maestría, Departamento de Antropología, Universidad Nacional de Colombia, Bogotá. <https://repositorio.unal.edu.co/handle/unal/10157>
- Blower, David.** 2001. “Las múltiples facetas del Mulu: mucho más que una concha de *Spondylus*”. *Arqueología del Área Intermedia* 3: 25-52.
- Boada, Ana M.** 2000. “Variabilidad mortuoria y organización social prehispánica en el sur de la sabana de Bogotá”. En *Sociedades complejas en la sabana de Bogotá, siglos VIII al XI d. C.*, editado por Braida Enciso y Monika Therrien, 24-58. Bogotá: Instituto Colombiano de Antropología e Historia.
- Bray, Tamara L.** 2001. “Skeumorphos, conchas de cerámica en los Andes septentrionales: ideología, emulación e intercambio a larga distancia”. *Arqueología del Área Intermedia* 3: 11-24.
- Chapman, Richard.** 2013. “Death, burial, and social representation”. En *The Oxford handbook of the archaeology of death and burials*, editado por Liv Nilsson Stutz y Sarah Tarlo, 122-144. Oxford: Oxford University Press. <https://doi.org/10.1093/oxfordhb/9780199569069.013.0004>
- Correal Urrego, Gonzalo.** 1990. *Aguazuque. Evidencias de cazadores, recolectores y plantadores en la altiplanicie de la cordillera Oriental*. Bogotá: Fundación de Investigaciones Arqueológicas (FIAN) / Banco de la República. <https://babel.banrepcultural.org/digital/collection/p17054coll5/id/0>
- Correcha Suárez, Heidy Margarita.** 1991. “Reconocimiento arqueológico en el valle del río Suaza, inspección de La Jagua, municipio de Garzón-Huila”. *Boletín de Arqueología de la FIAN* 6 (3): 7-53. <https://publicaciones.banrepcultural.org/index.php/fian/article/view/5432>
- Drennan Robert D.** 1995. “Mortuary practices in the Alto Magdalena: the social context of the San Agustín culture”. En *Tombs for the living: Andean mortuary practices: a symposium at Dumbarton Oaks 12th and 13th October 1991*, 79-109. Washington: Dumbarton Oaks Research Library and Collection.
- . 2000. *Las sociedades prehispánicas del Alto Magdalena*. Bogotá: Instituto Colombiano de Antropología e Historia.
- Drennan, Robert D., Víctor González y Carlos A. Sánchez.** 2018. *Patrones de asentamiento regional en el Alto Magdalena: la zona de San Agustín-Isnos*. Pittsburgh; Bogotá: University of Pittsburgh, Center for Comparative Archaeology; Instituto Colombiano de Antropología e Historia; Universidad de los Andes.
- Duque, Luis y Julio C. Cubillos.** 1988. *Arqueología de San Agustín, alto de Lavapatás*. Bogotá: FIAN.

- Duque Gómez, Luis.** 1966. *Exploraciones arqueológicas en San Agustín*. Bogotá: Imprenta Nacional.
- Duque Gómez, Luis y Julio César Cubillos.** 1979. *Arqueología de San Agustín. Alto de los Ídolos. Montículos y tumbas*. Bogotá: FIAN.
- Gamble, Lynn. H., Phillip L. Walker y Glenn S. Russell.** 2001. "An integrative approach to mortuary analysis: social and symbolic dimension of Chumash burial practices". *American Antiquity* 66 (2): 185-212. <https://doi.org/10.2307/2694605>
- Hatch, Mallorie A.** 2012. "Meaning and the bioarchaeology of captivity, sacrifice, and cannibalism. A case study from the Mississippian period at Larson, Illinois". En *The Bioarchaeology of Violence*, editado por Debra L. Martin, Ryan P. Harrod y Ventura R. Pérez, 201-225. Gainesville: University Press of Florida. <https://doi.org/10.5744/florida/9780813041506.003.0011>
- Hernández, Patricia O.** 2004. *Demografía y antropología demográfica*. Ciudad de México: INAH.
- Langebaek, Carl Henrik, Alejandra Jaramillo Gonzales, Lucero Aristizábal, Marcela Bernal Arévalo, María Antonieta Corcione, Luisa Fernanda Mendoza, Luz Pérez, Freddy Rodríguez y Catalina Zorro.** 2015. "Vivir y morir en Tibanica: reflexiones sobre el poder y el espacio en una aldea muisca tardía de la sabana de Bogotá". *Revista Colombiana de Antropología* 51 (2): 173-207. <https://doi.org/10.22380/2539472X18>
- Llanos, Héctor.** 1993. *Presencia de la cultura de San Agustín en la depresión cálida del valle del río Magdalena*. Bogotá: FIAN.
- . 1995. *Montículo funerario del Alto de Betania (Isnos). Territorialidad y espacio de los muertos en la cultura de San Agustín*. Bogotá: FIAN; Instituto Colombiano de Antropología e Historia.
- Llanos, Héctor y Anabela Durán.** 1983. *Asentamientos prehispánicos de Quinchana, San Agustín*. Bogotá: FIAN.
- Llanos, Héctor y Hernán Ordóñez.** 1998. *Viviendas y tumbas en los Altos de Lavaderos del valle del río Granadillos, San Agustín*. Bogotá: FIAN.
- López, Pero.** (1570) 1970. *Rutas de Indias a Buenos Aires y sublevaciones de Pizarro, Castilla y Hernández Girón 1540-1570*. Transcrito y anotado por Juan Friede. Madrid: Talleres Gráficos Porrúa.
- Márquez, Lourdes y Patricia O. Hernández, eds.** 2006. *Salud y sociedad en el México prehispánico y colonial*. Ciudad de México: Conaculta; INAH.
- Martínez, Alberto.** 1995. "Exploración arqueológica en la desembocadura del río Páez al río Magdalena, Gigante, Huila". *Boletín de Arqueología* 10 (2): 45-56. <https://publicaciones.banrepcultural.org/index.php/fian/article/view/5488>

- Ordóñez, Hernán.** 2010. “Prácticas funerarias como expresión del proceso de integración política en San Agustín, sur del Alto Magdalena. Periodo Formativo y Clásico Regional. Siglos X a. C. a IX d. C.”. Tesis de maestría, Departamento de Antropología, Universidad Nacional de Colombia, Bogotá. <https://repositorio.unal.edu.co/handle/unal/6918>
- O’Shea, John M.** 1985. *Mortuary variability. An archaeological investigation*. Londres: Academic Press.
- Ospina, Diego de.** 1628. *Visitas a la villa de Timaná*. Bogotá. Archivo General de la Nación, Sección Colonia, Fondo Visitas Tolima, t. 4, ff. 735-958.
- Pechenkina Ekaterina A., Joseph A. Vradenburg, Robert A. Benfer Jr. y Julie F. Farnum.** 2007. “Skeletal biology of the central Peruvian coast. Consequence of changing population density and progressive dependence on maize agriculture”. En *Ancient health. Skeletal indicators of agricultural and economic intensification*, editado por Mark Nathan Cohen y Gillian M. M. Crane-Kramer, 93-112. Gainesville: University Press of Florida.
- Pradilla Helena.** 2001. “Descripción y variabilidad en las prácticas funerarias del Cercado Grande de los Santuarios, Tunja, Boyacá”. En *Los chibchas. Adaptación y diversidad en los Andes orientales de Colombia*, editado por Juan V. Rodríguez, 165-206. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia; Colciencias.
- Preuss, Konrad Th.** (1931) 2013. *Arte monumental prehistórico: excavaciones hechas en el Alto Magdalena y San Agustín (Colombia): comparación arqueológica con las manifestaciones artísticas de las civilizaciones americanas*. Bogotá: Instituto Colombiano de Antropología e Historia.
- Reichel-Dolmatoff, Gerardo.** 1985. *Los kogi. Una tribu de la Sierra Nevada de Santa Marta*. T. 2. Colombia. Bogotá: Procultura.
- . 2005. *Orfebrería y chamanismo*. Bogotá: Banco de la República; Villegas Editores.
- Rodríguez, José V., ed.** 2007. *Territorio ancestral, rituales funerarios y chamanismo en Palmira prehispánica, Valle del Cauca*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Rodríguez, José V.** En prensa. *Tras las huellas de los chibchas de los Andes orientales de Colombia*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Rodríguez, José V., Amparo Ariza, Gustavo Cabal y Ferney Caldón.** 2016. *Vida y muerte en el sur del Alto Magdalena. Bioarqueología y cambio social*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia; Emgesa.
- Rodríguez, José V., Amparo Ariza, Ferney Caldón, Maryam Hernández, Luis Salamanca y Juan Vásquez.** 2018. *El Huila milenario. Paisajes, pueblos y culturas en el sur del Alto Magdalena*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia; Emgesa.

- Rodríguez, José V. y Sonia Blanco.** 2015. "Salud, ambiente y cambio social en el Valle del Cauca prehispánico". *Boletín de Antropología* 30 (50): 33-54. <https://revistas.udea.edu.co/index.php/boletin/article/view/25253>
- Rodríguez, José V., Arturo Cifuentes y Gustavo Cabal.** 2012. *Arqueología en el "valle de la Tristura", sur del Alto Magdalena, Huila*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia; Emgesa.
- Ruiz, Jorge A.** 1994. *Pautas funerarias en el proceso histórico de San Agustín*. Neiva: Instituto Huilense de Cultura; Gobernación del Huila.
- Sánchez, Carlos A.** 2015. "Producción agrícola y organización política en las sociedades prehispánicas del Alto Magdalena". *Revista Colombiana de Antropología* 51 (2): 209-240. <https://revistas.icanh.gov.co/index.php/rca/article/view/218>
- Saxe, Arthur A.** 1971. "Social dimensions of mortuary practices in a Mesolithic population from Wadi Halfa, Sudan". En "Approaches to the social dimensions of mortuary practices", editado por James A. Brown, número especial, *Memoirs of the Society for American Archaeology* 25: 39-57. <https://www.jstor.org/stable/25146711>
- Shennan, Stephen.** 1992. *Arqueología cuantitativa*. Barcelona: Editorial Crítica.
- Shimada, Izumi, Ken-ichi Shinoda, Julie Farnum, Robert Corruccini y Hirokatsu Watanabe.** 2004. "An integrated analysis of pre-hispanic mortuary practices: a middle sicán case study". *Current Anthropology* 45 (3): 369-402. [https://opensiuc.lib.siu.edu/cgi/viewcontent.cgi?article=1007&context=anthro\\_pubs](https://opensiuc.lib.siu.edu/cgi/viewcontent.cgi?article=1007&context=anthro_pubs)
- Simón, Pedro.** (1625) 1981. *Noticias historiales de las conquistas de Tierra Firme en las Indias Occidentales*. Bogotá: Biblioteca Banco Popular.
- Steckel, Richard H., Clark S. Larsen, Paul W. Sciulli y Phillip L. Walker.** 2006. *Data collection codebook*. Columbus, OH) The Ohio State University.
- Tainter, John.** 1977. "Modeling change in prehistoric social systems". En *For theory building in archaeology*, editado por Lewis Robert Binford, 327-351. Nueva York: Academic Press.
- Tiesler, Vera y Andrea Cucina.** 2012. "Where are the warriors?". En *The bioarcheology of violence*, editado por Debra L. Martin, Ryan P. Harrod y Ventura R. Pérez, 160-179. Gainesville: University Press of Florida.
- Velandia, César.** 2011. *Iconografía funeraria en la cultura arqueológica de San Agustín-Colombia*. Ibagué: Universidad del Tolima.

# Alianzas parciales entre prácticas menores: la naturaleza “enigmática” de la planicie amazónica colombiana<sup>1</sup>

*Partial alliances among minor practices. The “elusive” nature of Colombia’s Amazonian plains*

---

<https://doi.org/10.22380/2539472X.2211>

**Kristina Lyons**

University of Pennsylvania, Estados Unidos

krlyons@sas.upenn.edu / <http://orcid.org/0000-0003-2832-9425>

Después de varias entrevistas, Abdón Cortés me invitó al Instituto Geográfico Agustín Codazzi (IGAC) para compartir algunos aspectos de mi investigación con las comunidades rurales del Putumayo. La invitación se debió precisamente a que los agrólogos, durante sus salidas de campo de levantamiento de suelos, no acostumbran a consultar a las comunidades locales con respecto a las visiones económicas que tienen sobre sus territorios ni sobre sus prácticas agrícolas cotidianas. Pero pronto me di cuenta de que los agrólogos del IGAC estaban más interesados en contar historias sobre sus primeros viajes de campo en la cuenca del Amazonas. Sus narraciones siempre empezaban con una sorpresa: lo que describían como el contraste engañoso entre la exuberante cobertura boscosa tropical vista desde el aire y la mucho menos robusta y fértil capa superior del suelo que luego descubrían debajo de aquella. El “enigma” de las planicies amazónicas colombianas, como los oí llamarlo algunas veces, tiene mucho en común con las tensiones de vieja data en los países vecinos de Brasil y Perú entre la planeación estatal para la agricultura industrializada y la realidad de un suelo visto como un serio obstáculo para el desarrollo de una frontera agrícola productiva en términos convencionales (Fearnside 1985; Schmink y Wood 1992). Este enigma nos remite en parte a lo que

---

1 Capítulo del libro *Descomposición vital: suelos, selva y propuestas de vida*, publicado por la Editorial de la Universidad del Rosario en 2020. La RCA agradece a la casa editorial y a la autora por haber permitido la inclusión de este manuscrito en la presente edición especial.

Raffles y WinklerPrins han conceptualizado como una *genealogía de racialización*, desde las teorías antropológicas del siglo XIX sobre el percibido atraso agrícola en la Amazonía —debido, supuestamente, al “efecto en la raza de una naturaleza demasiado fértil que lleva a la desidia”— hasta ciertas narrativas ecológico-culturales de finales del siglo XX, que describen los mismos efectos sociales en el marco de un entorno diferente pero igualmente determinista: un “contexto hostil de suelos pobres en nutrientes” (2003, 167-168)<sup>2</sup>.

Los científicos del suelo que contrató el Estado en la década de los setenta para llevar a cabo el primer inventario nacional moderno de la Amazonía colombiana, el Proyecto Radargramétrico del Amazonas (Proradam), habían sido formados para trabajar en las zonas templadas en el interior o en las costas del país, donde los suelos tienen alrededor de un metro de profundidad y adquieren el 90% de sus nutrientes de minerales meteorizados en los horizontes más cercanos a la superficie. En un marcado contraste con esos suelos, la delgada capa cultivable de cinco a diez centímetros que conforma gran parte de la planicie amazónica, donde la provisión de nutrientes depende de la fase orgánica del suelo, a estos científicos les parecía más “hojarasca” que “suelo”. En la figura 1 es posible detectar visceralmente la íntima interacción de reciclaje entre suelos y selva, la cual, más que un ente estable, constituye una relación continua. Como lo describo a continuación, los suelos solo pueden existir si también existen la selva, las plantas y sus respectivas comunidades microbianas, pues el impulso y las temporalidades de los ciclos de nutrientes sostienen mutuamente la selva, el suelo y todo lo que yace debajo, encima y en el medio. Fue la creciente sintonía de las comunidades campesinas con las condiciones dinámicas de la “hojarasca” lo que inspiró el nombre de la finca-escuela amazónica de San Miguel, Putumayo: La Hojarasca.

2 Raffles y WinklerPrins se refieren al trabajo del antropólogo estadounidense Julian Steward y la arqueóloga Betty Meggers, del Instituto Smithsonian, en las décadas de los cuarenta y sesenta, quienes consolidaron la Amazonía como el campo etnográfico principal para comprobar teorías de determinación ecológica. Véase Kawa (2016) para una discusión más amplia de este debate racializado.



**Figura 1.** Hojarasca

Fuente: fotografía de Kristina Lyons.

Por el contrario, los agrólogos han producido una larga lista de factores naturales limitantes para caracterizar esa hojarasca que descubrieron en la Amazonía: mala genética, vejez, roca madre con deficiencias minerales, acidez y la tendencia

a erosionarse rápidamente al quedar expuesta a las fuertes lluvias al talarse la cobertura boscosa (Cortés e Ibarra 1981; León 1999). Además, la abundante base arcillosa de muchos suelos amazónicos es una caolinita extremadamente meteorizada con altos niveles de óxidos de aluminio y hierro, lo cual los hace tóxicamente inhóspitos para muchos cultivos comerciales convencionales en ausencia de medidas “correctivas” sustanciales (como la aplicación de cal y fertilizantes). En una de las publicaciones del Año de los Suelos, *Suelos para niños* (IGAC 2008), se incluyen unas caricaturas que muestran los oxisoles y ultisoles “seniles” de la Amazonía. El nombre del ultisol proviene de la palabra *último*, porque los ultisoles son vistos como el último resultado de la meteorización continua de los minerales en un clima húmedo y tropical, sin la formación de nuevos suelos por medio de la glaciación o la sedimentación en escalas de tiempo geológico de larga duración. Como explico más adelante en este capítulo, estos son tan solo dos de los doce órdenes del suelo que componen la taxonomía de suelos del Departamento de Agricultura de Estados Unidos (USDA, por sus siglas en inglés). El sistema del USDA fue importado e institucionalizado en Colombia en la década de los setenta por científicos del suelo que cursaron sus estudios de doctorado en Estados Unidos. Por supuesto, varias investigaciones arqueológicas sobre la reconocida *terra preta de índio* (tierra negra india) y las técnicas de rotación de roza y quema han problematizado la idea racista de que los suelos “empobrecidos” inhibieron el desarrollo cultural en la Amazonía precolombina<sup>3</sup>. Me interesan menos estos debates que las conclusiones y políticas particulares que resultaron de lo que Fernando Franco (2006) llama la *colonización científica* de la Amazonía colombiana durante el proyecto Proradam (1974-1979), particularmente la manera en que las narrativas científicas históricamente racializantes sobre los efectos sociales de los “suelos pobres” se entrelazaron con los discursos criminalizadores contemporáneos en los que se basan las estrategias militarizadas antinarcóticos colombo-estadounidenses.

“De entrada, decimos que un campesino siembra en suelo degradado. Este es un suelo diferente. Es casi como si la materia orgánica se negara a mezclarse con los elementos minerales. Es totalmente irregular”, me explica Abdón Cortés. Estamos sentados en la Subdirección de Agrología del IGAC, donde Cortés ahora trabaja como consultor semijubilado. A diferencia de la colonización agrícola convencional —en la cual a los campesinos no solo se los incentiva a tumbar el bosque, sino que se los obliga legalmente a hacerlo para “mejorar” la tierra y así obtener derechos de propiedad sobre ella—, Cortés explica que esta misma práctica en

3 Véanse, por ejemplo, Glaser y Woods (2004), Mann (2006) y Morcote-Ríos (2008).



gran parte de la Amazonía solo produce dos o tres cosechas consecutivas antes de que los suelos se consideren “acabados”. Esto concuerda con las historias que me contaron en las comunidades campesinas que conocí en el Putumayo y sus alrededores sobre los ciclos de bosques arrasados, suelos agotados y parcelas agrícolas convertidas en potreros.

La noción de *trabajo intencional* que subyace a la titulación de propiedad, en la cual un sujeto humano —casi siempre masculino y sin discapacidades— se constituye por medio de su capacidad para “añadirle algo” a la tierra y “transformarla”, y encauza intencionalmente un proceso extractivo bajo un control subjetivo, por mucho tiempo ha servido de base a los paradigmas político-económicos coloniales y a los posteriores (Povinelli 1995). Tumar bosques como un modo de establecer propiedad es una práctica promovida por el Estado en toda América Latina y otras partes del mundo, precisamente porque los Estados han concebido tanto formal como informalmente los paisajes boscosos y los baldíos<sup>4</sup>. Encima de Cortés cuelga un afiche con tierra oscura y robusta sostenida por dos manos que dice: “Cuida nuestros suelos. El futuro no solo está en tus manos sino también bajo tus pies”.

“¿Sabes cuál es nuestro problema en este momento?”, me pregunta en una voz gruesa que parece retumbar en los muros de la pequeña oficina en la que estamos sentados. Mi atención vuelve a una pila de documentos que estaba sobre el escritorio que teníamos al frente: el levantamiento de suelos del IGAC en el Putumayo, aún sin publicar. “Es el mismo problema que hemos tenido los últimos treinta años. ¿Para qué sirven estos suelos? ¿Qué le decimos al país? ¿Potreros? ¿Bosques para conservación?”. Se refería a un dilema que se había convertido en un problema tanto político como científico y técnico. “Si volvemos a decir lo que dijimos en 1979...”. La voz de Cortés se aploma y se queda en un silencio tenso. Uno de sus colegas interviene ahí mismo: “Pues sería simplemente vergonzoso”. Cuando volví al IGAC casi un año y medio después para preguntar por el estudio de suelos del Putumayo, me informaron que estaba en *stand-by*, a la espera de algunas consideraciones técnicas. Mientras escuchaba a estos científicos del suelo, trataba de imaginarme a Heraldo Vallejo agachado cosechando tubérculos bajo un enredo de bejucos y explicándoles que el suelo como un ente estable y cuasi independiente sería difícil de encontrar en su finca. Es más, no existe un ente tal que pueda

4 En el contexto de colonialismo de asentamiento en Estados Unidos, Traci Brynne Voyles (2015) analiza el vaciamiento discursivo de las tierras del pueblo navajo, y el violento proceso de construcción de cuerpos marcados por categorías de raza y género y de degradación de paisajes que dicho vaciamiento desató.

abstraerse de un entrelazamiento de relaciones continuas, relaciones que no pueden ser de ninguna otra forma. Aunque Heraldo y estos científicos seguramente estarían de acuerdo en que lo que tenían al frente no era un “suelo mineral”, para Heraldo esto no es un problema que necesite una solución. Los procesos de agrovida que él y otras familias que conocí están tratando de cultivar dependen de *afinar los sentidos* con lo que está pasando en el cuerpo de uno y alrededor de este, en vez de mirar hacia abajo para diagnosticar y administrar mejor un suelo “irregular” o “pobre”.

En este capítulo pongo en conversación el análisis de los estudios de la ciencia con las prácticas campesinas para tratar las relaciones parcialmente coincidentes, divergentes e inconmensurables que emergen entre el cuidado del suelo para propósitos de interés científico y con imperativos económicos y el cuidado *con* un mundo lleno de seres que se alimentan entre sí. En medio de la guerra, políticas antinarcóticas represivas e intervenciones de desarrollo militarizadas, comienzo a plantear una discusión sobre los límites y las posibilidades —los imaginarios ético-ecológicos, el pluralismo económico y las transformaciones materiales— que surgen junto con estas distintas formas de relacionarse, tanto para las vidas de los suelos como para quienes pueden o no interactuar con los suelos como compañeros de vida. El creciente interés desde la ecología política y los estudios sociales de la ciencia por los múltiples saberes y prácticas no científicos ofrece una perspectiva crítica sobre las implicaciones políticas de aquellos procesos que pretenden “juntar” los saberes científicos y no científicos (o no solo científicos) (véanse Delgado y Rodríguez-Giralt 2014; Goldman, Nadasy y Turner 2011; Heller 2007; Mathews 2011; Nadasy 2003; Tsing 2010). Me interesan los momentos etnográficos en los que los científicos del suelo vinculados al Estado cuestionan sus sistemas de clasificación y la lógica productivista dominante en la que se basa la taxonomía institucionalizada, específicamente cuando intentan responder a las particularidades agroecológicas que encuentran en la Amazonía colombiana.

Considero las acciones de estos agrólogos como intentos de “hacerse menores”, según la propuesta de Deleuze y Guattari (1988) en la que señalan las importantes diferencias y tensiones entre lo que llaman *ciencia estatal o real* y *ciencia menor*. Esta última, afirman, es más una práctica experimental que implica confrontar problemas en lugar de teoremas, buscar fluctuaciones en lo conocido al igual que en lo problematizado y resistir la reproducción siguiendo las características inmanentes de la materia. Dimitris Papadopoulos (2010) se refiere a esta descripción de la ciencia menor como una “rendición ante la materia” (77), en vez de la producción de una ciencia de la materia o una tecnología para encauzarla y

controlarla. Además, como lo enfatiza Matthew Wolf-Meyer (2017) en su trabajo con psicoanalistas lacanianos, a las ciencias menores rara vez les interesa alcanzar una posición dominante; lo que buscan es su propia perpetuación y mantener la ciencia viva, aunque siga siendo marginal.

Los intentos de “hacerse menores” están estrechamente ligados con las luchas de los científicos contra la destrucción de aquello que les permite pensar, imaginar y trabajar en medio de sus vínculos institucionales con el Estado y el capital. Me llamó la atención indagar en qué medida los intentos de los agrólogos del IGAC por producir una “ciencia del suelo menor” potencian la construcción de alianzas con las visiones territoriales de las comunidades rurales de las fronteras agrícolas del país. Aunque estas últimas pueden percibirse como marginalizadas en un sentido político-económico y social, muchas de las comunidades campesinas a las que acompañé en el Putumayo no se conciben a sí mismas principalmente en posiciones de debilidad ni de falta de empoderamiento. De hecho, fueron los científicos situados en la ciudad capital de Bogotá quienes más frecuentemente expresaron distintos grados de marginalización según su proximidad y su dependencia de la financiación estatal o privada, así como sus alianzas con los gremios industriales.

Para hablar de cómo Heraldo Vallejo y Abdón Cortés ponen en escena entes distintos (aunque en constante interacción) al decir la palabra *suelo*, me baso en lo que Eduardo Viveiros de Castro llama un proceso de *equivocación controlada* (2004). La equivocación descontrolada se refiere a una disyunción comunicativa en la cual las partes interlocutoras no hablan de lo mismo, pero no son conscientes de ello. Sin embargo, estas aparentes incomprensiones no ocurren debido a la existencia de perspectivas diferentes sobre un mundo común, sino que suceden cuando los interlocutores no son conscientes de que cada uno está asumiendo y poniendo en escena mundos distintos:

una equivocación no es tan solo un “fallo de comprensión” [...], sino un fallo a la hora de comprender que las comprensiones necesariamente no son las mismas y que no están relacionadas con modos imaginarios de “ver el mundo”, sino con los mundos reales que son vistos. (11)

La equivocación controlada sería la conciencia o la explicitación de que puede ocurrir una disyunción comunicativa cuando se encuentran realidades o mundos diferentes. Partiendo de esto, los desacuerdos o las luchas sobre el significado del suelo ocurren porque las prácticas localmente situadas de los campesinos y los científicos, si bien interactúan, ponen en escena mundos distintos; mundos

de los cuales, por extensión, ese objeto llamado suelo puede formar parte o no. De manera similar, la apariencia de que existe un acuerdo sobre el significado del “suelo” puede ocultar diferencias parciales o radicales entre científicos, burócratas y las diversas redes campesinas y los movimientos rurales que conocí y acompañé. La conciencia de que está ocurriendo una equivocación no es una revelación que solo esté al alcance de la antropóloga que pretende traducir y comunicar la diferencia cultural.

Como lo demostré en el capítulo anterior con relación a los agrólogos del IGAC, el valor cambiante de los suelos para la comunidad científica y las comunidades rurales, así como las respectivas formas en que estos valores informan la labor de quienes formulan políticas públicas, son cuestionados o marginalizados por estos mismos actores. Este fue un tema de conversación contencioso entre ambos grupos. Mientras que Heraldo y otros campesinos logran controlar la equivocación cuando hablan de “suelos”, los científicos del suelo vinculados al Estado rara vez lo consiguen. Esto sucede en parte porque confrontan un elemento que elude las categorías y las prácticas científicas que ellos mismos han producido para medirlo, describirlo y emplearlo.

## Atrapados entre hojarasca y un mar de coca en expansión

Contratado por el IGAC, el Ministerio de Defensa y el Centro Interamericano de Fotointerpretación, y con apoyo financiero holandés, el Proradam combinó métodos de teledetección con estudios de campo para recolectar muestras de suelo, vegetación y otros elementos. El proyecto categorizó la Amazonía colombiana en tres grandes agrupaciones de suelos: el 80% se compone de planicies denudadas y el 20% está conformado por estructuras rocosas o sedimentos de ríos de origen andino o amazónico. Se concluyó que el 0,1% de estos suelos es apto para cultivos permanentes intensivos, el 18,3% es apto para la agricultura y la ganadería convencionales y el 81,6% restante no es apto para la agricultura y tiene vocaciones seriamente restringidas (Proradam 1979). Además, el informe final aseguró que los pueblos indígenas de la región son los únicos “conservacionistas naturales”. En cuanto a las comunidades campesinas que habitan la frontera agrícola del país, las élites políticas y la comunidad académica que dictaron la formulación de políticas públicas a partir de 1980 las estigmatizaron como depredadoras ambientales (Del

Cairo, Montenegro-Perini y Vélez 2014)<sup>5</sup>. La antigua racialización de los pueblos indígenas amazónicos como subdesarrollados y atrasados, y la celebración de las poblaciones colonas como valientes conquistadores de la frontera agrícola terminaron invirtiéndose, al mismo tiempo que se mantuvieron estáticos según los cambios en los contextos políticos y en las prioridades económicas y ambientales del Estado. En ningún lugar de las publicaciones del Proradam se tiene en cuenta la existencia de saberes o categorías indígenas o campesinos sobre el suelo.

Justo cuando concluía el Proradam, la intensificación de la presencia de los cultivos ilícitos de coca y de sus nexos violentos con grupos armados paralegales en la Amazonía no solo llamó la atención del Estado colombiano; también atrajo la mirada geopolítica de Estados Unidos. En contra de las expectativas de los agrólogos, lo que pronto se convertiría en una guerra sin cuartel contra las drogas se basó en la intervención militar para promover tanto el Estado de derecho como el desarrollo capitalista lícito. “¿Qué pasó? Pues pasó la coca. Justo cuando publicamos nuestros hallazgos, la Amazonía occidental se convirtió en un obstáculo para la seguridad del Estado. No pudimos influenciar el desarrollo económico de la región, ni siquiera su conservación”, se lamentó Cortés. Los discursos históricamente racializantes que pretendían diagnosticar los efectos sociales de los “suelos pobres” pronto se convirtieron en discursos criminalizadores. Al leer los informes del Congreso de Estados Unidos y los documentos de la Agencia de los Estados Unidos para el Desarrollo Internacional (Usaid, por sus siglas en inglés) que intentan analizar el fracaso de los proyectos de sustitución de cultivos ilícitos, encontré que estos textos comenzaron a sugerir que la calidad “empobrecida” de los suelos locales de la Amazonía hacía que estos fueran propensos de manera inherente a las actividades económicas y formas de sustento ilícitas<sup>6</sup>. La estigmatización de los suelos de la región sirve de base para la criminalización no solo de ciertas plantas ilícitas, sino de las comunidades locales y, como explico, de ecosistemas enteros que aún siguen estando expuestos a las tácticas de guerra química en el marco de las políticas de fumigación aérea y erradicación forzosa.

Siguiendo a Craib (2004) y Scott (2009), los levantamientos de suelo pueden entenderse como una tecnología específica empleada para consolidar la nación,

5 Para más detalles sobre Proradam y las experiencias contemporáneas de indigeneidad en la Amazonía occidental colombiana con relación al multiculturalismo y el ambientalismo del Estado colombiano, véase Del Cairo (2012).

6 Véase, por ejemplo, el informe del Servicio de Investigación del Congreso, “Drug Crop Eradication and Alternative Development in the Andes” (2005).

en la cual el conocimiento científico sobre los suelos generado a través de mapas, observaciones de campo y análisis de laboratorio produce tanto un dispositivo de clasificación como una infraestructura material sobre la cual se pretende construir y poner en marcha el desarrollo nacional. No resulta extraño que los estudios de suelos del Putumayo hayan evolucionado históricamente de manera dispareja y con baja resolución. Hasta el inicio de la guerra contra las drogas colombo-estadounidense nunca había habido intereses nacionales asociados a ellos de manera consistente. El suelo como ente clasificable con una vocación de trabajo potencial definida es el que interesa a los imperativos de desarrollo del Estado, los cuales comparan las unidades territoriales con base en sus capacidades productivas. En el marco del derecho público, el propósito de las recomendaciones técnicas para el uso del suelo es servir de base para planes de ordenamiento territorial, que a su vez informan las estrategias municipales, departamentales y nacionales de desarrollo (véanse, por ejemplo, la Ley 99 de 1993 y la Ley 388 de 1997)<sup>7</sup>. Por lo tanto, los mapas de suelos más costosos y detallados suelen ser contratados por asociaciones profesionales e industrias privadas, o por medio de acuerdos de cofinanciación entre actores privados y el Estado. Estos estudios están reservados para aquellas zonas a las que los científicos llaman informalmente las “más prometedoras” del país, por contar con los suelos más fértiles y ricos en minerales, de los cuales dependen el desarrollo agrícola capitalista y otras formas de crecimiento económico.

En la década de los cuarenta, los mapas de suelos se concentraron en los centros andinos del país y poco a poco fueron avanzando hacia el resto del territorio. Existen fragmentos de información sobre las zonas más densamente pobladas del piedemonte andino-amazónico y algunos puestos de colonización militar. En la biblioteca del IGAC también hay estudios detallados del Valle de Sibundoy, la planicie más fértil del Putumayo.

7 .....  
 Cualquier persona involucrada con la agricultura, la ganadería, la silvicultura o cualquier proyecto de infraestructura o actividad que pueda afectar a los suelos tiene la obligación legal de llevar a cabo prácticas de conservación, recuperación y compensación determinadas de acuerdo con las características regionales. Estos criterios fueron corroborados por la Ley 99 de 1993, la cual emplazó al actual Ministerio de Ambiente y Desarrollo Sostenible para expedir un “estatuto de zonificación de uso adecuado del territorio para su apropiado ordenamiento y las regulaciones nacionales sobre uso del suelo en lo concerniente a sus aspectos ambientales”. La Ley 388 de 1997 establece que todo el ordenamiento territorial debe basarse en los siguientes principios: la función social y ecológica de la propiedad, la prevalencia del interés público sobre el privado y la distribución equitativa de costos y beneficios (Mesa Cuadros, Sánchez Supelano y Silva Porras 2015, 106).

Nosotros sabemos qué hacer con estos suelos porque se parecen a los de los Andes. El problema es la planicie amazónica y más aún la planicie impactada por la coca, el ganado y la agricultura en general. Además de nuestra incertidumbre sobre su potencial productivo, hacer un buen ordenamiento se ve limitado por la falta de orden público.

Esto me dijo Marco, uno de los agrólogos que trabajaron en el levantamiento de suelos de 2011 en el Putumayo. Según me relató, su equipo técnico solo podía recoger muestras de suelo de potreros y otras zonas deforestadas por el riesgo de pisar minas antipersonal sembradas en el monte por los grupos armados. Estos científicos tuvieron que pedir permiso a las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia - Ejército del Pueblo (FARC-EP) para entrar en los territorios que estas controlaban y esto no garantizaba que los equipos del IGAC no fueran a ser confiscados a la salida. Después de más de una década de fumigaciones aéreas y de erradicación manual forzosa de cultivos ilícitos, las comunidades locales ven con sospecha a todo el personal del Estado, pues consideran que cualquier funcionario puede ser un informante sobre la ubicación de los cultivos de coca. La lista de dificultades era larga. En el escenario que describía Marco, los agrólogos como él se encontraban en una encrucijada, enfrentados por un lado a un suelo a duras penas reconocible y, por otro, a un bosque tropical asediado por un feroz arbusto llamado coca.

Los agrólogos del IGAC, cuyo objeto de estudio se consideraba escurridizo y difícil de acceder —delgado, senil, violento y peligroso—, terminaron trabajando para un Estado cuya visión de la Amazonía occidental había sido monopolizada por un mar itinerante de coca, monitoreado en términos de las hectáreas de tierra que ocupaba, sin prestar atención a las particularidades o las capacidades productivas alternativas de los suelos locales. Desde la perspectiva del Estado y del tipo de conocimiento con el que cuenta, ese ente clasificable que se pretende enlistar para las políticas nacionales de desarrollo es inexistente o se encuentra violenta e ilegalmente ocupado.

La presidenta de la Sociedad Colombiana de la Ciencia del Suelo, una física y química del suelo de la ciudad de Cali y la primera mujer que dirige este gremio históricamente dominado por hombres, me explicó que en los últimos cuarenta años el Estado ha visto los suelos del país a través de un lente restrictivo: como un *medio* para los cultivos ilícitos y como un *componente territorial* en disputa ocupado por grupos armados que fracturan y quebrantan la soberanía estatal. En ambos casos, como objeto de estudio o como un recurso en potencia, el suelo

es incapaz de emerger y hacerse visible sin la ayuda de redes de investigación que dependen de condiciones políticas cambiantes que van mucho más allá del consentimiento del Estado.

Aunque empecé este capítulo hablando de un ente preexistente llamado suelo, en lo que sigue muestro cómo este emerge —aunque a veces lo hace solo de manera parcial o simplemente no lo hace— mediante las relaciones afectivas, el trabajo encarnado y las prácticas cotidianas de las comunidades rurales y de científicos del suelo vinculados al Estado. Primero hago un interludio para reflexionar sobre los objetivos extractivistas de la guerra contra las drogas y los fundamentos socioecológicos de las construcciones territoriales de la paz, lo cual implica necesariamente repensar las relaciones regionales con los suelos y la selva.

## Una guerra que se hace llamar de otra manera

A primera vista, parece posible situar la guerra química y el componente de erradicación de la política antidrogas colombo-estadounidense en el marco de otras historias y formaciones biopolíticas marcadas por el acto de matar, como la de la búsqueda activa de una paz futura por medio de actos de envenenamiento en el presente. Se trata de un modo liberal de hacer y justificar la naturaleza continua de una guerra que envuelve distintas formas de matar dentro de un imaginario de salvaguardar y de narrativas de generación de vida. El acto de matar se plantea en un tiempo “futuro perfecto” (Povinelli 2011, 167) como una forma redentora y necesaria de nacimiento que dará existencia a nuevos seres económicos y nuevos espacios de vida social. En el marco de la guerra contra las drogas, esto se ha expresado en la intervención geopolítica de moralidades liberales, como el Estado de derecho, la cultura de la legalidad, la salud pública y los medios de vida lícitos dentro de la economía capitalista.

La erradicación depende de una capacidad de hacer vivir que a su vez depende de la necesidad de hacer morir, la cual se evidencia en el significado doble de la palabra *arrancar* (como “arrancar la coca” o como las comunidades llaman a quienes participan en las labores de erradicación manual: los “arrancadores”). Arrancar significa dar inicio a algo —por ejemplo, al encender un motor— y al mismo tiempo desenterrar o desarraigar, una limpieza o un desyerbe violento que abre a la fuerza un espacio para que algo vuelva a crecer. En 2009, la campaña Volvamos a la Vida de la Usaid en el Putumayo propuso, según un funcionario, “preguntas reflexivas sobre las desventajas sociales de sembrar cultivos ilícitos”. Unas tarjetas



postales que se repartieron como parte de la campaña mostraban un fuerte contraste entre imágenes en blanco y negro y otras a color: “¿Vivir o morir? ¿Sonreír o llorar? ¿Qué clase de vida estamos sembrando?”, decían, con lo cual planteaban una elección moral entre cosechas de pimienta o grilletes, un saxofón o una tumba, unos guayos o unos pies desnudos con la etiqueta de la morgue.

Ya me he referido a la manera en que las estigmatizantes campañas estatales en contra de “la mata que mata” producen la criminalización conjunta de “naturalezas” y “sujetos”: plantas, suelos y gentes. Una naturaleza criminalizada deja de ser objeto de conservación o protección y pasa a ser percibida como cómplice de un sujeto criminal que pierde todo derecho a recibir ayuda humanitaria, aun cuando lo que lleva a la gente a convertirse en población desplazada o refugiada no sea otra cosa que la política pública del Estado (Lyons 2016)<sup>8</sup>. Lo que resulta de esta estigmatización conjunta es lo que llamo una *ecología criminalizada*, la cual perpetúa y a la vez es perpetuada por las afirmaciones de la Usaid de que los suelos “pobres” son propensos a la ilegalidad.

Lo que está en juego en el fondo de la política antidrogas no es tan solo el acto de segar la vida biológica de una planta, el cercenamiento de las relaciones ilícitas entre seres humanos y plantas o la “corrección” de los suelos criminales o ácidos. Además, se trata de la asociación cada vez más evidente entre los esfuerzos de erradicación y la expansión de un modelo nacional de desarrollo conocido como la *locomotora minero-energética* (DNP 2010). En 2011, más de la mitad del Putumayo, al igual que varios departamentos vecinos, pasó de ser clasificada como territorio amazónico a distrito especial minero, lo que aceleró la producción de petróleo de 8 000 barriles diarios en 2000 a 48 000 en 2013 (Calle 2014). Entre 2004 y 2018, el Gobierno nacional firmó 67 contratos con 19 empresas para la exploración de las reservas de petróleo que la Agencia Nacional de Hidrocarburos calcula que existen en la cuenca Caguán-Putumayo (Solarte 2018); 37 de estos contratos se superponen con 81 resguardos indígenas, la mayoría en el Putumayo y el Caquetá (Asociación Ambiente y Sociedad 2019). En 2016, poco antes de la firma del acuerdo de paz entre el Gobierno nacional y las FARC-EP, el presidente de la petrolera estatal Ecopetrol afirmó:

8 La Ley 30 de 1986 criminalizó los cultivos de marihuana, coca y amapola de más de veinte plantas. Esta política puso a los pequeños cultivadores —quienes representan cerca del 70% de los cultivos de coca— en la misma categoría legal que los grandes narcotraficantes, ignorando las fuerzas estructurales que llevan a la gente a instalarse en zonas de frontera agrícola y derivar su sustento de actividades ilícitas. Además, el Gobierno colombiano permitió la fumigación aérea de sus parques nacionales y de grandes áreas de sus bosques tropicales más biodiversos.

La paz nos va a permitir sacar más petróleo de zonas vedadas por el conflicto [...] Con la paz esperaríamos tener la posibilidad de entrar a Caquetá mucho más fuerte, a Putumayo, a Catatumbo, sitios donde antes era difícil acceder. (“La paz nos va a permitir” 2016)

La Ley 160 de 1997 prohíbe la titulación de tierras dentro de un radio de 5 kilómetros de actividades petroleras o mineras. Para las comunidades rurales, esta ley exagera la continua concentración de la propiedad de la tierra y la precariedad de los títulos de propiedad en un país que nunca ha tenido un periodo de incorporación completa de la clase trabajadora, una reforma agraria integral o una fase populista que separara, aunque fuera temporalmente, al Estado de las élites tradicionales, a pesar de la fama que tiene Colombia de ser una de las democracias más estables de América Latina (Carroll 2011)<sup>9</sup>.

El análisis predominante de las comunidades que viven en regiones productoras de coca es que la política antidrogas ha creado las condiciones para una forma intensificada de expansión capitalista transnacional en el cual se vinculan la inversión extranjera directa en medio de la guerra y la militarización del desarrollo. Un ejemplo concreto de esta militarización fue la creación de alrededor de dieciocho batallones especiales energéticos y viales, cuya única misión es proteger militarmente la infraestructura minera, energética y vial del país (oleoductos, taladros petroleros, centrales generadoras de energía y las carreteras atravesadas por carrotaques petroleros y tractomulas comerciales) (“18 batallones” 2012).

Además de librar una guerra contra los pueblos (Paley 2014), la política antinarcóticos se ha convertido en un pretexto para librar una guerra contra la vida, una guerra dirigida más explícitamente a la defensa del crecimiento capitalista a costa de todas las formas de vida. Así, una amplia variedad de valores sociales termina reducida a un solo valor de cambio y una diversidad de prácticas éticas acusadas de producir la muerte en vida (específicamente la siembra de cultivos de coca), o que no pueden asimilarse a los imperativos del crecimiento o se resisten a estos, son activamente sometidas a fuertes restricciones o a la eliminación. Las comunidades rurales del Putumayo perciben la fumigación aérea militarizada como un

9 El ya extinto Instituto Colombiano de Desarrollo Rural (Incoder) identificó cuatro tipos de conflictos territoriales que obstaculizan la capacidad institucional del Estado para la titulación de tierras en el Putumayo: 1) conflictos en los que varios actores se disputan el control de un mismo territorio; 2) dificultades para acceder a los procedimientos formales para legalizar la tenencia de la tierra; 3) límites y linderos confusos entre territorios existentes, y 4) proyectos extractivos o de infraestructura que impiden a las comunidades locales obtener títulos de propiedad (CNMH 2015, 49).

intento violento más de debilitar su fuerza de voluntad, como una forma de destruir la base material de su sustento para expulsarlas del territorio a fuerza de hambre y así facilitar las concesiones petroleras y mineras. La represión paramilitar, las políticas públicas criminalizantes y la militarización de la vida cotidiana son los componentes centrales de una guerra que se declaró contra el comunismo y el narcoterrorismo, que oculta de esta forma sus principales objetivos económicos<sup>10</sup>.

Mientras escribía el primer borrador de este libro, 6 300 integrantes de las FARC estaban dando lo que llamaron su “marcha final” a las zonas transicionales donde se desmovilizaron e iniciaron el proceso de legalización para reincorporarse a la vida civil (“Llegaron primeros cien guerrilleros” 2017). El antiguo comandante del bloque Oriental describió con agudeza este proceso: “día a día nos convertimos en lo que alguna vez fuimos: civiles, campesinos, obreros, pobres de la patria” (“Cartas desde la marcha final” 2017). De manera poco sorprendente, la transición civil y política de las FARC no ha sido una realidad fácil ni del todo celebrada. Con la elección presidencial de Iván Duque en 2018, hay cada vez más preocupación sobre la capacidad del Gobierno de cumplir con el acuerdo de paz. Como en el resto de América Latina, los asesinatos selectivos de cientos de líderes populares, especialmente sindicalistas, ambientalistas, defensores de derechos humanos y protectores de la tierra, el agua y el territorio, han seguido ocurriendo durante la transición del “posacuerdo”, junto con el asesinato de varios excombatientes desmovilizados de las FARC y sus familiares<sup>11</sup>.

Existen muchas dudas sobre la viabilidad del nuevo Programa Nacional Integral de Sustitución de Cultivos Ilícitos y las comunidades cocaleras del país han denunciado que las estrategias estatales represivas siguen implementándose, incluyendo la aplicación manual de glifosato, al mismo tiempo que la administración de Iván Duque insiste en restablecer la constitucionalidad de las fumigaciones aéreas. En simultánea, el Gobierno firmó veintiocho preacuerdos regionales para la sustitución de cultivos de uso ilícito con movimientos sociales regionales en las

10 Refiriéndose a la pérdida progresiva de control sobre sus vidas y territorios por parte de las comunidades afrodescendientes, el activista y antropólogo Carlos Rosero explica: “Si la guerra es la continuación de la economía por otros medios”, resulta claro que “en Colombia las armas, independientemente de las manos en que estén, sirven para impulsar lógicas de sociedad y de desarrollo que distan mucho de las aspiraciones de los grupos étnicos” (2002, 550).

11 Según un informe de Global Witness, de los 87 defensores de derechos humanos asesinados en América Latina en 2016, 60 eran defensores de derechos relacionados con el ambiente. Estas estadísticas probablemente subestiman la magnitud del problema, ya que muchos asesinatos de activistas y defensores nunca son contabilizados.

principales regiones productoras de coca, entre ellas el Putumayo<sup>12</sup>. Las poblaciones que cultivan y dependen de la coca, la marihuana y la amapola crearon una organización de alcance nacional, la Coordinadora Nacional de Cultivadores de Coca, Amapola y Marihuana, para exigir que se las trate como protagonistas políticas e interlocutoras legítimas en un proceso de construcción de cambios estructurales frente a la política antidrogas.

Muchas comunidades rurales se han visto impactadas por los vacíos de poder que dejaron los frentes desmovilizados de las FARC, los cuales están siendo copados por actores nefarios y redes criminales, disidentes y grupos paramilitares reemergentes. Hasta el Gobierno mismo ha reconocido el importante papel que desempeñaban las FARC en la protección y regulación de los bosques primarios que aún quedan en el país y de los corredores de biodiversidad (véase, por ejemplo, Rubiano 2017). En 2015, un año antes de la firma del acuerdo de paz, se deforestaron 124 035 hectáreas, según el Instituto de Hidrología, Meteorología y Estudios Ambientales. Un año más tarde, esta estadística aumentó a 178 597 hectáreas —un incremento del 44%— y en 2017 la cifra fue de 219 973 hectáreas de bosque destruidas (véase “La paradoja de la paz” 2018).

En Colombia hay un creciente debate público y un reconocimiento de que los bosques, los suelos, los ríos, los páramos, las ciénagas, los manglares, la selva, las semillas, la fauna y todo tipo de biodiversidad también pueden ser “víctimas” y escenarios de guerra que requieren un tratamiento reparativo en el proceso de transición tras el acuerdo de paz<sup>13</sup>. Más que tratar de reparar “unidades de paisaje” o “recursos naturales” deteriorados, la construcción de paz para y desde los territorios que han sido los epicentros de la guerra exige un enfoque relacional: requiere atención a las relaciones socioecológicas rotas en múltiples escalas y temporalidades, y a la pérdida de capacidades de las comunidades para permanecer en sus territorios y florecer en ellos, debido a la destrucción de las condiciones materiales para el trabajo, la producción de alimentos, la autonomía colectiva y la reproducción cultural. Es más, este punto puede ser crucial para determinar si se perpetúa una guerra que se hace llamar de otra manera —que no se reconoce a sí misma como tal— o si se crean las condiciones de posibilidad para lo

12 Esta cifra corresponde a julio de 2017. Véase “Campesinos del Putumayo logran acuerdos de sustitución de cultivos” (2017).

13 Véanse, por ejemplo, Sistema de las Naciones Unidas en Colombia y Ministerio de Ambiente y Desarrollo Sostenible (2014) y Wilches-Chaux (2012).

que varios sectores de la sociedad civil colombiana han llamado “paz con justicia social desde y para los territorios”.

La guerra por otros medios no solo se caracteriza por la reconfiguración de los actores armados, por los grupos disidentes y las redes criminales, y por la perpetuación del asesinato de líderes sociales y defensores y guardianes de los territorios. Esta es una guerra que libran las cortes cuando invalidan los derechos constitucionales de los municipios para prohibir las actividades extractivas en sus territorios y permiten las demandas contra alcaldesas y alcaldes por apoyar esas consultas populares y acuerdos municipales. Es una guerra librada mediante la sustracción de áreas de reservas forestales o la modificación del uso y la vocación de los suelos para permitir las concesiones petroleras y mineras de gran escala, o cuando la Unidad de Restitución de Tierras y otras entidades estatales adjudican zonas de bosque a las víctimas, cambiando de esta forma los determinantes ambientales del lugar para hacer posible la llegada posterior de industrias extractivas y otras actividades industriales. Resulta difícil hablar de paz con justicia social si las concepciones de lo social se basan en una ideología modernista que separa a la vida en categorías ontológicamente distintas: naturaleza y cultura, sujetos y objetos, bío y geo, vivo y muerto. ¿Cómo podrían transformarse los procesos de buscar y hacer justicia si la violencia y el despojo se tratan como experiencias compartidas, aunque disparejas, entre una multitud de seres y elementos que componen un lugar o un territorio determinado?

En las luchas rurales contra el extractivismo, las semillas genéticamente modificadas, los biocombustibles y otras formas de agricultura industrializada, los megaproyectos de infraestructura, los tratados de libre comercio y todas las reformas neoliberales de privatización de bienes y servicios públicos y promoción del crecimiento capitalista transnacional en todo el hemisferio, lo que se ha puesto de presente, además de los derechos humanos o los derechos territoriales, son las concepciones específicas de *la vida*<sup>14</sup>. Por supuesto, el desarrollo nunca ha sido solo una cuestión de indicadores de progreso material y crecimiento económico: ha sido también la demarcación de un modelo históricamente específico de enjuiciamiento y control sobre la vida misma. Si bien los principios capitalistas modernos como el crecimiento, el progreso, el vivir mejor y su correlato —más

.....  
 14 Véase, por ejemplo, la respuesta etnográfica a la afirmación de que la “soja mata”, un lema utilizado con frecuencia por activistas de las comunidades campesinas que viven en la frontera sojera de Paraguay. Véase también la edición especial de la revista *Journal of Political Ecology* sobre producción/destrucción en América Latina (“Production/Destruction in Latin America”), editada por Javiera Barandiarán y Casey Walsh (2017).

desarrollo— han sido repudiados de manera exhaustiva en debates teóricos originados en el sur global desde mediados del siglo XX, estos principios siguen siendo política y económicamente dominantes (Escobar 1994, 2014).

Las luchas alrededor de cómo definir y cómo relacionarse con la “naturaleza” y los “recursos” se han convertido en uno de los aspectos más álgidos de las dinámicas políticas contemporáneas en América Latina (véanse Blaser 2009; De la Cadena 2010; Escobar 2008; Li 2015; Ulloa 2016). En los últimos cincuenta años, la región ha presenciado una creciente tensión y un vaivén entre un fuerte resurgimiento de la “izquierda” y una ola de gobiernos conservadores reforzados. Pero tanto las administraciones que se autodeclaran progresistas como las más conservadoras siguen dependiendo del llamado paradigma de desarrollo neoextractivista para alimentar sus modelos económicos convergentes y sus proyectos ideológicos divergentes (Gudynas 2014; Veltmeyer y Petras 2014). Esto plantea varias preguntas: ¿cómo pueden surgir procesos de vida alternativos y transformaciones estructurales y sostener su existencia si la justicia socioecológica y la inclusión sociopolítica siguen siendo impulsadas por el extractivismo? ¿Qué relaciones con la vida, la muerte y la defensa de los territorios se potenciarán y cuáles seguirán siendo criminalizadas, sacrificadas o hechas obsoletas en nombre del crecimiento económico y del bien social(ista)?

## Cultivar ojos para ella

El viaje de madrugada hacia el corregimiento de Santa Marta revela vistas panorámicas de la cordillera Real de los Andes, interrumpidas por tanques militares y soldados que patrullan la orilla de la carretera. Al tomar una curva con vistas al inmenso río Cauca, nos encontramos con los mismos cuatro tanques que llevan meses estacionados ahí. Es el mes de agosto de 2010 y estoy acompañando a Heraldo Vallejo a visitar una finca. Heraldo pregunta por qué los soldados siguen parqueando en la misma curva y exponiéndose a ataques de mortero de la guerrilla. Al mirar por la ventana de la camioneta, en la ladera de la montaña vemos unas manchas de suelo de un rojo oxidado que parecen como si alguien las hubiera marcado con el dedo pulgar entre las nubes bajas y las densas copas de los árboles de la selva. Heraldo me explica que son cicatrices que han dejado las lluvias al arrancar las raíces de los árboles y lanzar pedazos de tierra por el barranco. Los suelos desnudos quedan expuestos a la quemadura del intenso sol ecuatorial.

Toda esta área está designada como una “zona geológica inestable”, como advierte una señal en la carretera. Irónicamente, un pendón de plástico a su lado dice: “Viaje con confianza, su Ejército está en la carretera”. Uno de los otros pasajeros de la camioneta dice algo sobre la “inseguridad de la seguridad” y, al cruzar la frontera del departamento del Putumayo y entrar en la subregión vecina conocida como la Media Bota caucana, nos encontramos en todo el medio del piedemonte andinoamazónico. La transición se siente como un paso por cientos de microecologías con cambios diminutos de temperatura en una diversidad de plantas y árboles que descansan sobre suelos más húmedos y pesados.

Hoy visitamos a un campesino llamado Edelmo para hablar de una propuesta que diseñaron él y su familia para una finca que adquirieron hace poco. Al no poder pagar el préstamo de una finca que tenían en el departamento vecino de Nariño, en 1999 migraron a Santa Marta, Cauca, en 1999, detrás de las bonanzas de coca y de tala ilegal. Después de extraer maderas de cedro, guamo y sangretoro —un trabajo agotador que deja casi muertos tanto al leñador como a la mula, según dice la gente local—, Edelmo ahorró suficiente dinero para sembrar un cultivo de coca de doce hectáreas que luego vendió por cinco millones de pesos, suficiente para invertir en una finca con tres de sus hermanos. Sin embargo, la intensificación de la fumigación aérea y las detenciones constantes de cualquiera que transportara gasolina, cemento o víveres en grandes cantidades —lo cual se asumía que era para la guerrilla— llevaron a Edelmo y a algunos de sus vecinos a erradicar voluntariamente sus cultivos de coca. Ahora estaba otra vez sembrando café, plátano y otros cultivos de *pancoger*, como lo hacía antes con su familia en Nariño.

“Buscábamos y buscábamos el suelo, esos suelos de calidad que estábamos acostumbrados a ver en Nariño. Después de ocho años de experimentar en la finca, todavía estamos aprendiendo a practicar la agricultura permanente”, nos dice mientras caminamos por entre arbustos de café intercalados con árboles frutales, algunas hortalizas, una fila de gallineros y corrales de cuyes. Edelmo es el líder de un grupo de treinta familias rurales interesadas en sembrar lo que llaman café amazónico ecológico. Luego de que el secretario de Agricultura municipal se negó a apoyar la iniciativa cuando supo que no incluía un componente de ganadería, Edelmo pasó un mes subiendo y bajando una montaña cercana con su celular tratando de encontrar señal para llamar a la Federación Nacional de Cafeteros en Bogotá. Pero en la Federación le decían que no estaba ubicado en una zona cafetera. “Dicen que es el piso térmico equivocado con el tipo de suelos equivocado y se niegan a venir a ver todo lo que hemos avanzado o al menos probar la calidad del café”, nos contó, visiblemente frustrado. Además, la oficina regional de lo que

en ese entonces era el Incoder se negaba a titularle la tierra para la nueva finca que su familia está planeando al otro lado de la carretera.

Edelmo pidió un título de 28 hectáreas en una zona cubierta en gran parte por bosque primario. La intención era conservar alrededor de 17 hectáreas de bosque y aprovechar el resto para cultivos agrícolas. Cuando le preguntaron por qué no planeaba hacer “mejoras” (léase deforestar) en dos tercios del terreno, les explicó a los funcionarios del Incoder que su objetivo era incorporar la protección del bosque natural en su sistema agrícola. La agencia le negó su solicitud y le otorgó un título para lo que consideraban que sería una “finca de trabajo” económicamente viable. Edelmo cuestionaba las aparentes contradicciones entre las políticas estatales ambientales y de desarrollo. Por una parte, el Gobierno decía defender la conservación de los bosques y pretendía poner en cintura la expansión “desorganizada” y casi totalmente espontánea de la frontera agrícola. Por otra parte, los planes nacionales de desarrollo repartieron el territorio en concesiones para la explotación petrolera y la minería de gran escala, los aviones aspersores sobrevolaban la selva ahogándola en glifosato y las fuerzas militares bombardeaban presuntos campamentos guerrilleros, acabando con todo lo que los rodeaba<sup>15</sup>. Mientras bajamos por una ladera resbaladiza, Edelmo reconoce con cierta vergüenza la existencia de unos brotes de coca que vuelven a aparecer cuando no los está vigilando.

A pesar de los problemas con el Incoder, la familia dice que su plan es seguir adelante con su proyecto de vida. En la cocina, Edelmo despliega un mapa de la nueva finca, dibujado a mano, que se llamará Melina como su hija menor, y le dice a Heraldo que lo invitó el día de hoy debido a su fama de ser el hombre amazónico. Antes de que Edelmo siga compartiendo los detalles del proyecto agroforestal, Heraldo sugiere hacer un inventario de la finca actual. ¿Qué compra la familia?, les pregunta. ¿Qué producen? ¿Cuál es su relación con la selva? Al hacer la lista, la balanza se inclina claramente hacia un lado. Compran tanto como producen y solo se alimentan de cinco “plantas silvestres”: cilantro cimarrón, maracuyá, guánbana, la palma de milpesos y un fruto que se parece a la cereza pero que no

.....

15 Como varias zonas rurales de Colombia, la Media Bota caucana también está marcada por controversias complejas e irresueltas de titulación de tierras que involucran al Sistema de Parques Nacionales, la Agencia Nacional de Tierras, la Agencia de Desarrollo Rural (lo que antes era el Incoder), empresas y concesiones mineras y petroleras, comunidades indígenas y campesinas. Véase el abordaje etnográfico de Jeremy Campbell (2015) sobre cómo los movimientos de colonización se han visto atraídos hacia el Amazonas brasileño y cómo la población lleva a cabo distintas prácticas especulativas para “conjurar” la propiedad y adelantar reivindicaciones sobre tierras.



saben cómo se llama. Aceptan abiertamente su desconocimiento de gran parte de la vida vegetal que crece a su alrededor y nos cuentan que nunca pescan en el río ni mantienen una huerta (ni convencional ni de otra clase). Heraldo responde:

Tenemos esa idea de que tenemos que comer lo que sembramos y si no tenemos un lugar para cultivar, entonces compramos comida o aguantamos hambre. Los agrónomos nos dicen que para cultivar la tierra debemos “corregir” el suelo y sembrar variedades de alto rendimiento para el mercado. Dicen que las otras maneras son atrasadas y ahora nosotros somos los que terminamos siendo consumidores pobres y dependientes. ¿Qué tal si cultivar aquí significa cultivar ojos para ella, para la selva?

Con el paso de los meses, fui aprendiendo que “cultivar ojos para ella” tiene que ver con recuperar e innovar toda una serie de prácticas que se extienden mucho más allá de la producción y el consumo dirigidos hacia los seres humanos. Además, “no tener un lugar para cultivar” no solo se refería a una carencia material o física, sino a relaciones rotas, que también están aún por cultivarse y transformarse. Edelmo y su familia expresaban una alienación incómoda de las múltiples y dinámicas asociaciones que componen y descomponen el lugar que estábamos pisando físicamente y, por consiguiente, del mundo del cual forman parte sus vidas. En el camino de vuelta al Putumayo, Heraldo me dijo que ni Edelmo ni el Incoder estaban enredados con la selva. Edelmo tiene dudas porque cuando ve más allá de los límites de sus cultivos ve un mundo extraño de rastrojo, mientras que el Incoder es incapaz de ver cualquier cosa diferente a un espacio físico que debe ser “protegido”, “vigilado” o “trabajado” (nada más que hectáreas de tierra).

Cultivar ojos para ella, la selva, no es lo mismo que tener ojos para ella. No es una mirada posesiva de captura, aunque la sintonía de los sentidos con diferentes texturas, sabores y usos que forman parte de aprender a ver y a habitar el mundo de forma distinta puede tener un elemento de seducción. De hecho, quizás la selva no sea ni siquiera una mujer. Pienso en ella más bien como el espíritu de aquello que está por venir, de aquello que fue, del pensamiento y la memoria de la selva, una memoria que no está atrapada en dualismos modernos, como masculino y femenino, bíos y geos, o sintiente e inerte.

En nuestra siguiente visita a Edelmo, cruzamos la carretera hacia el otro lado de la finca actual de la familia. Al subir por un sendero resbaladizo, las copas ya conocidas de las palmas y las ceibas se destacan entre las variedades menos imponentes. Los matorrales están llenos de semillas, frutas caídas, cáscaras podridas, capas y

capas de ramas y enredaderas que se retuercen de arriba abajo y en todo nuestro alrededor. “¿Qué ven?”, nos pregunta Heraldo. Y, antes de que podamos contestar, dice: “Yo veo una ensalada”. Se relame los labios y me lo imagino comiéndose toda la variedad de platos que empiezan a surgir ante nuestros ojos.

Edelmo y yo nos damos cuenta de que habitamos un lugar que es a la vez el mismo pero muy diferente. La maleza se vuelve ensalada, la corteza de los árboles nos brinda especias intensas, y una docena de tubérculos, nueces, frutas y verduras emergen de todos los rincones del bosque. Una fila de hormigas podadoras arrastra su comida bajo la tierra. Al pasar por unas diminutas cascadas evitamos las arañas venenosas del tamaño de un puño, pero al pasar al otro lado unas hormigas rojas nos mordisquean el cuello. Heraldo se detiene a recoger buchón, una planta acuática que absorbe metales pesados, y le sugiere a Edelmo sembrar varias hileras cerca de la fuente del agua que toma la familia. Luego empieza a señalar un patrón de árboles leguminosos como el guamo, que fija el nitrógeno, o palmas y helechos que concentran fósforo, y árboles de hojas cerosas como el plátano que le riegan potasio a un mundo invisible subterráneo. “Toca fertilizar químicamente con un 10-30-10 sintético para crear un N-P-K accesible”, dice Heraldo, caricaturizando a los agrónomos que acompañaron las distintas fases de los proyectos de sustitución de cultivos y de desarrollo alternativo financiados por el Plan Colombia<sup>16</sup>. “Nosotros decimos que no. El N-P-K está a todo nuestro alrededor, creado por las comunidades de plantas y microorganismos. Se alimentan entre sí mientras que nutren la hojarasca. Si no confían en mí, al menos lleguen a un acuerdo con la selva. Ella no permite imposiciones”, nos dice.

En esas visitas a fincas y en los talleres agrícolas alternativos de educación popular a los que invitaban a Heraldo para que asistiera y liderara, y en todo el tiempo que pasé con él en su propia finca, observé procesos de desaprender y reaprender, o lo que empecé a concebir como trayectorias diversas de hacerse *aprendiz de selva*. Entiendo este aprendizaje no como un sometimiento ambientalmente determinista a la selva, sino como un proceso experimental de aprender a *seguir a la selva*, a cultivarla y ser cultivada por ella<sup>17</sup>. Stengers y Pignarre (2011) hablan de

.....

16 El nitrógeno, el fósforo y el potasio se consideran los macronutrientes más importantes para el crecimiento de las plantas, y la concentración de 10-30-10 de N-P-K es una de las más vendidas comercialmente.

17 Conuerdo con mi colega de estudios feministas de la ciencia Tania Pérez-Bustos (2017, 78), quien describe el calado —el bordado artesanal de Cartago— como “un estado activo y concentrado en el cual las relacionalidades entre actores humanos y no humanos se encuentran entreteljadas”, no como una sumisión de quien teje a las telas y los hilos.

las *trayectorias de aprendizaje* para referirse a los procesos heterogéneos y divergentes que siempre están situados por el lugar en el cual han logrado arraigarse. Según estos autores, estas trayectorias no crean una imagen de un movimiento masificador, sino

nuevas formas de aprender una situación, las cuales abren paso a la producción de nuevas formas de actuar, de conectarse, de tener un margen de maniobra allí donde los protagonistas clásicos habían aceptado el problema como una formulación planteada desde una experticia supuestamente científica y por ende “neutral” [y generalizable]. (55)

El tipo de unidad que emerge entre distintas trayectorias de aprendizaje no produce un sentimiento de tener algo “en común”, sino una capacidad, en sus palabras, de “vibrar en conjunto” (54), y de tomar nuevas capacidades de esta energía vibracional para imaginarse y situarse en un medio determinado.

Heraldo y yo bromeábamos sobre lo que yo llamaba sus gafas de selva. Pero, más que un lente que las familias rurales se ponen para afinar su mirada hacia la ecología del bosque tropical, el proceso de cultivar ojos para la selva es un aprendizaje, desaprendizaje y reaprendizaje que tiene lugar en todos los sentidos: desde los dedos hasta los pies, del corazón a los intestinos, de los ojos a la lengua. Esto lo conceptualizo no tanto como una subjetividad ambiental emergente, sino más como una relacionalidad continua y en transición. Cultivar ojos para ella le permite al ser humano amazónico caminar distinto, experimentar nuevos sabores, identificar semillas olvidadas, cultivar “maleza”, reciclar “basura”, oír a las plantas, sentir las vibraciones y participar en intercambios diferentes.

El ser humano amazónico es un humano en el que lo humano —lo que significa ser humano— está necesariamente compuesto por la selva y se descompone en ella al seguirla sin mediar ninguna garantía preestablecida de dominio humano o de un campo sensorial solamente humano. Dicho de otra forma, “cultivar ojos para ella” produce un tipo diferente de ser humano, un humano que se hace uno solo con las condiciones agroecológicas y territoriales de la selva, en vez de establecer su humanidad y, por ende, su singularidad ontológica, por medio del dominio o la colonización.

Conocí a varias familias y redes rurales campesinas que habían empezado a recuperar semillas no comerciales y a experimentar con nuevas recetas, reemplazando las papas andinas con tubérculos amazónicos autóctonos y cultivando comunidades de arbustos y árboles que generan su propio N-P-K. Algunas de estas

familias recolectan orina y heces humanas y animales para nutrir a los microorganismos y las plantas que, a su vez, ayudan a preparar alimentos para los humanos y otros animales. Otras disponen sus cultivos según la orientación y la intensidad del sol, con lo cual generan múltiples capas de follaje que al mismo tiempo producen suelos que constantemente se desaparecen al convertirse en nutrientes para otros organismos. Recomiendan remplazar las huertas cercadas y sembradas a ras del suelo de las verduras andinas de clima templado (como la lechuga, el tomate y la cebolla convencionales), que requieren constante atención, insumos químicos, semillas comerciales y nuevas siembras después de cada cosecha. Prefieren cultivar huertas amazónicas donde las enredaderas y los tubérculos pueden, según dicen, “crecer libremente” y producir alimentos para los seres humanos y otras criaturas cada quince días.

Como lo dice Heraldo con sencillez —aunque no sea para nada sencillo en la práctica—, quien quiera evitar la dependencia de dinámicas de mercado y modelos agronómicos convencionales dictados por entes externos también debe evitar atrapar a las plantas, las semillas, los suelos y los árboles. Sin embargo, no existe un modelo agrícola nuevo que pretenda estandarizarlo todo: solo plántulas, experimentos y lecciones para compartir y reinventar (o no) de una finca a la otra. Lo que une a estas familias y redes campesinas es su deseo de crear paisajes ético-materiales alternativos con sus respectivas posibilidades económicas, políticas y ecológicas. Cuestionar qué significa definir un suelo como “bueno” o “productivo” genera preguntas sobre los valores y las prácticas en las que se basa esa idea de la productividad centrada en el mercado y, en últimas, en el ser humano.

Propongo entablar un diálogo entre la propuesta de Heraldo de cultivar ojos para ella con lo que Stengers (2005) llama una *ecología de prácticas*. En el contexto de la Amazonía, lo que está en juego son prácticas de trabajar, cultivar, comer, cagar y descomponerse, que están parcialmente conectadas porque ninguna de ellas ofrece una respuesta completa sobre cómo seguir y responder a la selva. Cada vez que una práctica se transmite de una persona a otra, cada vez que pasa un flujo de microorganismos-aire-agua-semillas-luz solar-gallinas-raíces a otro, esta práctica se reconstituye y rejustifica. Stengers nos recuerda que las prácticas no pueden separarse de sus entornos y, al aproximarse a ellas prestando atención a cómo divergen como respuesta a cada situación y a las preguntas y preocupaciones relevantes en estas situaciones, puede abrirse la posibilidad para crear lo que ella llama un “paisaje práctico diferente” (2005, 187). Cultivar ojos para ella implica aprender cómo entrar a participar en procesos que Heraldo conceptualiza como *lecturalidad*: lectura-naturaleza. Otros amigos campesinos, Nelso y Elva, lo

llaman un proceso de *ojimetría*, que depende de cultivar con destreza el campo visual y el arte del tacto.

No concibo la lecturaleza como algo parecido a las reproducciones biomiméticas de la “naturaleza”. El campo de la biomímica está profundamente ligado al militarismo estadounidense y a los desarrollos tecnológicos del complejo militar-industrial. Es más, la lecturaleza no depende de un ideal de un objeto “allá afuera en la naturaleza” que se abduce a las intenciones creativas de una mente humana que se concibe como externa a lo que se está reproduciendo. La lecturaleza tampoco depende necesariamente de variables que pueden fijarse y mantenerse constantes en condiciones distintas. Por ejemplo, Heraldo me aconsejaba que la mejor manera para evitar consumir plantas venenosas es seguir a las vacas cuando están pastando o que, si me llegaba a perder en la selva, debería seguir los movimientos de los micos de árbol a árbol.

Heraldo me enseñó que la lecturaleza implica un seguimiento como de aprendizaje, un proceso de unirse y responder al flujo de las fuerzas, los seres y los elementos que componen y descomponen un lugar particular. “Seguir”, como señalan Deleuze y Guattari, “no es lo mismo que reproducir” (1988, 377). Mientras que la reproducción implica un procedimiento de reiteración, seguir implica una itinerancia o ambulación: no se trata de describir el relevo de relaciones entre una cosa y otra, sino el acto de seguir las líneas de crecimiento y movimiento por las que surgen y se desenvuelven las cosas. Deleuze y Guattari insisten en que, cada vez que nos encontramos con la materia, siempre es materia en movimiento, en variación, en transición, por lo cual la “materia-flujo” (410) solo puede ser seguida. Así mismo, la lecturaleza no es cuestión de que la gente copie lo que hacen las vacas o los micos, sino del trabajo itinerante y de improvisación de seguir a las vacas, a los micos, a los insectos, a las raíces, y a los ciclos solares y lunares en condiciones materiales cambiantes y situaciones emergentes: ciclos de nutrientes, reproducción bacteriana, hojas caídas en descomposición, patrones de lluvia, y factores climáticos y de humedad en constante movimiento.

El aprendizaje itinerante de las relaciones en transición —como el crecimiento de una planta desde la semilla; un animal que come y luego caga abono que se descompone en los ciclos metabólicos de los microorganismos que alimentan a las raíces de las plantas, las cuales también fijan el nitrógeno del aire; las distintas duraciones de la luz solar directa en un lugar determinado; las fases lunares en rotación— produce lo que Heraldo llama *conocimiento vivo*. Este emerge de las trayectorias de aprendizaje que constituyen la vida y el trabajo de una persona y las muchas vidas con las que esa persona trabaja, de las que come y en las que

luego defeca. Heraldo contrasta este proceso atento y experimental de seguir y responder a la lecturaleza con el objetivo científico de *cosechar conocimiento*. La lecturaleza no es simplemente un proceso de ensayo y error, sino un proceso que emerge de la necesidad de resolver problemas concretos y hacer preguntas relevantes para la vida cotidiana en la finca y en el territorio.

Muchas familias rurales que migraron o fueron desplazadas al piedemonte amazónico, como la familia de Edelmo, expresan problemas parecidos a los que enfrentan los agrólogos del IGAC. Intentan ubicar y trabajar en un suelo “productivo” y “de calidad”, y cuando no encuentran este suelo recurren a un repertorio específico de soluciones como el fuego, los fertilizantes sintéticos, el ganado y el abandono. Precisamente, se le acusa a la constitución efímera y frágil de estos suelos locales de frustrar los proyectos humanos.

Para Heraldo y las otras familias que participan en las diversas redes agrícolas alternativas que conocí, en cambio, el problema que debe resolverse no es el mismo, por lo cual las clasificaciones taxonómicas de los suelos que pretenden establecer sus “capacidades productivas” no ofrecen soluciones al “enigma” de la planicie amazónica. Estas familias no se enfrentan a suelos “pobres”, ni siquiera a suelos “diferentes”. Los suelos son una relación dentro de la cual ellos mismos se desaparecen y se convierten en algo más que ellos mismos componen<sup>18</sup>. Incluso cuando estas comunidades campesinas interactúan con funcionarios del Estado no articulan al “suelo” como un objeto estable, sino como un manojito de relaciones que no dejan nada atrás: ni las plagas, ni la orina, ni la maleza, ni siquiera sus propias heces.

## Lecturaleza

En una ocasión, acompañé a Heraldo a una reunión con una asociación de cafeteros en proceso de formación en la vereda Verdeyaco en la Media Bota caucana. Uno de los campesinos se puso de pie para hablar en nombre del grupo y nos dijo que el entorno era muy distinto al de los lugares que muchos de ellos veían como su hogar y que fueron forzados a abandonar en la región andina. Él y sus vecinos, nos dijo, “temían chocar con el territorio”. Querían evitar convertirlo en un

18 Heraldo Vallejo obtuvo un título de Maestría en Planificación Territorial y Gestión Ambiental en noviembre de 2016. Su tesis se enfocó específicamente en la “influencia de la aplicación de materia orgánica en la recuperación de suelos degradados en la región amazónica”. Véase Vallejo (2016).

desierto de monocultivos de café. “No queremos ser tan solo económicamente sostenibles, sino también ecológicamente”, explicó. Debido a la falta de asistencia técnica adecuada para el entorno andino-amazónico por parte del Estado, nadie en la comunidad tenía claro cómo proceder para diseñar sus fincas de policultivos.

“¿A quién le preguntamos?”, Heraldó increpó al grupo. Alguien sugirió que lo mejor sería consultar a la población más antigua de la región, que seguramente ya debía haber descifrado cómo adaptarse a “esas condiciones tan tenaces de la selva”. Aunque esto no se consideró una mala idea, Heraldó tenía otra cosa en mente. “¿Y qué tal si le preguntamos a la planta misma? ¿Por qué tenemos la costumbre de pensar que solo los expertos foráneos nos pueden dar asistencia técnica?”, preguntó. “¿Por qué pensamos que las únicas que saben son las mentes humanas?”. Luego continuó: “Las fincas hablan, las plantas saben y la familia humana responde”. En el capítulo 5 regreso a la idea de las “fincas que hablan”. Para ilustrar este punto, Heraldó compartió una anécdota con el grupo: un día, un campesino estaba trabajando cuando llegaron unos agrónomos del Estado hablando maravillas de una semilla de heno nueva y mejorada que estaban repartiendo por toda la región. Le dijeron que esta semilla tenía tecnología de punta y que, sin duda, iba a duplicar las cosechas y, por supuesto, las ganancias. Debería empezar a sembrarla ya mismo. Antes de salir para la siguiente finca, generosamente le dieron una bolsa de semillas de cortesía. El campesino se rascó la cabeza y se tomó un momento para pensar la situación. Se dijo a sí mismo:

¿A quién le pregunto por esta semilla? Si voy y hablo con otro agrónomo, me va a decir que esta nueva variedad es una invención infalible. Si voy y pregunto en la Secretaría de Agricultura municipal, me van a tratar de convencer de que siembre quién sabe cuántas hectáreas. Si le pregunto al vecino, seguro me dice que tampoco sabe. ¿A quién le pregunto?

El hombre siguió confundido otro rato, con la mirada paseándose por su finca, pero enseguida pareció tranquilizarse. “Ya sé. Le voy a preguntar a la mula”. Entonces sembró dos semillas, una de la nueva variedad y otra de la tradicional, y cuando llegó la hora de cosechar el heno puso las dos variedades en el piso frente a la mula. “Escoja usted”, le dijo. La mula se acercó al heno producido por la nueva semilla, bajó la cabeza, la olfateó y se volteó para otro lado. Luego se fue hacia la variedad tradicional del campesino y se sentó a comer. “Bueno, ahí tengo mi respuesta”, dijo el campesino, y podía jurar que la mula se volteó hacia él con una mirada astuta.

## La ciencia del suelo del Estado: clasificada en medio de la clasificación

Mientras caminamos por un campo embarrado en el municipio de Fusagasugá, Cundinamarca, a dos horas de Bogotá, una mujer de edad se estira por encima de la reja de su patio para ofrecernos una taza de café, mientras Oscar, el agrólogo al que estoy acompañando, le explica que su predio es parte de un área piloto que el IGAC considera representativa del relieve y el clima dominantes del municipio. Le pregunta si le molestaría si entramos a levantar unas muestras de suelo de su finca. De inmediato, la mujer se muestra nerviosa y asume que nuestra visita tiene que ver con un avalúo catastral. Apenas Oscar le asegura que las muestras solo se van a usar para establecer la vocación del suelo para el plan de desarrollo municipal y no van a afectar los impuestos prediales de la familia, nos da permiso para seguir. Oscar y dos hombres de Fusagasugá contratados solo por ese día empiezan a cavar un hueco de sesenta centímetros de profundidad. La excavación revela lo que los científicos llaman un *perfil de suelo*, el cual produce tanto un objeto de estudio como una sensación placentera al admirar los diversos colores y texturas del mundo que antes se ocultaba bajo nuestros pies. Este corte vertical expone lo que la ciencia del suelo convencional llama los horizontes O, A, B y C con sus respectivas profundidades, tonalidades y esculturas. En esos detalles es que se dice que el suelo expresa su “personalidad” y a través de los que los científicos del suelo comienzan a interpretar la “voz del suelo”.

Desde potreros de ganado, laderas empedradas y pisos musgosos de bosque, veo cómo los suelos se convierten en muestras —lo que para mí tiene la apariencia de barro— y dejan atrás una densa existencia (de localidad, historicidad, relación ecológica) para quedar selladas en bolsas plásticas y emprender el viaje de dos horas hasta el Laboratorio Nacional de Suelos en Bogotá. Mientras está todavía en el campo, Oscar empieza a hacer un proceso de clasificación usando una cartilla Munsell de colores que traduce los niveles de humedad. Por ejemplo, me explica que las tonalidades grisáceas indican que el agua tal vez no está fluyendo libremente a través de los horizontes del suelo. Con un lente sencillo analiza el tamaño de los poros y cuenta las raíces, y utiliza un pequeño kit para examinar si hay unas cenizas volcánicas esponjosas que pueden indicar la presencia de reservas de agua subterránea. La textura se categoriza en términos del porcentaje de arena, limo y arcilla. Luego les aplica unas gotas de agua a algunos pedazos y las amasa en bolitas en la palma de la mano. En su tabla de anotaciones categoriza



su consistencia como pegajosa, grasosa o grumosa. Antes de seguir a la siguiente excavación, Oscar toma nota de la vegetación, los patrones de uso del suelo, el relieve y otras características visibles del terreno cercano.

En el reconocido recuento de Latour (1999) del trabajo de los científicos del suelo en la Amazonía brasileña, el autor concibe la cartilla Munsell como un *intermediario* que forma parte de una cadena sucesiva de transformaciones e inscripciones que permiten abstraer un ente delimitado. Ninguno de estos intermediarios se parece a nada: hacen mucho más que mostrar parecidos. Según Latour, toman el lugar de la situación original sin llegar del todo a sustituir lo que han recolectado<sup>19</sup>. Aquello que los científicos se esfuerzan por producir es un retrato del suelo como un individuo único con un funcionamiento interno que refleja su “naturaleza” y su “personalidad”: siempre es un tipo de suelo; no existe una categoría genérica para este ente. El suelo como un nexo vital reducido a partes cada vez más simples, que luego pueden expresarse en el lenguaje de ecuaciones estadísticas, también desafía esta suma de partes y se resiste a ser desmembrado por completo en un conjunto de esencias aisladas. Al destaparse la tierra que yace bajo nuestros pies en el acto de hacer un perfil de suelos, presencio el primer movimiento de observación, sustitución y “prácticas de delimitación” (Latour 1999, 140). Los grumos de tierra empiezan a enmarañarse en palabras, números, símbolos y gráficos que hacen posible el paso de tierra y cúmulos de barro a texto. Del mismo modo va tomando forma la carrera del científico del suelo y el suelo cambia de estado para poder cambiar de ubicación.

Cuando regresamos al IGAC, las bolsas de tierra se envían al laboratorio y se reparten entre las distintas disciplinas científicas. Veo a los microbiólogos separar las raíces muertas de los organismos vivos antes de poner las bolsas en un refrigerador para retener su humedad. Se esfuerzan por lograr que esas muestras que antes habían estado repletas de vida aún conserven alguna cantidad medible de ella. Los físicos de suelos pesaban las muestras y las dejaban secando en el techo para luego cernirlas y pesarlas de nuevo cuando se evaporara toda el agua. Esto podía tardar semanas según el impredecible clima bogotano, y sus horarios laborales dependían de la humedad relativa, las horas de luz solar y los niveles de lluvia de un día cualquiera. Los químicos luego recibirían una sustancia polvorosa

.....

19 A Latour le interesa saber cómo las ciencias pueden ser al mismo tiempo realistas y constructivistas, inmediatas e intermediarias. En ese capítulo específico de *La esperanza de Pandora*, pregunta a qué se refiere el lenguaje hablado cuando los científicos hablan del suelo y muestra cómo lo que él llama una *referencia circulante* se produce por medio de sustituciones constantes del mundo que los científicos crean y con el cual se encuentran.

para diluirla aún más, hasta convertirla en una solución de tubo de ensayo que serviría para llevar a cabo experimentos para establecer su nivel de fertilidad.

Oscar me explica que, cada vez que un coloide de humus se disgrega en sus componentes químicos más básicos, los científicos llegan a un ácido con una concentración levemente distinta. El humus requiere que se ejecute el mismo experimento seis veces para coordinar los diferentes resultados. Lo que luego Oscar interpreta como humedad, nivel de pH, fertilidad y contenido orgánico y de arcilla es una representación parcial de relaciones que se vieron necesariamente interrumpidas en el viaje del campo a la cartilla de colores, al laboratorio, al refrigerador y a la solución de tubo de ensayo. Esto es lo que le permite definir la muestra que levantamos en Fusagasugá con precisión como un inceptisol: joven, ácido, de baja fertilidad, con una probabilidad del 50% de susceptibilidad a la erosión y de uso agrícola limitado.

Además, esta clasificación de suelos implica un tipo específico de comparación en la cual la definición de lo que es “adecuado/inadecuado”, “estable/inestable”, “funcional/disfuncional” organiza jerárquicamente aquello que se compara. Desde una perspectiva científica, los suelos se definen en el marco de un sistema taxonómico con base en sus propiedades “naturales”. Sin embargo, como ya lo he señalado, los órdenes taxonómicos en sí mismos no le interesan al Estado. Lo que sí le interesa es la clasificación adicional de estos grupos en categorías técnicas para el uso potencial del suelo. Los dos sistemas de clasificación que se usan en Colombia se adoptaron oficialmente en la década del setenta, provenientes del USDA: taxonomía del suelo (doce órdenes) y clasificación de tierras por capacidad de uso (ocho clases)<sup>20</sup>. La segunda organiza los suelos jerárquicamente según las limitaciones que afectan su uso para la producción de cultivos convencionales y de plantas para la ganadería sin deteriorarse con el tiempo. Las limitaciones de los suelos de clases I, II y III se categorizan como leves para la agricultura; mientras que las clases VI, VII y VIII se consideran altamente limitadas, insostenibles para el cultivo y aptas únicamente para el pastoreo, los bosques, la vida silvestre o para fines estéticos.

Si bien las perspectivas científicas dominantes sobre la calidad y la salud del suelo han empezado a ver los suelos por medio de una conceptualización más centrada en los ecosistemas (véase, por ejemplo, USDA-NRCS 2010), la expectativa sigue siendo que los agrólogos no se queden en retratos de un suelo particular,

20 Para un estudio de caso histórico sobre las tensiones que marcaron la implementación de la taxonomía de suelos estadounidense en el sector cafetero colombiano, véase Tally (2006).

sino que amplíen su perspectiva al nivel de unidades de tierra utilizando un sistema de clasificación basado en imperativos capitalistas, el cual otorga más valor a los suelos con mayor productividad agrícola que a todos los demás. De esta forma, los suelos primero se convierten en un objeto mediante su separación de la tierra y del ecosistema terrestre. Pero, a la vez, su definición determina la administración de los usos del suelo concebido como propiedad y como tierra cultivable con capacidad potencialmente productiva. De acuerdo con la comprensión relacional de la infraestructura de Bowker y Star (2000), los suelos son también aquello que emerge en el medio: en medio de lo que los científicos definen como las “propiedades naturales” y las “relaciones sociales” mediadas por la tecnología y que emergen con valores diferenciados de los códigos tributarios, las condiciones para la aprobación de un préstamo, los planes de desarrollo y, como nos lo muestra Edelmo, la (im)posibilidad de embarcarse en proyectos de vida agrícolas específicos con la aprobación del Estado, así como en ciertos sueños posibles de transformaciones territoriales y economías rurales alternativas. Este doble proceso de producción de suelos, cuyo valor depende de su capacidad de asumir el rol de unidades de tierra propicias para la productividad agrícola, es el que deja perplejos a los agrólogos del IGAC que trabajan en la Amazonía, quienes deben lidiar con los nuevos problemas que resultan de las soluciones que les ofrecen sus propios sistemas de clasificación.

Como aprendí de Heraldo y de otras personas, la impermanencia de los suelos amazónicos —su existencia en constante metamorfosis— los hace incapaces de ser disociados de una red entrelazada en la cual cada elemento se halla implicado en la existencia del otro. Su existencia se asemeja a lo que Karen Barad ha llamado la *intraacción* o la “constitución mutua de agencias entrelazadas” (2007, 33)<sup>21</sup>. ¿Cómo se clasifica taxonómicamente una intraacción? Los científicos del suelo afiliados al Estado se enfrentan al dilema de cómo hacer productiva la tierra siendo que ninguna tierra puede existir sin un suelo que está unido íntimamente con la selva, sin un suelo que se alimenta de y alimenta a la selva. Engendrar al “suelo” como un ente estable, en contraste con vivir con “los suelos” en una relación perpetua, es una contradicción inherente a la noción clasificatoria de aquello que es o no es tierra productiva. Pude presenciar cómo esta compleja relacionalidad sigue

.....

21 Barad explica que “estar entrelazado no es simplemente estar enlazado, como una unión de entes separados y preexistentes, sino el hecho de no tener una existencia independiente y autocontenida fuera de la relación misma” (2007, IX).

siendo un escenario de luchas para los agrólogos cada vez que salta a la vista la fuerza material y ética de la clasificación científica.

En la década de los ochenta, Cortés y un pequeño grupo de agrólogos colombianos intentaron mediar esta tensión describiendo los suelos amazónicos como “diferentes” en lugar de “pobres” o “deficientes”. Sin embargo, esta “diferencia” está insertada en un marco ontológico de comparación en el cual las definiciones de los suelos tienen como punto de referencia las condiciones naturales de zonas templadas, como la profundidad, la fertilidad química, los niveles neutros de pH, la longevidad y la juventud, así como una serie de códigos morales que delimitan su uso legal y apropiado. La terminología científica occidental del pH neutro está cargada de juicios de valor éticos y semióticos, puesto que las condiciones que se consideran óptimas son las ligeramente alcalinas. La “diferencia” implica de manera inherente una desviación de un estándar productivo, el cual atrapa a los científicos en una jerarquía en la que los “suelos diferentes” casi inevitablemente se convierten en suelos problemáticos. Los agrólogos se enfrentan a un terreno “enigmático” que problematiza el alcance limitado de sus dispositivos de inscripción, así como la lógica económica productivista, y los supuestos climáticos y agroecológicos en los cuales se basan esos dispositivos. Conversando con una agrónoma y entomóloga que trabaja para la Organización de las Naciones Unidas para la Alimentación y la Agricultura (FAO, por sus siglas en inglés) y el IGAC, quien representó a Colombia en los encuentros de la Alianza Suramericana por el Suelo, hablamos de las otras opciones que los científicos del suelo colombianos habrían podido seguir en vez de adoptar las clases de suelos del USDA. En Brasil, según me explicó, se creó un sistema taxonómico propio, ya que gran parte del país (en particular la Amazonía) se consideraba improductiva de acuerdo con el sistema del USDA. En su opinión, hubiera sido preferible que el IGAC implementara el enfoque de zonificación agroecológica integral de la FAO, perspectiva que coincide con la de Pedro Botero en los años setenta, cuando se institucionalizó la taxonomía del USDA. Pero ella misma reconoció que ya sería muy difícil cambiar de sistema de clasificación, porque todo el país había sido estudiado recientemente a escala 1:1 000 000 usando el sistema del USDA.

Bowker y Star (2000) nos invitan a concebir la clasificación como una práctica de trabajo dentro de la cual se toman decisiones que llevan a las personas a usar categorías en las que no necesariamente creen y hasta pueden parecerles éticamente problemáticas. Resulta interesante que el mismo Cortés, reconocido por institucionalizar los sistemas de clasificación de suelos del USDA en Colombia desde el IGAC, luego sería uno de los primeros en publicar artículos en los que

cuestiona su aplicabilidad universal, especialmente sus imperativos centrados a toda costa en el desarrollo para los bosques tropicales del país (Cortés e Ibarra 1981)<sup>22</sup>. En sus artículos, Cortés conminó a sus colegas a adoptar una postura “conciliadora” hacia la Amazonía —en contraste con la “mentalidad andina” dominante—, imaginando sistemas agrícolas que permitieran cuidar a los suelos y al mismo tiempo garantizar su “uso racional y productivo”. Más que una mentalidad, este es un léxico de construcción de nación fundamentado históricamente en una separación de la naturaleza, una naturaleza que es vista a la vez como objeto y como paciente, y que solo adquiere valor cuando sus “limitaciones inherentes” se corrigen mediante el uso de insumos químicos y otras enmiendas comerciales e invenciones humanas. Refiriéndose al levantamiento de suelos del Putumayo, Cortés me dijo: “Deberíamos hacer recomendaciones que cambien totalmente el uso y el manejo del suelo en lugar de forzar a la región a encajar en las taxonomías del USDA. Sería excelente si pudiéramos recomendar agroecología o agroforestales”. Sin embargo, los intentos de los agrólogos del IGAC por producir lo que llamo una “ciencia menor” se han visto limitados por sus sistemas de clasificación, sus posiciones institucionales, sus fuentes de financiación y su estatus como consultores técnicos, en vez de hacedores de políticas.

Encontré una situación similar en el Laboratorio de Microbiología Agrícola Aplicada del Instituto de Biotecnología de la Universidad Nacional de Colombia (IBUN). Cuando estaba empezando mi trabajo de campo, me invitaron a hacer una presentación sobre mi investigación etnográfica en una de las reuniones semanales del laboratorio. En esa reunión, el director del laboratorio, Daniel Uribe, corrigió mi caracterización del laboratorio:

Su presentación me deja la impresión de que usted nos ve como la realidad opuesta a las asociaciones industriales. Desafortunadamente nosotros no ofrecemos una tecnología alternativa a las técnicas de manejo agrícola de los gremios industriales. Nuestro trabajo con la Federación Nacional de Arroceros [Fedearroz], por ejemplo, es temporal y coyuntural. En unos dos años probablemente ya no estaremos trabajando con arroz.

Uribe no estaba de acuerdo con el nivel de poder e influencia que yo le había atribuido al personal de microbiología de suelos del IBUN, por su colaboración con

.....  
 22 Véase también el ejemplo de Forsyth (2011) sobre la aplicación contenciosa de la ecuación universal de pérdida de suelo (USLE, por sus siglas en inglés) en las montañas del norte de Tailandia.

los gremios agrícolas industriales y la financiación que recibían del Ministerio de Agricultura y el Departamento Administrativo de Ciencia, Tecnología e Innovación (Colciencias)<sup>23</sup>. Uribe y el resto del equipo de microbiología del laboratorio insistían en que su colaboración con Fedearroz solo se dio después de que la industria arrocera sufrió grandes pérdidas económicas y entendió que tendría que competir directamente con las importaciones de arroz de Estados Unidos, al vencerse las medidas de protección temporales que hacían parte del acuerdo de libre comercio firmado con ese país. “Apenas se dieron cuenta de que les iba a afectar la billetera, vinieron a buscarnos”, me explicó Javier. “Dijeron: ‘¿No nos habían hablado de unos microorganismos?’”. La atención del gremio industrial a la microbiología de suelos aplicada estaba atada a los tratados internacionales de libre comercio y a los flujos capitalistas y no, como argumentaban los científicos del IBUN, a una transformación repentina del sector arrocero y de su enfoque miope en las semillas mejoradas y la manipulación genética hacia una consideración del rol potencialmente benéfico de la biota del suelo.

Como lo mencioné al comienzo de este capítulo, los agrólogos del IGAC reconocen que, si bien los levantamientos de suelos del Estado implican un trabajo de campo, en esos viajes no se llevan a cabo consultas con las comunidades rurales que tienen sus propias prácticas materiales situadas e informadas conceptualmente en (y con) los ecosistemas amazónicos. Por ejemplo, en vez de clasificar los suelos en dos categorías taxonómicas generalizadas de improductividad agrícola, en 2002 Heraldo y otros dos colegas hicieron un esquema con nueve tipos de sistemas de tierras con sus respectivos potenciales y limitaciones agrícolas: escarpes, terrazas altas, colinas, mesones, lomeríos, vegas, zonas de várzea, cochas y humedales (Vallejo, Campaña y Muchavisoy 2002). Las vocaciones agrícolas no se conceptualizan como si fueran un atributo distinto de los humedales, las cuencas y los bosques. Tampoco hay suelos “malos” o “pobres”. En un artículo publicado en una revista local del Putumayo que ya no existe, Heraldo escribió:

en realidad las tierras no pueden verse siempre como suelos con capa arable, tampoco como sustratos para la corrección química de la acidez, ni como un depósito de nutrientes para su balanceamiento en el establecimiento de cultivos [...] El estudio de la dinámica de los suelos amazónicos a partir de los componentes orgánicos vivos o en proceso de descomposición, encierra una historia particular. (Vallejo 1993, 18)

23 Ahora Ministerio de Ciencia, Tecnología e Innovación (Minciencias).

Por esta razón, el servicio de Servientrega para suelos que implementó el Gobierno, el cual invita a los campesinos a enviar muestras de suelo a un laboratorio urbano por una empresa de mensajería para recibir diez días después un estudio de suelos y recomendaciones técnicas para la fertilización química de un cultivo comercial determinado, no ha sido de mucho interés o utilidad para la mayoría de las comunidades rurales del Putumayo<sup>24</sup>. Los análisis de laboratorio de este tipo solo dicen que los suelos locales son demasiado ácidos y de mala calidad, porque no entienden que los suelos de la región son organismos vivos, procesos de descomposición, hojarasca y luz solar, más que una entidad estable.

Para evitar apresurarse y contribuir a una historia ineficiente del uso de la tierra y al empeoramiento de la pobreza rural, los agrólogos del IGAC prefirieron posponer la publicación del levantamiento de suelos del Putumayo. Interpreto esta “parálisis” como una vacilación activa, como una manera en que los científicos del suelo manifiestan un dilema moral o un sentido de inconformismo con el trato que se les da a los suelos amazónicos en los paradigmas agrícolas dominantes, a pesar de ser ellos mismos los autores de los estudios que informan esas políticas públicas. Los agrólogos del IGAC tienen muy clara la provisionalidad y las limitaciones de su trabajo de clasificación de los usos de la tierra y de formulación de recomendaciones al respecto, como también sucede con los experimentos de muestreo de suelos que llevan a cabo los ingenieros estudiados por Harvey y Knox (2015) en su etnografía de la construcción de carreteras en Suramérica.

Heraldo me presentó los artículos de Cortés porque lo ve como una especie de aliado científico para las comunidades rurales de la Amazonía que se resisten a participar en los sistemas agrícolas extractivistas. La propuesta de Cortés de adoptar una “perspectiva conciliadora” frente a la región crea la posibilidad de plantear un diálogo que cuestione la transformación de la selva en fincas insostenibles, tal vez no entre las comunidades campesinas y el aparato estatal, pero por lo menos entre el campesinado y redes agrícolas alternativas. Al mismo tiempo, la propuesta de Cortés también se queda corta porque no deja de hacer hincapié en actores humanos que administran la tierra, con lo cual la agricultura alternativa sigue siendo apenas un sustituto técnico, en vez de una postura ético-política o una propuesta de vida.

Un enfoque sostenible para el manejo del suelo no es una propuesta lo suficientemente radical para las familias rurales que no buscan aislar, corregir o

24 Véase el artículo “Análisis de suelo, la mano derecha de los agricultores colombianos” (2017). Agradezco a mi colega Julio Arias Vanegas por llamar mi atención sobre este.

utilizar el suelo como un ente cuyo único propósito es la producción de alimentos y ganancias humanas. Al representar a los suelos amazónicos en el marco del orden taxonómico del USDA (como oxisoles y ultisoles meteorizados), los agrólogos del IGAC han seguido produciendo un suelo decepcionante que se ubica en el fondo de una jerarquía que prácticamente niega su existencia, porque para existir con dignidad los suelos deben producir “resultados” económicos y no entrelazamientos intraactivos.

Las relacionalidades en constante reciclaje del suelo de la selva amazónica revelan los límites de los imperativos desarrollistas en los cuales la producción está fundamentada en una separación sumamente arraigada entre “naturaleza” y “cultura”, cuyo propósito contemporáneo es que la primera produzca para alimentar la vida de la segunda o, más exactamente, para ser devorada y consumida por la segunda. Heraldo y otras familias campesinas comprometidas con lo que yo llamo *procesos de agrovida de selva* trabajan por la sostenibilidad, pero lo hacen bajo un entendimiento de que sembrar alimentos para los seres humanos necesariamente implica cuidar y alimentar a una serie de organismos, seres y elementos que muchas veces, por su mismo carácter recalcitrante, obligan a las familias rurales a recuperar cierta autonomía relativa de las empresas químicas, los paquetes de ayuda y otros imperativos del capitalismo de mercado.

## Advertencia: experimentos altamente tóxicos

*Nuevos informes desde el Putumayo*

De aquí a cien años, podrás preguntarte  
 cómo hicieron que las mariposas se pusieran en contra nuestra,  
 cómo el ágil vuelo de esas criaturas  
 terminó dando vueltas sobre nosotros  
 como una bandada de pájaros furiosos.  
 Alas en fricción,  
 aparatos metálicos rechinando,  
 esos aparatos metálicos que se mueven  
 y consumen toda la vida a su alrededor.  
 Las hojas del platanal,  
 las plumas de las gallinas,  
 flecos de pelo humano,  
 hasta los hongos trepados en los techos



(este tal segundo experimento).  
 No te sé decir  
 cómo nos escabullimos,  
 cómo nos ocultamos de los mapas satelitales  
 absortas por los enjambres de nubes oscuras  
 y los rastros de las hojas medio mordidas.  
 Nos arrastramos bajo el sonido no muy lejano de las hélices,  
 bajo los motores de las avionetas rastreras.  
 Ahí fue que nos quedó claro:  
*La única solución es armarse,  
 irse, morir o mirar qué se hace.*  
 Gritaba el general en el mercado,  
 repetían los expertos con un megáfono,  
 les susurraba la bióloga a sus mariposas  
 justo antes de que se echaran a volar.

Escribí este poema cuando oí a las comunidades rurales del Putumayo comentar que la política antinarcoóticos colombo-estadounidense introdujo no solo la aspersión con herbicidas, sino además la aplicación de armas biológicas en experimentos encubiertos contra los cultivos ilícitos. Hablaban de nubes de mariposas negras que descendían sobre los campos y de un hongo patógeno, el *Fusarium oxysporum*, que llegaba a infectar los suelos del bosque. Las larvas de esas mariposas parecían comerse cualquier cosa menos las hojas de coca: algo sospechosamente parecido a la manera en que las fumigaciones aéreas casi siempre matan los cultivos de pancoger, los pastos para el ganado, las copas de los árboles de la selva y hasta los proyectos de sustitución de cultivos ilícitos que financia la Usaid, en vez de las matas de coca, amapola o marihuana. No existen registros oficiales de la implementación de las armas biológicas. Solo las aterradoras historias de la gente sobre el batir de alas de las mariposas negras.

## Referencias

“18 batallones protegerán la infraestructura energética”. 2012. *El Espectador*. 10 de agosto. Consultado el 10 de febrero de 2017. <http://www.elespectador.com/noticias/judicial/18-batallones-protegeran-infraestructura-energetica-articulo-366470>

- “Análisis de suelo, la mano derecha de los agricultores colombianos”. 2017. Food News Latam, 24 de febrero. Consultado el 28 de febrero de 2017. <http://www.foodnewslatam.com/6654-análisis-de-suelo-la-mano-derecha-de-los-agricultores-colombianos.html>
- Asociación Ambiente y Sociedad.** 2019. *Petróleo en la Amazonia: ¿pueblos indígenas en peligro?* Bogotá: Ambiente y Sociedad.
- Barad, Karen.** 2007. *Meeting the universe halfway.* Durham, NC: Duke University Press.
- Barandiaran, Javiera y Casey Walsh, eds.** 2017. “Production/destruction in Latin America”. *Journal of Political Ecology* (número especial) 24: 716-725. <https://doi.org/10.2458/v24i1.20962>
- Blaser, Mario.** 2009. “The threat of the Yrmo: the political ontology of a sustainable hunting program”. *American Anthropologist* 111 (1): 10-20. <https://doi.org/10.1111/j.1548-1433.2009.01073.x>
- Bowker, Geoffrey y Susan Leigh Star.** 2000. *Sorting things out: classification and its consequences.* Cambridge, MA: MIT Press.
- Brynne Voyles, Traci.** 2015. *Wastelanding: legacies of uranium mining in Navajo Country.* Minneapolis: University of Minnesota Press.
- Calle, María Clara.** 2014. “Putumayo está en crisis”. *Semana*, 29 de agosto. <https://www.semana.com/nacion/multimedia/putumayo-tendra-paro-campesino-por-petroleo-coca/400937-3/>
- Campbell, Jeremy.** 2015. *Conjuring property: speculation and environmental futures in the Brazilian Amazon.* Seattle: University of Washington Press.
- “Campesinos del Putumayo logran acuerdos de sustitución de cultivos”. 2017. *Mi Putumayo*, 27 de julio. Consultado el 27 de julio de 2017. <http://miputumayo.com.co/2017/07/27/campesinos-del-putumayo-logran-acuerdos-de-sustitucion-de-cultivos>
- Carroll, Leah Anne.** 2011. *Violent democratization: social movements, elites, and politics in Colombia’s rural war zones, 1984-2008.* Notre Dame, IN: University of Notre Dame Press.
- (CNMH) Centro Nacional de Memoria Histórica.** 2015. *Petróleo, coca, despojo territorial, y organización social en Putumayo.* Bogotá: CNMH.
- Colombia2020.** 2017. “Cartas desde la marcha final”. *El Espectador*, 4 de febrero. Consultado el 5 de febrero de 2017. <https://www.elespectador.com/colombia2020/pais/cartas-desde-la-marcha-final-articulo-855149>
- Cortés, Abdón y Celso Ibarra.** 1981. *Los suelos de la Amazonia colombiana: criterios para la utilización racional.* Bogotá: IGAC.

- Craib, Raymond.** 2004. *Cartographic Mexico: a history of state fixations and fugitive landscapes*. Durham, NC: Duke University Press.
- De la Cadena, Marisol.** 2010. "Indigenous cosmopolitics in the Andes: conceptual reflections beyond 'politics'". *Cultural Anthropology* 25 (2): 334-370. <https://doi.org/10.1111/j.1548-1360.2010.01061.x>
- Del Cairo, Carlos.** 2012. "Environmentalizing indigeneity: a comparative ethnography on multiculturalism, ethnic hierarchies and political ecology in the Colombian Amazon". Tesis doctoral, School of Anthropology, University of Arizona, Tucson.
- Del Cairo, Carlos, Iván Montenegro-Perini y Juan Sebastián Vélez.** 2014. "Naturalezas, subjetividades y políticas ambientales en el noroccidente amazónico: reflexiones metodológicas para el análisis de conflictos socioambientales". *Boletín de Antropología* 29 (48): 13-40. <https://doi.org/10.17533/udea.boan.v29n48a01>
- Deleuze, Gilles y Félix Guattari.** 1988. *Mil mesetas: capitalismo y esquizofrenia*. Traducido por José Vásquez Pérez y Umbelina Larraceleta. Valencia: Pre-Textos.
- Delgado, Ana e Israel Rodríguez-Giralt.** 2014. "Creole interferences: a conflict over biodiversity and ownership in the south of Brazil". En *Beyond imported magic: essays on science, technology and society in Latin America*, editado por Eden Medina, Ivan da Costa Marques y Christina Holmes, 331-348. Cambridge, MA: MIT Press.
- DNP (Departamento Nacional de Planeación).** 2010 "Plan Nacional de Desarrollo, 2010-2014: Prosperidad para todos". Bogotá. <https://www.dnp.gov.co/Plan-Nacional-de-Desarrollo/PND-2010-2014/Paginas/Plan-Nacional-De-2010-2014.aspx>
- Escobar, Arturo.** 1994. *Encountering development: the making and unmaking of the third world*. Princeton, NJ: Princeton University Press.
- . 2008. *Territories of difference: place, movements, life, redes*. Durham, NC: Duke University Press.
- . 2014. *Sentipensar con la tierra: nuevas lecturas sobre desarrollo, territorio y diferencia*. Medellín: Unalua.
- Fearnside, Philip M.** 1985. "Environmental change and deforestation in the Brazilian Amazon". En *Change in the Amazon basin: man's impact on forests and rivers*, editado por John Hemming, 70-89. Manchester, UK: Manchester University Press.
- Forsyth, Tim.** 2011. "Politicizing environmental explanations: what can political ecology learn from sociology and philosophy of science?". En *Knowing nature: conversations at the intersection of political ecology and science studies*, editado por Mara Goldman, Paul Nadasy y Matthew Turner, 31-46. Chicago: University of Chicago Press.
- Franco Hernández, Fernando.** 2006. "La Corporación Araracuara y la colonización científica de las selvas ecuatoriales colombianas". *Revista Colombia Amazónica*: 13-34. <https://sinchi.org.co/files/publicaciones/revista/pdf/0/2%20la%20corporacin%20>

aracuara%20y%20la%20colonización%20científica%20de%20las%20selvas%20ecuatoriales%20colombianas.pdf

- Glaser, Bruno y William Woods, eds.** 2004. *Amazonian dark earths: explorations in space and time*. Berlín: Springer.
- Goldman, Mara, Paul Nadasy y Mathew Turner, eds.** 2011. *Knowing nature: conversations at the intersection of political ecology and science studies*. Chicago: University of Chicago Press.
- Gudynas, Eduardo.** 2014. “Sustentación, aceptación y legitimación de los extractivismos: múltiples expresiones pero un mismo basamento”. *Opera* 14: 137-159. <https://revistas.uexternado.edu.co/index.php/opera/article/view/3844>
- Harvey, Penny y Hannah Knox.** 2015. *Roads: an anthropology of infrastructure and expertise*. Ithaca: Cornell University Press.
- Heller, Chaia.** 2007. “Techne versus technoscience: divergent (and ambiguous) notions of food ‘quality’ in the French debate over GM crops”. *American Anthropologist* 109 (4): 603-615. <https://www.jstor.org/stable/27563813>
- IGAC (Instituto Geográfico Agustín Codazzi).** 2008. *Suelos para niños*. Bogotá: IGAC.
- Kawa, Nicholas.** 2016. *Amazonia in the Anthropocene: people, soils, plants, forests*. Austin: University of Texas Press.
- Latour, Bruno.** 1999. *Pandora’s hope: essays on the reality of science studies*. Cambridge, MA: Harvard University Press.
- León, Tomás.** 1999. “Perspectivas de la investigación en los suelos de la Amazonia”. En *Amazonia colombiana: diversidad y conflicto*, editado por Germán Andrade, Adriana Hurtado y Ricardo Torres, 237-255. Bogotá: Ágora.
- Li, Fabiana.** 2015. *Unearthing conflict: corporate mining, activism y expertise in Peru*. Durham, NC: Duke University Press.
- “Llegaron primeros cien guerrilleros a zona veredal del Putumayo”.** 2017. Noticias Caracol, 9 de enero. Consultado el 2 de febrero de 2017. <http://noticias.caracoltv.com/colombia/llegaron-primeros-cien-guerrilleros-zona-veredal-en-putumayo>
- Lyons, Kristina.** 2016. “Decomposition as life politics: soils, selva y small farmers under the gun of the U.S.-Colombian war on drugs”. *Cultural Anthropology* 31 (1): 55-80. <https://doi.org/10.14506/ca31.1.04>
- Mann, Charles.** 2006. *1491: new revelations of the Americas before Columbus*. Nueva York: Vintage.
- Mathews, Andrew.** 2011. *Instituting nature: authority, expertise and power in Mexican forests*. Cambridge, MA: MIT Press.

- Mesa Cuadros, Gregorio, Luis Fernando Sánchez Supelano y Yazmín Andrea Silva Porras.** 2015. "Aportes conceptuales para la construcción de una política de Gestión Ambiental de Suelos (GEAS) en Colombia". En *Conflictividad ambiental y afectaciones a derechos ambientales*, editado por Gregorio Mesa Cuadros, 95-123. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Morcote-Ríos, Gasper.** 2008. *Antiguas habitantes en ríos de aguas negras: ecosistemas y cultivos y el interfluvio Amazonas-Putumayo Colombia-Brasil*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Nadasy, Paul.** 2003. *Hunters and bureaucrats: power, knowledge and aboriginal-state relations in the southwest Yukon*. Vancouver: University of British Columbia Press.
- Paley, Dawn.** 2014. *Drug war capitalism*. Oakland, CA: AK Press.
- Papadopoulos, Dimitris.** 2010. "Activist materialism". *Deleuze Studies* 4: 64-83.
- "La paradoja de la paz: cuatro historias de destrucción ambiental tras el acuerdo con las FARC".** 2018. *Semana*, 26 de junio. Consultado el 14 de julio de 2018. <https://sostenibilidad.semana.com/medio-ambiente/articulo/deforestacion-en-colombia-despues-del-acuerdo-de-paz-con-las-farc/41088>
- "La paz nos va a permitir sacar más petróleo de zonas vedadas por el conflicto".** 2016. *El Espectador*, 14 de abril. Consultado el 14 de julio de 2018. <https://www.elespectador.com/economia/la-paz-nos-va-a-permitir-sacar-mas-petroleo-de-zonas-vedadas-por-el-conflicto-article-627058/>
- Pérez-Bustos, Tania.** 2017. "Thinking with care: unraveling and mending in an ethnography of craft embroidery and technology". *Revue d'Anthropologie des Connaissances* 11 (1): a-u. <https://doi.org/10.3917/rac.034.a>
- Povinelli, Elizabeth.** 1995. "Do rocks listen?: the cultural politics of apprehending Australian aboriginal labor". *American Anthropologist* 97 (3): 505-518. <https://www.jstor.org/stable/683270>
- . 2011. *Economies of abandonment: social belonging and endurance in late liberalism*. Durham, NC: Duke University Press.
- Proyecto Radargramétrico del Amazonas (Proradam).** 1979. *La Amazonia colombiana y sus recursos*. Bogotá: Proradam.
- Raffles, Hugh y Antoinette Winkler Pins.** 2003. "Further reflections on Amazonian environmental history: transformation of rivers and streams". *Latin American Research Review* 38 (3): 165-187. <https://www.jstor.org/stable/1555454>
- Rosero, Carlos.** 2002. "Los afrodescendientes y el conflicto armado en Colombia: la insistencia en lo propio como alternativa". En *Afrodescendientes en las Américas: trayectorias sociales e identitarias*, editado por Claudia Mosquera, Mauricio Pardo y Odile Hoffmann, 547-560. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia; ICANH.

- Rubiano, María Paulina.** 2017. “Militares, policías y Fiscalía se unen para perseguir a los destructores de la selva amazónica”. *El Espectador*, 12 de enero. Consultado el 28 de enero de 2017. <http://www.elespectador.com/noticias/judicial/militares-policias-y-fiscalia-se-unen-perseguir-los-des-articulo-674320>
- Schmink, Marianne y Charles H. Wood.** 1992. *Contested frontiers in Amazonia*. Nueva York: Columbia University Press.
- Scott, James.** 2009. *The art of not being governed: an anarchist history of upland southeast Asia*. New Haven, CT: Yale University Press.
- Servicio de Investigación del Congreso.** 2005. “Drug crop eradication and alternative development in the Andes”, 18 de noviembre. Consultado el 28 de marzo de 2017. <https://www.everycrsreport.com/reports/RL33163.html>
- Sistema de las Naciones Unidas en Colombia y Ministerio de Ambiente y Desarrollo Sostenible.** 2014. “Consideraciones ambientales para la construcción de una paz territorial estable, duradera y sostenible en Colombia: insumos para la discusión”. Bogotá. ReliefWeb. <https://reliefweb.int/report/colombia/consideraciones-ambientales-para-la-construccion-de-una-paz-territorial-estable>
- Solarte, Ricardo.** 2018. “Putumayo, clave para el futuro petrolero del país”. *Semana*, 14 de noviembre. Consultado el 26 de mayo de 2019. <https://www.semana.com/contenidos-editoriales/hidrocarburos-son-el-futuro/articulo/putumayo-clave-para-el-futuro-petrolero-del-pais/590016>
- Stengers, Isabelle.** 2005. “Introductory notes on an ecology of practices”. *Cultural Studies Review* 11 (1): 183-196. <https://doi.org/10.5130/csr.v11i1.3459>
- Stengers, Isabelle y Philippe Pignarre.** 2011. *Capitalist sorcery: breaking the spell*. Nueva York: Palgrave MacMillan.
- Tally, Rebecca.** 2006. “A young and dynamic country: soil science and conservation in Colombia, circa 1950”. Ponencia presentada en el New York State Latin American History Workshop, Cornell University, Ithaca, Nueva York, 15 de octubre.
- Tsing, Anna.** 2010. “Arts of inclusion, or how to love a mushroom”. *Mānoa* 22 (2): 191-203. <https://www.jstor.org/stable/41479491>
- Ulloa, Astrid.** 2016. “Feminismos territoriales en América Latina: defensas de la vida frente a los extractivismos”. *Nómadas* 45: 123-139. <https://doi.org/10.30578/nomadas.n45a8>
- USDA-NRCS.** 2010. “Soil quality/soil health concepts”. Consultado el 31 de agosto de 2021. <http://soils.usda.gov/sqi/assessment/assessment.html>
- Vallejo, Herald.** 1993. “El nuevo hombre amazónico: una visión del desarrollo para el departamento del Putumayo”. *Putumayo: Expresión de Identidad Regional* 1: 8-25.
- . 2016. “Influencia de la aplicación de materia orgánica en la recuperación de suelos degradados en la región amazónica”. Tesis de maestría en Planificación Territorial y

Gestión Ambiental, Universitat de Barcelona; Centro Universitario Internacional de Barcelona.

**Vallejo, Heraldo, Alberto Campaña y Jairo Muchavisoy.** 2002. *Capacitación y asistencia técnica cultivos agrícolas*. Villagarzón, Putumayo: Autores.

**Veltmeyer, Henry y James Petras.** 2014. *The new extractivism: a post-neoliberal development model or imperialism of the twenty-first century?* Londres: Zed.

**Viveiros de Castro, Eduardo.** 2004. "Perspectival anthropology and the method of controlled equivocation". *Tipiti* 2 (1): 3-22. <https://digitalcommons.trinity.edu/tipiti/vol2/iss1/1/>

**Wilches-Chaux, Gustavo.** 2012. "Supongamos la paz con la naturaleza". *El Tiempo*, 23 de septiembre. <https://www.eltiempo.com/archivo/documento/CMS-12245564>

**Wolf-Meyer, Mathew.** 2017. "Our master's voice, the practice of melancholy and minor sciences". *Cultural Anthropology* 30 (4): 670-691. <https://doi.org/10.14506/ca30.4.10>

# Reseña

.....



# Mekong dreaming: life and death along a changing river

Andrew Alan Johnson

Durham: Duke University Press 2020 • ISBN: 978-1-4780-1082-1 • 208 pp.

.....  
<https://doi.org/10.22380/2539472X.2343>

## Catalina Rivera Cediel

Universidad de los Andes, Colombia

hc.rivera78@uniandes.edu.co • <https://orcid.org/0000-0002-9317-0097>

El libro *Mekong dreaming*, de Andrew Alan Johnson, describe el trabajo etnográfico realizado por él desde el año 2014 sobre el río Mekong, sus habitantes ribereños, los impactos que las infraestructuras han tenido en el río, sus fronteras, las formas de vida humanas, no humanas y más que humanas que se articulan con el Mekong, las formas de poder construidas alrededor (o a propósito de este paisaje) y, en particular, las fuerzas ocultas, invisibles, y los sueños que giran en torno al río.

El autor argumenta que las represas allí ubicadas superan su dimensión material y se relacionan de maneras diversas con diferentes actores, de modo que se trata de infraestructuras conectadas con fuentes de potencia que se comunican, entre otras formas, a través de los sueños. Esas fuentes de potencia son objetos cuyas propiedades no se revelan nunca del todo al observador; son parte de una realidad que elude la captura y que se manifiesta como una serie de rarezas que hacen parte de la cotidianidad. Para el autor, el objetivo no puede ser pretender revelar un mundo cuya naturaleza precisamente es ser incognoscible, sino, más bien, aceptar lo desconocido como tal. En ese sentido, el libro espera responder a la pregunta ¿cuál es la relación entre infraestructuras y formas de vida que incluyen los sueños?

El texto de Johnson resulta potente de muchas maneras, pero vale la pena resaltar algunos aspectos en particular. En primer lugar, su abordaje etnográfico, el uso de los sueños del autor en relación con el río y su aproximación a la materialidad le permiten construir una mirada crítica con respecto a los estudios sobre antropología de las infraestructuras. La relevancia de esta visión tal vez radica en

sugerir un puente directo con los estudios más recientes sobre el Antropoceno. Es decir, al preguntarse por la relación entre infraestructuras y formas de vida que se manifiestan en sueños, crea un escenario en el que se hacen presentes tanto los estudios sobre la materialidad como la latencia de la existencia de formas de vida humanas, no humanas y más que humanas, en el sentido en el que se presentan en los estudios más recientes sobre el Antropoceno (Haraway 2019).

En segundo lugar, esa relación entre infraestructuras y Antropoceno permite configurar una propuesta epistemológica que se aleja de las respuestas unívocas y más bien pensar en lo fantástico e inestable, en mundos que se presentan necesariamente como incognoscibles y en una realidad que resultará siempre extraña mientras se la mire con ojos humanos, en palabras del autor.

Y, en tercer lugar, la descripción que hace Johnson de los paisajes, de los conflictos en torno al poder y de los límites o fronteras le permite reflexionar sobre las formas inestables o cambiantes del poder, propias de los escenarios deltaicos, como lo han estudiado otros autores (Krause y Harris 2021).

En el libro, las reflexiones para una antropología de las infraestructuras surgen a propósito de los efectos de la construcción de una represa que atraviesa la corriente principal del Mekong, justo al norte de la frontera entre Laos y China. Los cambios en el río comenzaron a hacerse evidentes en el año 2006, cuando el río creció de manera inusual. Luego, en el 2015, el constante torrente terminó privando de sedimentos a las riberas del río y ahogó las plantas. Como resultado, en 2016 el nivel del río bajó a mínimos históricos. En julio de 2018 se rompió una presa en construcción en Laos, lo que dio paso a una inundación que arrasó con buena parte del distrito de Attapeu. Esas represas hacen parte de intervenciones ambientales y económicas pensadas por ciertas élites expertas<sup>1</sup> que han llevado esa visión de desarrollo a lo que ellos mismos denominan la subregión del gran Mekong. En ese sentido, para el autor, la represa emerge como una nueva figura en la ecología, la economía y la cosmogonía de centros poblados como Ban Beuk, una de las poblaciones en las que se centra la etnografía. Los habitantes de Ban Beuk adjudican los cambios que ejerce la represa sobre el río —y por tanto sobre los peces, pescadores y agricultores— a una figura distante de la que dicen saber

.....

1 El texto dialoga permanentemente con literatura que está pensada desde la intersección entre deltas, infraestructuras del agua, Antropoceno y conocimientos expertos, de manera que para acompañar este libro resulta útil la revisión de textos como *Delta life* (Krause y Harris 2021), “Rivers on the Anthropocene” (Deane-Drummond 2017), “Infrastructuring amphibius space” (Morita 2016), “Anthropocene world/Anthropocene waters” (Scarpino 2018), además de los mencionados en *Mekong dreaming*.

poco, pero cuya existencia es innegable por la evidencia de sus efectos en el curso de sus vidas. Sobre esa represa y sobre las entidades del río sueñan los ribereños. Incluso el mismo Johnson aprovecha un sueño propio para ponerse en relación con un poder invisible cuyos mensajes no son claros y para sugerir una conciencia fragmentaria de la experiencia que da cuenta de la existencia de un mundo que contiene personas, animales, agua y espíritus conectados en red.

En este sentido, propone el autor que los mensajes y la opacidad alrededor de lo que sucede en el río tienen lugar debido a que hay varios planos de la existencia, en los que diferentes seres habitan; un vistazo a un nivel superior revela, por lo tanto y necesariamente, un mensaje confuso e incomprensible. Allí introduce su propuesta fenomenológica, según la cual si la irrupción de lo inusual en lo cotidiano suele explicarse a través de las reglas mismas de lo que es usual, el río invita más bien a aprender sobre las reglas de un nuevo mundo. En ese sentido, en el Mekong hay una concurrencia permanente del mundo fantástico y del mundo cotidiano gracias a la existencia de fuerzas mucho más profundas, cuyos contornos permanecen opacos. Esas fuerzas se caracterizan justamente por no poder revelarse del todo, razón por la cual una buena parte del mundo se presentará siempre como incognoscible. En términos del autor, la realidad es necesariamente más que aquello que puede comprender el observador y, por tanto, no es una aspiración del texto reconciliar su rareza sino, más bien, abrazar al río por su alteridad.

De esta forma, la experiencia etnográfica del autor en el Mekong refleja muy bien el aparato teórico del Antropoceno de acuerdo con el cual la era actual se caracteriza por la existencia simultánea de la humanidad con agencias y fuerzas no humanas y más que humanas, sin cuya existencia los humanos ya no seremos capaces de mantenernos vivos. El Antropoceno es parte de la materialidad del río, de la experiencia en el Mekong, y la comprensión completa de esas otras formas y fuerzas es imposible; lo posible, de acuerdo con el autor, es la mediana comprensión de verdades siempre parciales construidas únicamente a través de los caminos propios de la exploración empírica. Aquello que se revela como lo desconocido a lo largo de la experiencia etnográfica en el Mekong no es para Johnson un problema ontológico por resolver, sino un medio para fracturar el mundo conocido y permitir la emergencia de nuevas posibilidades, para convivir con formas de vida cuya existencia está más allá de nuestro alcance<sup>2</sup>.

2 Uno de los textos clásicos que ejemplifica muy bien la intersección de literatura a la que se hizo mención antes, y que por tanto es un antecedente relevante de la propuesta epistemológica aquí mencionada, es el libro *Dancing with the river* (Lahiri-Dutt y Gopa 2013). Allí, las autoras exploran la

Otro eje central del texto podría leerse en clave del vínculo entre las infraestructuras y el poder político, o las tensiones propias de los Estados nación contemporáneos. Algunos estudios sobre antropología e infraestructuras del agua ya han abordado los conflictos en los deltas en relación con las tensiones políticas que pueden emerger por las condiciones particulares que atraviesa un Estado en medio de la toma de decisiones sobre los paisajes del agua<sup>3</sup> y también con los conflictos sobre la tenencia de la tierra que surgen justamente en los deltas<sup>4</sup>. En *Mekong dreaming* una de las principales tensiones asociadas con el Estado nación hace referencia a la soberanía, categoría cuya existencia está determinadamente definida por el territorio que existe gracias a unos límites o contornos que, justamente, tienen como función delimitar aquellos lugares donde el poder se va a ejercer.

Allí, la etnografía sobre el río resulta crucial, pues, en el caso del poblado de Ban Beuk, el río da forma a la frontera entre Tailandia y la República Democrática Popular Lao. En ese punto el río se convierte en un “gran río”, o un paisaje de agua continuo que hace las veces de corazón ambiental, ecológico y agrícola del país. En ese contexto, los límites o las fronteras no pueden ser comprendidos como una línea en el mapa (menos aún cuando el río y sus bifurcaciones se mueven físicamente de una nación a otra obedeciendo a los cambios ecológicos y ambientales); más bien, resultaría útil verlos como divisiones ficticias o dispositivos a través de los cuales se puede elegir deliberadamente ver o no ver ciertos aspectos de la realidad.

El tema de las fronteras o los contornos se desarrolla a lo largo del texto, pero hay al menos dos sentidos que vale la pena resaltar. De una parte, la materialidad misma de los ríos y el papel que se les adjudica en términos de las fronteras políticas dan lugar a unas formas particulares de poder. De otra, los límites en todo caso trascienden lo geopolítico para extenderse a escenarios más ontológicos, a los cuales el autor se aproxima a partir de su experiencia con el Mekong.

.....  
existencia de los ríos como un nuevo terreno metafórico que representa la conjunción de la naturaleza como actor social y como un objeto socialmente construido. Además, abordan la comprensión de las fronteras en este tipo de paisajes, como el ejemplo por excelencia de la ambivalencia entre tierra y agua, tema que también trata Johnson en su libro.

- 3 Véase, por ejemplo, “Infrastructuring amphibious space: the interplay of aquatic and terrestrial infrastructures in the Chao Phraya delta in Thailand” (Morita 2016).
- 4 Este tema es ilustrado por textos como “Ambivalent desires: State formation and dispossession in the face of climate crisis” (Camargo y Ojeda 2017) y “Land born water: property, stasis, and motion in the floodplains of northern Colombia” (Camargo 2017).

Lo primero significa que el cauce del río atraviesa seis países y que, si comprendemos las fronteras desde la perspectiva del autor, los límites resultan ser divisiones pretendidas que no existen *per se*, sino que, más bien, son aprendidas. De hecho, la relación entre el carácter móvil de los ríos y su función fronteriza resulta útil para justificar la inacción de las autoridades frente a conflictos cotidianos. Es decir, el escenario del río permite múltiples formas de entender la autoridad y la soberanía, y propone una manera de territorialidad ajena a las formalidades cartográficas de los países. En ese sentido, por ejemplo, más allá de las divisiones jurisdiccionales, cobran especial relevancia los efectos de las represas río abajo y las afectaciones río arriba, de manera tal que las espacialidades propias de la materialidad generadas por las infraestructuras ponen en tensión las escalas y los contornos de los espacios que son considerados como relevantes para el Estado nación. Y, en el interior de esas escalas relevantes, lo cierto es que las decisiones no son homogéneas; es decir que, al igual que el agua, el poder permite ciertos flujos y distribuciones que ocurren de maneras diferentes en los lugares que, como Ban Beuk, son leídos como los márgenes del Estado nación.

Lo segundo implica que, en todo caso, hay otras fronteras que no solo separan naciones, sino que separan por ejemplo a unas personas de otras<sup>5</sup>, a entidades humanas de entidades no humanas, e, incluso, que nos separan a nosotros como humanos de relaciones o aspectos de nosotros mismos: nuestras relaciones con fuerzas no humanas, nuestras relaciones con fuerzas microscópicas, nuestras relaciones con fuerzas biológicas y, por supuesto, nuestras relaciones con las infraestructuras.

La materialidad del río y del agua pensada a propósito del Mekong nos permite concebir como “unido” aquello que hemos entendido como “separado”. Eso otro, eso diferente y concebido como lejano de nosotros, se presenta como lo oculto, lo inexplicable o lo desconocido a lo largo del río. Para Johnson, eso desconocido es una fuente de potencia que nos entrelaza con el mundo que nos rodea, un mundo con el cual en buena medida nos relacionamos a partir de comprensiones inconscientes, como uno de los canales a través de los cuales nos conectamos. Pero que

5 El ejemplo a través del cual Johnson expone la división entre personas es la migración. En el capítulo 3 muestra cómo la migración laboral, por ejemplo en Bangkok, es un fenómeno social que, al igual que el Mekong, tiene sus reflujos y desbordamientos. Para el autor la migración es otro ejemplo de los movimientos de los seres humanos hacia fronteras que les son desconocidas y que, por tanto, son peligrosas. Allí la frontera adquiere un nuevo tono que pertenece a la misma opacidad, en cuanto hace parte de la fantasía de lo que se espera que haya al otro lado. Se trata de una distancia física y metafísica que moldea la vida de los seres que se encuentran allí.

se trate de una potencia que existe más allá de la comprensión humana no significa que no esté vinculada directamente con nosotros; o, incluso, no significa que no seamos parte de lo mismo. Así pensado, a medida que el mundo cambia, cambia nuestra comprensión inconsciente de él y, al hacerlo, cambiamos también nosotros.

Las infraestructuras no son la excepción a esa aproximación. Por ello, a pesar de tratar de ver en ellas solamente sus aspectos físicos, económicos o políticos, lo cierto es que su materialidad da cuenta de que también hablan, también se encuentran embrujadas, o son el hogar de espíritus o fantasmas. Las infraestructuras buscan comunicarse y, cuando lo hacen, sus mensajes o sus medios nos parecen incomprensibles. Pero puede ser, siguiendo a Johnson, que seamos parte de lo mismo y que las infraestructuras sean todos los seres que toman decisiones sobre ellas o se relacionan con ellas. Puede ser que lo ininteligible de sus mensajes sea otro tipo de potencia que intenta decirnos que otras formas son posibles.

## Referencias

- Camargo, Alejandro.** 2017. "Land born of water: property, stasis, and motion in the floodplains of northern Colombia". *Geoforum* (noviembre): 1-9. <https://doi.org/10.1016/j.geoforum.2017.11.006>
- Camargo, Alejandro y Diana Ojeda.** 2017. "Ambivalent desires: State formation and dispossession in the face of climate crisis". *Political Geography* 60: 57-65. <https://doi.org/10.1016/j.polgeo.2017.04.003>
- Deane-Drummond, Celia.** 2017. "Rivers at the end of the end of nature: ethical trajectories of the Anthropocene grand narrative". En *Rivers of the Anthropocene*, editado por Jason M. Kelly, Philip Scarpino, Helen Berry, James Syvitski y Michel Meybeck, 55-62. Oakland: University of California Press.
- Haraway, Donna.** 2019. *Seguir con el problema. Generar parentesco en el Chthuluceno*. Bilbao: Consonni.
- Krause, Franz y Mark Harris.** 2021. *Delta life: exploring dynamic environments where rivers meet the sea*. Nueva York: Berghahn Books.
- Lahiri-Dutt, Kuntala y Samanta Gopa.** 2013. *Dancing with the river*. New Haven: Yale University Press.
- Morita, Atsuro.** 2016. "Infrastructuring amphibious space: the interplay of aquatic and terrestrial infrastructures in the Chao Phraya delta in Thailand". *Science as Culture* 25 (1): 117-140. <https://doi.org/10.1080/09505431.2015.1081502>

**Scarpino, Philip.** 2018. "Anthropocene world/Anthropocene waters: a historical examination of ideas and agency". En *Rivers of the Anthropocene*, editado por Jason M. Kelly, Philip Scarpino, Helen Berry, James Syvitski y Michel Meybeck, 101-115. Oakland: University of California Press.

*Revista Colombiana de Antropología* es un publicación  
del Instituto Colombiano de Antropología e Historia,  
Bogotá, Colombia.



---

## INFRAESTRUCTURAS: PODER, ESPACIO, ETNOGRAFÍA

Infraestructuras: poder, espacio, etnografía

- ALEJANDRO CAMARGO, SIMÓN URIBE

### Artículos

#### Dossier

El poder secreto de los archivos audiovisuales: etnografías del tiempo y la infraestructura en el Alto Magdalena - **JESÚS ALEJANDRO GARCÍA AGUILERA**

- Un río infraestructurado: la gestión comunitaria entre el cemento y los movimientos del agua - **DIANA BOCAREJO**
- Concurrencia de acuerdos y visiones en la provisión de infraestructuras como forma de reparación a víctimas y de construcción de paz en el Oriente antioqueño - **LUIS ANTONIO RAMÍREZ ZULUAGA**
- Construir y reparar frente al desabastecimiento: Estado, provisión de agua e infraestructura en Buenaventura, Colombia - **FELIPE FERNÁNDEZ**
- Peces ciegos - **ANDREA MURILLO**

#### Misceláneos

El dilema de la racialización: entre negridad e indianidad en la frontera México-Estados Unidos - **ROCÍO GIL MARTÍNEZ DE ESCOBAR**

- ¿Campesinos? “Hoy somos quien somos por la resistencia que nos hemos dado”. Formación de identificaciones al calor de una lucha opositora en María la Baja, Colombia, 2014-2020 - **NATALIA ESTEFANÍA ÁVILA GONZÁLEZ, SERGIO ZENDEJAS ROMERO**

#### Arqueología

Variación funeraria y condiciones de vida de La Jagua, Alto Magdalena, Colombia, y sus implicaciones para el periodo Reciente - **JOSÉ VICENTE RODRÍGUEZ-CUENCA**

#### Cuestiones de método

Alianzas parciales entre prácticas menores: la naturaleza “enigmática” de la planicie amazónica colombiana - **KRISTINA LYONS**

#### Reseña

Andrew Alan Johnson, *Mekong dreaming: life and death along a changing river* - **CATALINA RIVERA CEDIEL**